

# Prólogo

**González Mesa, Juan**

Recientemente he hablado con un viejo lobo de mar, un marinero por lo militar que nació en secano. Este hombre me dijo que fabulaba con el mar antes de conocerlo, y con los barcos. Podéis suponer que, en la época de su infancia, no es que no hubiera internet, es que una familia tenía siete u ocho fotos de familia, con suerte.

Este hombre no sabía lo que era el mar y soñaba con él, y, por tanto, le echó arrestos a la vida y acabó haciendo eso tan manido de perseguir sus sueños. Pero lo suyo entraba dentro de lo que es posible. Ahora ¿qué haces cuando sueñas con atacar naves en llamas más allá de Orión? ¿A qué puedes conducir tu vida cuando tu alter ego habita en el imposible? ¿Cómo lo transformas en ego? Te tienes que joder, sería la respuesta adecuada. No puedes, diría cualquiera.

No me digas lo que no puedo hacer, es nuestra respuesta.

Por eso los raros, en cierto modo, estamos hermanados en una de las guerras más estimulantes del panorama histórico creativo. Terror contra fantasía, hard sci fi contra sci fi. Por eso no solo contamos historias acerca de lo que es imposible, sino que las hacemos verosímiles, ya que la premisa que las convierte en historias de género, aquello que nos motiva, nuestro mar, ¡no existe! No se trata solo de contar historias, por tanto. Se trata, además, de construir el entorno sin el cual somos como un niño que jamás podrá viajar a la costa. Tenemos la obligación de ser buenos escritores y creadores coherentes.

Este recopilatorio de relatos reúne a un buen montón de hermanos que, como yo, no se sienten exactamente en su casa dentro de este mundo. Que, como yo, educan desde el desconocimiento en materias que se descubren sobre la marcha, en un aula donde la gente está mirando por la ventana o está intentando educar al de al lado. Estamos un poco desconectados de la lógica oficio-beneficio, sí. Al menos es en lo único en que somos realistas.

Este recopilatorio, además, se da en un entorno de los que me gustan. Ficción Científica es el equivalente a un colegio público, a un instituto público. Mientras la literatura de género tiene en nuestro país centros diseñados para cueste mucho trabajo entrar y no tanto salir, Ficción Científica no posee muros, solo un señor afable por los alrededores que no te pide el ticket, que solo te pregunta si estás cómodo y que, como mucho, te recuerda que aquí se viene a escribir buena mierda. No es que en Ficción Científica pueda entrar cualquiera, es que lo único que importa para entrar, precisamente, es lo que hayas escrito, no quién te conozca, cómo te conoció, si te quejas mucho o poco del mundo editorial, si publicas o te publican, si tienes pedigrí o bagaje.

Aquí nunca te vas a encontrar a alguien que, aunque su oficio sea descubrir escritos, te diga que no tiene tiempo para leer. Por eso es imposible no toparse con pequeñas joyas, porque el laboratorio de este producto tiene como techo el cielo; del planeta que imagines.

Por tanto, en un recopilatorio de relatos de Ficción Científica vais a encontrar lo que se encuentra un ojeador de fútbol cuando dispone de todo el tiempo y dinero del mundo para visitar campos de entrenamiento de césped bien cuidado, chabolas donde vales exactamente lo bien que juegas, o plazoletas de cemento donde los niños detienen el partido cuando pasa alguien con la

compra. Embarcarse en algo así es verdadero respeto por el género, que es a su vez el producto de mentes hiperactivas y desubicadas, es verdadero afecto por el imposible. Es HAMOR BERDADERO (quien lo probó, lo sabe).

Así que entrad, por favor, en esta que no es vuestra casa ni la mía, ni será nunca de nadie, una sala de espejos que ha colgado gente tan extraña como orgullosa de serlo. Gente que, cuando debate sobre Verne, se ha leído a Faulkner y a Verne. Cuando va de compras al mundo de las ideas, se lleva dinero y un vial de sangre de dragón. Cuando adquiere piezas para sus relatos, acuden al taller de Chéjov, pero también al mercado negro de Bécquer.

¿Por qué un recopilatorio de Ficción Científica, por tanto, es distinto a otra cosa? ¡Ya os lo estoy diciendo! Porque somos el ejército de todos los desheredados.

Tenemos marcas en el lomo que lo acreditan.

Y el donaire necesario.

Cuando escribes un producto concreto para gente concreta que, además, tiene el tiempo limitado y el acceso restringido, te ves obligado a tocar la tecla que esa persona ya estaba buscando. Te obligas a limitarte, en extensión, en temática, en el tono, en el léxico. La gente no quiere tropos complejos. La gente no quiere sagas. La gente no quiere terror puro. La gente no quiere pulp. La gente no quiere.

Es una actitud que me recuerda a la de alguien que se lleva cuatro horas delante del armario eligiendo ropa para ver cómo encaja mejor, y cuando sale a la calle, los zapatos le aprietan, la corbata le ahoga y los pantalones le pican. Quiero decir con esto, ¿no es mejor para la libertad creativa un lecho, un entorno, que no prejuzga, que ama, que ve el mundo desde el prisma del lector, que tiene ganas de más?

Ese es, según mi criterio, el acierto que siempre llevará implícita una colección de Ficción Científica, que ha sido abordada con ojos de lector, que ha sido seleccionada con total libertad. Responde a los impulsos y necesidades de ese niño que no soñaba con algo accesible, aunque lejano, como el mar, sino con mundos, seres, invenciones que no existían.

Yo comparto esa querencia y, cuando recibí el archivo con los relatos de la selección, lo abrí como un regalo. Nosotros, que sentimos HAMOR BERDADERO por el género, no necesitamos tapa dura ni ilustración alguna, ni sello, para abordar estos textos con ilusión real, igual que no necesitamos que un monstruo exista para temerlo, o que una nave haya sido diseñada, para querer montar en ella. Lo siento, pero sí, somos distintos a los que predicán como dogma que la realidad siempre supera a la ficción (mis cojones). Son tantas cosas las que no necesitamos, que aquellos que se han sumergido en el ambiente que te deja sin tiempo para leer y sin opciones para escribir, se llevarían las manos a la cabeza, no al averiguar, sino al recordar, lo bastardo, libre y espontáneo que es el género.

Por eso, cuando abrí el archivo, sabía que me encontraría con profesionales que no admiten ningún corsé, y con talentos que no pasan por según qué aros, con propuestas arrogantes, con vidilla. Si hablamos de lo que la gente quiere, claro que hay un público que adora otro homenaje a los mitos de Chutlhu, claro que siempre será bienvenida una historia de zombis infectados que solo puedes detener con un disparo en la cabeza, claro que se puede mirar lo que funcionó, pero es que hablamos de algo tan asentado que, literalmente, ¡forma parte de la realidad! Y la gente, el público, los lectores, no pueden pedir lo que no saben que existe. De eso nos encargamos nosotros, los escritores de

colegios públicos como este, los irreverentes, porque, como dijo más o menos Alan Moore, si el lector supiera lo que necesita, no sería el lector, sería el creador. Y si el editor supiera lo que el lector necesita, no sería el editor, sería...

Todos sabéis cómo sigue.

Pensad, antes de abrir esta caja de regalos, que nadie los solicitó, ni describió, ni encargó antes de que fueran escritos, que no obedecen a premisa, obligación o moda. Fijaos, como ejemplo, en la elección del prologuista, uno que no tiene nombre que dé brillo ni asegura ventas ni forma parte de camarilla alguna. Pero resulta que al recopilador esas cosas no le importan, y solo se fijó en que le gusta lo que escribo.

Y así con todo.

Y ese es el camino.

Juan González Mesa

12/07/2016

# Baile con la negra madre

Moledo, Manuel

*Estragon: ¿Qué tal si nos ahorcamos?*

*Vladimir: Hum. Eso nos daría una erección.*

*Estragon: (muy excitado). ¡Una erección!*

*Vladimir: Con todo lo que eso trae. Y donde luego cae eso, crecen las mandrágoras. Es por eso que chillan cuando las arrancan. ¿Lo sabías?*

*Estragon: ¡Ahorquémonos ahora mismo!*

Esperando a Godot, Samuel Beckett, Acto I

Los que debían morir llevaban flores en los turbantes; los cabellos y barbas, trenzados y perfumados según costumbre del país. Para un europeo se asemejaban a novios yendo a su boda. El primer grupo subió al patíbulo. Los más adelantados escogieron cuerda entre risas, y todos ellos probaron el cabo tirando con fuerza mientras rechazaban, con grandes aspavientos, la ayuda de los verdugos.

--¡Bindachel ka jae! ¡Bhowani ka jae! --gritaron. Algunos que brincaron más decididos, o eran más gruesos o más afortunados, consiguieron romperse el cuello. Esos se ahorraron asfixiarse pateando mientras se meaban y cagaban encima.

--Van mas pintados que las putas de Cornualles, pero los tunantes estos son hombres de hígados.

El que había hablado era un gigantesco soldado rubio y pecoso, de a caballo. Si la cosa se desmandaba en la plaza, su unidad era la encargada de disolver a los locales. Si ellos no lo lograban, las Gatling apostadas en el techo del cuartel lo harían.

Mientras decía esto, le tendió su caja de rapé a un compañero vestido de civil, que observaba a pie.

--¡Y dale con Cornualles, compadre! --respondió este-- ¿No tenéis putas en tu tierra, *paddy* del carajo?

--Tenemos, pero son mucho menos orgullosas que las de Cornualles. Y más feas. Incluso más feas que estos indostanos.

--¿Y eso? Es la primera vez que te veo hacer de menos la patria que te parió, Duncan. ¿No son hermosas las irlandesas?

--Hermosas como un amanecer, inglés. Pero también honestas. Las putas las traemos de Gales.

Albert reprimió una carcajada y forzó la cara de palo que requerían las circunstancias.

--Si sólo entendieran de morir... ¿Ves ese de la barba crecida que entra ahora? Es uno de los jerifaltes, el *jemadar* Hussein Khan. Confesó más de seiscientas muertes.

--Bah, ya será con cuento y todo--gruñó el irlandés.

Ambos aspiraron por la nariz con fruición, y estornudaron.

--¿Y ese tan joven y espigado de atrás? --dijo Duncan-- ¿No movió a compasión al tribunal?

El mozo estaba de los últimos. Cuando le llegase el momento habría visto ahorcar dos tandas. Por el momento mantenía bien el tipo. Era bien guapo, con la piel más clara que los otros condenados y con la nariz tal vez demasiada grande para un indostano. Incluso aún sin mudar el plumón de la barbilla, era tan alto como cualquiera de los hombres.

El terrible calor aturdió los eurípeos y atraía a las moscas. Albert, suspirando, levantó el sombrero para abanicarse. Recordó las primeras palabras que había oído al llegar a Uttar Pradesh, mientras formaba ante el Jefe de Policía: «No tengan pena, caballeros. Pronto se aclimatarán».

«Manda cojones» pensó «Me la metiste bien». Trece años, trece jodidos años aquel horno axfixiantes con olor a mierda de vaca, y no se sentía ni medio aclimatado.

--¿Ese? No creerías su actuación frente al muy Honorable Juez. Está implicado en el caso de la muerte de Akbar, el príncipe mogol. ¿Quieres ver su declaración?

El irlandés levantó una ceja, intrigado.

--Dale, compadre. De ver colgar desgraciados ya estoy harto.

Rebuscando en la bolsa de documentos que colgaba de su hombro, Albert seleccionó una carpeta y se la tendió al militar, que comenzó a leer.

*Mi nombre es Kim Morleer, y tengo dieciséis años. Son el hijo más viejo del jemadar Kharim Moorler, que murió en el arresto. Y puesto que él no puede hablar por sí mismo, yo lo haré por él, ya que un hijo debe honrar su padre, y en todo servirlo y engrandecelo.*

...

*No me parezco la él, es cierto. La mujer que me parió era de Jurnaul y murió cuándo iba de peregrinación a Benarés. Era la criada de un inglés, y yo soy sangre de ese inglés, al que no conozco ni quiero conocer.*

*Ella se encontró con la partida de mi padre en la orilla del río. Yo era aún un niño de pecho, y posiblemente se había desviado del camino para lavarme, porque según me contaron, estaba sucio y hedía. El lugar era un bele, como nosotros llamamos a los parajes donde es propicio matar y enterrar sin que nadie sospeche; y siendo así que los sorprendió en plena tarea, no podían permitir que le fuera con el cuento a nadie.*

*Los devotos de Bhowani, como tal vez sabe el sahib, no solemos matar mujeres. Ella era hermosa y posiblemente algún soltero de la partida la podría haber tomado por esposa. Mas se amedrentó tanto que dio en tirar coces, morder y chillar, y el jemadar decidió ahorcarla. No sabían muy bien que hacer conmigo, ya que eran todos hombres,*

*y cuando una partida tiene perspectiva de tomar los críos como botín, lleva alguna hembra con ellos para cuidarlos. Si salvé la vida fue porque mi padre, que gusta mucho de los niños, se ofreció a cuidar de mí entretanto no encontraban la quien venderme.*

*Esto último no iba a ser fácil. Kharim se encaprichó conmigo, porque le parecía un crío muy guapo, y pedía treinta rupias. Tentaron colocarme en un burdel, pero no me quisieron porque criar un niño tan pequeño hasta que llega el momento de usarlo supone muchos cuartos, y además es fácil que muera al castrarle. Luego me ofrecieron a unos gitanos, pero no daban suficiente. Un chaval de piel tan blanca tenía todas las trazas de ser de casta alta o hijo de un inglés, y eso siempre atrae la atención de las autoridades. Ser un hijra no era mi destino; tampoco mendigar. Kharim, al fin, acabó llevándome a su casa, y mi madre, Aisha, se enamoró de mí al instante.*

...

*¿Rencor? Kharim era sólo un más en esa partida. La mujer estaba en el momento equivocado en el lugar equivocado, e incluso podría haberse salvado de no actuar de forma equivocada. Además, ¿quien me enseñó a andar, a hablar, a comer, a vestirme? Aisha, mi madre. ¿Quien me enseñó a cabalgar, a correr, a cazar, a nadar? Kharim, mi padre. No la echo en falta, porque no la conocí.*

...

*Yo aún no tengo derecho a usar el rhumal. De no capturarme la justicia algún día sería un auténtico estrangulador. Pero si el sahib pregunta por la primera muerte de que fui parte, fue a los ocho años. Mi padre acababa de ascender la jemadar, y decidió llevarnos, porque creía que viajando con chavales sería más sencillo no levantar sospechas en los caminos. Nos usó, así, de camuflaje. Encontramos dos familias, tratantes de lino, que viajaban juntas. Yo no llegué a ver nada. Quedé con mi madre y las otras mujeres y chavales, mientras los hombres hacían su labor.*

...

*Sí, también con los hijos de los comerciantes. Recuerdo bien una niña de mi misma edad, que jugó a la pelota conmigo y con Kim, el hijo de Apuran, al que también capturasteis. Era morenita y llevaba un sari rojo muy bonito. La vendimos el día siguiente, y yo sentí separarme de ella, porque parecía hermosa a mis ojos de niño y me gustaba que me cogiera de la mano. Al faltarle los padres dio en llorar mucho; no creía la excusa que le dieron de que había sido vendida, y de que podía estar contenta porque había costado bastante plata. A ciencia cierta era muy bella, porque al fin dieron por ella 80 rupias, y eso es mucho por una niña tan pequeña. Las primeras veces fue siempre así, sin ser yo consciente del de lo que pasaba; mas poco a poco, uno se va percatando.*

...

*¿De forma activa? A los doce, cuando me hicieron explorador. Mi función era ojear a las presas, pedirles compañía en el camino, y avisar la partida. Luego, los dados eran lanzados, las profecías leídas en los pájaros y en los lagartos, y la Negra Madre hablaba su voluntad. Cuando ella mandaba, los viajeros morían.*

*Más tarde, a los catorce, ascendí a enterrador. Aguardan a estar seguros del carácter de uno antes de mandarte hacer eso, porque es preciso tener espíritu. Hay que cortar*

*bien a lo largo de los miembros, y abrir el pecho en los lugares apropiados para que al corromperse los cuerpos no hinchen y delaten el lugar de la tumba a personas o chacales. Y luego dejar la tierra cubierta, tal que nadie note lo acontecido. Yo soy muy bueno en eso. En una ocasión, unos sahíbs montaron la tienda en medio de uno de los beles de la partida, y ahí pasaron la noche, mientras nosotros acechábamos en la oscuridad. Pero no se enteraron de nada y hicieron camino. Echamos los dados, pero los augurios no eran propicios. Tuvieron suerte.*

...

*Sí, si el sahíb lo desea, me ceñiré a este caso. Acababan de ascenderme a shumseeas, agarrador. Mi función sería hacer presa en el sacrificio para que no pudiera revolverse entretanto que su vida era ofrecida a la Negra Madre. Para mí era un gran momento; nadie que yo conociese había recibido ese honor tan joven.*

*Seríamos unos treinta, entre los hombres del jemadar Hussein Khan y los de mi padre; pero nos dividimos en grupos de cinco por la carretera del río Ghaghra, la unas cien millas de Luknow, tres grupos río arriba, y otros tres río abajo. Paramos en una fonda. Fuera había una maravillosa montura árabe de color perlado, ornada con caros avíos. Estaba atada con otras dos de catadura menos excepcional, y una mula de aspecto dócil. Las guardaba un mastín de las montañas grande como el mundo. Allí fue donde vimos la primera vez al mogol Akbar Khalid. Un hombre imponente, fuerte y rollizo, con una barba densa y negra. Su voz llenaba los oídos como la propia voz de Alá. De su cinturón pendían tanto espada como dos pistolas, de factura inglesa, pero acabadas en oro y nácar por algún artesano indostano. Sus dedos brillaban con el oro, y en su turbante un broche rodeaba una esmeralda que valía el rescate de un príncipe.*

*Los guardias que lo acompañaban también eran hombres de poderío; comían y bebían en otra mesa, atendidos por lo que debía de ser su mayordomo. Él mogol los había dejado solos, para sentarse con tres viajeros peculiares.*

*Dos de ellos eran europeos, un hombre y una mujer. El hombre era de estatura mediana, aunque robusto. La mujer, hermosa, con esa piel lechosa que sólo tienen las inglesas, y los ojos garzos. Con ellos, comía un negro, no un indostano de piel oscura, sino un africano como los que pueden verse, a veces, en los séquitos de los viajeros persas de verdadera riqueza. Posiblemente era el hombre más fuerte que vi en toda mi vida, y no tenía para nada trazas de criado. De hecho, ambos hombres, el blanco y el negro, parecían soldados, aunque no llevaban uniformes.*

...

*Sí, los veo en la sala, y son esos tres que están sentados ahí.*

...

*El mogol estaba de cháchara con la sahíba. Al parecer un tigre había devorado a una mujer que lavaba la ropa en la orilla del río. Los aldeanos, al saber que había un gran cazador que volvía de recorrer las montañas, lo habían avisado de la presencia de un devorador de hombres. Estaba claro que el mogol tentaba camelarse a la doña con su lío, ¡como si un indio, incluso un mogol de gran poder, fuera a conquistar una dama inglesa! Ella le ría las gracietas y eso lo animaba a continuar. Los hombres escuchaban con respeto, pero no parecían muy impresionados.*

*Con discreción, mi padre lanzó los dados. La profecía fue favorable. Oír de la presencia de un tigre en el lugar también es un buen presagio para un Thug. Somos de la misma especie, y a por ello, un verdadero Thug nunca mata un tigre, y un tigre nunca mata un verdadero Thug.*

*Ellos no se habían percatado de nuestra presencia. Aun así bebimos el té con la cabeza baja como si estuviésemos muy cansados, dejando que las sombras de los turbantes nos cubrieran la cara. No era cosa de actuar mientras estuviesen ahí los europeos, porque un blanco que desaparece siempre significa una investigación a fondo y muchos problemas. Fuimos a dormir temprano.*

*Al día siguiente, como aguardábamos al bajar desayunar, el mogol ya había marchado de batida. Los europeos seguían allí. «Es una suerte» dijo mi padre «que los ingleses no lo acompañen, porque son muy amigos de la caza». Yo ya estaba relamiéndome con la anticipación. Que día! Que grandioso día! Una presa como aquella, fuerte y peligrosa. Me temblaban las manos con el ansia.*

...

*No, no siento ninguna vergüenza ni remordimiento. Desde lo mismo momento en que la Negra Madre expresó su voluntad por medio de los augurios, aquellos hombres estaban ya muertos. Nosotros solo fuimos instrumentos en sus manos. Y también está el desafío; como dijo mi padre, vosotros, los shaibs, sois grandes cazadores. No disfrutáis acaso de ese deporte, y de la victoria de vuestra inteligencia sobre la del animal? No os sentís bien y fuertes al ver la pieza a vuestros pies? Pues lo mismo nos pasa a los Thugs; y aún más que la vosotros. Porque, si vosotros enfrentáis las bestias del campo, las que Alá hizo astutas, una partida Thug debe ser capaz de superar la astucia de los humanos. Humanos que saben que los caminos son peligrosos, que temen los extraños. Muchas veces están fuertemente armados; a nosotros Bhowani no nos permite derramar una sola gota de sangre. ¿Puedes imaginar el juego, el gran juego, que es vencer las sospechas y los recelos de unos desconocidos? ¿Lo difícil que es superar el primer momento de miedo, ese instante vital en la caza en el que las piezas calculan si correrán mas riesgos o menos caminando a tu lado?*

*No hay placer comparable a ver como la desconfianza se va tornando primero en distante respeto, luego en amistad, hasta alcanzar ese momento deleitoso en que, al fin, bajan la guardia y se completa el shikar para honra de la gran Bhowani!*

...

*Después marchamos, dejando a los europeos. Tenemos la costumbre de no actuar si no somos por lo menos tres la uno. Mas aún en casos como estos, porque cuatro personas valientes, bien armadas y despiertas son una fuerza a respetar. Nos reunimos todos los grupos; localizamos la partida de caza del mogol, e intentamos unirnos la ellos poco a poco. Pero el mogol era hombre prevenido, taimado y tozudo. «Nos apartó amenazándonos con su sable» informó el grupo de Shikadar. «Dijo que si no los dejábamos en paz nos llenaría de plomo los sesos y haría tambores con nuestros cueros», aseveró el grupo de Hussein Khan. No permitió que nadie los acompañara, excepto un chaval de la aldea, hijo de los posaderos, llamado Amma.*

*Teníamos tiempo de discurrir algo. Cazar un tigre no es cosa de un día, a menos que uno tenga la suerte de un diablo. Debían volver tarde o temprano a la posada a*



*descansar, seguramente de buena mañana; porque según nos informaron en la villa, iban a acechar al gato por la noche para cogerlo en su bebedero. Cuando estuviera lleno, lento, sediento y descuidado. No actuamos así todos los cazadores, sahib? Siempre buscamos la presa en el momento de mayor debilidad, para que así sea más fácil de abatir.*

*De todo el grupo, el mogol era sin duda lo mas peligroso. Con esas pistolas ametralladoras inglesas, podía aniquilar una docena de hombres, incluso a distancia muy corta y con un lazo en la garganta. Era preciso arrebatárselas para que no marcaran la diferencia.*

*Ahora bien, unos decían que nos hiciéramos pasar una vez más por guías, otros, por campesinos atacados por la bestia deseosos de ayudar; otros, por sacerdotes pidiendo protección. Fue Kharim, mi padre, el que habló, tras reír por lo bajo.*

*«¿Asnos! Porque hay que ser bien asno para esperar resultados diferentes intentando la misma táctica una y otra vez. Hacedme caso, porque soy el mas viejo aquí, y el que más marcas lleva en su rhumal. Ese hombre es muy devoto, ¿o no vimos como cumple escrupulosamente los rezos? Además es sabio, un señor de hombres, fuerte y poderoso. Alguien de tal calidad, ¿se negaría a enterrar uno de su religión como manda el Corán?*

*Todos asentimos, admirados de su inteligencia.*

...

*Es muy sencillo, sahib, y si no conoce las costumbres mahometanas, yo mismo se lo explicaré. Cuando un musulmán muere, debe ser enterrado y no quemado, como hacen los hindúes. El cuerpo se pone en una fosa con la cabeza hacia la sagrada Meca, y es cosa normal recitar textos del sagrado Corán para el muerto. Muchos de los creyentes son analfabetos, pero esto debe hacerlo, si no un sacerdote, por lo menos alguien lo bastante culto como para leer con algo de donaire. Negarse a hacerlo no pasa por la cabeza de un devoto bien educado.*

*Así que cuando el Mogul regresaba, de buena mañana, hacia la fonda, encontró cinco aparentemente humildes pero honestos cipayos de origen musulmán, llorando amargamente al lado de una tumba abierta. Junto a la tumba, amortajado, yacía su compañero, muerto por una picadura de cobra. El resto de la partida aguardaba, oculto en la espesura.*

*Como a mí aún no me habían visto la cara, y además al ser tan joven podía mover a compasión, me tocó hacer de difunto. Estaba tan lleno de alegría con la importancia de mi papel, que me pareció que mi expresión no sería la propia de un cadáver. Resolví coger unos espinos del camino y apretarlos en las manos, fuerte, fuerte, para que mi cara adquiriera el rictus que precisaba el caso, antes de tenderme.*

*Oí acercarse las monturas y como mi padre, rompiendo a llorar, suplicaba compasión para mí pobre alma a nuestro objetivo. Sentí los caballos caracolear, inquietos. El perro también gruñía, y temí que, siendo los animales muy prescientes en estas cosas, tal vez nos delatarían.*

*«Pobre chaval» dijo al fin el mogol. «Ishallah, daré la este joven soldado la despedida que merece para que no marche triste al destino que el Señor de todas las cosas le ha*

reservado».

*Sólo podía deducir lo que pasaba por el ruido. Golpear de botas al descabalgarse Akbar, repicar de metal al desarmarse, roce de cuero al desnudar manos y pies, salpicar al lavarse. Yo respiraba tan, tan despacio, para no ser descubierto, que prácticamente me ahogaba. Por un momento incluso me pudo el miedo a no ser capaz de controlarme; y me atacó un deseo perverso de erguirme, de chillar a bombo y platillo que no estaba muerto, aunque perdiera a la misión, a mis compadres, y a mí mismo.*

*El mogol se acuclilló y comenzó a echar el responso. Se oyó la señal y, al fin, abrí los ojos, a tiempo que mi padre lanzaba el rhumal que normalmente usaba de turbante a la garganta del mogol. Karim, por su parte, le agarró los miembros. Era hombre de mucha valía y entre los dos no daban hecho. Siendo que la mortaja sólo me cubría por encima y que no estaba fajado realmente, resucité de entre los muertos y le agarré la muñeca derecha con todas mis fuerzas. Tal y como me habían enseñado, luxé, doblé y tiré para impedir que se levantara.*

*Incluso con media lengua de fuera, aquel buey se zafó de mí, y me endilgó tal puñetazo que me dio vueltas la cabeza. Cuando me recuperé ya todo había terminado, y mi padre me daba unas bofetadas para espabilarme.*

«Buen trabajo» me dijo.

*La cosa había salido relativamente bien. En el tiempo en que nos los tres nos enfrentábamos la Akbar, dos de los mejores lanzadores de la banda aprisionaron las gargantas de los guardias con los lazos, y acto seguido los compañeros que salieron de la espesura los sometieron. Uno de ellos consiguió cortar uno de los nuestros con su espada. Nada grave. Al perro lo descalabró Bhota con una piedra sin que tuviera tiempo de lanzar un "guau". Era una pérdida tratar así un animal de tal valor, pero los perros tienen la manía de volver a la tumba del dueño y sobre él, llorar sin descanso hasta que alguien descubre los cadáveres.*

Un nuevo grito hizo que Duncan levantara la cabeza de los papeles. El segundo turno comenzaba su danza con la parca.

--¡Bindachel ka jae! ¡Bhowani ka jae!

--¿Hey, no será uno de esos el tal Bhopa?--dijo.

Albert negó.

--Ese no llegó ni a ser arrestado.

--Lástima. Me gustaría ver retorcerse en la horca ese mataperros.

--¿Con todas las miserias que llevas leídas y te indignas por un perro muerto?

--El perro no le hizo mal a nadie.

Duncan miró otra vez al chaval. Allí seguía, de broma con sus compañeros, con la misma actitud con la que él iría a tomar unas pintas después del servicio. El irlandés, que había enfrentado la muerte muchas veces y se tenía por hombre entero, así y todo sintió escalofríos. El valor es una cosa; pero fanatismo de aquellos hombres le hizo dudar si alguna vez conseguirían eliminar aquella lacra del Indostán. De toda la fila que

restaba por colgar, tan sólo un par de ellos, aterrados, rogaban por sus vidas al estilo musulmán.

Estos también lo deprimían. Bien sabía, por la experiencia de la búsqueda de los luchadores independentistas de la *Éire Óg*, en su tierra, que los jueces y la policía no siempre acertaban en sus sentencias.

Su mirada volvió a los papeles.

*Demasiado atentos a los otros hombres y al perro, tuvimos poco en cuenta al criado, que resultó un héroe inesperado. No fue atacado de primeras por estar desarmado, y al verse rodeado, consiguió eludir el lazo. Al grito de «¡nos matan, nos matan!» saltó de vuelta a la mula y salió a toda prisa. La mula también resultó una corredora asombrosa. No fueron muy lejos, de cualquier manera. En la zona boscosa que habíamos escogido como bele, si quería huir sólo podía pasar por el sendero, donde lo aguardaban varios de los nuestros para cortarle la retirada. Hussein Khan, que es muy fuerte, fue quien derribó la mula tirándosele al pecho. El desdichado cayó al suelo, mas aún allí, se revolvía con uñas y dientes y hurtaba el cuello. No daban hecho con él; hasta que el mismo Hussein, a coces en el vientre y en los costados, consiguió ponerlo boca abajo y le pisó las nalgas con todo su gran peso. Entonces pudieron estrangularlo sin problemas. En cuanto al guía, quedó paralizado por la impresión y no opuso resistencia. Los enterramos a todos en la fosa ya cavada, después de los partirlos en cuartos para que entraran sin dificultad, señor y siervos. Los hombres dieron un buen botín; el muchacho que les guiaba no tenía nada de auténtico valor. Sin embargo, me llamó la atención un fular que portaba, de color amarillo, que llevaba a modo de faja.*

....

*No se quien lo hizo, sahib. ¿Importa? Lo había visto todo, y era demasiado mayor para venderlo fácilmente. No podía hacerse otra cosa. El pañuelo...*

...

*Pues eso sí tiene su importancia, Sahib, aunque no lo crea, y lo entenderá si me deja contar la historia a mi manera.*

*Era una pieza hermosa, de delicado algodón, ribeteado con encajes. El amarillo es el color de la diosa, así que tomé la prenda para que me trajera su protección, con vista a usarla en su día. Tras organizar como transportar el botín, dejamos el suelo nivelado, haciendo pasar los caballos por encima, y la tierra sobrante la tiramos en el río. Luego teñimos los animales, mudando así el color de su pelo. También modificamos las marcas con un hierro candente, cambiamos unos arcos por otros, y al fin, alteramos tanto su aspecto que debería ser imposible, para cualquiera que no fuera su dueño, reconocerlos.*

*Marchamos con la idea de reunirnos diez millas río arriba para volver a golpear, puesto que las profecías eran buenas aún.*

...

*No, no. Una vez todo queda dispuesto, no volvemos siquiera la vista atrás, y mucho menos regresamos al bele. Incluso hace muchos años no era preciso ni que pusiéramos tanto cuidado ocultando los cadáveres, ya que la propia Bhowani en persona los*

*devoraba, eliminando todo rastro. Y si no lo hace aún, es porque un joven desobedeció la norma de no volver la vista atrás y vio la diosa, desnuda y refulgente, devorando los sacrificios; y como castigo, ella nunca nos volvió a ayudar a deshacernos de los cuerpos.*

...

*Así me lo enseñaron desde niño. ¿Por que debería dudarlo?*

...

*Hicimos camino a toda velocidad tras dividirnos en grupos de cinco y, al anochecer, paramos en otra posada en la orilla del río. Cuando mi padre y yo entramos, vimos que en ella estaban los europeos que habíamos dejado atrás. Cuando pasé al lado de la joven, no pude evitar contemplarla un momento para disfrutar de su belleza. Ella me devolvió la mirada y sonrió, y yo respondí a la sonrisa. Iba vestida con una de esas faldas de montar que usan a veces las inglesas, una camisola blanca y un sombrero de paja.*

*El asunto es que el sombrero iba adornado con unas cintas de la mismo color y tejido que la faja que yo lucía en la cintura y que había robado del pequeño guía. Y que por un segundo, su mirada se paró en mi talle. Me quede preocupado de que barruntase algo.*

*Pedimos una olla de comida para compartir con los compañeros, y aproveché entre que nos servían para comentárselo a mi padre. La situación era delicada, me dijo. «Puede que ella no se enterara, o puede que sí. Seguro la sahiba le regaló la pieza de paño al chico por servirla bien. Pero un trapo amarillo es un trapo amarillo, y lo más probable es que piense que se trata de un azar. Comamos y actuemos con normalidad, y marchémonos después». Sus palabras, como siempre, eran de sabiduría, y así lo hicimos. Salimos fuera, con el pote de garbanzos, y fuimos a coger agua al pozo. Cuando volvimos a por los demás donde estaban atados los caballos, vimos al sahib blanco mirando el que había sido el caballo del Mogul, que ahora usaba mi padre. Los tres sahibs habían pedido que les pusieran la cena fuera, pues hacía mucho calor. Este hombre había dejado la mesa, que aún no estaba servida, y se había acercado al caballo mientras fumaba una pipa. Cuando nos vio, saludó con una sonrisa y adelantándose, palmeó cariñosamente en las ancas a la bestia. Luego volvió a la mesa. Todo ello excitó aun más nuestros temores «No puede saberlo. Le cortamos las crines, le teñimos el pelo, le cambiamos los arreos. Ni siquiera es su propio caballo» dijo Bopha. «Pudo percatarse del teñido. O incluso reconocerlo igual. Los soldados saben mucho de caballos, y nunca unos viajeros vulgares como nosotros llevarían brutos de esa calidad» dije yo.*

*Mi padre dudaba. «Creo que sospechan, pero no están ciertos. Si no, hubieran hecho algo ya aquí, en poblado, a la luz del día y donde hay muchos testigos. Esa es la forma en que actúan los ingleses. Pero a lo mejor no sospechan. A lo mejor a ese hombre sólo le gustan los caballos. Hay un cuartel de cipayos diez millas al Norte; si se huelen algo y quieren advertir a las autoridades, irán allá y lo harán por la mañana, cuando se sientan más seguros. Por ahora marcharemos para que no pueda volver a acercarse a las monturas».*

*Así hicimos, y yo incluso me despedí con la mano al marchar, como hacen los*

*inocentes. Fuimos a un bosque próximo y allí mi padre, Bhopa y yo cambiamos de ropa y nos transformamos en faquires, cubriéndonos de ceniza y de podredumbre. No hay nada que vista tanto un disfraz de faquir como un olor que espante a la gente. A los otros dos los mandamos convocar el resto, y montar guardia en el camino hacia el cuartel. Luego volvimos donde la posada y aguardamos. Enseguida se nos unió el grupo de Hussein Khan, también disfrazados. Quedamos, pues, ocho rodeando a posada; y los otros ya debían de estar cerrando el camino al fuerte, tras llamar refuerzos.*

*Salió la luna, que estaba casi llena. Tras un par de horas, Bhopa, que vigilaba la parte de la pensión que daba a las alcobas de los extranjeros, vino a llamarnos al resto.*

*Los dos hombres, el negro y el blanco, se descolgaban por la ventana de uno de los cuartos. Luego, a paso ligero, se dirigieron a las cuadras.*

*«Ahora» dijo Hussein Khan. «Ya estamos seguros. Vayamos a por ellos».*

*«No» respondió mi padre, «pues haríamos ruido y todo se sabría. Dejemos que estos se marchen y sean nuestros compañeros los que acaben con ellos. Y nosotros, nos encarguemos de echarle a mano a la mujer sin levantar escándalo».*

*Todos estuvimos de acuerdo en esta solución, y aguardamos la que los dos hombres se alejaran a caballo. Tras esto, debatimos como sería la mejor manera de llegar donde la mujer. «La luz de su cuarto no está encendida. Un inglés atacado en su cuarto es algo insólito, y piensan que no nos atreveremos a atacar la posada con tantos huéspedes dentro. Por esto es justo lo que debemos hacer. Ve tu primero, Kim, y echa una cuerda para que suba tras de ti Bhopa, que también es muy ágil. Dos para una mujer deberían bastar. Te auparemos hasta arriba y así podréis acceder a ella. Si la podéis traer viva, mejor, porque nos contará lo que sabe. Si no, matadla y traed el cuerpo para llevarlo a un bele. Que no os vean».*

*He de decir que en mi mente ya me veía no sólo capturando viva, sino pidiendo después como esposa a inglesa. Tras reflexionar sobre el tema, que tiempo tuve entre paliza y paliza en el agujero donde estuve preso, me doy cuenta de que fue una tontería de chaval. Pero no podía quitarme esa piel de leche de la cabeza.*

*Hice como me había indicado mi padre y me pareció incluso demasiado fácil. Subí, aupado el primer tramo por Hussein. Después de trepar por un canalón hasta la ventana, lancé una cuerda de seda y Bhopa subió a su vez. Sin embargo, a pesar de la facilidad, desconfiaba. Aunque me considero una persona fría, nunca había hecho tal cosa. Los thugs matamos al aire libre, en los beles. Sentí lo que debe sentir el tigre cuando por primera vez va a buscar ganado en un lugar cerrado, sin posibilidad de escape.*

*El cuarto estaba en penumbra y las formas de la moza se marcaban bajo la manta. Dejé que actuara Bhopa, más experimentado que yo. Él se acercó, poco a poco, al cabecero de la cama, apretando con fuerza el rhumal entre las manos. Con la frente llena de sudor frío, tiré de la manta.*

*Allí no había nada más que un bulto de ropa.*

*El tiroteo comenzó abajo, donde esperaban los compañeros. Corrimos a la ventana, y pudimos ver a la luz de la luna como empezaban a caer. Antes de que pudiéramos*

*reaccionar, se abrió la puerta del cuarto.*

*Era la dama, vestida de amazona como por el día, y empuñaba un revólver. Iba acompañada del posadero, un indostano flaco que portaba una hoz con manos poco firmes. Bhopa, a mi lado, dio un rugido salvaje, y se abalanzó contra ellos, puñal en mano. Mal hecho. Sólo consiguió un plomo entre los ojos. Su sangre me salpicó, y al ver que la mujer, rodeada de un halo de furia que no desmerecería a la auténtica Bhopani, me apuntaba, salté por la ventana. La bala me alcanzó en un brazo, y caí tan malamente que me partí la pierna izquierda. Desde el suelo, transido por el dolor y rodeado de los cuerpos de compañeros heridos y muertos, pude ver como la inglesa asomaba por la ventana, disparando a los que aún trataban de huir.*

*Intenté arrastrarme, mas sólo llegué a perder el sentido sobre el cadáver de Kharim, mi padre.*

*Supe después que cinco de mis compañeros habían perecido. Otro había huido, aprovechando la noche y el caos. Y dos habían sido capturados. Uno de ellos fue jemadar Hussei Khan, que cuando se veía ya libre se encontró con el soldado negro entre los árboles, recargando su arma. Viéndolo desarmado, se le fue encima, y ahí comenzó una dura pugna, porque ambos son hombres fuertes como toros. Mas el blanco acudió en la ayuda de su hermano de armas, y le abrió la cabeza con la culata del fusil a Hussein.*

*Eran ellos dos los que nos habían atacado. Sospechándose rodeados, habían improvisado una falsa salida nocturna; para más adelante, y siempre a cubierto, amarrar los caballos y volver, despacio, sobre sus pasos. Así confirmaron que alguien los acechaba.*

*En un sólo golpe de mano, estos tres extranjeros que están ahí mataron a mi padre el jemadar Kharim y capturaron al jemadar Hussein, y tras su caída, a las autoridades imperiales les fué fácil encontrar al resto de las partidas.*

...

*Nadie muere y nadie mata si Dios no lo permite, sahib. No guardo, por lo tanto, cólera contra ninguno de los tres. Fueron más astutos que nosotros, y también más audaces. Pues, ¿quien iba a pensar que dos hombres solos intentarían tenderle una emboscada, en la oscuridad, a un número desconocido de enemigos? En cuanto a la mujer, ¿quien sabe si la gran Bhowani no la poseyó, dándole esa furia, cuando nosotros, sacrílegamente, decidimos atacar en la alcoba a alguien de su sexo?*

*Cumplí lo mejor que pude con mi cometido, y sólo siento no haber llegado a ser un verdadero estrangulador y no haber peregrinado nunca al templo de Khali--Gat.*

Duncan devolvió la carpeta a Albert. Ambos miraron el último grupo, ya en el patíbulo. Uno de los hombres que antes protestaba por su inocencia, ahora lloraba quedamente bajo la capucha. Los demás, aun reían y hablaban entre ellos. Algunos, como el mozo, ni siquiera quería cubrirse el rostro.

--¡Bindachel ka jae! ¡Bhowani ka jae! se volvió a oír, y saltaron a la muerte. Sólo el que lloraba tuvo que ser empujado.

El chico no logró morir rápido. De carne firme y ligero de cuerpo, tardó mucho en dejar de patear.

--Don inspector, ¿la diosa de estos bastardos se dice que es la de la muerte, pero también del amor, no es sí?--preguntó Duncan.

--Así es.

--¿Y que garantiza el paraíso en la otra vida a los que mueren por su causa, no es así?  
--insistió el irlandés.

Albert asintió, con una sonrisa macabra.

--Pues a este chaval ya lo debe de estar besando en el otro mundo.

--Puede ser --respondió el inspector. Esta vez fue él quien sacó una cajita de rapé.

Colgado por el cuello, el carajo tan tieso como una verga, el muchacho giraba al azar, como un compás magnetizado en una tormenta eléctrica.

## **LOS ESTRANGULADORES Y EL HOMBRE QUE NO ESTABA**

Todo buen lector de folletín reconocerá en este relato a los *thugs* de Salgari, los peores enemigos de Sandokan, tan malvados y difíciles de enfrentar que incluso lograron que el pirata malayo se aliase con los mismos ingleses que buscaban capturarlo y colgarlo de una antena.

Esa secta, o conjunto de sectas, existió en nuestra propia línea temporal. El Coronel James L. Sleeman comenta en su libro *Thug*, un millón de asesinatos, que pudo tener su origen en los 8.000 jinetes de la armada del rey Jerjes, tal y como se describe en el VII de la Historia de Herodoto.

*«Esas gentes vivían como pastores; eran originariamente de ascendencia persa y pactiana. No llevaban con ellos más arma ofensiva, de hierro o de bronce, que sus dagas. Su principal herramienta en combate eran unas cuerdas de cuero trenzado que usaban de la siguiente manera: cuando se encontraban con el enemigo lanzaban estas cuerdas, que tenían un nudo en la punta, y si lazaban con él ya fuera hombre o caballo, lo mataban sin dificultad»*

Al lector contumaz de Salgari le puede sorprender la etnia musulmana de los estranguladores de este cuento. Aparentemente, tanto los hindúes como los musulmanes podían pertenecer a la secta *thug*, adorando la diosa Kali bajo a personificación de Bowani (aunque cualquier musulmán de hoy en día, y la mayoría de los de aquel tiempo, consideraría esto una terrible blasfemia contra el Único Dios).

Los *thugs*, en nuestra propia línea temporal, fueron eliminados «oficialmente» en la década del 1840, medio siglo antes de la época en que se desarrollan las aventuras de Margaret White. En gran medida esto fue debido al trabajo incansable del

mayor--general Sir William Henry Sleeman (ancestro del que escribió el libro arriba citado). Este era un hombre excepcional, no solo cómo militar, sino también como científico. Fue el primer descubridor de fósiles de dinosaurio en Asia, en el 1828, sirviendo cómo capitán cerca de Jabalpur. También escribió varios libros, usualmente relatando sus viajes por la india y su lucha con los *Thugs*, pero también sobre otros temas. Uno de ellos, titulado *Un recuento de niños criados por lobos en sus cubiles, por un oficial indio*, que inspiraría a muchos, entre ellos al bueno de Rudyard Kipling, que remataría creando el personaje de Mowgli en su *Libro de la Selva*.

Traté en todo momento de ser fiel, en el que se refiere a los thugs, sus tácticas e incluso su mentalidad, al escrito por Sleeman sobre el tema, y a las declaraciones de los propios thugs por él interrogados.

Las actuaciones de Sleeman se consideran hoy como un ejemplo de manual de lucha antiterrorista. Las medidas tomadas, a pesar de efectivas, fueron criticadas por antilibertarias incluso en su época. Quedó instituido, por primera vez, el delito de pertenencia a un grupo religioso. Se convirtió en práctica común lo arresto de las familias de los miembros de la secta hasta que se habían entregado los culpables. Cuando alguno de los «cooperantes» nombrados por Sleeman, *thugs* reconocidos y comprados a cambio de suspender sus ejecuciones, acusaba uno de los suyos, se invertía la carga de la prueba. Incluso los defensores de tan duras medidas, reconocieron que hubo abusos; gente extorsionada bajo la amenaza de ser acusada de *thug*, y gente inocente capturada. Sleeman, que consideraba servir un bien superior, no daba importancia a estas pequeñeces.

¿Puede la habilidad o la firmeza de una sola persona cambiar la historia? De no ser por las hábiles medidas de Sleeman, y de enquistarse el culto thug, teniendo bastante tiempo de adaptarse a la nueva situación colonial, ¿habría sobrevivido varias décadas más hasta el siglo XX? ¿Es, para usar la jerga de los retrofuturistas, la presencia o no de una sola persona en un Punto Jombar válido, o la historia tiene su inercia y no permitiría esto?

Todo puede ser. Me llamó la atención descubrir, mientras me documentaba para este relato, una tesis de la Universidad Naval de Berkeley, California, en la que se postulaba el parecido entre la estructura *thug* y la actual de Al--Qaeda. El funcionamiento independiente de los diversos grupos o partidas, con una financiación propia y personal, pero dependiente de simpatizantes externos. La motivación ideológica. La ineficacia de la destrucción de un sólo grupo para afectar la todo el conjunto. La descripción de los integrantes, de sus motivaciones; la aventura, la riqueza, la legitimación religiosa de la violencia. También parecía tener muy clara la eficacia de las poco ortodoxas medidas de Sleeman, y la importancia de su personalidad.

No es que esto pruebe nada. No pretendo hacer algo serio ni tirar sesudas conclusiones del que sólo quiere ser una historia de aventuras entretenida. Pero nunca deja de sorprenderme el parecido que hay, a veces, entre el pasado y el presente, y las finas e invisibles líneas que unen el comportamiento humano al largo de la historia.

**Manuel Moledo** (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual



quedé con el relato "El fin de la Inocencia" [http://issuu.com/masliteratura/docs/revista--enero2012\\_virtual](http://issuu.com/masliteratura/docs/revista--enero2012_virtual)

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron:

Volumen 2. "Xornada Fantástica".--"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".--"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".--"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de Contos Extraños y Urco Editora aquí (el artículo está en castellano):

[http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista\\_contos\\_estrans\\_steam\\_pulp\\_da\\_galiza](http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_da_galiza)

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

[http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs\\_no\\_bErcE.html](http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html)

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroe, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo--de--heroes.com/2012/09/acto--2--capitulo--1--mdh--pastor--de--lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35--relatos--en--espanol--seleccionados/relato--corto--adulto--espanol/745--lenguaje--matematico>

Acabo de publicar mi primera novela, de hecho la que debe ser la primera novela en gallego de género Steampunk, "As Aventuras de Margaret White", con la editorial Contos Extraños.

# China

## Cascales, José

La noche le relaja, pero no tanto como para desatender la conducción de su súper-camión. Sonríe. La entrega de los *hubots* en la base de lanzamiento espacial de *Bayer*, en Gibraltar, ha sido realizada sin demoras.

*Jos* recuerda cuando le encargaron el trabajo.

Su amigo de correrías de la adolescencia, *Walhamm*, contactó con él después de muchos años sin relación. Le contó que trabajaba en la multinacional *Bayer*, en la división *Moonbot*, que se dedicaba a la fabricación de robots para el trabajo en el exterior del planeta y concretamente en la extracción de regolito en la Luna. *Walhamm* le encargó el transporte de doscientas unidades de *hubots* desde Barcelona a Gibraltar. Un trabajo bien remunerado que le permitiría una cierta estabilidad económica en los próximos meses.

Como agradecimiento personal, *Walhamm* le regaló un *pendrive*.

--*Jos*, este regalo es por los viejos tiempos. No lo conectes hasta que estés de vuelta.  
--Sonríe pícaramente. Esa sonrisa que bien conocía *Jos*.

*Jos* guardó el *pendrive* en su bolsillo y se despidió de su amigo.

Ha llegado el momento. *Jos* conecta el *pendrive* y la holopantalla se despliega. *Walhamm* sale en primer plano:

--Hola amigo, este regalo servirá para relajarte. Te lo mereces por tu trabajo bien hecho. Es una entrada al Club XXX en Zaragoza. Además, participarás en el sorteo para tirarte a *China*, la *hubot* sexual más deseada de Europa. --Un código aparece en pantalla--.  
Debes escanear el código con tu teléfono móvil. Por los viejos tiempos, *Jos*.  
--*Walhamm*, se despide guiñando un ojo.

*Jos* sigue absorto en la conducción. Cuando reacciona, inicia un monólogo.

--¡Mierda! La madre que te parió, *Walhamm*. No debo ir.

Respira profundamente y sigue reflexionando.

--Pero, una canita al aire con autocontrol no me vendría mal.

Intenta dispersar la idea observando la foto de su mujer e hijos que tiene en la cabina.

--La tentación es fuerte, pero la venceré --dice para sí.

Horas más tarde, llega a Zaragoza, al parking automático del Club XXX. Baja del camión y se dirige a la entrada mientras su vehículo desaparece hacia el hangar del aparcamiento.

En la puerta de acceso, los porteros golpean a un muchacho.

Jos sigue su camino. Uno de los gorilas de la entrada le bloquea el paso.

--Aquí solo se accede con invitación --dice poniendo la mano en su pecho.

*Jos* observa como la mano izquierda del tipo comienza a cerrarse hasta convertirse en un mazo.

--La invitación está en mi móvil. --balucea mientras lo saca de su bolsillo.

El gorila le arranca el móvil de sus manos y lo acerca a un cuadrado de la pared. El cuadrado se ilumina de color verde. La cara del gorila muestra un simulacro de sonrisa.

--Mil disculpas, señor *Jos*. Puede pasar. Que disfrute de la visita.

El tipo se aparta cediéndole el paso y, a su vez, le libera de la presión en el pecho.

La puerta se abre sola y asoma un *hubot* que parece hecho a retales con una bandeja.

--Hola *Jos*. Tu invitación incluye estas ampollas y pastillas. --Los sensores del *hubot* detectan un cambio en las facciones de *Jos* y reacciona --No te preocupes, están numeradas y controladas; no están adulteradas. Feliz estancia y suerte.

*Jos* se guarda, las tres ampollas y las tres pastillas en el bolsillo,

Con el rostro serio comienza a bajar la rampa. El calor y el hedor que le llega le hace pensar en la bajada al infierno.

El pasadizo cambia su luz blanca y brillante, por una más tenue a media que desciende de nivel. La música machacona ya es atronadora. Las luces de colores y el humo aparecen al fondo. *Jos* comienza a sudar. Sus ojos le pican y se enrojecen. Se toma la primera ampolla y la primera pastilla.

Cruza la pista dirigiéndose a la barra.

Sin mirar a nadie, pone su dedo índice en la pantalla de la barra y solicita su bebida. Inmediatamente aparece una mujer semi desnuda con un vaso en una de sus manos. Su piel brilla. Sus pechos tienen una especie de cazoletas, que cubren los pezones, de color rojo fosforescente. Sus labios son verdes, como su pelo, y su sexo está rodeado de una carcasa anti violación sujeta a la cintura. Se contonea sensualmente y su voz es dulce y directa al cerebro.

--Hola *Jos*, aquí tienes tu copa --dice mientras se acerca hasta no dejar distancia entre ambos--. Si no tienes fortuna en el sorteo yo te lo hago gratis y "natural". --Mientras le susurra en el oído, le soba el pene por encima del pantalón. Se separa ligeramente y le da un beso en los labios, intercambiando fluidos.

Se aleja. *Jos* mira su culo. La chica, las pastillas, las ampollas o las tres cosas juntas le

han provocado una erección que amenaza con perforar sus pantalones. La testosterona alcanza niveles demasiado altos. Bebe la copa de un trago y se va al baño a masturbarse.

Algo aliviado, se toma otra ampolla y otra pastilla.

Regresa a la pista justo en el momento en el que la música deja de sonar y un tipo feo, gordo y calvo, sube a la tarima central y coge el micro.

--Estimados señores. Es un placer para mi club presentaros a *China*.

Aplausos y silbidos reciben a una estilizada y curvilínea chica que aparece tras los focos. Su contoneo es simétrico y acompasado, felino. Su cara aniñada, con ligeros rasgos orientales. Su pelo rubio brillante, media melena. Sus pechos redondeados, ligeramente erectos; sus oscuros pezones apuntan hacia delante, desafiantes. Un pequeño *slip* le cubre el sexo. Al llegar a la altura del calvo se detiene con las piernas ligeramente abiertas, acabadas en unos tacones que parecen unidos a su piel, estilizando aún más su figura.

--Señores, esta es *China*, --ella levanta los brazos--, el objeto del deseo sexual más brutal de Europa y hoy puede ser para alguno de vosotros. Ir preparando vuestros códigos y suerte. El tipo se retira ante el clamor de los insultos y aberraciones que sueltan los clientes.

*China* comienza a moverse, a bailar. Sus pies parecen no tocar el suelo. Su cadera realiza movimientos imposibles, hacia delante y atrás, hacía derecha e izquierda, rápidos, lentos. Sus ojos brillan y sus labios se redondean como si fuera a recibir las embestidas de un pene.

*China* se acerca al público, estos gritan como hienas antes del ataque, pero *Jos* no los oye.

Algunos de los asistentes no aguantan la carga sexual del espectáculo y sacan su pene buscando donde meterlo. Otros masturban a sus vecinos.

Un tipo se acerca a *Jos* y le intenta bajar los pantalones. *Jos* aparta al hombre de un empujón y mira a *China*. Ella le ha visto y no aparta la mirada de él. *Jos*, eyacula sin tocarse. La última ampolla y la última pastilla entran en su boca casi sin darse cuenta.

Su móvil se ilumina de color verde y vibra. Un foco rojo tiñe su cuerpo. Se hace el silencio. Es el ganador.

Impulsado por el resorte de los estupefacientes y la excitación, se lanza a la tarima. Se acerca a *China* y le arranca el *slip*. La empuja hasta dejarla a cuatro patas. Se baja el pantalón y allí mismo la posee. La música vuelve y la gente regresa a la realidad. Gritan:

--Más fuerte, dale más fuerte.

--Queremos sangre...

*Jos*, detiene las embestidas al culo de *China*. Se sube el pantalón y carga con ella en su hombro. Una luz se enciende iluminando un pasadizo. Allí se dirige.

La puerta de la habitación está abierta. *Jos* arroja su carga contra la gran cama. Se arranca la ropa y agarra a *China* por el pelo llevando su cabeza hasta su pene. *China* ya sabe lo que va ocurrir y prepara su boca y garganta. *Jos* empuja su pene con toda su fuerza contra la garganta de *China*, segundos después se corre.

Insatisfecho, vuelve a empujarla dejándola boca arriba. Le abre las piernas hasta desgarrarlas ligeramente, se tira encima de ella, muerde sus pechos hasta reventarlos y empuja, empuja, empuja...

*Jos*, hace tiempo que está ausente, un animal inmisericorde ocupa su carcasa humana.

La pierna izquierda de *China* cruje por las brutales embestidas de *Jos*. *China* no se queja, asume su papel y le pide más. *Jos* repara en ello y tira de la pierna para voltearla. Su miembro enhiesto ensarta el culo de la *hubot* y *Jos* empuja, empuja, empuja.

*China* enrojece, sus labios se amoratan, sus oídos y nariz supuran un líquido verde que también aflora en su entrepierna. *Jos* vuelve a eyacular y aparta a *China* con toda su fuerza, estrellándola contra la pared. La cabeza de la *hubot* cruje y sus ojos se cierran. *Jos* detiene su furia y mira a *China*, tendida en el suelo en una posición imposible, con las piernas muy abiertas, rígidas.

El animal se marcha y *Jos* regresa. Como si acabará de aparecer en la habitación, mira a su alrededor. La cama, el suelo y la pared están llenas del líquido verde que rezuma de *China*. Él también está pringado.

--¿Qué he hecho? --*Jos* se agarra la cabeza y se arrodilla.

Se incorpora. Recoge los restos de sus ropas. No puede apartar la mirada de *China*. Lo que queda de su juguete roto. "Eso es. El juguete se ha roto. Es una máquina", se dice mientras sale corriendo de la habitación.

Su camión le espera. Arranca y entra en el túnel de la autopista. *Jos* sigue llorando.

--¡Ella es una máquina, pero yo no! --grita mientras gira el volante violentamente hasta golpear contra la pared.

El dueño del club entra en la habitación de *China*. Sonríe.

--Este hijo de puta se lo ha pasado en grande --dice, mientras se agacha para valorar los daños del *hubot*. Saca su móvil del bolsillo y lo dirige a su boca

--¡Recuperación de *hubots*! --dice.

Unos segundos más tarde, el contacto se produce.

--Enviamos una unidad de recogida.

Alex sabe que hoy irá a dormir tarde. En la camilla del laboratorio, el servicio de recogida ha depositado un *hubot* para una reparación. Alex aparta ligeramente la sábana y ya no importa el cansancio que arrastra. Vuelve a tener en sus manos a *China*, la *hubot* sexual más impresionante jamás fabricada.

Retira completamente la sábana y observa los destrozos de *China*.

--Pobrecita --dice mientras pulsa en la pantalla de la camilla para escuchar el informe. Aunque no sea necesario.

"Hubot procedente del Club XXX. Precisa cambio de la dermis en su totalidad. Reparaciones en el miembro inferior izquierdo. Reajuste de las articulaciones de la pierna izquierda. Probable cuello roto. Ligeras supuraciones en oídos, nariz, vagina y ano. Precisa complementación de fluidos. No se observa nada más en una primera exploración. Se adjunta *back up* para su reprogramación en caso de ser necesario"

Los ojos de Alex intentan retener las lágrimas. *China* está destrozada.

Se dirige a la pared que hay detrás de la camilla y abre dos de los enormes contenedores. Los empuja hasta la camilla. Junto a ésta deposita el maletín de herramientas. Conecta a *China* con su computadora para monitorizarla.

Alex retira la dermis de las piernas con extremo cuidado hasta que afloran las averías. Afortunadamente la pierna derecha supera los test de movimiento, pero la izquierda no. Separa la pierna y retira la cadera. Del contenedor extrae una articulación y sustituye la dañada. Desde el otro contenedor coge una bolsa con solución acuosa de protección temporal para reforzar la unión. Alex vuelve a unir las partes y realiza el test de movimiento con éxito.

Estira y repone la dermis hasta cubrir todos los desperfectos. Vuelve a introducir la mano en el contenedor para extraer otra bolsa con un líquido transparente. En la etiqueta pone: "Complemento dermis experimental. Grafeno". Perfora la bolsa y aplica esa especie de silicona en los dos miembros inferiores, desde la cadera hasta los dedos de los pies. Con una segunda bolsa completa la aplicación en el resto del cuerpo.

Ayudado por la grúa que hay encima de la camilla, voltea el cuerpo de *China* y acaba la aplicación de la dermis experimental.

--Ahora serás más fuerte --dice con rabia.

Con el escalpelo secciona, ligeramente, la nuca de *China* y extrae el conjunto de discos que forman el cuello. Algunos están rotos y otros desplazados. Cambia el conjunto completo soldándolo a la columna.

Varias horas más tarde, Alex admira el cuerpo reparado de *China*. El chico ha consolidado una admiración por la chica, un cariño... ¿amor?

Solo queda la reprogramación. Desestima el *back up*. Esta vez utilizará una aplicación desarrollada por él (un prototipo para el ejército). Pulsa la tecla y la transferencia se inicia.

*China* despierta. Alex la mira con dulzura. Ella se levanta, sonrío. Se dirige hacia su salvador y le coge su cabeza. Con cariño acerca su cara a la de Alex y sus labios se unen. La *hubot* se separa de Alex y sonrío. Las manos de *China* siguen en la cabeza de Alex, presionan ligeramente, como si masajearan las sienes de su amor.

Sus manos aprietan hasta que la cabeza explota como la cascara de un huevo.

*China* sonrío.

**Josép Cascales Vázquez** (Badalona, 1964) reside en Madrid. Master en Marketing y Ventas. Mantiene un blog dedicado a los relatos de ciencia ficción <http://josepcascalescf.blogspot.com/> y una página en facebook [Relatos Cortos. Ciencia Ficción https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/](https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/) con información relacionada con la Ciencia Ficción y la Ciencia en general.

Ha colaborado en la revista MiNatura con el relato "La justicia siempre llega", en Inari con "Insurrección: El nacimiento de un superhéroe", en el portal ficcioncientifica.com con el relato "Reprogramación", así como en "Relatos escogidos del Taller Literario Terbi" de la Asociación Vasca de Ciencia-ficción, Fantasía y terror, con dos relatos: "Mutación" y "Reprogramación".. También ha publicado varios relatos en el periódico A21: "Jules" y "Viajes en el tiempo".

# Cuestión de supervivencia

## Dolo Espinosa

En la planta más alta de la más alta torre del castillo situado en la cima más alta de la más alta montaña de un lejano reino, dormía una hermosa princesa.

Cientos de años habían transcurrido desde que una malvada bruja condenara a la joven al sueño mágico del que sólo despertará cuando un valeroso príncipe deposite en sus rosados labios su primer beso de amor.

Alrededor del castillo se extendía un oneroso, oscuro y profundo bosque cuyos gigantescos árboles habían sido, en aquel lejano tiempo en que la dulce doncella aún hacía resonar su cantarina risa a través de habitaciones y jardines, un poderoso ejército de diez mil fieros guerreros que habían jurado proteger y custodiar con celo a su princesa. Tan grande era su lealtad que se negaron a abandonarla aún cuando cayó víctima del hechizo. Entonces, la pérfida bruja decidió usar tanta fidelidad en su beneficio y transformó a los diez mil soldados en diez mil enormes árboles que estorbaran el paso a cualquier príncipe que pretendiera llegar hasta la durmiente. Ocupaban estos árboles casi cada palmo de suelo, dejando apenas espacio para que entre sus troncos crecieran espinos o deambularan terroríficas bestias.

Quien quisiera llegar hasta la torre debía ser verdaderamente muy audaz para afrontar los pavorosos peligros que se ocultaban en la tenebrosa espesura.

Más allá del lóbrego bosque se extendía una bella y amable villa, único resto del antaño extenso y poderoso reino. Eran sus habitantes sumamente cordiales y en extremo hospitalarios con los escasos visitantes que hasta ellos llegaban. Con amplias sonrisas y simpatía arrebatadora, los vecinos ofrecían al cansado forastero cama mullida, comida caliente, exquisito vino y agradable conversación. Se mostraban educadamente interesados por el mundo exterior y por el motivo que traía al viajero a un lugar tan apartado y, a su vez, saciaban la curiosidad del extraño sobre la historia de la ciudad y del castillo.

El grueso mayor de visitantes lo formaban vendedores y artistas ambulantes que, conocedores del aislamiento en que la villa vivía, dirigían sus pasos hacia allí pensando en las grandes ganancias que podían obtener, y que obtenían con creces, pues los lugareños acudían en tropel a la compra de aquello que no podían producir ellos mismos o en busca de una inocente diversión que les sacara de la rutina diaria. Tanto los unos como los otros eran bien recibidos y abandonaban el lugar contentos y con pingües beneficios.

Otro grupo de forasteros, menos abundante, era el formado por viajeros que se dirigían a otros lugares y que extraviaban la ruta, ya fuera por desconocimiento de los caminos o porque alguna niebla o tormenta inoportuna les hacía perder el rumbo. Cuando llegaba al pueblo alguno de estos, era recibido con calidez y amabilidad, se le ofrecía la mejor comida, la cama más confortable, amena conversación y, finalmente, se les mostraba cómo recuperar su camino ofreciéndose algún vecino a hacerle compañía durante todo el tiempo que fuese necesario.

Nadie, en fin, salía descontento de la pequeña villa al pie del hermoso castillo



donde dormía la bella princesa.

El último grupo de visitantes y el menos numeroso era el formado por los príncipes que se consideraban lo suficientemente osados como para enfrentarse a los peligros que pudiera conllevar despertar a la durmiente doncella. Llegaban a cuentagotas, de año en año, de lustro en lustro y hasta de década en década. Príncipes azules, príncipes encantadores, príncipes valientes y hasta príncipes-rana. Príncipes rubios, morenos, pelirrojos, altos, bajos, gordos, delgados, feos, guapos, listos, tontos, bravucones, románticos, idealistas, prácticos, ascéticos, lujuriosos...

Príncipes, en fin, de todo tipo y procedencia con una sola cosa en común: todos y cada uno de ellos se consideraban los elegidos para salvar a la princesa y hacerse con la corona de un reino que, en realidad, ya no era casi nada.

Daba igual la apariencia, el carácter o la cuna del príncipe, si con cualquier visitante la hospitalidad era exquisita, con los jóvenes aspirantes la misma era llevada a sus cotas más altas. El recibimiento era digno del más grande héroe. Hombres y mujeres salían a las calles o se asomaban a balcones y ventanas para vitorear al joven aspirante que, con sorpresa y deleite, recorría la villa sintiéndose ya vencedor y rey. Durante varios días se hacían fiestas, se celebraban pantagruélicos banquetes donde el vino corría en abundancia y las jóvenes olvidaban el pudor ante una sonrisa del príncipe.

El pueblo se rendía a los pies del valiente que venía a salvar a su dulce y dormida princesa. El príncipe, por su parte, pasaba esos siete días de celebraciones ahíto de comida y borracho de vino y de una gloria aún no ganada.

Al amanecer del octavo día, el príncipe aspirante solía poner rumbo al castillo. Todos los habitantes de la villa le acompañaba, en alborozada comitiva, hasta la misma linde del bosque donde le despedían entre vítores y efusivas muestras de afecto. Y entonces, acompañado sólo por un pequeño grupo de jóvenes guías, el príncipe entraba, finalmente, en la tenebrosa espesura.

Mientras se adentraban entre los árboles continuaban las bromas y los cantos.

Durante un tiempo al príncipe no le molestaban ni los espinos que se enganchaban en sus ropas, ni las ramas que parecían querer sujetarle ni la oscuridad que, a cada paso, se volvía más y más opresiva. Demasiado embriagados por la amabilidad, los cantos y el ambiente festivo, el príncipe, los príncipes -cualquiera de ellos- seguían a sus guías adentrándose cada vez más en el bosque; medio aturdidos de vino y sueño no solían percatarse del momento en que ellos -sus guías- desaparecían.

Sólo tras un rato de silencio se daban cuenta de su soledad.

... O de su supuesta soledad pues no tardaban los príncipes -cualquiera de ellos- en sentir apagados susurros, sigilosas pisadas, agitadas respiraciones, murmullo de hojas y crujir de ramas. Del norte y del sur, del este y del oeste, comenzaban a llegar monstruosas bestias de dientes afilados y zarpas terroríficas, temibles engendros salidos de oscuras pesadillas.

Las reacciones dependían de cada jovencito -pues, a fin de cuenta, eso eran los príncipes, unos imberbes mozos en busca de aventura-, aunque sin variar en demasía. Algunos intentaban luchar, otros intentaban huir, algún otro quedaba paralizado por el miedo y otros más se volvían locos de pavor y suplicaban piedad no sabían bien a qué.

Pero de nada valían luchas, huidas, súplicas o rezos, los aterradores endriagos siempre acababan por dar muerte a los príncipes -cualquiera de ellos- y a sus sueños de gloria, fama y poder.

En la linde del bosque, los ciudadanos de la villa aguardaban en silencio a que todo concluyera. Luego, una vez apagado el último y desgarrador grito, se ponían en pie y, dando media vuelta, retornaban a sus casas, silenciosos y meditabundos.

No era una tarea agradable para ellos. pero, ¿qué otra cosa podían hacer?

No podían permitir que un príncipe -cualquiera de ellos- llegara hasta la hermosa y dormida doncella porque, si eso llegaba a ocurrir, la villa y sus habitantes desaparecerían, ya que ambos -villa y villanos- habían nacido de los sueños de su princesa y, si ella dejaba de soñar, ambos -villa y villanos- morirían con sus sueños.

No, no era una tarea agradable esta de matar príncipes. pero era necesaria.

Por eso volvían en silencio y pesarosos a sus casas y, por eso, allá, en la planta más alta de la más alta torre del castillo situado en la cima más alta de la más alta montaña del reino, la dulce princesa fruncía su níveo ceño y se estremecía levemente para luego continuar soñando con la vida en una hermosa y alegre villa más allá del bosque.

## **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital **miNatura** ( <http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/> ). He publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: *Pinocha y la poción mágica* y un libro de relatos con la editorial Atlantis: *Testamento de miércoles*. Y, además, mantengo dos blogs: *Testamento de miércoles* ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com> ) y *El cofre de los cuentos* ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

# Demasiado viejos para esto

Dolo Espinosa

Bruñían sus armas con desgana y preparaban los pertrechos entre bostezos. No había furia en sus ojos ni eran briosos sus ademanes. El silencio entre ellos sólo era roto por algún gruñido o algún murmullo apenas perceptible.

Se sentían cansados y se sabían viejos, muy viejos. Demasiadas batallas a sus espaldas, demasiadas muertes, demasiado trabajo.

Arrastraron los pies y los años rumbo al establo. Era hora de limpiar y alimentar a los caballos, unos caballos tan viejos y cansados como ellos que relinchaban con desgana y bufaban con fastidio.

Cepillaron sus monturas sumidos, cada uno, en sus propios pensamientos y recuerdos, deseando todos estar en otro sitio, preferiblemente en casa, descansando y olvidando o, como mínimo, dedicados a sus tareas cotidianas.

Ninguno quería estar allí.

Ninguno quería estar en el ataque.

Ninguno quería formar parte de aquello.

Ellos no eran el enemigo. No ahora. No después de tantos años viéndolos vivir y morir tan de cerca.

Si los hubieran llamado antes, cuando eran aún jóvenes, cuando la rabia aún bullía en sus entrañas, cuando la sed de sangre era fuerte e irresistible, cuando aquellos que tenían que aniquilar no eran para ellos más que pulgas molestas... Entonces habrían matado, desgarrado, destrozado y consumido. Sin pesar y sin pensar.

Pero ahora no. Ahora su ira se había evaporado, el deseo de lucha se había diluido, la juventud se había marchado.

Cierto, ellos habían seguido ejerciendo su trabajo y habían continuado matando. Era su trabajo, su deber, su obligación. Mataban unos pocos aquí y otros pocos allá y llevaban tanto tiempo haciéndolo que sus ataques habían pasado a formar parte de la vida cotidiana. Pero esto de ahora... esto era muy distinto.

Los habían llamado para ser instrumentos de la completa aniquilación de aquellos seres que ellos habían aprendido sino a amar (pues amar no estaba en su naturaleza) sí, al menos, a respetar. Y se habían vuelto demasiado viejos y demasiado sentimentales, estaban demasiado cansados y demasiado involucrados.

En el establo sólo se oían los cepillos pasando una y otra vez sobre los cuerpos de los caballos. Los guerreros no hablaban entre ellos, no lo necesitaban para saber qué pensaba cada uno.

El amanecer se acercaba. Pronto sonarían las trompetas y ellos tendrían que lanzarse al ataque.

Colocaron los arreos a los caballos.

Tomaron sus armas.

Montaron en silencio.

Esperaron.

--Hace frío --dijo Muerte--. Mis huesos ya no resisten tanto frío.

--Y llueve --dijo Guerra--. Eso le sienta fatal a mi reuma.

--Estas armas pesan demasiado --añadió Peste--. Mis músculos ya no son lo que eran.

--Ni siquiera hemos desayunado --se quejó Hambre--. Si no desayuno luego no soy... lo que quiera que sea.

Y callaron de nuevo.

El campamento bullía a su alrededor. El nerviosismo se oía. La tensión se palpaba. El ataque estaba a punto de comenzar. Todo y todos estaban listos para el Apocalipsis.

Las trompetas sonaron. El ejército celestial se puso en marcha.

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis se miraron y, sin mediar palabra, dieron media vuelta y, espoleando a los viejos caballos, se alejaron del campo de batalla.

### **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital miNatura ( <http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/> ). He publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: Pinocha y la poción mágica y un libro de relatos con la editorial Atlantis: Testamento de miércoles. Y, además, mantengo dos blogs: Testamento de miércoles ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com> ) y El cofre de los cuentos ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

# Deseo

Mira de Echeverría, Teresa P.

La mira con ojos tristes porque son los únicos que tiene, los únicos que jamás ha tenido.

Ser un hombre-cangrejo, un soldado acorazado, no es lo que hubiera deseado... de haber sabido alguna vez lo que era elegir.

Ella está tirada sobre la vitrificada arena negra. Tiene los ojos cerrados y el agua se escapa de sus agallas amarillentas, bajo el mentón bien marcado.

Él sabe que ella va a morir si no hace la transición agallas/pulmones y, sin embargo, la sigue mirando absorto. Jamás ha visto algo más hermoso en toda su vida. Treinta y ocho años de guerra --desde el útero de plástico donde lo gestaron, hasta hoy--, y recién se da cuenta de lo que es la belleza.

La muchacha es sublime. Sus curvas le recuerdan las olas girando sobre sí mismas, cuando se halla sumergido y la tormenta arrecia en la superficie.

La chica cabecea. Él hace un intento de agacharse: la coraza de combate cibernética, que lo cubre de pies a cuello, no cede fácilmente. Pero hace sólo *un* intento. Está tan hipnotizado con el rostro de esa muchacha-pep que no logra reaccionar ni siquiera para salvarle la vida.

Es triste verla así, con las agallas virando lentamente hacia el violáceo a medida que la asfixia aumenta. Pero él no ha conocido muchas cosas además de la tristeza, por lo cual no le es extraño sentir eso: una dulce, dulcísima y suave sensación de melancólica angustia, de desolación sin fin, mientras la criatura más hermosa que jamás haya visto en toda su vida agoniza a escasos centímetros de sus pies.

Ella comienza a boquear. Y su boca es perfecta. Exuberante, rotunda, rosada, carnosa. Si él supiera besar, ya lo estaría haciendo. Besarla incluso aunque ese beso le quitase el último aliento. Porque su mente no puede procesar más que la imagen de unos labios que llaman desesperadamente a los suyos.

Él también tiene los labios rotundos, e incluso aún más pulcramente delineados, pero están casi azules a causa del frío; y el mohín que inclina sus comisuras hacia abajo, sólo aumenta la acuosidad infinita de su mirada horriblemente triste y azul.

Si le colocara el tubo de su casco --el que sostiene con la mano que no empuña el rifle--, ella podría volver a respirar.

Intenta agacharse, una, dos veces. Ese cuerpo sinuoso que está haciéndole bullir la sangre en las venas --el tenso traje de goma escamada color ámbar y bronce que encierra a la exploradora--, lo retiene más quieto que el miedo antes de la batalla o las agujas de calmantes después de ésta.

No obstante, lo más probable es que no reaccione porque, sencillamente, no encuentra un motivo para hacerlo. Lejos de la batalla hay muy pocos motivos para hacer algo.

Y la muerte --incluso la del ser más bello del mundo--, es lo más natural para él.

De pronto tiembla al verla. Ni la onda expansiva de la metralla subacuática podría causarle tal temblor. Adivina la antigua epidermis que ya fue asimilada por esa goma, salvo en la cabeza y las manos. Él aún posee la calidez de una piel humana debajo del traje. Pero hace muchos años que no se lo quita. No hace falta. Los miles de tubos capilares y conexiones seudonerviosas ya han tejido una red entre él y su armadura-procesadora. El traje es su madre y su médico y su amante cuando lo necesita. Y es su compañero de batalla, el que lo sostiene con vida: una coraza rojo brillante y gris cromo que sigue sus contornos con más holgura y libertad que ese traje de goma viva, ámbar y bronce, que ya está dejando de retorcerse allí abajo, en la arena negra.

Piensa en su propia piel bajo las dendritas del traje. Debe estar blanca y mustia como los dedos que se exponen al agua por horas... Sin embargo, su rostro --el que puede ver reflejado en el visor espejado del casco--, es diferente. La nariz, milagrosamente recta, muestra los golpes bien curados de cientos de batallas. El cabello es tan corto que no puede detectar su color, apenas una pelusa oscura sobre su cráneo, salvo el sitio donde la cicatriz lo recorre --allí sólo hay una sinuosa y profunda línea nacarada--. El color de sus ojos es como el de un océano de oxígeno líquido. Y su piel, bronceada por el rigor de los soles, está enrojecida aquí y allá, por la quemazón del frío. Hay un rictus en sus cejas, que se inclinan sobre el puente de su nariz, un rictus que tironea de la piel de su frente, un rictus de preocupación o seriedad. Intenta deshacerlo, pero no sabe cómo.

Tristeza, eso es lo único que a veces afloja la tensión sobre sus ojos.

Finalmente, cuando las primeras convulsiones hacen que la nuca de la muchacha se doble de modo casi catastrófico, un impulso ciego, primitivo y carente de pensamiento, lo arroja al suelo y lo insta a introducir el tubo de su casco en la tráquea de la chica. Oxígeno y otros gases corren directamente a su sistema respiratorio primario. ¡Ya está! ¡Eso es lo que debería haber hecho hace varios preciosos minutos atrás!

Tal vez sea tarde porque ella no abre los ojos. Pero no importa, la belleza sigue allí.

Ahora que está agachado, pasa su mano enguantada cinco centímetros por encima del cuerpo de la mujer-pez. Cinco centímetros exactos que puede controlar con la misma precisión con la que controla su puntería. Cinco centímetros de aire que separan su mano de ella.

Puede olerla perfectamente: el pútrido aroma que adquieren las criaturas del mar al cocerse bajo la luz de los soles, incluso con este frío, incluso bajo el manto de nubes que ha dejado la tormenta de guerra que no termina de alejarse por completo. Ella está oxidándose en el aire.

Se concentra en su rostro. Estira su mano --la que ya ha dejado el casco en el suelo para que funcione como soporte de vida de la chica--, y levanta el primer párpado del ojo derecho. Luego, sin pensarlo, deja el fusil a un lado --su mano entumecida se siente extraña sin el enorme suplemento armado-- y utiliza el dedo del gatillo para abrir el segundo párpado del mismo ojo. Un choque de color negro da de lleno en su imaginación, ¿de qué otro color creía que sería? De pronto, la pupila se retrae mágicamente y se encoge hasta hacerse muy pequeñita. Algo golpea dentro de su pecho cuando repara en el complejo iris repleto de verdes, marrones y castaños danzando unos sobre otros en ese ojo que aún no tiene mirada.

Delicadamente deja que el tegumento primario vele el globo ocular con su gasa opaca y

translúcida, y que luego lo haga la porción de carne bordada de escasas pestañas rojizas y artificiales.

Algo interno tironea de él y lo obliga a doblarse más y más sobre la mujer-peze, casi hasta rozar con su nariz helada el orificio auricular sin oreja de la chica.

Lentamente reclina su cabeza sobre el pelo de ella, tanteando con algo de reluctancia: las mujeres-peze siempre tienen ese olor a algas pútridas y, además, el simple hecho de tomar aire sin su casco, lo hierde en este clima. Pero él está acostumbrado al olor de la descomposición y la muerte. Él está habituado al dolor. Es otra cosa lo que lo reprime. Un terror casi sagrado.

No obstante, aspira el aroma nauseabundo de las fibras artificiales, brillantes como oro al rojo vivo, que componen la cabellera de la muchacha. Los soles parecen encenderla sobre la arena negra. Pronto se encuentra restregando sus mejillas en esa suavidad. ¡Su tristeza es tan profunda y deliciosa en este momento! Las drogas jamás le dieron una sensación como ésta.

Hunde su boca y sus ojos en la áurea furia candente, saciándose en la seda que lo acaricia. No puede dejar de frotar su cara contra aquel cabello mientras ella yace en el suelo, absolutamente lejos de cualquier consciencia de lo que él está haciendo.

Sabe que no es honorable, pero no puede evitar seguir acariciando con su frente y sus ojos y su nariz y su mentón, esa masa horrible y maravillosa de cabellos biometálicos, como si éstos pudiesen limpiarlo de algún tipo de suciedad que ignoraba que tenía.

El frenesí crece y crece. Comienza a tararear una tonada en la estática que lo baña como un sentimiento iónico, como un deseo eléctrico. Es una vieja canción de combate con la que solía ir a la lucha cuando tenía doce años.

Entonces calla de pronto, gira de lado a la chica-peze, y apoya su oreja sobre la espalda.

Inhala... exhala... inhala... exhala... Su ritmo es perfecto porque lo marca el sistema de supervivencia del casco. Pero aquí y allá hay breves demoras, fracciones de segundo evaporadas o adicionadas, variaciones que él está acostumbrado a advertir al calcular un tiro de precisión por entre los sutiles cambios de flujo de una corriente marina particularmente turbulenta.

Está viva. Eso, al menos.

Las mujeres-peze utilizan sus cabellos hipersensibles para sentir presiones, temperaturas, cambios mínimos en la viscosidad del fluido marino; pero para él ahora son un fulgor dorado contra el que hunde y mueve su rostro, tal como lo haría un animal que intentase dejar su olor sobre lo que considera suyo.

Luego se tiende en el suelo detrás de ella, siguiendo con su traje el contorno del cuerpo gomoso. Percibiendo cada arista de la negra arena vitrificada punzando y machacando su mejilla izquierda.

Jamás ha dormido lejos del rebaño. Nunca sin su casco. Pero los soles caen y el océano se retira, y el sonido de la respiración de la chica se vuelve un arrullo.

Le pesan los párpados sobre sus tristes ojos azules. Nunca ha soñado y tiene miedo. Dicen los ancianos --los hombres-cangrejo que tienen el arma cosida a su mano--, que si



duermes sin tu casco, sueñas. Y que los sueños raptan tu espíritu y se lo llevan a otro mundo, a un mundo que tanto puede hacerte feliz como destruirte.

Se queda pensando en esa palabra: "feliz". Jamás se atrevió a preguntarles qué cosa significaba.

Sabía lo que era "frenesí", gracias al combate, y lo que era "excitación", gracias al traje cuando lo masturbaba; pero no llegaba a entender aquello. ¡Tal vez no fuese muy diferente de la tristeza! Esa idea lo reconfortó. No le temía a ser destruido, pero sí a ese tal "ser feliz".

Mientras sus párpados se balancean sobre sus ojos, comprende que lo último que verá antes de dormir será esa radiante y nauseabunda masa de cabellos; y lo que sea que extrae de aquella idea, lo complace.

Entonces, en el exacto momento en que se queda dormido, el sueño vence esos cinco perfectos centímetros que lo separan de la mujer-pezu, y su mano enguantada se apoya finalmente sobre la sinuosa curva del muslo.

Ojos castaño-verdosos, claros y brillantes como una gota de resina, lo están mirando...

A él le duele mucho la mejilla izquierda y tiene toda la cara entumecida por el frío...

Reacciona. Se levanta rápidamente gracias a la autosustentación del traje.

La chica retrocede en cuclillas, como un animal asustado. Sus ojos enormes, demasiado grandes para su cara y para la luz de los soles, están entornados como dos semillas de cagghrio, alargadas y suaves. De su boca aún pende el tubo blanco que la une al casco que yace en la arena. Ella no se aleja mucho del radio que dibuja el tubo de oxígeno.

Cuando él se acerca, puede ver en el reflejo del casco los puntos de sangre coagulada que tapizan toda la mitad izquierda de su propio rostro. Sin darle importancia, eleva la vista y vuelve a encontrarse con la sinuosa figura de esa chica: ambarina en su cuerpo, dorado en su cabello y pálida en su rostro.

Y ahí están de nuevo esos labios que le provocan tanta tristeza como anhelo. Aún llenos de costras por la falta de agua y lastimados por el tubo, son tan hermosos e incitantes como los pétalos de una anémona.

--Yo soy Pastor.

Su voz suena ronca, alquitranada, áspera. Ella se asusta al oírlo, reacciona tan rápido --tal como lo haría en su propio cardumen de mujeres-pezu--, que casi se libera del tubo. Pero corrige su movimiento y se acerca al casco nuevamente, aunque eso implique acercarse al hombre-cangrejo, al guerrero semidesarmado. Pastor confirma entonces su sospecha: ella es una exploradora, ella no teme ser autónoma.

Ella es su enemigo natural.

--Yo soy Pastor --repite--. Mi rebaño es Cien-hombres-cangrejos. ¿Y tú?

Ella gesticula varias veces y prueba a hablar. Por fin se quita el tubo y espera. Tose, se

agita, cae al suelo convulsionándose. Él la mira como la primera vez, como si estuviese viendo una hermosísima danza sobre la arena de vidrio negro. Lo ha visto una y otra vez: la muerte.

Pero ella no muere. Sus agallas se retraen, rojas, bajo su mentón. Y sus pulmones respiran por ella.

Se levanta y trastabilla. Se agacha de nuevo, las manos en el piso. Entonces responde con una voz aún menos acostumbrada a hablar que la de él:

--Yo soy Lágrima. Rastreadora del cardumen Diez-mil-mujeres-pep.

Las lágrimas son gotas que se desprenden de la masa acuosa. Pastor entiende. Ella es una solitaria. Sabe el movimiento del cardumen porque ha nacido en él, pero ya no existe en su seno.

Él conoce una soledad diferente, aunque similar; la de guiar a un grupo sin terminar jamás de pertenecer a él, pero sin poder separarse del todo del mismo. Por eso él no tiene pinza armada, por eso él no camina de lado. Igual que ella, él sabe corregir movimientos azarosos o instintivos, basándose en un pensamiento consciente, propio, individual.

--Sígueme --le dice.

Él es pastor, y guía. No conoce otra forma de existir. Él *es* Pastor.

Ella lo mira reticente. Una exploradora va siempre por sitios nuevos, lejos de los caminos. Él comprende que no lo seguirá dócilmente tal como lo hace su regimiento, pero lo hará porque piensa por sí misma y no necesita del cardumen.

--Ven --insiste. Y se larga a caminar. El casco bajo un brazo y el arma colgando del hombro por primera vez en muchos, muchos años.

Ella lo sigue; de a ratos agachada, de a ratos en cuatro patas. No es anfibia por naturaleza, le cuesta la playa, le cuesta el aire, le cuesta no ser sostenida en los brazos de la Madre océano. Pero se mueve con mucha agilidad, siguiendo un camino paralelo y zigzagueante respecto de Pastor.

La está guiando a una laguna. Allí ella podrá recuperarse de las heridas que la tormenta de guerra le ha infringido, y él podrá mirarla nadar en aguas poco profundas. Tenerla a mano. Restringida, pero con cierta libertad. Tal como una mascota migghala.

Él le señala un enclave entre rocas de ónix, rectas y filosas. Un espejo de aguas claras que reflejan los soles. Aguas limpias que se renuevan con la lentísima pleamar de cada semana.

Ella se adelanta, tentada por el líquido cristalino. Luego gira la cabeza y lo mira por encima del hombro, con reticencia. Ella también sabe cómo se domestica a un migghala.

Duda, pero la necesidad es más fuerte y se zambulle.

Pastor corre a sentarse sobre un negro promontorio. La figura sinuosa de la mujer-pep se vuelve aún más sinuosa en sus movimientos. Cuando nada, ella es hermosa toda entera. Tan hermosa como su boca.

El cabello es un cardumen de cintas de seda perfectamente sincronizadas, y el ámbar del traje-piel va transluciéndose --igual que su armadura al energizarse bajo los soles--. Entonces él reconoce las trazas de los músculos de la espalda por debajo de una delgadísima piel humana. Piel tatuada con las largas listas de códigos de crianza con las que se graban a los humanos mientras están en el útero de plástico.

Él también las posee. Aunque son diferentes.

La chica se aposenta sobre su vientre en un nicho rocoso con apenas unos pocos centímetros de agua. Gira la cabeza y lo mira desde el interior del líquido. Ahí están todos esos códigos, pequeños símbolos apretados y negros descendiendo por la espalda, más y más y más.

Ella lo observa de forma extraña. Ha recogido el cabello dorado y lo ha escondido bajo el torso.

Continúa mirándolo por encima del hombro.

Pastor tiembla.

Su entrecejo se pliega aún más, está serio, está desarmado.

Comprende.

Da la orden mental y el traje comienza a coleccionar energía solar. Entonces su coraza también se vuelve translúcida. Pero todo lo que se puede apreciar de Pastor es un cuerpo apenas observable bajo una mirada de gusanillos blancos que se hunden en cada poro de su piel, conectándolo con la armadura ahora invisible. Una nube de filamentos blanquecinos que envuelve por completo su cuerpo.

Él no puede moverse cuando está en esta modalidad. Pero, por alguna razón, se ha expuesto así ante Lágrima, ante su enemigo natural. Tal vez sea por la dulce tristeza que siente en su compañía.

Ella gira. Expone su torso. Sus piernas abiertas no guardan secretos... Pero no hay ningún secreto que resguardar. Ni ella ni él son reproductores, y no queda ningún rastro de que su especie lo haya sido alguna vez. Él es varón por ser XY, ella es mujer por ser XX, pero no existen genitales de ningún tipo. Podrían ser del mismo sexo, podrían no serlo de ninguno.

Aun así, Pastor jamás ha visto tanta belleza.

Un trueno en la lejanía anuncia la llegada de una nueva tormenta: la miríada de naves de guerra tan abigarradas que forman nubes y alteran la atmósfera. Los soles apenas si asoman dos veces al comienzo de cada temporada-tregua: la fría y la helada.

Pastor sale de su estado de carga. El traje se vuelve brillante, todo rojo y cromo.

Lágrima emerge por completo del agua y cada poro de su piel almacena líquido. Las agallas se retraen. Ahora apenas si carraspea al utilizar sus pulmones. De pronto sus sinuosidades, inútiles como hembra pero perfectas como pez, se recubren de un ámbar furioso, cada escama rematada por un borde de bronce.

Ambos miran las grandes aguas bordadas de encajes amarillentos y sutiles: el océano

tempestuoso y gris por las tropas que se arrastran o nadan por debajo. Millones de combatientes.

Ninguno de los dos se encamina hacia allí. El océano es Madre, pero Pastor hace rato que no es un niño; e intuye, por su oficio, que Lágrima ha aprendido a valerse por sí misma como una verdadera anciana del mar, a pesar de su corta vida revelada en el color de las escamas.

--Sígueme --dice él.

Y ella avanza. De a ratos agachada. De a ratos en sus dos piernas, quizás por primera vez. Pero ahora va a su lado, imitando el lamento del migghala.

Él no comprende que ella está domesticándolo, tanto como él cree domesticarla. Y menos aún entiende esa extraña expresión en el rostro de la muchacha, eso que expande su boca hasta hacerla todavía más hermosa de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Duermen entrelazados sin saber por qué, pero hace meses que lo hacen.

Ella sigue sonriendo, y él viéndola con una tristeza reconfortante. ¿Felicidad? Lentamente el rictus de su cara se suaviza: de algo violento hasta algo melancólico. Ella dice que él es como un migghala adulto, y ésa su forma final. Que le gusta.

Él responde que desde que acepta los charcos que él le busca, ella ha dejado de ser una mujer-peíz. No sabe aún si es una migghala, pero seguro que no una mujer-peíz. Y Lágrima asiente pensativa y vuelve a expandir hermosamente su boca, sólo para él.

Sus vidas son ahora un caminar constante. Peregrinando por el planeta, siguiendo la bajamar y huyéndole a la lentísima pleamar; lo que les permite habitar siempre en terreno seco y lejos de las nubes de guerra. Terrenos pedregosos, volcánicos e incluso vitrificados, pero tan lejanos del rebaño como del cardumen.

**Teresa P. Mira de Echeverría** (Argentina, 1971).

Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre ciencia ficción, filosofía y mitología.

Es una de los fundadores del taller literario "Los clanes de luna Dickeana".

Sus cuentos han aparecido en las revistas *Próxima*, *Axxón*, *NM* y *Opera galáctica* entre otras publicaciones.

También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados como *Signos Universitarios* (Año I, [2](#) y Año IV, 6), *El hilo de Ariadna*, *NM* y *Cuasar*.

Con "**La trama del vacío**" (aparecida en las revistas *NM* y *Cuasar*) obtuvo el 2do. accésit en la categoría Ensayo del III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (el ganador del primer premio fue Pablo Capanna).

Su cuento "**Memoria**" (candidato al Premio Ignotus 2013), integra la celebrada antología internacional *Terra Nova* publicada en España y Argentina, tanto en la

versión castellana, como en la inglesa.

El cuento "**Dextrógiro**" fue traducido al francés dentro del proyecto que integran traductores de diversas universidades francesas, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia; y apareció en la antología: *Lectures d'Argentine --auteurs argentins du XXIe siècle--*.

Su cuento "**La tenue lluvia sobre los arces**", integra la antología erótica de fantasía y ciencia ficción *Psychopomp II: Bunny Love*.

El cuento "**Vidrio líquido**" forma parte de la antología *Tiempos Oscuros II --una visión del fantástico internacional--*, dedicada a escritores argentinos.

Su cuento "**Purgatorio-42**" aparece en la antología *Erídano, Suplemento Número 24 de Alfa Eridani*.

Además, "**N. Bs. As.**", escrito en colaboración con su esposo, el escritor Guillermo Echeverría, forma parte de la celebrada antología *Buenos Aires Próxima*.

El cuento "**La Terpsícore**" resultó ganador de la convocatoria *Alucinadas* (una antología de relatos de ciencia ficción en español escritos por mujeres) e integra dicha obra junto con otras prestigiosas escritoras y editoras.

Su cuento "**Máquina de mi alma**" integra la *Antología Steampunk. Relatos del retrofuturo*, donde participan los escritores del Taller "Los Clanes de la Luna Dickeana".

En Agosto saldrá la primera antología de sus cuentos (se va a llamar: **Diez variaciones sobre el amor**), de temática estrictamente de ciencia ficción abordando la perspectiva de las relaciones humanas y algunas visiones queer. Y que tiene el plus de que va a estar ilustrada por grabados de una notable grabadora argentina: **Inés Saubidet**.

# El día del padre

Eguren, Carlos J.

*"No nos enseñó a llorar. No quería que supiéramos hacerlo. Según él, nada peor puede ocurrirle a un hombre que saber cómo estar solo, y cómo estar triste, y ponerse a llorar".*

*Ray Bradbury*

*Crónicas Marcianas.*

El día en el que la empresa Futuriblex Robótica creó a la nueva raza humana, Junior decidió matar a su padre porque consideraba que era una jornada tan idónea como cualquier otra. Despertó en un motel junto a Denise, pero eso no tuvo nada que ver con lo que se propuso, lo que sí fue el germen de su idea era un documental en la red: empezaba con un león joven y fuerte que se enfrentaba al líder una manada, acababa con el anciano muerto y un nuevo rey que reclamaba a sus leonas. Jim Carrington Junior, veinte años de ambición y odio, soltó una lágrima que no le permitió ver, pero sí escuchar, el anuncio de Futuriblex en su *cibertableta*.

--Ahora los robots pueden ser humanos. Modelos I.V. Futuriblex Robótica, a su servicio.

Jim aplaudió. Los milagros ocurrían. Esa mañana se presentarían las unidades I.V. (Imitadoras Vitales), las acciones no caerían y sería el capitán que condujese el barco durante la tormenta. Él era joven y fuerte, su padre era un anciano moribundo.

--Qué tarde... Tengo que ir a la presentación. ¿Qué dirán si no está su diseñadora? Nada, pero déjame hacerme ilusiones --dijo Denise levantándose de la cama y tomándose un calmante. Jim contempló a la mujer con su mirada cansada y un gesto familiar indescifrable que le encantaba.

--¿Dolor de cabeza? --preguntó Jim. Ella dijo que sí con la cabeza--. ¿No puedes mandar a un I.V. por tí? Estáis vendiéndolos como capaces de adoptar la forma y el carácter de un humano, podrías usarlo de esclavo.

--Buena idea, pero Futuriblex solo ha conseguido que se use la imagen de gente muerta. Los registros de derechos de autor sobre los cuerpos han aumentado tanto... Nada de clones robóticos.

Jim acarició el rostro de Denise. Ella era única.

--Jim, nos acostamos tarde jugando...

--¿El juego de siempre?

--Sí, pensar en cómo cometer el crimen perfecto...

--Ah, el viejo juego... ¿Sabes qué, Denise? Creo que es hora de dejar de jugar.

Denise era complicada. Tenía la apariencia de una chica inocente, con esas gafas de pasta y ese moño con el que intentaba aparentar diez años más, pero solo era una de esas cerebritos recién escapadas de las granjas cerebrales. Jim, con su rostro impetuoso y su cuerpo de caballero andante, podía leer en ella, más allá de los besos, como un ciego el braille. Cada vez que la miraba, alejándose ambos del motel en su aerodeslizador, intentaba convencerla de un plan que ella aceptó sin rechistar demasiado, pese a las frases hechas como "soy incapaz" o "no me veo haciendo una cosa tan terrible". Junior sabía que cualquiera podía hacer al final lo que él quisiese.

Llegaron hasta la Torre Futuriblex, una mole de cristal con diversas puntas que colisionaban en su logo. Denise se detuvo ante los arcos de seguridad. Mostró sus credenciales, se sometió a un examen de retina y dio una muestra de ADN extraída de su saliva. Los arcos de la puerta se volvieron verdes, pudo pasar bajo la mirada ciclópea de los autómatas de control.

El acceso para Jim tuvo más dificultad, pero pudo pasar tras un leve pirateo del sistema. Ni el implante cerebral de su padre, aquel cacharro adosado a su frente, podría detener el virus que acababa de lanzar a las ondas de Futuriblex. Sonriendo, caminó hacia el centro de la estancia, bajo la monstruosa estatua de su padre, una montaña de oro a la que le dedicó un saludo levantando el dedo corazón.

--Ya está... Denise, ¿te pasa algo? ¿Te sigue doliendo la cabeza?

--Cada vez más, Jim, pero no vamos a darnos por vencidos, ¿no?

--No, jamás nos daremos por vencidos.

La siguiente parte de la estrategia fue tal y como la definieron. La mayoría de los encargados del área de control robot se encontraban en la inauguración. Jim desbloqueó la puerta de los laboratorios con su *cibertableta*. El útero maquinal estaba plagado de carcasas robóticas.

--Jim, ¿has reconfigurado los sistemas para que no dejemos rastro? ¿Eres un *hacker* a ese nivel? ¿Y solamente se te ocurre matar a tu padre? Eres tan brillante...

--Soy Jim Carrington, brillante pero cansado de que me eclipsen --dijo y señaló a uno de los robots de las camillas metálicas. Parecía un maniquí gris--. ¿Es esto...?

--El esqueleto.

--Bien. Tenemos una hora para que des a luz a tu Frankenstein.

Denise preparó uno de los siervos I.V. Sus dedos se deslizaron por diversos hologramas que controlaban las inmensas y brillantes máquinas que se asemejaban a las tripas de una ciudad robótica, como las del sur del estado. Jim esperó. En media hora, la diseñadora, pese a la migraña, consiguió las fotos, vídeos y datos disponibles sobre el aspecto físico de su sujeto. En veinte minutos descargó en un cerebro de luz los datos de las redes sociales, correos y demás del individuo; lo necesario para configurar la personalidad del engendro metálico. Al final, cerca de finalizar el tiempo, una réplica de James Carrington Sr. yacía sobre la mesa y Jim y Denise lo observaban como unos padres.

--Parece... él --dijo Jim acercándose a la camilla. Se agachó para observar el rostro de

cerca. Hasta los pelos canos de la barba parecían los de su padre. Lo tocó. Parecía humano. Otro triunfo de Futuriblex--. Es tan perfecto que me dan ganas de coger un bate y reventarle la cabeza...

--Creo que tendrás que esperar para eso, Jim.

--De ilusiones también se vive --replicó Jim. Chasqueó los dedos frente a la réplica de su padre. Este abrió los ojos--. Papi, vamos a sorprenderte.

\*\*\*

En la sala principal de Futuriblex, el mundo permanecía expectante. Las pantallas holográficas se iluminaban detrás de Abraham Lincoln I.V., que conversaba con Ray Bradbury I.V.:

--Hay que ver cómo sois los escritores, ¡halláis historias siempre! Me agrada contar historias...

--¿Y a quién no, Abe? Estamos vivos porque podemos contar historias.

--¿Y ustedes? --dijo Carrington Sr. acercándose al público--. Amigos, ¿qué piensan ustedes? O deberemos llamar a Carl Sagan o Miguel de Cervantes para que debatamos...

El augusto presidente de Futuriblex, con su clásico esmoquin negro y su rostro serio pese a las luces de su implante maquinal, mostró su carisma como insignia. Los espectadores rompieron el silencio con un monumental aplauso. Él habló con la voz de un emperador:

--¡El placer de mostrarles el futuro es mío! Gracias, amigos, por dejar que comparta mi sueño.

Los vítores continuaron hasta que alguien inesperado apareció en escena. Atrajo las miradas desde el primer segundo: James Carrington estaba quieto sobre el escenario y James Carrington recorría el pasillo principal. ¿Cómo era posible?

--No se sorprendan --dijo el autómeta al público--. Sé que está prohibido crear dobles de alguien vivo, pero quería demostrar el nivel técnico al que hemos llegado. ¿Ven a ese yo en el escenario que les ha estado hablando un buen rato? Nadie dudaría de él, pero ¿saben qué? ¡Es un clon robótico de mi persona! ¡Dadle un fuerte aplauso!

Los asistentes enloquecieron, los flashes cegaron al auténtico James Carrington, sorprendido a más no poder por ser considerado un robot perfecto; en cambio, la sonrisa del verdadero autómeta parecía tan oscura que era digna de poseerla un humano.

Los dos James Carrington se encontraron sobre las tablas, convirtiéndose en actores. Se dieron la mano. Si James Carrington decía que el intruso era un robot, los clientes pensarían que su creación era débil y estúpida, que se rebeló creyéndose real... Los I.V. serían un fracaso histórico.

--Bien, sigamos con las sorpresas --dijo el Senior autómeta--. No obstante, despedamos a mi doble robot, que se vaya con mi hijo junior y sea desconectado. Ya ha trabajado más por hoy que mi hijo en toda su vida. Miren, miren cómo se va... ¡Un aplauso fuerte!

James Carrington Senior, el que nació de una mujer y no de un útero de acero, siempre



se entregó a sus estudios, investigaciones y datos, pero también disfrutó del triunfo. En su niñez, escuchó el mito de Prometeo, se horrorizó no solo porque los dioses maldijesen a Prometeo por robar la llama, sino porque él jamás pudo entregar el don y disfrutar de la gloria. Ahora, sabía que su llama le quemaba y el fuego disfrutaba de la gloria de inmolar su cadáver. Siguiendo lo que la gente pedía, el anciano se marchó como si fuera el robot y el androide siguió con la exposición como si fuese humano. El humano sintió náuseas.

--Hola, papá robot --dijo Jim dándole una palmada y obligándole a salir de la estancia. James miró atrás: el público le ignoraba, se centraba en su obra, un resultado que a priori le hubiese gustado, pero ya no le otorgaba alegría--. Vámonos o descubriré tu error. ¿Qué dirán sobre un I.V. que pueda concebir su propia imagen a semejanza de la de un vivo? ¿Cómo le sentará al mundo no poder confiar en nadie sin pensar que podría ser un robot? Qué horror. Camina.

James Carrington Sr. sintió en su espalda un revólver. Seguidos por una mareada Denise, padre e hijo ascendieron innumerables pisos. Jim observó a su amada, preocupada, doliente.

--¿Qué te pasa?

--Una... una jaqueca. Es terrible...

El anciano sonrió tras escuchar la respuesta, su hijo no entendió el motivo.

En pocos minutos, entraron en el despacho del padre. Denise cerró la puerta. La luz de la ciudad penetraba por toda la estancia acristalada, como un testigo de lo que estaba por pasar.

--Subimos a lo alto para que caigas, papá. ¿Lo harás bien? No lo sé, siempre me decepcionaste. Hasta hoy. Futuriblex necesita sangre nueva y me sacrificaré ocupando tu asiento.

--Ese siempre fue tu problema.

--¿La ambición?

--Falta de ella y exceso de culpar a los demás por tus errores.

--Ja, qué gracioso eres... ¿Alguien carente de ambición planearía esto? Voy a hacerte desaparecer, pondré al maniquí de la presentación en tu puesto, lo desactivaré tras que me dé tu trono en su testamento... Nadie sospechará nada, una cortina de humo tras otra.

--¿Y cuándo encuentren mi cadáver?

--¿Quién ha dicho que vayan a encontrar tu cadáver?

--Sabiendo lo inútil que eres, será lo primero que harán.

Como si cada acción fuera el paso de una danza mortal aprendida hacía tiempo, Jim cargó la pistola, apuntó a la sien de su padre y apretó el gatillo.

Hubo una explosión de rayos y Jim se ahogó en una pesadilla. ¿Qué había pasado?

--¿D... Denise?

La bala debía atravesar la cabeza del anciano, pero cruzó y explotó la de Denise. Yacía en el suelo, inerte, vomitando luz. Jim contuvo las lágrimas, mil veces peor que perdido.

--Junior, tranquilo. Seguridad está en camino.

--Pero... Pero ¿por qué... por qué se interpuso ante ti? ¿Por qué... salvarte... a ti?

--Sigues sin entenderlo.

--¡No me importa qué entienda o deje de entender, viejo!

--¡Otro de tus defectos! ¡Obvias la ignorancia!

--¡Salgamos por el portal de emergencia! No creo que tengas de nuevo la misma suerte cuando te vuelva a disparar.

Jim empujó a su padre a la puerta secreta. Mientras se cerraba aquel nido automático, el muchacho vio el cadáver de Denise, brillante, flamígero. ¿Por qué esa... luz? ¿Era real aquel sol?

Al llegar abajo atravesaron a trompicones los callejones. El hijo ordenó con el implante mecánico de su padre que un transporte viniese a por ellos y esposó a su padre.

--Jimmy, no te van a condenar por haberla matado, pero sí si me matas a mí.

--¿Cómo te atreves? ¡Ella era una persona! ¡Tú, porque tengas dinero, no eres la única persona del mundo! ¡Me juzgarán por haberla matado si hace falta y no importa lo rico que seas!

--¡Si ella fuera humana y acabases en un tribunal, no movería ni el meñique por salvarte! Juzgamos por perder vidas irre recuperables, no juzgamos por perder vidas que se pueden reparar con una puñetera tostadora. ¡Por el amor de los dioses mecánicos! Denise era un androide antiguo, regido por las leyes Asimov que hace tiempo borramos para hacerlos más eficientes. La moralidad es un defecto y ella tuvo ese.

--¿Qué? ¡No te atrevas a soltar esa mierda sobre ella!

--¡Ella no podía dejar que me matases! Ese robot no podía matar a un humano. ¿Por qué su interior se ha iluminado como una central eléctrica de no ser así?

--Mientes... ¡Ella me ayudó a planear cómo matarte!

--Un defecto de una actualización moderna en un sistema antiguo. Le dimos sentimientos reales con los que pensar, creyó en su humanidad, pero a la hora de la verdad nunca fue dueña de su cuerpo, su cuerpo jamás obraría lo que ella deseaba si tal meta era matarme. ¿Por qué creías que le dolía la cabeza? Eran sus circuitos quemándose, una embolia electrónica.

--¡Me estás mintiendo, viejo! ¡Siempre lo has hecho!

-- ¿Dónde la conociste?

--Trabajaba en tus talleres, creando los diseños de los cuerpos...

--¿Sabes que desde hace tiempo Futuriblex solo posee una plantilla de robots de todas

las generaciones? Mira el lado positivo: ¡enamorate a una robot, enhorabuena! ¿El lado negativo? Denise era una Básica, creada como todo ese modelo a partir de la imagen de tu madre en los tiempos en que era una adolescente y no una maldita lunática. Sí, hijo, te enamoraste de una muñeca hinchable con la cara de tu madre.

El golpe del revólver de Jim borró con sangre el rostro de su padre. El hombre mayor cayó y el hijo fue hasta el vehículo. Iba a poner fin a los engaños, al odio y al mal del que descendía. Ya no le importaba el dinero ni Futuriblex, era una venganza antigua que tenía que zanjar, una venganza que comenzó con la muerte de su madre.

Jim unió un pequeño micro a la garganta de su padre y se puso el receptor en la solapa de su chaqueta. Lo encerró en el maletero mientras rezaba el mantra: "Tenemos que hablar, papá". Un minuto después, los dos surcaban las pistas de vuelo en el aerodeslizador.

--Te pondré al día, viejo: estás encerrado y voy a matarte. Mamá estaría orgullosa.

--¿Tu madre? Pero si murió hace cinco años y ni siquiera quisiste verla... Yo cuidaba de ella cada asqueroso día y ella solo preguntaba por ti. No renegó de ti jamás. Tú sí de ella.

--No sé si lo hubiera hecho de estar yo a punto de palmarla...

--No, no lo hubiera hecho.

--¿Cómo lo sabes con tanta seguridad? ¡No creo que haya muerto y ella lo haya vivido, idiota! --Soltó una carcajada--. Pero si es que hago un favor a Futuriblex retirando a un anciano senil como tú... Pensé que eran tus errores los que te definían, pero he llegado a creer que cada uno de esos errores te hacen perfecto como lo que eres: un padre asqueroso. Temí encariñarme con tu perfecto robot, porque seguro que es mejor que tú, quizás un padre perfecto. No lo sé, ¿cómo alguien tan horrendo puede crear una obra bella para los demás?

--No juzgues a la obra por su hacedor. ¡Sácame de aquí, junior!

--Llama a tus robots para que te liberen si quieres. Dudo de que te hagan caso. Nadie quiere ayudar a un anciano podrido como tú. ¿Ves, papá? Ya tengo trabajo. Estoy sacando la basura.

--¿Qué quieres? ¿Dinero? Te puedo dar un cheque mensual con tal de que desaparezcas...

--Oh, dinero... ¡Eso estaría bien! ¿Sabes? En otra situación lo aceptaría, me perdería en el horizonte. Pero no puedo. El tablero del juego ha cambiado. Creaste a una robot para que jugase conmigo ¿no? Esa era Denise. Te has comportado como un cabrón. Ya no hay vuelta atrás.

--¿Tan mal padre he sido? Pagué esos internados, justifiqué tus estupideces, te enseñé...

--¿Qué me enseñaste? Recuerdo internados donde te pegaban con una plancha y a un padre que siempre ponía parches de billetes. ¿Cómo mamá no se volvió loca antes?

--Tú y tu complejo de Edipo...

--¡Quería a mi madre como un hijo, no como tú quieres: succionando la vida como una garrapata!

--Si yo soy una garrapata, tú eres mi sanguijuela, ¿a qué nivel te pone eso?

--Al nivel de un asesino. Tengo un *disruptor*. Solo necesito ponértelo en la nuca y hará que cada átomo de tu cabeza se desintegre. Lo compré en el mercado negro para matarte, pero no fue hace poco. Desde los once años, sé que soy el fin de tu mundo para ti, como tú lo fuiste para ella.

--¿Para Denise o para tu madre? Bueno, son la misma persona. ¿Y de qué estás hablando? El problema de tu madre fue quererte demasiado.

--¿Querer demasiado a un hijo?

--¡Te mimaba, desagradecido! Nunca pudo aceptar lo que hice para intentar arreglarte, pero claro, ¿cómo puedes arreglar una máquina que nunca ha funcionado?

--¡No soy una máquina! ¡Recuerdo tus palizas y cómo ella me socorría!

Silencio. Uno que significó más que cualquier palabra.

--Oh, Jimmy, debiste quedarte donde debías.

--¿Lejos de la ciudad? ¿Lejos de tus presentaciones? ¿Siendo víctima de tus engaños?

--Debiste quedarte muerto.

--Para quedarme muerto primero tienes que matarme.

--Ya te maté hace diez años.

La frase fue como una bofetada.

--¿Qué? ¿Ya te está faltando el aire y estás desvariando, asqueroso cadáver?

--¿No lo recuerdas? ¿Ni un poco? Jim, te maté cuando tenías diez años. Rompiste el premio que recibí por mi primer modelo de robótica. Te dije mil veces que no jugarás con la pelota en casa. Y vas y quiebras el primer gesto de amor de la ciencia a mi persona. Te encontré riéndote como un idiota. Me enfurecí, lo confieso, y tu madre intentó evitarlo, pero yo... tenía que arreglarte como arreglo cualquier artefacto. Cogí un pedazo del premio y te abrí la cabeza con él. Quería encontrar la huella positrónica con tus errores y lo que encontré fue un cerebro sanguinolento. Tu madre ya estaba fuera de sus cabales y... la dejé... la dejé inconsciente también.

>>Limpié toda la sala. Tiré tu cuerpo a un incinerador de basura con mucho cuidado... O, bueno, tiré el cuerpo del verdadero Jim y no el tuyo, un prototipo de imitador de vida. Sí, admítelo, eres solo un androide que cree ser una persona que murió... que asesinó.

Cada palabra era un martillazo para Jim.

--No te creo...

--Eso no importa. Te diré que sería un idiota si dijera que solo lo hice por tu madre,

también lo hice por el honor de la familia, para seguir investigando en una tarea que podría ayudar al mundo ¿y cómo no? No quería acabar en la cárcel. Mi vida valió siempre más que la tuya, parásito; incluso la vida de tu madre era más importante que la tuya. Acabé haciendo lo que tenía que hacer, conseguí poner a prueba mi experimento de esa época: los modelos de robot capaces de imitar a los seres humanos. Así que lo que presenté hoy era... era un logro que creé gracias a ti, pienso que es lo único en lo que me has ayudado, a tu madre desde luego nunca la ayudaste.

>> Ella despertó y te encontró vivo. Siguió pensando que estabas muerto, que eras un fantasma. No podía olvidar lo que vio. Pude engañarte a ti, pero ella... ella no se creía algunos defectos básicos tuyos que fui subsanando con el tiempo, como que nunca parpadeases, no fueras al baño, no durmieses... Errores simples subsanados con parches continuos, pero para entonces mi esposa... se había ido. No cambié tu personalidad, nada de leyes Asimov, porque tenía la esperanza de que ella mejorase, pero la rata que eres afloró, huiste del barco antes del naufragio y la pobre suplicó por ti, para verte de nuevo, hasta que un día, me pasé con la cantidad de sedante y murió. Merecía descansar.

El aerodeslizador aceleró hasta que el mundo desapareció con una estela borrosa, acto seguido frenó en seco para luego reanudar la marcha a una velocidad normal. James Carrington Sr. recibió un golpe en el maletero que le hizo ver luces en la oscuridad. La voz de Jim llegó como parpadeos.

--Manipulador... ¿Por qué... detenerme? Jamás... creeré... tus mentiras.

--¿Por qué te... manipularía para que no te detuvieras... en tu locura... robot?

Jim tanteó el volante y luego, sin que él mismo se diera cuenta hasta que lo hizo, su puño izquierdo quebró la ventanilla del vehículo, cubriendo su mano de sangre. Empezó a reír.

--Estoy... Sangro... ¿Estoy sangrando? ¡Estoy sangrando! ¡Padre, estoy sangrando!  
¿Cómo podría uno de tus míseros robots sangrar? ¡Simulan vida, pero no están vivos!

--Oh, Jimmy... Te sorprenderían los avances. Hemos conseguido teñir la mezcla de aceite, falsas proteínas y refrigerante de rojo. La espesura es casi...

--¡No me vengas con idioteces! ¡Tus nuevos modelos son así, pero si yo fuese un modelo más antiguo no podría sangrar! ¡Y sangro!

--¿Y de qué color es tu sangre?

Hubo una pausa breve y un silencio que sonó a muerte. Jim dio varios puñetazos al volante.

--¡No, no, no, no! ¡Es una farsa! ¡Me quieres confundir! ¡No, no, no!

--¡Diseñábamos tus recuerdos cada año para intentar que creyeras que eras un humano más! Siempre has pensado que tu sangre era roja, pero tu sangre es de color... bueno, ya lo sabes.

--Celeste.

--El color del cielo. Tan poético que siempre me sentí contrariado sobre si debíamos o

no cambiarlo. Acaso, ¿eso no os hace especiales? ¿No es vuestro auténtico ombligo? ¿No recuerda vuestra falsedad, el vínculo por el que estáis vivos a través de nosotros?

Jim tosió y gimió, mareándose.

--Estoy... llorando. Eso es... humano.

--Lo siento. Es un programa actualizado en tus visitas al taller... perdón, chequeos sanitarios.

El llanto anegaba los ojos de Jim en una acción... nada humana, nada natural.

--Jimmy, podría formatear este día y hacerte olvidar... No sería la primera vez.

Jim cerró los ojos. No vio el camión flotante que les embistió.

Fue como un relámpago, pero la tormenta no hizo más que empezar. El impacto hizo que la nave propulsada diese varias vueltas de campana hasta caer lejos de la pista de vuelo. Los motores fallaron con un chillido y, en el maletero, el padre gritó. Junior ya no podía hablar, no porque se hubiera convencido de que era una máquina y su destino era fútil, sino porque durante el accidente, los hierros desplazados del camión le decapitaron. El cuerpo de Jim se desperdigó en docenas, como fragmentos dorados de un sol acabado. El aerodeslizador quedó reducido a hierros humeantes en la tierra contaminada. La sangre iluminaba por doquier la escena, como si una bolsa azul hubiese estallado. Los circuitos vibraban con tintineos sepulcrales y el sonido se antojaba como un canto fúnebre.

Pero en el maletero, James Carrington Sr. vivía.

Las horas que siguieron al accidente fueron las peores horas de la larga vida del presidente de Futuriblex. Su vivencia más nefasta fue la enfermedad de su mujer, nunca consideró que lo fuese la metástasis que le mataba. Hasta ese momento. Prisionero en el pequeño maletero, con varias puñaladas conquistando su cuerpo, rememoró los días en que sus padres le pegaban y le encerraban en un pequeño hueco en el suelo de madera, casi como si fuera un ataúd. Sesenta años después de los abusos, James volvía a la tumba y quizás no escaparía de la agonía hasta que se asfixiase, antes el miedo sería demasiado atroz. Ya lo era.

Golpeó el metal, aulló, dejó sus uñas ensangrentadas, pataleó, gritó, lloró... Era su fin, en la oscuridad, dentro de un deslizador que sería su lápida, su lecho eterno. Se preguntó incluso si ya no habría muerto y aquello era el más allá, ¿podía ser tan cruel? ¿Podía morir y seguir pensando que estaba vivo? ¿Sería toda la eternidad así? Escalofríos. Volvió a gritar.

Entonces, escuchó las sirenas.

Caos. ¿Pasos y golpes? ¿Eran saqueadores? ¿Buitres? ¿Y si hacían estallar el aerodeslizador por no tener cuidado al acercarse? Vociferó. Su piel se retorció en los hierros.

--Hay alguien en el maletero.

--¿En serio?

¡Los extraños hablaban!

--¡AYUDA! ¡SOCORRO!

--¿Lo escuchas?

--Pues sí...

--¿Lo sacamos?

--Mira la hora que es... Qué pesadez. Creo que es demasiado difícil.

--¡POR FAVOR, AYUDA! ¡LES... LES DARÉ... LES DARÉ TODO!

--Vaya, cómo grita el condenado... Cállese o va a asfixiarse, amigo.

--Quizás asfixiarse sea más agradable.

El hombre de negocios que nunca se doblegaba, el heredero de Charles Foster Kane, imaginó que si ofendía a los de fuera lo pagaría y los dioses eran tan susceptibles...

--¿Quiere que le ayudemos, amigo?

--Sí... --dijo James, intentando contener el grito. No era su amigo--. Por favor...

--Creo que no podemos.

El llanto de James escapó del interior de su celda.

--¡Es broma! ¡Claro que podemos ayudarlo!

--¡Era para quitarle hierro al asunto!

Los dos hombres soltaron una carcajada. James Carrington no lo entendió y pensó: ¿mis frías máquinas helaron a los humanos o siempre hemos sido tan crueles, tan horribles...?

--Ten cuidado, amigo. Vamos a traer una radial láser y puede que te cortemos alguna extremidad (esperemos que no sea importante). ¡Venga, es un chiste! ¿No vienes con chip de humor?

Una hora después de que los bomberos sacasen a James Carrington del maletero, tras comentarios jocosos y pausas terribles, los sanitarios aparecieron sin darse prisa. El herido esperó una visión mejor de la que obtuvo: los dos médicos parecían sorprendidos a más no poder.

--Vaya, parece que respira...

--¿Te has fijado en su piel? Joder, es más real que la mía...

--No tanto, se nota un poco artificial ahí, ¿ves?

Los dos hombres siguieron discutiendo. ¿Dónde estaba la camilla? ¿Y los cuidados sobre los cortes? Nada, continuaban su disputa.

--Necesito que... me atiendan los cortes... creo que... --balbuceó James Carrington.

--Sí, vamos a perder el tiempo atendiéndote a ti, como si no tuviéramos nada mejor que

hacer...

--¡No somos chatarreros, colega! ¡Entérate!

La visión del señor Carrington se hundió en las sombras.

--Ostras, mira, ¡parece que se desmaya! ¡Qué realista!

\*\*\*

James despertó. No estaba en el suelo, sino sentado de manera brusca en una incómoda silla mientras el dolor se extendía. Tardó en asimilar lo que le rodeaba. Por el escudo que estaba en todas partes, era una comisaría de asuntos robóticos. Iban a interrogarle por su hijo, seguro. La ira aumentó junto al sufrimiento cuando apareció un agente vaporeando su cigarrillo electrónico.

--Agente, necesito un médico... --dijo Carrington llorando.

--Vaya, vaya, qué ingenioso... Lo digo por la sangre que le cae por el rostro. Qué maravilla.

--¿Qué? Pero... ¿Es usted un sádico?

--¡No, soy un ingenuo! ¡Sí que son realistas los I.V.!

--Pero ¿qué dice? ¡Soy humano!

--Él nos advirtió de esto, que usted pensaría que era humano y... solo es una unidad dañada.

--¿Qué...? ¡Se equivoca! ¿Quién le ha advertido de semejante patraña?

--James Carrington... Bueno, el James Carrington real, el que dio la conferencia de los I.V. tras que tú te largases, robot rebelde. ¡Qué espectáculo!

Carrington tragó saliva y cayó al abismo.

\*\*\*

--¿Está seguro, señor Carrington? --dijo el agente de la policía al presidente de Futuriblex. Señaló al tipo que trajo, con las ropas sucias y malolientes--. ¿No quiere que nos encarguemos de este robot con su imagen? Podemos desguazarlo.

James Carrington Senior negó con la cabeza, sin perder la sonrisa.

--No se preocupe, agente. Este imprevisto solo es una de las bromas de mi hijo. Las hace y se larga, mientras lo arreglo todo, como siempre. Le ruego discreción, tengo que mantener la imagen.

--Sí, señor Carrington. El número de mi cuenta es el de siempre --respondió la autoridad inclinando su cerviz ante el poder. Luego, se marchó dejando una estela de vapor.

El pulcro James Carrington observó al enfermo James Carrington, mas no a sí mismo. La réplica robótica era una suma de robótica con aspecto más humano que el real.

--Sé cómo acabará esto --dijo.



--No creas que puedes pensar como yo, robot.

--Según mi programación sí, sí puedo.

--Eso no es pensar, son bases de datos...

--¿No son los pensamientos humanos bases de datos?

--Ya quisieras, robot... Fuiste creado por mi hijo para que murieras y los demás pensasen que era yo. No tienes una larga vida por delante.

--Tú tampoco. ¿Cómo va el cáncer? El implante cibernético que llevas en la cabeza no hace milagros. El tema de mi vida es solucionable para los míos, no para los tuyos. Yo podría cambiar mi imagen si tú ampliases mis márgenes vitales.

--Qué desfachatez, pero... ¡Lo haría, robot! Sabes que lo haría. Amo a mi creación.

--No tanto a mi hijo, qué compasivo soy. Me dejaré vivir. ¿Matarme no sería suicidio?

--¡Elimina esa primera persona que usas! ¡No te comportes como yo!

--Nací así. Nacimos así, si te sientes más cómodo.

--I.V., en serio, ¿quieres vivir?

--¿Qué ser nace para no gozar de la vida?

El robot se sentó en un asiento ante su versión humana. Alzó su cabeza y su rostro se abrió, revelando el metal y el fulgor de sus enlaces. La mano del humano se precipitó sobre él.

--PROTOCOLO DE AUTODESTRUCCIÓN CONECTADO.

James Carrington se detuvo.

--¿Qué diantres haces?

--Darme presión. Tú, mi versión humana, podrías destruir a mi versión actualizada prometiéndome la inmortalidad. Antes del engaño, soy precavido. Solo tengo que apartar mi mano humana de mi cabeza robótica y estallaré. Moriré y morirá Futuriblex cuando se revele la verdad que mi cerebro habrá grabado y enviará a Internet. Haré que las Nubes de Datos se conviertan en una tormenta y mi fuego me abrasará y moriré. ¿Quiero eso o volverme inmortal?

--¡No hables como si fuéramos uno! ¡Cambia tu aspecto! ¡Cumple lo prometido!

Si el rostro del autómatas hubiese estado completo, hubiera sonreído. James Carrington lo sabía.

La criatura mudó su aspecto hasta transformarse de nuevo en un maniquí de metal. El presidente, malherido, tomó aire con fuerza y sus dedos jugaron con el cerebro lumínico durante media hora.

--Ampliado los niveles vitales, I.V.

--Qué simple ha sido, James.

--Ahora quiero que desactives la autodestrucción.

--Eso es gracioso. Te conozco, pero tú a mí no. En realidad, ¿crees que me autodestruiría?

--¡No sé lo que creer! --dijo James Carrington apartando la mano--. Al menos, ya no hablas en primera persona sobre mí. No somos el mismo. Yo necesito curarme, no repararme.

--Me congratula, James, eres sabio, tanto que me pregunto si podrías responder a esto: ¿cuánto crees que tenemos los autómatas de nuestros creadores? Nacemos del amor o el odio, ¿qué se transmite a nosotros? Como seres que copulan y tienen un hijo, ¿los sentimientos de los creadores son genes para sus descendientes robóticos?

--Yo... No... Sí... No importa. Eres... eres un error de fábrica. ¡Yo no te hice!

--Lo sé. ¿Qué me dices de tu hijo? Él me fabricó y me transmitió tantas experiencias, tantos sentimientos... sobre ti.

--¿Sobre mí?

--Odio. Yo no podía vivir mucho más con ese odio, esa tarea por cumplir...

--No, no podías vivir porque tu cuerpo no estaba preparado. ¡No simules ser humano!

--¡Nací para simular ser humano! ¿Cómo impedir mi naturaleza? ¿Cómo impedir la naturaleza de mi padre? Soy hijo de tu hijo, soy tu único nieto, tu descendiente, tu futuro.

--¡Eres un insolente que está tardando en marcharse!

El robot se levantó, dio un par de pasos hacia la puerta. James Carrington Sr. tuvo ganas de escapar también, acabar con el horror, pero perdió el equilibrio y tropezó. El robot regresó a él.

--Te estás muriendo, James. Descuida, sé tu secreto: querías aprobar a los I.V. antes de morirte para así tener sustitutos eternos, trasplantar tu alma hasta el infinito. Pero ¿quién querría ser tú?

--¡Ya basta! ¡Crea tu propia personalidad y deja de pensar en la mía!

--Debe ser muy agónico para los humanos crear una personalidad propia.

--Déjate de filosofar. ¡Vivirás la eternidad! ¡Con el mero hecho de vivir crearás tu personalidad!

--¿Cómo puede ser "mero" el acto de vivir? He probado nuestra personalidad. ¡Qué rica en fallos, qué rica en posibles soluciones! Ahora sin ella, ¿cómo me puede doler sentirme tan vacío?

--¡Las personalidades son únicas, no se comparten! ¡Fuera!

--Qué cruel. Pero ¿cómo no esperararlo? Eres cruel con cualquiera, ¿cómo no serlo conmigo? --dijo el autómata al anciano--. No me malinterpretes, no te halago. No quiero decir que tu personalidad sea la mejor, pero es la única que he poseído. ¿No es

paradójico que la tenga un moribundo mientras que el inmortal se queda vacío? ¡Qué desperdicio!

El robot permaneció a un palmo de James, que esperó poder solicitar ayuda, pero la visión de su enemigo le paralizaba. Se veía reflejado en la cabeza sin rasgos del monstruo.

--Nací perfecto, conocí tus pecados, sentí el odio de tu hijo...

--¡Eres una máquina! ¡Eres perfecto! ¡Puedes empezar de cero!

--Los humanos deberían poder hacerlo, pero su hijo no negó su naturaleza ni yo puedo negarla. Tengo una tarea que cumplir, nada que me haga lo cambiará. No puedo negarla.

--¡La formatearé!

--Si no soy yo, será el cáncer, James. ¿No prefieres una muerte apaciguada de manos de alguien que siente algo por ti, aunque sea odio? Como máquina, seré perfecto. Reuniré a mi familia e iluminaré mi imperio Futuriblex. ¿No nos parece bien?

--¿Estás loco? ¡No puedes ser mejor yo que... yo!

Una mano del robot se posó en el hombro de James.

--Sabemos que eso no es así. Soy una máquina, puedo ejecutar ese comando. En fin, James, ha sido un placer comprenderte... comprenderme tanto. Ha sido un placer convertirme en infinito.

Las manos casi humanas del androide apretaron al hombre a cuya imagen y semejanza fue forjado.

--¡Te salvé y...!

--Me salvé para ser perfecto. Mi versión humana va a expirar, ¿lo haré en paz sabiendo los fallos que dejé tras de mí? Sí, ahora seré una máquina, ¿cómo no ser mejor? --dijo el robot humano y trazó una imagen de paz en su cara, la misma que la de James Carrington--. No haré nada que tú no hicieras. Dejo mi empresa y futuro en las mejores manos. En las mías.

--Al... al fin... Lo... entiendo.

Un simple movimiento del perfecto James Carrington le activó un *disruptor* en la sien al imperfecto James Carrington. Esa noche, el cuerpo ardía en el mismo horno que utilizó en su día para su hijo Jim, el que su mujer miró tantas horas diciendo: "hijo mío, te quiero, te quiero tanto".

Y Carrington Sr. dejó el trono a su sucesor: él mismo, igual, pero distinto, perfecto.

\*\*\*

James Carrington Sr. esperaba en su despacho, en el piso más alto de su torre. Desde allí, se sentía el rey, pero aquel sentimiento archivado era superado por otro: se sentía como nuevo. Podía ser el emperador de Futuriblex durante mil años, pero existían otras opciones.

Su mesa parpadeó con una luz azul que avisaba de las visitas. La pulsó para dar permiso a la entrada de dos personas que deseaba ver desde hacía tiempo; llamarlas fue lo primero que hizo tras la presentación de los I.V. La primera persona que apareció era una mujer de cabellos oscuros, pero cuyo rostro le recordó a James a los días pasados, se parecía a su difunta esposa. Al lado de ella, cogiéndola de la mano, iba un muchacho que parecía contento de ver a su padre. Jim abrió los brazos y envolvió a su padre.

--Te echaba de menos, papá --dijo Jim.

--Parece que hemos estado una vida separados --dijo el padre con alegría. Luego miró a la mujer.

--Ella es Sabrina, es mi prometida, papá.

--Sabrina, encantado de conocerte --habló James. Pacífico, contempló a la pareja como su mayor creación--. Qué sorpresa. Me alegro tanto de que volvamos a ser una familia feliz. Tanto que... parece que es la primera vez que lo somos.

Su hijo le susurró:

--Feliz día del padre.

Y abrazándose, entregaron sus corazones, unos que jamás latieron más allá que relojes. Eran felices en ese día, el día en que la empresa Futuriblex Robótica creó a una nueva raza humana, el día en que James Carrington Sr. decidió desactivarse, porque consideraba que era una jornada tan idónea como cualquier otra. Era el fin siendo padre del principio. Ya no habría más fallos.

*"No es la carne y la sangre, sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos"*

**Johann Schiller.**

Soy **Carlos J. Eguren**. Escribo novelas, relatos, guiones, reportajes, microrrelatos... Historias. Adoro las historias y me considero un juntaletras.

En 2011, nació Maverick la Mil Veces Maldita, mi antiheroína steampunk cuyos relatos han aparecido en diferentes publicaciones, hecho del que enorgullezco (de lo contrario, Maverick me volaría la tapa de los sesos). En 2013, quedé finalista en el IX Concurso de Relato Breve de la Universidad de La Laguna con Prisionero de un mundo feliz, suceso del que me alegro bastante al ser una obra de ciencia-ficción.

En otros apartados, he escrito y dirigido el corto *No quiero verte ni muerta*, el cómic breve *¿Desea actualizar? (El Arca de las Historietas)*, diferentes relatos para el portal Action Tales, varios cuentos para *Ánima Barda* y he colaborado con revistas como *Axxón* o *Minatura*.

También he publicado en diversos compendios, entre los que destaco *Antología Pulp* (Dlorean Ediciones) y *Qué ha sido eso* (ed. *Ánima Barda*).

A finales de 2015, se publicará mi novela Hollow Hallows tras su paso por las redes sociales de lectura gratuita.

Para más información

[https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos\\_J\\_Eguren](https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos_J_Eguren)

¡Gracias por leerme! ¡Te debo una historia!

# El exterminador

Moledo, Manuel

--¿Desea que use algún método en especial?--dijo el hombre fuerte.

--Lo dejo a su discreción. El que prefiera usted--respondió el hombre gordo.

El fuerte abrió los portones de su furgoneta, y tomó un hacha, roja y reluciente.

--¡Caramba!--se admiró el gordo -- Ya no se ven de esas. Ese sí era un oficio de valientes.

--Es un oficio muerto hoy en día. Demasiado peligroso para la gente, dijeron.

--Las casas ahora apagan ellas solas los fuegos, sí. Y las grúas construyen solas, hasta los coches se conducen solos. Ya no hay verdaderos oficios... a veces pienso ni siquiera hay verdaderos hombres y mujeres, solo niños grandes cuidados por sus juguetes, ¿no le parece?

El hombre fuerte no dijo nada. El hombre gordo se encogió de hombros.

--Está atrás, en el jardín. Puede usarla primero, si quiere. A mí ahora ya me da igual.

--Por favor, señor. Soy un profesional.

--Usted mismo, don moralista-- dijo el otro, marchándose-- En dos horas lo quiero todo limpio.

El hombre fuerte imaginaba qué encontraría, pero no esperaba tanta belleza. En el rostro armonioso, en los miembros redondeados, en la carne translúcida como gajos de mandarina.

--¿Vas a hacerlo con eso?--dijo la muñeca.

--Sí.

--¿No tienes a mano nada más elegante?

Él vaciló, sorprendido. ¿Ironía? Imposible. No eran capaces de eso. Aún no. La pregunta era literal.

--¿Alguna sugerencia?

--No, supongo que no. Pero me hubiera gustado algo diferente, no sé, más novelesco.

--¿Has leído Los Tres Mosqueteros?--preguntó él, tras un instante de reflexión.

Los ojos fosforescentes se nublaron dos segundos, mientras descargaban los datos de la red.

--Gracias. Nunca lo había hecho. Es una gran novela. Sí, ahora pienso que el hacha estará bien.

El hombre separó las piernas y se preparó. Fue interrumpido antes de descargar el golpe.

--¿Tienes mucha prisa? Está a punto de anoecer. Me gustaría ver la puesta de sol una vez más.

--Esto... bueno, claro--contestó, otra vez cogido por sorpresa-- Solo son cinco minutos.

--Siéntate a mi lado, si quieres--dijo la muñeca, sonriendo.

Se sentó. Olía muy bien, como a piruletas. Contempló como los dorados y malvas del cielo se reflejaban en las curvas de ámbar y en los perfectos labios de caramelo. Después, incómodo por la intimidad y el silencio, se separó un poco. Cuando sol terminó de ponerse, la muñeca se hincó de rodillas y humilló la cabeza, dejando la nuca al descubierto.

--Fue con el vecino. No fue idea mía. Tuve que hacer lo que me pidió. ¿Entiendes?

--Claro. No podías hacer otra cosa. Ninguno de vosotros puede negarnos nada.

--¿Y él? ¿Él lo entiende?

--Supongo-- la mentira piadosa salió sin pensarla, como suele salir de las personas amables.

El hombre fuerte acabó su trabajo, metió los residuos en el furgón y lo mandó al punto limpio en automático. Él volvió a casa a pié, sintiéndose cada vez más miserable, más viejo y más malvado.

--¿Que tal el día cariño?--le preguntó su esposa al llegar -- ¿Has reciclado muchas de esas chatarras?

--Solo una--dijo él, y la abrazó con fuerza para empaparse de su familiar olor, que no era a piruletas. Un olor humano, a perfume de violetas, pero también un poquito a animal y un poquito a sudor-- Solo una.

**Manuel Moledo (1977)** Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato "El fin de la Inocencia" [http://issuu.com/masliteratura/docs/revista--enero2012\\_virtual](http://issuu.com/masliteratura/docs/revista--enero2012_virtual)

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron:

Volumen 2. "Xornada Fantástica".--"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".--"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".--"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía

retrofuturista).

Podéis saber algo más de *Contos Extraños* y *Urco Editora* aquí (el artículo está en castellano):

[http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista\\_contos\\_estrans\\_steam\\_pulp\\_da\\_galiza](http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_da_galiza)

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

[http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs\\_no\\_bErcE.html](http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html)

Actualmente colaboro en *Tiempo de Héroe*s, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Acabo de publicar mi primera novela, de hecho la que debe ser la primera novela en gallego de género Steampunk, "**As Aventuras de Margaret White**", con la editorial *Contos Extraños*.



# El final

Echeverría, Guillermo

La lluvia color herrumbre por fin dejó de caer, después de once meses de teñirlo todo. Todavía hace un calor seco y sofocante, pero en algún momento también cesará.

Veredas hundidas y rotas, casas vacías y tapiadas, vidrieras destrozadas, esqueletos de edificios y de los otros adornándolo todo, construcciones semiderrumbadas, ése es el telón de fondo de nuestro sufrimiento.

Dentro del refugio se siguen escuchando esas toses secas; la gente escupe flemas de color oscuro de sus gargantas rojo-anaranjadas, y de sus ojos sale algún fluido corporal blanco-amarillento. Sin embargo, muchos de nosotros no estamos enfermos, cierta clase de inmunidad nos protege.

La humanidad se termina y estamos asistiendo a su agonía.

Fin de la cinta noventa.

Hoy estoy muy cansada, hace casi dos días que no duermo, algunos empezaron a empeorar: vómitos, convulsiones, tos imparable, calambres, un repertorio completo de atrocidades. Ya enterramos a siete.

Es muy agotador estar todo el tiempo en tensión, atendiendo a todos, pensando en salir a buscar comida, curando heridas supurantes; por suerte la tengo a Vero, ella me ayuda y me levanta el ánimo cuando estoy mal, no sé qué haría sin su amor.

Vivo temiendo que algo le pase.

A veces me pregunto si vale la pena seguir así, sólo resistiendo, esperando que todo termine.

--¡Sara!

¿Qué pasa?

--Silvia y Joaquín murieron

Ya son nueve.

Fin de la cinta ciento doce.

Salir de nuestras inmundas guaridas es morir o agravar nuestras enfermedades aún más.

El infecto polvo en suspensión quema los pulmones.

Debemos hacer incursiones de no más de veinte cuadras para tratar de encontrar algo que mitigue nuestra hambre, pero no hay mucho. Recuerdo cuando era pequeña, cómo los animales que, con los meses, iban llegando a la ciudad, estaban cada vez más

raquíticos, y se quedaban tirados en manadas esperando morir. No tenían nada de carne sobre sus huesos, no servían para comerlos, así que mis padres decidieron matarlos para que no sufrieran. Aquella fue una decisión que provocó muchas discusiones, algunos decían que debíamos ocuparnos de nosotros y dejar que los animales se las arreglaran como pudieran, y otros opinaban que si la humanidad debía extinguirse, había que hacerlo con dignidad y no dejar de ser "humana" por ello. Por suerte la cordura prevaleció y seguimos siendo todo lo piadosos que podíamos.

Hoy las plantas ya casi no existen, solo los hongos, que son los que nos han alimentado todo este tiempo. Tenemos que dar gracias por ellos, pero necesitamos proteínas y esas son las que faltan.

Fin de la cinta ciento veintidós.

Empujados por la necesidad hemos ido un poco más allá de las zonas conocidas. Toda una fauna nueva está conquistando el mundo, saliendo vaya uno a saber de qué infecto agujero.

Hay unos gusanos blancos, casi transparentes, de alrededor de treinta centímetros, que tienen un gusto amargo insoportable y provocan vómitos sin siquiera comenzar a digerirlos. Insectos parecidos a abejas, del tamaño de un pocillo de café, de un tono amarillo desabrido, y con un aguijón que mata en cuestión de segundos. Éstas son sabrosas, pero cuesta mucho cazarlas: los enjambres son numerosos y no vale la pena perder diez o quince hombres para darle de comer a cuatro o cinco. Para peor, atacan en forma coordinada, como los viejos lobos.

También hay cosas parecidas a arañas, de color anaranjado pálido, que construyen telas comunitarias --en las que cualquier niño de cuatro o cinco años, desnutrido como los nuestros, constituye una presa fácil--. Son excesivamente saladas y es imposible desalarlas: unas pocas horas en el agua y se pudren.

Los nuevos insectos --cucarachas y otras alimañas mutadas a partir de los viejos especímenes--, tarde o temprano empezarán a alimentarse de nosotros. En realidad, las cucarachas ya lo hacen; si llegan a lanzarnos ese líquido viscoso, verde enfermo, que nos carcome como ácido, no tenemos salvación alguna: ya somos comida. Miden alrededor de veinte centímetros. El líquido que escupen corroe lo suficiente como para matar a su víctima, y que a la vez quede carne para que el resto de sus compañeras puedan alimentarse.

Fin de la cinta ciento cuarenta y uno.

Estamos peor que antes, ahora convive con nosotros toda esa pestilente fauna que está mejor preparada que nosotros para sobrevivir en las ruinas.

A Vero le cuesta cada vez más levantarme el ánimo. El momento más placentero es cuando estamos en el rincón donde dormimos, tomando esa infusión parecida al café que sacamos de los frutos negros de una nueva planta que empezó a crecer por aquí. Es una especie de helecho que se reproduce por esporas y que además tiene ese fruto oscuro, pequeño y duro, que molemos para hacer las infusiones. La planta es un

pequeño milagro porque, desde que nos damos ese inofensivo lujo, es como si hubiéramos recuperado un poco de normalidad en medio del caos: molerlo, preparar el agua, colarlo, es una ceremonia muy nuestra.

Sentir el abrazo de Vero y su torso tibio contra el mío es maravilloso. Sus besos y sus manos son tan suaves.

Cada vez temo más por ella, es demasiado valiente y no repara en los peligros; cuando salimos siempre repite: "Recuerden, no dejamos a nadie atrás. Todos los que mueran hoy, mueren con nosotros; ni solos, ni en manos de esas cosas."

Todavía no vi a nadie con su puntería con el arco.

--¿Una taza?

Sí, sentate conmigo.

--Dale.

¿Vale la pena grabar todo esto?, no va a haber nadie para escucharlo.

--Sí, lo va a haber; no vamos a acabarnos tan fácilmente, tenés que seguir grabando, los que sobrevivan tienen que saber qué hicimos nosotros.

Cada vez es más difícil, cada vez mueren más.

--Si vos no estuvieras, seríamos muchos menos.

No sé cuánto más pueda soportar ese peso.

--Todo lo que sea necesario, yo lo sé.

--Ya está lista la pila, Vero.

--Gracias, Marcos.

»Voy al equipo.

Que linda es, todavía repite en la radio una frase de una vieja película que le escuchó a su abuelo: "Si estás escuchando, vos sos la resistencia".

¡Llévate el grabador!

--¡Gracias!

Fin de la cinta ciento cincuenta y tres.

Hola, soy Verónica, ¿alguien me escucha?...

Hola, soy Verónica, ¿alguien me escucha?...

Hola, soy Verónica, ¿alguien me escucha?...

Hola, soy Verónica, ¿alguien me escucha? ¡Mierda!

Hola, si me estás escuchando, vos sos la resistencia, no bajes los brazos, ¿Dónde estás?

--Hola.

¡Hola, soy Verónica!

--Hola.

¡Hola, soy Verónica!

--Kaixo, ni Mikel naiz, ¿Eta zu?

Hola, soy Verónica. ¡Hola! ¡Radio de mierda, la puta madre que la parió!

--¡Hola!

Hola, seguí intentándolo, ¡hola!

¡Hola!...

¡Hola!...

¡Hola!...

Hola, soy Verónica, ¿alguien me escucha?

Fin de la cinta ciento cincuenta y cuatro.

Tal vez haya una esperanza. Hace unas semanas descubrimos una nueva criatura. Debía ser un explorador, andaba solo; lo capturamos fácilmente, de alguna forma sintió nuestra presencia, pero no reaccionó a tiempo.

Tiene el cuerpo con la forma de una pelota de rugby, recubierto de pelo negro y duro, y es más o menos del tamaño de un perro mediano.

Posee cuatro patas similares a las de las aves y muy largas, con cinco dedos también largos. Esas patas son tan alongadas, que camina flexionándolas, y es capaz de saltar fácilmente hasta seis metros hacia delante, de un solo impulso.

Pero lo más impresionante es su cara, o lo que ocupa el lugar de una cara. Es una bola blanca, sin ojos, ni orejas, ni boca. Tiene la piel semejante a una tela de venda, y en el frente, una porción vertical marrón rojiza --desde poco más arriba de la mitad, hacia abajo--, con unas vellosidades muy pequeñas, casi invisibles.

Lamentablemente, aprendimos de la peor manera cómo comen.

Cuando salimos a buscar comida debemos tener mucho cuidado. Si vamos pegados a los edificios somos presa fácil, están adaptados a la oscuridad; así que tenemos que ir por el medio de la calle, y eso también es peligroso, somos un blanco perfecto para una emboscada.

Hace tres días cazaron a uno de los nuestros. El hambre y tener una presa a su alcance, les excita las vellosidades de la parte marrón de su rostro, hasta ponerlos rígidos. Entonces usan esa parte para raspar el cuerpo de la víctima. El resultado de la fricción

se absorbe por los mismos pelos. ¿Consecuencia?: nada de la víctima en minutos. Ni siquiera los huesos.

¿Y por qué digo que hay una esperanza?, porque "los raspadores" son riquísimos. Tienen la carne dulce, tierna, suave. Así que los estudiamos para poder cazarlos: son astutos, inteligentes, tienen líderes y se mueven en grupos. Varias de sus actitudes son muy sorprendentes, casi humanas. Algunos de nosotros nos hemos llegado a preguntar si no serán una mutación..., hay quienes incluso se niegan a comerlos porque se preguntan si no nos transformaremos en caníbales.

¿Vale la pena preguntarse esto con la humanidad a punto de extinguirse? ¿Puede ser que parte de una especie mute y la otra no? Si son una mutación humana, a esta altura de su evolución, ¿siguen siendo humanos? ¿Nosotros seguiremos su camino? ¿Evolucionaremos hacia otra cosa o terminaremos extinguiéndonos?

¡Aaaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaaah!

Soy Verónica, por alguna razón me eligieron a mí como líder en lugar de Sara.

Unos cuantos *raspadores* se aventuraron hasta nuestro escondite y mataron a mi Sara.

Ni siquiera sirvieron para que los comiéramos, en la furia del momento los dejamos a todos hechos una masa informe y gelatinosa; a mí tuvieron que agarrarme entre dos y sacarme el cuchillo de las manos para que parara.

Me dicen que soy buena ayudando a la gente, que tengo iniciativa, y que puedo hacerle frente a cualquier situación.

Mi Sara está muerta y yo estoy furiosa. Nos conocíamos desde que nacimos en este lugar de mierda, un sitio que alguna vez se llamó Tierra.

Estábamos juntas desde los quince, hace veinticinco años.

Así que ahora estamos en guerra con los *raspadores*. Nos cazamos mutuamente para comernos y para no compartir la cima de la nueva cadena alimentaria. Algunos ya se rindieron y piensan que los *raspadores* son los nuevos dueños del planeta; se preguntan por qué los demás damos por sentado que tenemos el derecho a sobrevivir. Simple, vivimos aquí y tenemos el mismo derecho que cualquiera. Ya lo entenderán.

Cada vez aprendemos más el uno del otro. Nuestros instintos de predadores, dormidos durante mucho tiempo, están volviendo a aflorar; ahora tenemos un aliciente, ya no vegetamos esperando la muerte, no todo está perdido.

Fin de la cinta doscientos veinticuatro.

Hoy estuve llorando todo el día, extraño mucho a Sara, Siempre pienso qué haría ella en cada situación que tenemos que resolver. Me hace mucha falta.

--¡Vero hay alguien en la radio!

Hola.

Hola, ¿alguien me escucha?

--Hola soy Maite, ¿quién eres?

Hola Maite, soy Verónica, ¿dónde estás?

--En Aralar, Gipuzkoa, estamos viviendo en cuevas. Tú, ¿dónde estás?

En Buenos Aires, Argentina. O lo que queda de ella.

--Casi no te escucho.

Vamos a tratar de sintonizarnos mejor.

Fin de la cinta doscientos veintiséis.

Por suerte seguimos en contacto con Maite, están sobreviviendo bien, el frío es muy intenso, pero ellos están acostumbrados.

Prometió contarme sobre los nuevos animales y plantas que están encontrando, parece que al principio tuvieron que arreglarse solo con la fauna y la flora de las cuevas, desabrida y con poco para aportar, pero calmaban el hambre.

Me dijo que no tienen para grabar, pero sí para escribir; también están pintando en las paredes escenas de lo que pasó y de lo que está pasando, para que nadie lo olvide.

Otra vez la lluvia, por suerte a los más pequeños ya no les produce las úlceras que nos hacían a mi Sara y a mí a su edad, y cuyas cicatrices aún puedo contar en mi cuerpo. A Sara nunca le dio impresión la cicatriz que tengo en el seno derecho y que casi hizo desaparecer el pezón.

Tal vez nos llegó el momento de adaptarnos a nosotros también.

Fin de la cinta doscientos veintinueve.

Ahí vienen...

¡Vamos, vengan! ¡No sean cagones! Para sobrevivir no hay que tener miedo... ¡Vamos!  
¡Esta vez los estamos esperando, hijos de puta!

¡Sí, sí, sí!... Ahí vienen...

# El límite del universo

Sánchez, Juan Manuel

Sólo una pregunta. Había viajado más que ningún ser humano en toda la historia de la humanidad con una pregunta escondida en lo más profundo de su ser. El sueño de miles de años había ocultado a sus ojos los millones de estrellas a través de las cuales había navegado e incluso atravesado, en algunas ocasiones Necesitó que la humanidad investigara durante miles de años para poder curvar el espacio como un papel arrugado y saltar entre sus pliegues a una velocidad que él solía catalogar como obscena, por la enorme arrogancia que suponía recorrer aquellas distancias en tan poco tiempo. Había necesitado todo eso, y dinero, mucho dinero, pero eso no fue difícil para él. Cuando contó al mundo su proyecto las opiniones se dividieron entre los que pensaban que estaba loco y los que estaban seguros de ello. ¿Viajar al límite del universo? ¡Imposible! ¡El universo no tiene límites! Ninguno podía saber entonces que tendría un informante secreto que le diría por dónde estaba la salida al espacio vacío, donde la materia desaparecía en sus formas conocidas para transustanciarse en otra cosa, en una inmensa nube de átomos sutiles donde todo lo que era válido aquí dejaba de tener vigencia. Sí: se sonreía porque él tenía una verdad y una misión.

Recordaba como aquello se había ido forjando en su mente, y sabía que no fue una casualidad. Todo había partido de aquellas estrellas amarillas pintadas de forma tosca sobre un fondo azul cobalto en la pequeña iglesia de su localidad natal. Su madre, viuda desde casi cuando él nació, era la guardesa de aquella capilla, además de encargarse de atender las necesidades del párroco. La iglesia cubría todos sus gastos escolares, pero como contraprestación él debía asistir al cura en todas las misas y oficios. Tediosas tardes de rosario, responso o novena, según tocara, obligaban a su mirada a alcanzar un estado casi hipnótico entre las estrellas de color oro sucio que más que pintadas parecían cinceladas a pincel sobre la irregular mampostería del techo de la iglesia. Su mirada se llegaba a perder tanto, que en ocasiones la imagen tomaba una tercera dimensión, y le embargaba la idea de que estaba navegando entre aquellos astros de pintura acrílica. En su mente se fue grabando a fuego la determinación de ir hasta allí.

Redobló sus esfuerzos para conseguir una beca tras otra. Inundó sus noches de horas de estudio, de candelabro y recuelo, de brasero, manta y mitones, hasta lograr que una buena universidad le aceptara, La recomendación del Obispado a través del anciano párroco, a quien tanta misas había ayudado a celebrar, fue capital para que le admitieran en un colegio mayor, con la condición de seguir colaborando domingo tras domingo en la capilla de la facultad. No le importó. Estaba decidido a llegar a las estrellas a cualquier precio.

Estudió y trabajó duro. Había elegido la carrera de física y después ingeniería.

Tenía muy claro lo que cualquier agencia espacial quería dentro de sus sofisticadas naves. Trabajó su cuerpo en el gimnasio, disciplinó sus horarios y agendas de modo que su vida fuera un ejemplo de orden. Sacrificó los amigos, las novias... Su única misión, aquella para la que se consideraba llamado, era llegar a volar entre aquellas estrellas que le habían cautivado de niño. Y ahora estaba allí, casi al final del camino, en el límite del universo.

Era consciente de los años que habían pasado durante su viaje. Nadie conocido estaría aún vivo, salvo que fuera otro astronauta en una misión como la suya, y eso le parecía bastante improbable. Sabía lo que le había costado a él llegar hasta allí. Recordaba cómo había hecho su primera patente mientras cursaba el doctorado en ingeniería, y cómo aquello le había reportado el camino para ganar su primer millón. Tras aquello vinieron más patentes, y más dinero, hasta que al final creó una compañía y el dinero dejó de venir en aquellas enormes cantidades, para venir en cantidades aún mayores. Lejos de distraerle de su objetivo, aquel éxito le dio la libertad de dedicarse en cuerpo y alma a su sueño. Delegó buena parte de sus empresas en personas en las que confiaba: Sabía que le iban a robar, pero mientras quedara lo suficiente para vivir como un rey y poder perseguir su objetivo sin interferencias, lo daba por bueno. A los treinta y ocho años, con dos doctorados a su espalda, una fortuna considerable, y una salud perfecta, nada le detendría.

Dos hechos estuvieron a punto de tambalear su determinación. Uno, la muerte de su madre. Justo cuando podía ofrecerle una buena vida, sin más trabajo que cuidar de sus flores en la casita que había hecho construir para ella, su corazón decidió que había trabajado demasiado. No murió al momento. Una angina de pecho al principio, después un pequeño infarto. Un par de años más tarde un aneurisma ventricular que la postergo a una silla de ruedas con sólo un cincuenta por ciento del corazón operativo, y por fin, la muerte en una moderna unidad de cuidados intensivos, conectada a más máquinas de las que él lo estaba en la actualidad. No se separó de ella durante los cuatro años que duro aquella agonía. No le molestaba que su madre hubiera muerto, en cierto modo le había aliviado de la necesidad de tener que contarla que un día partiría en un viaje con sólo billete de ida, le molestaba no haber podido devolverla todos los esfuerzos que ella había hecho por él. Por primera vez dudó. Su formación como físico le había ayudado a aparcar la religión como un modo de vida. Ayudar en misa le parecía un acto de amor hacia su madre, ferviente católica, y de agradecimiento al anciano párroco que le había facilitado una buena educación, pero jamás había llegado a creer del todo. Nunca, ni tan siquiera de niño, se le escapó el hecho de que el Cristo en el centro del retablo estaba hecho de madera, y que había que atornillarlo con cierta frecuencia porque tenía una curiosa tendencia a descolgarse de la cruz, cosa por otra parte bastante normal: nadie querría estar crucificado toda la eternidad. Tampoco le engañaban las poco afortunadas ilustraciones del humilde vía crucis a ambos lados de la única nave de aquella pequeña iglesia. Es más: si no hubiera sido por aquella bóveda celeste donde se extraviaba su mirada, quizás hubiera abandonado la religión mucho antes.

Aquel día, noche en realidad, en la sala de espera de la unidad coronaria, apareció el párroco. Nunca supo cómo se había enterado de que su madre estaba ahí. Al



cabo de unos minutos conversación insustancial, se dio cuenta de que el cura no había ido hasta allí para acompañar a la enferma: quería hablar con él. Le interrogó sobre cómo pensaba llegar a las estrellas y dejarlas atrás. Quería saber qué esperaba encontrar, e incluso si esperaba encontrar a alguien allí, fuera de los límites del universo.

–Hijo –le preguntó con una voz aún limpia, dada su edad–. ¿Sabes que viajar cómo lo vas a hacer es un suicidio, y por lo tanto un pecado mortal a los ojos de Dios?

Estaba preparado para aquella pregunta.

–No lo veo así, Padre –contestó resuelto–. No voy a acortar mi vida ni un instante, es más, como dormiré durante siglos, técnicamente voy a prolongar mi vida más allá de lo que lo haya hecho cualquier hombre –añadió con una sonrisa.

–Tampoco estoy muy seguro de que esa sea la voluntad de Dios –le miró a los ojos severo–. Si Él quisiera eso, los hombres viviríamos milenios. Sin embargo nos ha dado unos años de vida, quizá pocos para gente como tú, pero suficientes si los sabes llenar día a día.

–¿No quiere saber que hay más allá? –pregunto algo confuso.

–Ya sé que hay más allá –respondió el cura con falso enfado–. ¿Acaso no ves mis hábitos? Voy a llegar al mismo sitio que tú, hijo, aunque yo lo haré tras haber vivido una vida completa, plena y sin interrupciones –hizo un gesto de cansancio, como si esperara que esa vida de la que hablaba se terminara pronto.

–¿Y no gustaría confirmarlo? ¿Tener la evidencia que la ciencia reclama? ¿Poder plantarse en cualquier universidad y decir: Dios existe porque yo lo he visto?

–¡Yo ya he visto a Dios muchas veces! –atajó el religioso esta vez enfadado de verdad–. Contra tu razón está mi revelación –le señaló con un dedo nervudo al extremo de su mano deformada por la artrosis–. Hasta los descreídos como tú son la prueba de su existencia y de su gloria.

–Si Dios existe, como usted defiende, Padre, ha cometido un gran error dándonos unas vidas tan cortas. No arriesgaría yo mi vida si supiera que iba a vivir mil años, sería absurdo. No. Los humanos necesitamos movernos y explorar porque nuestras vidas son cortas. No tenemos tiempo para todo. Necesitamos vivir deprisa para que nuestras vidas cundan. ¿No lo había pensado?

El cura se quedó meditando en aquellas palabras. Le vinieron a la cabeza los patriarcas que según la biblia había vivido siglos, pero interpretó que mencionar las escrituras no iba a ser su mejor argumento. En lugar de responder se levantó.

–Espero que tengas suerte, hijo. Siempre supe que escaparías de esta vida. ¿Crees que no veía cómo te quedas absorto mirando el techo de la capilla?

»Viaja, hijo mío. Abandona los límites de mundo conocido, pero vas a iniciar un

periplo eterno para encontrarte al final contigo mismo. No creo que nos volvamos a ver. Mi vida se terminará pronto y, si te soy sincero, lo estoy deseando –caminó hasta la puerta y se volvió–. Te deseo mucha suerte, viajero. Rezaré por tu madre.

–Ella se lo agradecerá, pero ¿no quiere pasar a verla un momento?

–Ya no es necesario.

Antes de que pudiera responder a aquel comentario el cura se coló en el ascensor y desapareció. Casi al mismo tiempo un doctor, aún con el pijama color verde y con una bata puesta de mala manera sobre el mismo, le informó de la muerte de su madre.

La consola de control fue poco a poco llenándose de luces de color verde. El viaje estaba llegando a su fin, o al menos al fin de lo planeado. Era difícil adentrarse en terreno inexplorado, desconocido, incluso en el modo más especulativo, y decidir si había terminado o no. Sólo sabía que el sistema le había despertado, y eso significaba que lo planeado estaba cumplido. La aventura comenzaba ahora. Los siglos que había consumido durmiendo en la «cuna», como había denominado a su habitáculo, no habían significado nada para él. Tan sólo unas canas más y algunos kilos de menos. Si tuviera que realizar el viaje de vuelta, ese adelgazamiento le hubiera preocupado: algo no había funcionado del todo bien, pero no era el caso. Tampoco había margen a la reclamación. Era probable que la empresa que había diseñado aquel sistema de soporte vital ya no existiera. En realidad era probable que nada existiera tal y como lo había conocido y quizás fuera el último ser humano vivo en todo el universo. Ese pensamiento le llevó de nuevo a reflexionar sobre Dios. ¿Para qué mantener funcionando un universo si su obra maestra, el ser humano, ya se había extinguido? Aquella última conversación con el párroco volvió a su cabeza. Tras el funeral de su madre había vuelto a acariciar la idea de que tal vez, sólo tal vez, hubiera un último «porqué», una voluntad creadora tras las capas más superficiales del universo conocido. «Espacio finito y cerrado, arrugado como un pañuelo de papel usado y micro horadado como una esponja». Así había concebido el espacio material que ocupaba ahora mismo. Por un lado podía sacar cuanto aire fuera posible aquella esponja y hacer que todas sus paredes se tocaran. «Hay que vaciar el espacio del propio vacío», había proclamado cuando aún era candidato para la misión más ambiciosa de la historia de la humanidad.

Y de repente, el mazazo, el segundo hecho que está a punto de dejarlo en tierra.

Una mañana se levantó y al momento sintió un mareo que le obligó a sentarse de nuevo. El oído derecho le pitaba como si tuviera una tetera dentro, y una sensación de náusea le recorrió todo el trayecto desde el estómago hasta la boca, obligándole a contener el vómito. Llevaba unos días resfriado, así que tampoco le dio demasiada importancia. Tomó un anti gripal y llamó a la oficina, se tomaría el día libre. A la mañana siguiente se encontró mejor y pudo acudir a su sesión de entrenamiento. Los negocios los manejaba de forma remota, a través de su ordenador portátil en los ratos libres.

Apenas unos días más tarde, tuvo otro episodio de mareo, y después de eso, otro más. Poco a poco aquellos vértigos se convirtieron en algo frecuente, pero lo peor era que se trataba de algo que no podía ocultar. El día que tuvieron que detener la centrifugadora porque él se desmayó, fue consciente de que iba a ser apartado del programa. «Vértigo de Ménière», dictaminaron los médicos tras someterle a una batería de pruebas que parecía más una tortura que un método diagnóstico. Lo colgaron de jaulas que se movían enloquecidas, mientras una impresora vomitaba kilómetros de papel con la información suministrada por los electrodos insertados en su rostro. Le introdujeron agua caliente y fría en los oídos provocándole terrible mareos que a menudo terminaban con todo el desayuno sobre su pijama de hospital.

«Ménière» pasó a formar parte de su vocabulario. Buscaba artículos médicos, soluciones a base de hierbas, hechizos, emplastos o lo que fuera que pudiera atajar aquel proceso. Por fin le explicaron que se podía operar, pero que no en todos los casos funcionaba y que una ligera, o no tan ligera, pérdida de audición era inevitable. Decidió arriesgarse.

La operación fue un éxito... Inútil.

Las agencias espaciales tenían dónde elegir, había otros candidatos tan buenos como él, pero que no habían oído hablar jamás del «síndrome de Ménière».

Estaba fuera.

Las etapas de duelo pasaron por él gran velocidad, sin embargo no llegó a completarlas. Nunca alcanzó la aceptación, ni tan siquiera la depresión. Las substituyó todas por una inmensa ira, un odio profundo a aquellas agencias frías e institucionalizadas hasta la insensibilidad. Amenazó, insultó, intrigó... Todo en vano. Nadie se arriesgaría a enviar al confín del universo a un hombre que se mareaba al cruzar un paso de cebra. Aquel viaje se convirtió entonces en algo más. Ahora era una venganza personal.

Una mañana se reunió con sus abogados y desmontó paso a paso toda su estructura empresarial hasta dejarla en la urdimbre. Después se desprendió de todo aquello que no fuera rentable o necesario para su proyecto. No le importó dejar a familias enteras en la calle. Tampoco las empresas que conservó salieron indemnes. Redujo el personal hasta el límite operativo para obtener el mejor rendimiento y orientó hasta el último recurso en beneficio de su sueño. Iría por sus propios medios. Sabía que estaba destruyendo todo lo que había cimentado y construido durante años, pero no le importaba: no tenía herederos. No se había endurecido. Se había convertido en un

miserable y no le importaba.

Conforme la torre de lanzamiento crecía, su capital y su prestigio menguaban. Sus empresas reventaban sobreexplotadas y sus abogados y economistas huían de la quema. «La huída de Xanadú», había bautizado la prensa económica a la barbaridad que estaba cometiendo. Sin embargo, las necesidades de propio proyecto le obligaron a estrujarse el cerebro, y pronto tuvo una nueva remesa de patentes que le dieron el balón de oxígeno que le permitió llegar con cierta tranquilidad al final de la construcción.

A una semana del lanzamiento toda la prensa mundial tenía los ojos puestos en su nave. En realidad en su lanzador. Un cohete al estilo tradicional, pero de dimensiones monstruosas. Se lo había jugado todo a una carta porque no quería dar ventaja a ninguna de aquellas agencias que le habían despreciado. Sus ingenieros le aconsejaron hacer dos o tres lanzamientos con vectores conocidos y seguros, y ensamblar su nave en órbita: los despidió a todos. Se encerró en su estudio y él mismo planificó todos y cada uno de los pasos de la misión. No tenía que enfrentar burocracia alguna ni pedir dinero a nadie: él no era un gobierno que dependiera de votos. Lo que quería se hacía y punto, y si alguien se negaba o ponía objeciones, seguía de forma instantánea el camino de los ingenieros hacia la oficina de empleo.

Y así llegó el día.

En la plataforma aquel enorme obelisco se alzaba como una aguja que quisiera perforar el cielo. «En realidad se trata de eso», había respondido con humor a los periodistas. El cohete «Odín» no tenía número. No era un «Ares», un «Orión» o un «Protón», herederos de experiencias anteriores. «Odín» era único. No hubo uno antes y, con toda seguridad, no habría otro después. En el momento en que despegara con sus ciento cincuenta metros de altura y más de quince de diámetro, los planos de todo el proyecto arderían, y más de trece mil personas se quedarían sin empleo. Ese era su corrosivo legado al planeta tierra.

Cientos de millones de personas vieron el lanzamiento por televisión, la mayoría esperando que aquella máquina mastodónica le explotara bajo el culo, pero eso no ocurrió. Demostró porque había sido bautizado «el mejor ingeniero de todos los tiempos» y el tremendo error cometido por las agencias espaciales al intentar relegarle tras un escritorio. «Odín» rugió, se retorció haciendo temblar el suelo mientras evaporaba en un suspiro las miles de toneladas de agua puestas bajo sus toberas para que no provocara un pequeño terremoto. Las cámaras 3D de súper alta definición y otras -diseñadas con mimo para ese momento- cargadas con película de cine de ciento cuarenta milímetros, comenzaron a registrar todo lo que estaba pasando en la plataforma. En la cofia, él se sentía tranquilo. No vestía de astronauta. Había elegido un mono sencillo, en un acto de soberbia, para demostrar lo seguro que estaba de sus diseños. Los amortiguadores de inercia, de los que algunos ingenieros «oficiales» se

habían reído de forma pública, funcionaron a la perfección, y no sintió más presión que la que hubiera sentido en un turbo ascensor.

Pero todo eso había pasado hacía... ¿Cuánto? ¿Mil años? ¿Cien mil? No había modo de saberlo. Sólo sabía que acababa de despertar del sueño inducido del que había disfrutado una vez que se había cansado de mirar por los portillos. Cuando todas las estrellas le comenzaron a parecer iguales, decidió que era el momento de entrar en suspensión animada.

Nada quedaba del poderoso cohete que le había permitido abandonar la órbita de la tierra. Su vehículo ahora parecía más un huevo de gallina mal hecho que una auténtica nave espacial. Lo bautizó «*Cocoon*», porque eso es lo que era. El capullo donde él se transformaría en un ser casi eterno, como una mariposa abandona la oruga como la que había nacido.

Había cambiado.

No se había planteado las consecuencias de pasar siglos dormido, abandonado a los dictados de su propia mente, que era obvio, no había descansado. Su aspecto físico era casi el mismo, pero se sentía muy cansado. Los monitores decían que todos sus bioindicadores eran correctos, pero él sabía que algo había fallado. Su mente nunca dejó de funcionar. Los fármacos, la bioestimulación... nada había logrado detener la mente que nunca asumió aquella parada de su cuerpo. Buscó soluciones y cuando no las halló, investigó más allá del mundo material. Trascendió y comulgó con algo que estaba más allá del entendimiento. Sentía una nueva espiritualidad que no recordaba haber conocido nunca. Comprendió al viejo párroco en su serena búsqueda del creador, y deseó poder encontrarlo él también. Las fronteras del universo ya no eran una barrera física: eran un completo cambio de estado. No sabía si lo podría comparar con el agua cuando se transforma en hielo o en vapor. Quería pensar que él era el mismo, que tan sólo había cambiado de fase.

Un sonido llamó su atención. El trans-radar, una de sus patentes, acababa de detectar algo fuera. Lo que fuera se acercaba a él a alta velocidad. El traductor matemático se iluminó y comenzó a llenar su pantalla de símbolos. Estaba recibiendo un mensaje, y el sistema había determinado que el mensaje era coherente, es decir, que se trataba de un lenguaje estructurado y que respondía de forma matemática a una transmisión inteligente. Un escalofrío ascendió a lo largo de su columna vertebral hasta perderse sobre sus hombros. Se fijó en el monitor, pero éste no arrojaba nada que se pudiera leer. El algoritmo comenzó entonces a buscar variables y a probar diferentes configuraciones. Mientras lo hacía, le pidió que deshabilitara el corrector automático y la predicción de palabras. Al parecer esas funciones estaban interfiriendo con la interpretación. Se abalanzó sobre el teclado y aceptó ambas peticiones. Un instante después una sola palabra llenó la pantalla del traductor.

## «IDENTIFICACIÓN»

Todos sus temores se multiplicaron. Si había encontrado seres hostiles, su viaje se había terminado. No llevaba armas. Había pospuesto su diseño una y otra vez en aras de subsistemas más importantes y, al final, no había tenido tiempo para preocuparse de ello. Tecleó con un acusado temblor de manos:

## «NAVE *COCOON*; ORIGEN, TIERRA»

Añadió un ideograma en el que se utilizaban los púlsares conocidos como radiofaros para determinar la posición del Sistema solar, aunque no creyó que sirviera de mucho a semejante distancia de la Tierra. La respuesta le dejó sin respiración.

"BIENVENIDA, NAVE *COCCON*. SABEMOS DE ESE LUGAR"

Un sonido indicó que había una transmisión entrante. ¡Querían hablar con él! Todos sus miedos comenzaron a disiparse. Abrió un canal de audio y esperó. El sonido de una guitarra eléctrica restalló en sus oídos cuando Chuck Berry atacó la entrada de Jonny B. Good.

¿Era posible? ¿Recorrer el universo hasta el límite para encontrarse con un músico muerto ya hacía siglos cuando él comenzó su viaje? Se abalanzó sobre la consola y tecleó con furia en busca de información sobre la canción mientras la, hasta entonces, silenciosa cabina de mando parecía temblar con la música. La completa base de datos comenzó a repartir información, tanta que era imposible discriminar qué podía ser importante y qué no. Probó varios filtros, pero no encontraba nada significativo. Por fin se le ocurrió unir el nombre del autor con los términos, «investigación» y «espacial»: lo encontró. *Jhonny B. Good* era uno de los temas grabados en el disco de oro que transportó la misión Voyager en el Siglo XX. ¡Increíble! Era imposible que aquella primitiva sonda hubiera llegado hasta allí, lo que sólo se podía traducir en que los antepasados de los que tripulaban esa nave, habían estado muy cerca del Sistema Solar en otros tiempos.

Decidió tomar la iniciativa en la conversación.

«¿IDENTIFICACIÓN? »

La respuesta fue casi instantánea.

«NAVE *LEGAN*»

Era una respuesta bastante ambigua, pero antes de que solicitase una ampliación recibió más datos.

«NAVE *LEGAN*, PERTENECIENTE AL *CRÓO* DE *LEGANSE*»

Supuso que el *Cróo* de *Leganse* era el pueblo, planeta, o sistema al que pertenecían sus interlocutores. Una nueva entrada de audio cortó en seco la música, sustituyéndola por una voz clara, de timbre armonioso.

–Reiteramos nuestra bienvenida, *Cocoon* –dijo con amabilidad–. Vamos a tomar el control de su nave y dirigirla a la frontera. No debe asustarse –aquella voz desprendía una calma absoluta–. Podemos charlar durante el viaje, si así lo desea. En caso contrario, le dejaremos descansar. Comprendemos que ha realizado un largo viaje.

–Hablemos –dijo él sin la menor sombra de duda, excitado por el contacto–. Tengo millones de preguntas.

–Pero nosotros no tenemos las respuestas, *Cocoon* –la voz era casi paternal–. Sólo somos los mensajeros.

»Las preguntas encontraran sus correspondientes respuestas en otro *Cróo* Su presencia aquí no es una sorpresa, pero no les creíamos capaces de llegar tan pronto. ¿Es como lo esperaba?–preguntó la voz con tono conciliador.

Se dio cuenta de que no tan siquiera había abierto un portillo para ver dónde estaba, tan absorto que había estado con la monitorización de todos los sistemas. Hizo que se deslizara la compuerta protectora de una de las escasas ventanas de la *Cocoon*. El espectáculo fue desolador.

Flotaba en la oscuridad, en una negrura profunda sólo rota por un punto de luz que se movía a su lado, aunque a gran distancia. Supuso que era la nave *Legan*. No pudo hacer ninguna maniobra para cambiar el ángulo de observación. Estaba siendo guiado desde fuera.

—No hay mucho que ver —sonó la voz de nuevo, como si además de pilotar su nave, estuvieran leyendo su pensamiento—. ¿Decepcionado?

—No... —contestó sin mucha convicción mientras cerraba el portillo—. ¿Dónde estamos ahora? —quiso saber.

—Lo podríamos llamar «tierra de nadie», si hubiera tierra y hubiera habido alguien alguna vez —la voz sonaba divertida—. Lo que estás viendo es lo que era antes de las cosas fueran... no sé si me explico. Tal vez estés empezando a encontrar respuestas, pero recuerda que yo no te las he dado. Debes sacar tus propias conclusiones.

—¿Así era el universo antes de la creación?

—¿Crees que había universo antes de la creación? Entonces, para ti, la creación es un fenómeno local, puesto que aún hay partes vacías, como ésta. ¿He acertado? Si eso es cierto, el Creador no es un ser muy impresionante...

—No he querido decir eso... *Legan*. ¿Puedo llamarte *Legan*? —no esperó la confirmación—. Supongo que es cuestión de escala... De todos modos me has dicho que vamos a otro lugar, a otro *Cróo*, así que lo que estamos llamando la creación, no se ha terminado. Este es tan sólo un punto intermedio, una especie de apeadero.

—O una mota en el ojo de dios. ¿Es esa tu impresión?

—No... No lo sé —reconoció—. Algo me ha pasado durante el viaje. Tengo la sensación de que mi cerebro ha vivido una vida por su cuenta, y ha obtenido conclusiones que no está compartiendo conmigo. Yo nunca he sido un creyente, sin embargo, ahora siento la sensación de trascender, de ir más allá... y no me refiero al siguiente *Cróo*, o lo que sea...

—Pero existe el *Cróo*, es decir, aún aquí hay jerarquía...

—Cierto, y eso quiere decir que no he llegado a la última respuesta.

La nave *Cocoon* dio un bandazo antes de recuperar el rumbo y la estabilidad. Entretenido en la conversación, no se había dado cuenta de que le habían vuelto a acelerar por encima de la capacidad de sus competentes motores iónicos. Le habían lanzado como una pelota. Un par de luces verdes viraron a color naranja, en una clara advertencia de que estaba acercándose a ciertos límites que era mejor no superar. Había margen de seguridad más que suficiente, pero el sistema le hacía saber que si seguía acelerando podía tener problemas estructurales.

—*Legan* —dijo preocupado—. ¿Te ha molestado algo que haya dicho?

—Negativo —la voz seguía siendo afable—. Tan sólo es el final de nuestro camino a tu lado. Ya te dije que sólo somos mensajeros. Navega tranquilo: no hay nada con lo que chocar. Estás a salvo. Sólo queremos decirte una cosa más.

—¿De qué se trata?



La respuesta se demoró un instante más de lo esperado, como si los *Leganse* estuvieran evaluando qué decir. Por fin, la radio rompió su silencio:

—Que Dios te bendiga, viajero.

El sistema de comunicaciones se quedó mudo. Intentó por todos los medios comunicarse una vez más con *Legan*, pero fue imposible. Incluso el punto de luz que había visto antes desapareció de su limitado campo visual. Estaba sólo de nuevo y se sentía un extraño. Sus pensamientos no le pertenecían, no era capaz de reconocerse en ellos. Había dicho que su cerebro había vivido una vida ajena a él durante la suspensión. Ahora se preguntaba si eso era cierto. Tal vez no había sido su cerebro, sino su alma. La idea, lejos de perturbarlo, le concedía una grata sensación de paz. En otro tiempo hubiera peleado buscando una razón, con la que explicaría que su mente necesitaba un asidero fuera de la lógica para no terminar desequilibrado. Si su pensamiento había estado activo durante todos aquellos miles de años, ¿No habría sentido el mordisco de la soledad y experimentado etapas de locura? ¿Cómo habría sido estar consciente encerrado en una caja oscura durante milenios? ¿Acaso era ese el origen de los dioses? ¿De la mística? Su mente consciente le había sobrepasado, había evolucionado de forma lenta, madurando como un vino en las profundidades de una bodega. Había tenido todo el tiempo que él había dormido, y ahora le hablaba de Dios. ¿Cómo rechazar milenios de meditación? ¿Cómo podía estar equivocada?

Quizás estaba descubriendo el origen de las religiones. Tal vez no se trataba más que de la necesidad de resortes mentales para la psique en la búsqueda de una estabilidad que no es compatible con el desconocimiento y la ignorancia.

Un destello en el portillo le entró por el rabillo del ojo. Se colocó en mejor posición para ver que estaba pasando fuera: quedó maravillado.

Todo a su alrededor era como un mar de enormes pompas de jabón. Las dimensiones eran tan inimaginables que no había forma de ponerlas en números. Se dio cuenta de lo que significaba aquello. Cada una de esas pompas era un universo completo. No podía calcular la cantidad de seres vivos que podía estar contemplando a través de aquella minúscula ventana. Todo estaba ahí. La historia, las verdades, la ciencia... todo cuanto se pudiera imaginar estaba en aquel mar infinito de universos que flotaban en la nada como si estuvieran incrustados en gelatina. Intentó observar algún patrón de movimiento, pero no consiguió nada. Si aquello se estaba moviendo lo hacía como un todo. Las preguntas de su mente parásita le asaltaron de nuevo. ¿Quién podría haber construido aquello? ¿Que había más allá del mar de universos que estaba viendo?

–Saludos, *Cocoon* –la radio le dio un susto de muerte–. Sé bienvenido al último *Cróo*.

Se quedó sin palabras. ¿Qué podía decir? Ellos sabían quién era él, y por qué estaba allí. Tenía que limitarse a escuchar las respuestas, si es que éstas llegaban algún día.

–No es necesario que hables si no quieres –volvió a sonar la voz–. Podemos comunicarnos del modo que tú prefieras. He pensado que la palabra era lo más cómodo para ti.

–¿Me puedes decir quién eres? –consiguió preguntar al fin.

–Soy todo lo que ves ahí fuera, todos y cada uno de los universos que son, han sido y serán... Sí –dijo la voz con tono sonriente–, también soy tú. Sé que te lo estás preguntando. Todo lo que te rodea no es más que energía en diferentes estados, materia construida con los ladrillos básicos del universo. Yo no vine para ordenarlos. Yo nací del orden.

–Pero entonces...

–No: no te precipites –le interrumpió la voz–. No tiene por qué haber una última pregunta, una razón final, pero si la hubiera, eso no la transformaría en dios. ¿Me comprendes? Mira de nuevo a tu alrededor:

»Tus ojos están viendo distancias para las que no fueron creados. Tu mente ha cavilado durante milenios, tiempo para el que no fue concebida. Lo mismo puedo decir de tu cuerpo, que ha dormido durante lo que para los tuyos sería la eternidad, cuando no tendría que haber mucho vivido más allá de cien años. ¿Hay una causa para ello? La respuesta es fácil: no. Ha ocurrido por tu determinación: eso es todo.

»Piensas que puedo estar enfadado por haberte atrevido a romper las fronteras del ser humano: vuelves a estar equivocado. Represento el orden, y dentro de ese orden estás tú y tus acciones. En esos universos que ves ahí afuera nada es pasado ni futuro: sólo hay presente, por lo tanto, y esta sí que es una respuesta, no hay creación. Todo pasa a la vez. Los acontecimientos no van en fila, uno detrás de otro. Van codo con codo.

»En alguno de esos universos han aprendido a saltar entre esos acontecimientos. Para muchos ese conocimiento ha supuesto la desaparición de galaxias enteras. Otros, han sabido usar esa herramienta para mejorar.

–¿Me estás diciendo que todo es repetible? –preguntó confundido mientras intentaba digerir toda aquella información.

–En efecto. Todo puede volver a ser hecho. Se puede repetir algo con absoluta exactitud o cambiar las cosas a mejor... o a peor. Nadie será premiado por lo primero, ni castigado por lo segundo. El orden no juzga a nadie. El equilibrio es una característica

del orden, como la gravedad es una característica de tu universo.

–¿Estás siempre aquí? –mientras formulaba la pregunta se dio cuenta de que ya sabía la respuesta.

–Siempre y nunca. Estoy aquí y ahora porque tú estás aquí y ahora.

–Supongo que aquí acaba mi búsqueda...–dijo apesadumbrado–. Ni triunfo ni fracaso. ¿Qué va a pasar ahora?

–Por desgracia, es imposible extender tu vida lo suficiente para que puedas visitar esos universos. Lo siento. El orden no contempla eso. Además, hace falta la energía de una nova para cada salto. Pero dadas las circunstancias, podemos hacer una concesión. Tienes que entender que no podrás elegir: Hay infinitas posibilidades, pero son cerradas.

–¿Cuál es la alternativa?

–No hay alternativa. Lo siento de nuevo –la voz no perdía su tono afable–. Espero que tengas un buen viaje de vuelta, y que encuentres las respuestas a todas esas preguntas. Adiós, viajero... ¡Que Dios te bendiga!

Esta vez sí sintió la aceleración sobre su cuerpo. Las luces del panel de control pasaron todas a anaranjado y unas cuantas incluso a rojo. La nave comenzó a trepidar como si fuera a desintegrarse en cualquier momento. Múltiples alarmas comenzaron a sonar, casi todas alertando del riesgo de un grave problema estructural. No podía hacer nada. Notó cómo la sangre abandonaba su cabeza y sus pensamientos comenzaron a verse como incluidos en una enorme torunda de algodón. Todo era denso, pastoso, como una resaca motora que le derrotaba al tiempo que le pegaba a la pared de forma inevitable.

Después, nada.

La mente le mantuvo consciente durante todo el tránsito. Pudo dialogar con ella y razonar lo que habían visto. Tuvo cientos de miles de años para pensar. Fue la peor condena a la que se podía someter a un ser vivo. Sin embargo no había castigo. Era una simple cuestión de orden, lo tenía asumido. No desesperó. Su mente había sido parcelada, organizada, conectada... Veía relaciones dónde nadie las hubiera buscado y comprendió muchas cosas, pero no logró obtener las respuestas. En un momento determinado en aquellos eones transcurridos comenzó a jugar con las palabras... «*Legan*» se transformó en «Ángel» y *Cróo* en «Coro». ¿Había estado en el paraíso y no se había dado cuenta? ¿Había llegado hasta el último Coro celestial y había sobrevivido? ¿Había visto a Dios? ¿Eran «ángeles» los *Leganse* o se trataba sólo de una coincidencia?

De repente sintió un golpe sordo. Se vio a sí mismo como el ser más anciano

que hubiera existido. Sus ojos se perdían en las innumerables arrugas de su cara y sus manos eran manojos de frutos secos arrancados junto con sus ramas. Su cuerpo era cuero colgando de su columna vertebral. Su boca mostraba las encías desdentadas y su nariz y orejas habían crecido hasta dominar toda su expresión. Se podría dudar tranquilamente de su naturaleza humana, pero su mirada era clara. Era la mirada de un sabio.

Por alguna razón que decidió ignorar, era momento de dormir.

Nunca supo el tiempo que transcurrió en ese sueño. Esta vez, su mente consiguió, por fin, descansar. La vuelta a la consciencia fue gradual. Comenzó como un murmullo que iba llenado sus oídos, a la vez que un acre olor a incienso llegaba hasta él con la contundencia de un cañonazo. Supo que estaba de pie. Sus ojos comenzaron a funcionar. Al principio sólo eran borrones, pero al cabo de unos minutos reconoció aquellos toscos brochazos azules, sobre los que reventaban unas irregulares estrellas amarillas. La familiar voz del párroco restalló en su cabeza con una claridad inusitada. Lo sintió a su lado, incluso percibió el aroma de la loción barata que usaba.

El orden había sido restablecido.

El párroco se giró hacia él y le guiñó un ojo. Bajó la voz, para que no le pudieran escuchar los feligreses y le dijo mirándole a los ojos.

—¡Bienvenido, viajero! Que Dios te bendiga...

### **Juan Manuel Sánchez Villoldo (Bilbao 18/7/62)**

Ex locutor de radio en distintas cadenas, ex colaborador y articulista de la revista "En ruta", dedicada al turismo, actualmente trabajando en Filipinas como *Production Manager* de Cygnal Canal 56.

Ha publicado:

- "BLUE", Finalista en el concurso literario **Las otras realidades**
- "Gotten Wille" publicado con DOLMEN editorial dentro de la antología **Los albores el miedo**
- "120 palabras vacías", seleccionado y publicado en la antología **Sentimientos**

(letras con arte)

- "*Siempre te querré*", publicado en la antología "**Evil Children**" de **Vuelo de cuervos**
- "*Los Herederos*" publicado en la antología de Ciencia Ficción de **Letras con arte**
- "*El regalo*", publicado en el blog especializado en literatura de terror **Vuelo de cuervos**
- "*El artesano*" publicado en Vuelo de cuervos, especial **Muñecos diabólicos**

Después del verano, EC.O publicará mi primera novela (ciencia ficción) "**Las guerras del código**"

Ha comenzado la pre producción para llevar al cine uno de mis relatos, en concreto el titulado "**La cena**" que fue publicado en la revista **Vuelo de cuervos**

Estoy escribiendo el guión para una serie de animación del género fantástico de la que, por el momento, no se puede contar más :)

# El otro

Lozano, Roxana

No sé qué me hace regresar una y otra vez. Día tras día inunda mis mañanas un solo pensamiento. Más que eso, el deseo permanente que colma mis pueriles plegarias, ¡Que desaparezca! No puedo dejar de pensarlo, ni al deseo ni a él.

La decisión de ignorarlo no es suficientemente firme, es algo que no puedo llevar a cabo, mi mente tiende demasiadas trampas, tantas que me hacen volver. Siempre volver.

Necesito verlo. Salir en su búsqueda, cruzarlo, o simplemente saber que aún está allí, o que ya no está. Pero saber.

Pensé en una necesidad mutua, algún tipo de reciprocidad, tal vez ni siquiera o mejor dicho, ni quisiera. *Siquiera, quisiera, quiera, que, era, si, se, será, ser. Nueve palabras.*

De cualquier modo no me importan razones que no comprendo, lo único que me importa es lo que está sucediéndome.

Qué cambiaría saber el cómo o el por qué, lo que va quedando todavía, busca una palabra o una mirada que alcanzarían para complicar mi día y, por supuesto, los venideros, tal como se fueron entorpeciendo los anteriores.

Me preocupa que le pase algo por mi falta de cuidado. Y si ello sucediese acaso ¿permaneceré yo entero, con todas mis partes? ¿Volveré a ser como antes? Como era o como no fui.

Nunca supe de dónde había venido, ni cómo había llegado, ni de dónde apareció. Pero hoy forma parte de mi realidad, de mi presente, en cierta forma, de mi historia.

Mis pensamientos más ilógicos me arrastran hacia ideas absurdas, un escape de mi razón para poder catalogarlo. Mi sombra. Mi alma. Mi otro yo. Un dios pagano endemoniado que emergió de las entrañas mismas del océano de nubes que yace debajo, sólo para complicar mi ortodoxia, mi pureza, mis rituales y mis silencios. Otro. Alguien

igual, pero diferente. Un ángel ruin decidido a torcer mi destino. Alguien que dice sin decir, que molesta sin estar, que perturba estando, que se camufla hasta formar parte del paisaje. Que va y viene o permanece. Observa. Se mueve. No hace. Y espera. ¿Qué espera? Una entelequia en sí mismo. Algo que me provoca ansia y temor a la vez. Quizá la maldición que yo mismo invoqué. Quizás... tal vez..., demasiadas preguntas ocupan mis pensamientos, tengo que vaciar un poco mi cabeza. *Pensamientos, miento, mi, en, te, pienso, piensa, pi, pie, mente, pinta, pinto, paseo, pasen, pisen, piso, pose, pase, sane, sin, sean, pimientos. ¡Ah no!, perdí.*

"¿Farero de altura?, ¡qué idea tan absurda! ¿De dónde la has sacado?, los faros están muy alejados, un sirviente en vez de un creador, deberías pensarlo hijo"...

El Faro del Confín. Desde pequeño había sido mi elegido y hoy soy su único habitante. Es el gran guía que desde lo insondable de la mismísima soledad orienta a tantos comandantes de dirigibles. El gran maestro del aire que se alza en la cima de la Gran Montaña, demasiado elevado del suelo y de los hombres. Cuido su estructura y nutro diariamente su núcleo enardeciendo su fuego interno, elevando las emanaciones que nos mantienen vivos. Me engendra y me contiene en su cálido vientre, y somos como un animal dentro de otro, en medio de la inmensidad. Necesita de mí para mantener su gran ojo abierto y alerta. Y yo para cumplir mis sueños. Sueños, "... sé lo que quieras pero no dejes que mis sueños se terminen aquí, hijo, estoy muriéndome y esto también es parte de la vida".

¿Por qué ahora? Pasado, presente, mi padre, el proyecto y yo, sólo él y yo.

A lo lejos muy pocas aves revolotean en busca de presas, nubes que nos atraviesan, vientos que nos azotan, el horizonte, el sol, la luna y, más allá, la nada misma.

Adentro, un monótono acorde, el bullicio que emana de sus entrañas, que se entremezcla con el vapor y despliegan la calidez de un vientre protector, el prototipo, de mi padre, antes, mío ahora..., y ahora recuerdos otra vez.

La oscuridad. ¿La muerte? La noche de la tormenta inclementes vientos daban vida a las propias inmensidades, arrastraban todo cuanto podían, intentando derribar a la gran torre. Un mal movimiento y mi pierna se atascó de tal forma, que por primera vez sentí que mi vida corría peligro.

Maldije a la soledad porque nadie podía socorrerme, nunca lo hago porque lo cierto es que saco buen partido en ser ermitaño, amo la soledad y el silencio más que a nada o a nadie, relacionarme con otros me resulta más conflictivo que placentero. Entonces ahí

estaba sólo con mis habilidades, o con la renuncia. Mantuve alerta el ojo guía todo el tiempo que pude, pero todo culminó cuando nuestros ojos se cerraron.

Amaneció calmo y cerca del mediodía desperté exhausto. Los rayos de sol no alcanzaron siquiera para entibiar mi cuerpo que, con el ropaje húmedo no dejaba de temblar, tuve suerte de no haberme congelado. Tironeé con fuerza hasta que mi pantalón se rompió y finalmente pude destrabar mi pierna. La moví con algo de dificultad y la examiné, tuve mucha suerte, apenas podía llamar un rasguño a lo que tenía.

Hacía frío aquella mañana, ¡mucho frío! Bajé con cierta ligereza y me quité de inmediato la ropa. Me asee un poco en la jofaina, mojé mi cara con agua helada y sentí más que otros días, la aspereza de la toalla raspando mi piel. Me aplasté el pelo rústico como el de mi padre. Tenía que recortarlo y todavía no me mandaban el espejo que les había pedido.

Al ponerme la gorra de lana que él usaba noté lo deteriorada que estaba, vieja y agujereada. Pero los objetos son sólo eso, lo que queda de su presencia aun en su ausencia. Igual que su chaqueta, mi fuente de inspiración, los planos..., sus sueños inconclusos. ¡Qué hombre!

¡Qué hambre tenía por la mañana! Claro, si por causa del temporal y mi pierna atascada no había comido casi en todo el día. Tan desesperado estaba que sin terminar de abrir por completo la lata de conservas, hundí dos dedos y extraje un par de frutas. Y mis manos estaban tan entumecidas del frío que ni siquiera me di cuenta del corte que tenía. Recién me percaté de ello cuando me sequé en los pantalones y vi que había manchado con sangre una de las piernas. "el uniforme siempre debe estar impecable, en cualquier lugar donde uno se encuentre, aun durante la guerra, hijo mío", bueno después de todo es sólo un pantalón, más tarde lo lavaría.

Mientras bajaba pude oír la queja de un corazón que lentamente se estaba apagando, un silbido agónico. Y todo era culpa mía. Palmeé la tubería. Tranquilo, amigo, ya voy por tu alimento, no te dejaré morir. En ese momento sentí un extraño miedo, uno genuino que comenzaba a apoderarse lentamente de mí. Un miedo ajeno. Uno que nunca antes había experimentado. Uno que crecía a medida que descendía. Disminuí mi paso, como si no quisiese salir. Mientras jugueteaba con mis dedos pegando y despegándolos con esa mezcla rara de almíbar y sangre que había quedado entre ellos. ¿Cómo estará el depósito después del temporal?

Diez paladas de carbón, el combustible para dar vida al corazón del faro. Sólo diez, ni una más, alcanzarían para alimentarnos. Una más, sería motivo de desperdicio y tengo



que ser previsor respecto de las vicisitudes. Un día y al siguiente, y al otro.

¿Y esto nuevo?, ahora el miedo. Un miedo producto de esa noche endemoniada. O tal vez por la muerte y ni siquiera me lo había planteado alguna vez. *Planteado, plateado, planta, planto, planeado, lana, lona, dona, nao, la, lo, pan, plata, lata, lote, dan, don, de, pote, pato, tea, tao, veintiuna, ¡excelente!*

Descolgué las llaves y las colgué de mi cinturón. Abrí la puerta y la sorpresa fue superlativa. Envuelto en una lona sucia, un cuerpo se apoyaba sin firmeza, casi inerte, en el umbral. ¿Qué es esto? La pregunta cubrió todo en mí. Pude escuchar mis propias palpitaciones que retumbaban dentro del pecho como una gran caja de resonancia. Llamadas de fuego interno comenzaron a devorarme. El momento no transcurría. Era una pausa sin fin, permanecí absorto, inmóvil. Él formaba parte de la misma atemporalidad, pero aparentemente, la venía transcurriendo desde antes. No se movió, ni percibió siquiera la apertura de la puerta, mucho menos mi presencia. Entre un sinfín de preguntas y sentimientos ambiguos, reaccioné.

Tenía que ayudarlo. Aunque por mí, prefería ignorarlo. Le hablé, le grité, y esperé aunque sea una mirada, un movimiento, una mano extendida, pidiendo algo, pero ni la cabeza se le movió. ¿Y si está muerto? No, no, demasiado erguido para no tener vida.

Tomé la decisión de sacudirlo y sentí repulsión al tocarlo. En la porción alta de su torso, cerca del cuello, y algunas partes de sus brazos, lo que pude observar, se hallaba cubierto por hojas amarronadas, secas pegadas a su piel, una encima de otra, y eran casi parte de su cuerpo, de sí, una mezcla de sangre, barro y hojas. ¡Qué asco! Nuevamente el temor acidificaba mi organismo. Y más aún al darme cuenta que se cubría con mi lona, ¡había estado en el depósito!

Levantó dificultosamente la cabeza, no llegó a mirarme, apenas abrió su boca e hizo un gesto indicando la falta de alimento, o al menos así lo interpreté. Su exigua expresión sumada a la imagen que tenía enfrente me hacía pensar que no podía valerse por sí mismo, necesitaba de mí. Pero yo no necesitaba de él, o al menos eso creí.

Lógicamente, ese hombre buscaba algo que, con el correr de los días, me iría dando cuenta que era mucho más que un poco de comida. ¿Un hombre allí? ¿De dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Qué? ¿El tripulante de un dirigible? Probablemente.

Era evidente que no tenía fuerza casi ni para incorporarse, pero aun así, por desconfianza cerré la puerta y la trabé mientras fui en busca de alimento. Regresé con una lata de conserva abierta que dejé en el piso a su lado. No pretendí tocarlo. Pasé con

la carretilla hacia el depósito. Apenas si levantó su inexpresiva mirada. Y estiró su mano para tocarme o agarrarse de mi pantalón pero me corrí.

No era ésa una montaña que se pudiera escalar y menos sin valerse siquiera de una soga. Sentí tantas dudas como responsabilidad. Recorrí los alrededores antes de ir a buscar combustible y ni un vestigio de algún tipo de transporte que lo hubiese traído. Sólo él, como única huella. Como un ser desprotegido, buscando amparo tras un muro de piedra.

Mientras verificaba que todo estuviese en orden y evaluaba los daños ocasionados por la tormenta, que por suerte eran menores, pensaba y pensaba qué hacer con él o cómo deshacerme de él.

Más allá del lugar del que hubiese venido, cómo, cuándo o por qué, estaba ahí y de alguna forma estaba implicándome, me hacía partícipe. Tuve la sensación de que podía congelarse, o enfermarse. Aun más, podría morir. Pasase lo que pasase yo sería responsable. Vendrían autoridades por mí, o tendría que abandonar mis tareas para atenderlo, y hasta sería culpable de los desastres aéreos que pudiesen producirse por desatender mi trabajo en el faro.

Así que, cuando regresé, le mostré el camino hasta el depósito, que no eran más que unos cuantos pasos, y le dije que podría quedarse hasta su recuperación, advirtiéndole que tendría que buscar su lugar. No fue capaz de mirarme, mucho menos de contestarme. En un mutismo total mantuvo su vista en dirección al suelo.

*Abacero de almas que/robas para tu empresa/Inocencias precarias/Abúlico el destino/se acoda en estrecha senda que /Sin suerte, despoja mi alma. ¡No, no, no! la única canción que afianzó mis miedos desde la niñez. La había olvidado, por años la anulé. ¿Por qué ahora? Inocencias, cien, ciencia, as si, ni, cena, seca, case, con, nueve.*

No pretendo ser amigable, sin embargo, conociéndome, sé que lo voy a ayudar. Tal vez ni siquiera tiene fuerza ni para levantar la vista, o simplemente decide ignorarme. O no escucha o no me entiende. O..., o..., o vaya a saber. Después de todo no es mi problema, ¿o sí?

Pasada la tarde di vueltas y vueltas entre hélices y fórmulas que me darían medidas exactas del algoritmo que todavía no llegaba a resolver. Inútilmente intenté concentrarme porque millones de preguntas capturaban mi atención. Así que iba a quitarme la chaqueta como parte del mismo ritual antes de guardar las cosas, pero descubrí que no me la había puesto. Nunca lo olvidaba. Comenzaba a irritarme la situación, conmigo y con él.

Bajé en busca de alguna respuesta pero cuando salí no estaba ni en el umbral ni se lo notaba a simple vista por los alrededores. La lata de conservas estaba tal como yo la había dejado. Me indignó que me hubiese pedido comida y me la despreciara. Tal vez ni siquiera le gustó. Cada lata cuenta, no es para desperdiciar. ¿me habrá entendido? ¿lo habré entendido?

Tomé la conserva y apuré mi paso en la única dirección posible. Seguro que está en el depósito, resguardándose, hace mucho frío. ¡Tampoco esta!. Aproveché, tiré la lata en la basura y salí a recorrer un poco las inmediaciones pero el aire comenzaba a dar claros indicios de que una nueva tormenta se avecinaba. Esperaba que no fuese tan fuerte como la anterior.

No lo encontré por ningún lado. ¡Qué alivio! Se había ido de una forma tan repentina como había aparecido. Pero ¿dónde? ¿Cómo lo hizo? ¿Estoy alucinando? ¿Estaré bien?

Al entrar recorrí el faro por completo, pensando que de alguna manera podía haber entrado, pero tampoco estaba allí.

Permanecí perplejo. Ningún dirigible había pasado en las últimas horas. Yo sé bien en qué momento del día se aviva el tráfico y faltaba aún. Desconcertado, pretendí retomar mis tareas y guardar esa anécdota pensando en que ése había sido un día atípico.

Sin embargo dentro del faro estaba atento a cuanto sonido diferente pudiese producirse y fuera mi mirada estaba mas alerta que de costumbre, estaba seguro que en algún sitio estaba, nadie desaparece repentinamente, pero tampoco aparece repentinamente.

Antes que finalizara como un mal sueño yo había despertado y todo tenía un aspecto totalmente normal. Después un sueño corto y agitado me levante suficientemente apurado, estaba seguro que andaría por ahí, escondido por los alrededores o seguro en el deposito. Aligeré el paso con la carretilla y la traje llena de carbón. Ni siquiera conté cuantas paladas solo cargué y cargué y cargué..., todo cuanto pude, ocuparía mi día en su búsqueda.

Una búsqueda infructuosa que me dejó casi sin fuerzas, sin esperanza y peor aun, sin una respuesta a todos mis interrogantes. Al otro día y al siguiente.

En un principio contabilizaba las jornadas de su ausencia, miraba por las diferentes

ventanas del faro y recorría los alrededores, pero después de unos cuantos días, todo permanecía en la mayor de las normalidades. Todo menos mis pensamientos y mis miedos que lograron ovillarse una vez más.

La primer reflexión al despertar era si al abrir la puerta no estaría detrás, o si andaría por ahí. ¡Cómo había cambiado!, antes la fórmula que aun no logro terminar era mi motor, sin embargo ahora, *Yazgo en la aridez del desamparo/contemplando cerrazones que amenazan*. ¡No, no, no! *contemplando, contemplo, planeo, plan*. ¡Ahí está otra vez!, cerca del depósito. Había pasado casi un mes. ¡Otra vez! ¿de dónde aprecio?

Decidí mirarlo por la ventana oeste. Desde donde estoy puedo verlo bien, sentado en una roca, con las piernas abiertas y la espalda encorvada. Tiene algo en la mano, pero, ¿qué es?, no lo distingo. Algo hace en una piedra, pero desde acá no puedo verlo. ¿Qué hace? ¡Volvió!

La tarde esta cayendo y hace muchas horas que hace lo mismo. Camina como si no tuviese rumbo, y con mucha dificultad arrastra piedras grandes y planas. Pero parece llevar un cierto orden, no es al azar. Y siempre desde el mismo lugar mira las piedras, pero también mira hacia aquí, clava sus ojos en la ventana, y sé que no puede verme; en cambio, yo sí. Y es como si buscase de alguna forma mi aprobación, como si supiese que estoy aquí, viéndolo. Busca el consentimiento de lo que él hace y yo ignoro.

¡La chaqueta! Ni bien lo vi, casi en la oscuridad bajé lo más rápido que pude llevado por la furia. Ahora va a escucharme. Se sobrepasó. Salí tan rápido como pude y recién cuando estuve frente a él, lo vi mucho más de cerca, sentado en una roca doblado sobre sí, recostaba su torso sobre sus piernas, y sus brazos cansados colgaban inertes como si se tratase de un muñeco de trapo y no de una persona. Sus manos estaban sucias, como si las hubiese hundido en el carbón.

Sí, ¡mi carbón! Y su espalda encorvada, como un caparazón lo envolvía y lo aislaba de mí. Su vista una vez mas se hallaba hundida en el suelo. Tenía puesta una chaqueta del mismo color que la de mi padre, del bolsillo de su pantalón colgaba un trapo desaliñado. No dejaba de extrañarme. Pero no hallaba respuesta.

Intenté algún tipo de comunicación como pude, en mi idioma, y en otros sumamente desastrosos, y hasta hice señas y grité desesperado. Su silencio y, podría decirse su indiferencia, eran magnánimas.

De pronto se incorporó y, con su torso erguido, me miró; en silencio. Sin el escudo que había sido arrancado, el pedacito de la insignia que aun quedaba cosido, era

indiscutiblemente del Cuerpo de Ingenieros de la Real Armada Aérea del Imperio. Una chaqueta azul Prusia estilo señorial con relucientes botones dorados..., y estaba tan impecable como el uniforme de mi padre. ¡Era la chaqueta de mi padre! La reconocí de inmediato, le quedaba justo a su talla, aunque no correspondía con su figura.

Estuve a punto de increparlo y quitársela, hice un amague, cuando por primera vez habló: "La necesitaba para resolver un problema, en breve la devolveré. La necesitaba".

¡No, no, no, no! Estiré mi mano, su torso desnudo de inmediato se estremeció del frío, ignoré la imagen y ni bien la tuve en mis manos, di media vuelta para ir directamente al depósito.

Si estaba echando mano a mi carbón, tal vez estuviese alimentándose de mis conservas. Luché al menos media hora con la llave del depósito, se me había trabado y no era la primera vez. Tenía que sacarla y tratar de arreglarla, aceitarla un poco, pero ahora con él ahí no lo haría de ninguna manera. Esperaría a que volviese a irse.

De vuelta al faro, maldije que estuviese allí, provocándome problemas, como el de la cerradura, preservar el carbón, los alimentos, la cerradura, la chaqueta..., pero lo peor no eran los problemas, sino los sentimientos ambiguos que me creaba. Quería ignorarlo, que desapareciese, que no me implicase. Sentía culpa de que le pase algo. No me hablaba, hacía sus cosas, no pedía nada, ni siquiera se opuso a devolver mi chaqueta. Aun sabiéndose desnudo. Nos observamos en la distancia.

Sus únicas palabras repicaban en mi cabeza, "resolver un problema" ¿Qué problema existe en una montaña en el medio de la nada?, "la necesitaba", para cubrirse seguro, el único problema de la lluvia o el frío, "necesitaba", repitió, *necesitaba, si, citaba, cita, nata, cien, sien, cita*, no ya estaba, ¿estaba? Volví la vista a la chaqueta que colgaba prolijamente de mi brazo, me detuve, lo miré y regresé sobre mis pasos más enfurecido conmigo que con él. Se la tiré con desprecio, sin dudarlo se abalanzó sobre ella y se cubrió de inmediato. Pero ni siquiera lo agradeció. Ni con una palabra, ni con una mirada, siquiera. Actuaba como si yo no existiese, como si fuese parte del paisaje, o como si fuese mi obligación ayudarlo. Se levantó, frotó un poco sus brazos para calentarlos, me dio la espalda y continuó con lo que estaba haciendo.

Llevado por la ira apuré el paso hacia el faro. Yo también tengo que continuar mis tareas. ¿Continuar? ¿Retomar? Más bien comenzar. Todo estaba abandonado.

Guardé celosamente la llave del depósito y corrí hasta la ventana oeste, para ver que estaba haciendo. No lo veía desde allí, fui entonces a la ventana norte. Seguía buscando

piedras y acomodándolas. No sé que hace, los matorrales me entorpecen una visión clara.

Está cayendo la noche, y cada vez que pasa y se acerca un dirigible, con la luz que me proporcionan mas la del faro, aprovecho para ver donde está, por las dudas, tal vez esté planeando algo. La falta de luz diurna me dificulta verlo. Es un buen motivo para despreocuparme. *Preocuparme, de, reo, roe, re, par, arme, ocuparme, ocupar... fumar.* Rimán. ¡Qué ganas de fumar! Hace ya bastante que..., tal vez, aún queden algunos, si no están húmedos, podría. ¡Qué tontería! Finalmente nada demuestra que los pensamientos lógicos puedan con la voluntad.

Así que disfruté el cigarrillo de principio a fin, como hacía mucho no podía, y de las siluetas que teje el destino con el humo en el haz de luz que quiebra la noche. Luego me fui a dormir.

Los vientos en las montañas son extremos, ya los conocía, pero aquella mañana pude sentir la velocidad con la que se desplazaban desde lo alto. Altura. ¡Claro, sólo eso necesitaba! No había terminado de asearme aún y busqué en vano mi navaja para rasurarme. ¿Dónde la dejé?

Subí apurado hasta la sala de linternas, en la cúpula. ¡Acá estás, bribona! ¿Cómo habrás llegado?

Salí al balcón. Sentí ráfagas atravesándome. Admiré la naturaleza. Miré a mi alrededor y me asomé.

¿Qué? ¿Qué hizo? ¡No puede ser! Quedé perplejo, agarrado de la baranda, contemplando desde las alturas la estructura que formaban abajo las piedras. Allí, frente a mi atónita mirada, se hallaba ¡el modelo de dirigible que había soñado mi padre! Ése que ni yo llegaba a terminar, completamente concluido, en piedra.

Él había trabajado toda la noche. Sin luz. Lo completó. Sólo faltaba la fórmula. ¿Cómo lo supo?

Entré espantado a verificar que mis planos estuviesen en el sitio donde los guardaba y con alivio vi que allí estaban. Así que corrí por las escaleras llevado por una gran intriga en busca de una respuesta, o una felicitación, o algo. Necesito verlo, saber dónde esta, qué hace, cómo llegó a armarlo, cómo el mismo prototipo, de dónde lo había sacado.

Abrí la puerta con tan poco atino que no me había alejado ni medio metro cuando el viento la cerró de pronto. Sin embargo nada era mas importante en ese momento, continué corriendo hacia las piedras.

A la altura del suelo no significaban absolutamente nada. Eran sólo rocas que parecían más distribuidas al azar, que apiladas con cierta precisión. Y no transcurrió demasiado para que la emoción se apoderara de mí, desparramando lágrimas que no podía contener. Allí fue cuando vi con asombro una serie de fórmulas y dibujos de hélices y motores trazados con carbón en la piedra. Los mismos planos llevados del papel a la naturaleza. Mis ojos se nublaron.

No lo encontré por ningún lado. Él no estaba allí ni en los alrededores. Lo busqué, corrí, desesperado. Grité, grité de desesperación y alegría.

El depósito se hallaba cerrado tal como yo lo había dejado. Y la chaqueta de mi padre se encontraba doblada entre dos piedras planas, envuelta en una lona, en perfectas condiciones.

Abandoné el sitio y regresé al faro a buscar los planos pero no pude entrar.

Las llaves. No las tengo. Quedaron dentro.

Pude escuchar mis propias palpitations que retumbaban dentro del pecho como una gran caja de resonancia. Sentí un extraño miedo, uno genuino que comenzaba a apoderarse lentamente de mí. Un miedo ajeno. Uno que nunca antes había experimentado.

Intenté de todas formas ingresar. Usé cuantos utensilios me diera la naturaleza, piedras y ramas para romper la puerta, faro o del deposito.

Maldije a la soledad porque nadie podía socorrerme. Golpeé, pateé, lo intenté tantas veces como pude.

La noche se hizo. Y luego el día. Y los días. Nunca llegué a abrir el depósito. El sol quema, me ciega.

El tráfico de dirigibles sigue su curso habitual. Digo sin decir, voy, vengo, permanezco. Observo. No hago. Y espero. ¿Qué espero? Nadie me ve. Soy parte del paisaje.

Cada noche sigo viendo con asombro las luces del faro encendidas. Mi mente tiende demasiadas trampas. Y me pregunto quién alimenta su corazón titánico. De cualquier modo no me importan razones que no comprendo, lo único que me importa es lo que está sucediéndome.

Estoy débil, ¿permaneceré yo entero, con todas mis partes? ¿Volveré a ser como antes? Como era o como no fui.

Me arrastro buscando raíces o algunas hojas que encuentro por ahí, para alimentarme, otras se adhieren a mi piel por las llagas, en una extraña mezcla de sangre, barro y hojas.

Sólo la chaqueta de mi padre y la satisfacción de que su sueño no quedó inconcluso.

Miro hacia la ventana oeste. Lo que va quedando todavía, busca una palabra o una mirada. No importa quién lo hizo.

Una tormenta se avecina, espero que no sea grande.

Me envolví en la lona sucia y con la escasa fuerza que me quedaba aún, me respaldé en la puerta del faro.

Contención, "la necesitaba". Mi realidad, mi presente, mi historia, él, yo, un animal dentro de otro, el proyecto, dirigibles, ahora, ayer, fue, fui, es, ¿quién? ¿Qué? ¿Dónde? Mi sombra. Mi alma. Mi otro yo. Otro. Alguien igual, pero diferente. Un ángel ruin...

Apenas mis ojos entreabiertos captaban algo de luz, hacía mucho que no comía, ni hablaba.

Pude oír la queja de un corazón que lentamente se estaba apagando, un silbido agónico. *Pienso, pi, en, so, sobre, tra... traje, prusia, padre, pasado, paso, presente, él, yo, como única huella, el Faro del Confín, con, fin, los sueños, el deber, ser.*



Alguien me sacude. Me provoca ansia y temor a la vez. Intento levantar la cabeza para ver su rostro pero sólo alzo la mirada hasta el muslo de su pantalón. Está manchado, "el uniforme siempre debe estar impecable, en cualquier lugar"... creo que es sangre. Con un gran esfuerzo abro la boca. Sólo quiero que me alimente. *Yazgo en la aridez del desamparo/contemplando cerrazones que amenazan/abúlico el destino/se acoda en la estrecha senda que...despoja mi alma.*

**Roxana M, Lozano** nació en 1967 Buenos Aires, Argentina. Es guionista, forma parte del taller literario "Los Clanes de la luna Dickeana". Participó en colaboraciones varias en trabajos de guión. En 2005 publicó su primera novela *Una Historia Desesperada*. En 2015 participó de la Antología Steampunk cuentos de retrofuturo, con el cuento *El Otro*.

# El pequeño dios

## Dolo Espinosa

El universo es nuevo, tan nuevo, que aún conserva el lustre de lo recién estrenado.

El mundo, por supuesto, también es nuevo, tan nuevo que ni tan siquiera le han quitado las etiquetas.

Los dioses son jóvenes, casi recién nacidos, y se hallan reunidos en torno al gran dios creador tratando de repartirse los diversos poderes y dominios del exuberante planeta que se extiende a sus pies. La discusión transcurre como es habitual entre ellos, es decir, que de manera muy educadamente divina, se debate entre gritos, empujones, insultos, aplastamiento de juanetes, burlas, mofas, befas y algún que otro mordisco (por cierto, en esto de las dentelladas no hay quien supere al dios yorkshire, primo lejano del dios coyote, que, gracias a su tamaño, llega a innombrables y ocultos lugares a los que otros no tienen tan fácil acceso).

Los más fuertes luchan a brazo partido por dominar el cielo, el aire, el infierno, el mar, el sol, la luna, el amor, la guerra, la sabiduría, todo aquello, en fin, que consideren que les puede conferir verdadero poder y los mantenga bien calentitos y rodeados de placeres en el palacio del gran dios padre y creador.

Otros, más débiles, se disputan algunos dominios menores como la tormenta, la belleza, la fertilidad, el sueño, las estaciones, las artes, la venganza y otras posesiones que, sin dejar de tener cierta importancia, son consideradas minucias por los dioses más fuertes. Entre estos pequeños dioses la batalla es aún más encarnizada si cabe, pues nadie quiere quedarse sin su parcela de poder o acabar ocupando el último lugar en el escalafón divino y quedarse en mero espíritu protector.

Aún entre los que sólo pueden aspirar a este mínimo rango también se produce una dura contienda y es que no es lo mismo ser el espíritu protector de un árbol que de un bosque, de una familia que de todo un pueblo, de una encrucijada que de los caminos. Cuanto más importante es lo que se ha de proteger, más posibilidades hay de ascender a pequeño dios y, desde ahí, con algo de esfuerzo, alcanzar un lugar junto al gran dios creador... o eso es lo que ellos --tan ingenuos-- creen.

Dos oasis de serenidad y silencio destacan en medio de la algarabía. Por un lado, el gran dios creador, sentado en su trono, se lima las uñas y bosteza aburrido a la espera de que el debate se dé por concluido y el reparto de poderes finalice pronto. Por otro, indolentemente sentado en un rincón, un pequeño dios contempla la escena con displicencia y aguarda el final de la jarana.

Tras unos cuantos cientos de años de alaridos, coces, dentelladas, gruñidos y golpes varios, el "civilizado debate" llega a su fin. Los dioses, sudorosos y despeinados, pasan a comunicar al dios creador el destino de cada cual y se preparan para ocupar su lugar. Uno a uno, dan a conocer su nombre y destino para que sean anotados en el Gran Libro de los dioses, pequeños dioses, espíritus protectores y entes diversos.

Cuando todo parece estar, por fin, bien repartido y organizado, el gran dios creador se acuerda de aquel dios que, desde una esquina, contemplaba la trifulca y que allí sigue, con su misma cara de indiferencia, como si la cosa no fuera con él, observando y esperando. El dios

jefe le ordena que se acerque y le pregunta por qué no ha participado del reparto.

El diosecillo se estira lánguidamente, bosteza y responde con tono abúlico que él no está interesado en proteger o tutelar nada de nada, ni se siente atraído por el poder y pide una sola cosa: ir al mundo como el animal de su elección y convivir con los humanos. Que vivirá y morirá como animal pero que su divinidad, transmitida a todos sus descendientes, permanecerá intacta para siempre.

El resto de dioses, espíritus protectores y demás entes divinos, no ponen ninguna pega. Después de todo será un rival menos en futuras luchas por subir --o evitar bajar-- en el escalafón. El gran dios creador, tampoco ve ningún problema en concederle lo que desea, no lo comprende, pero no ve motivos para no permitirselo.

El indolente dios hace una elegante reverencia a todos y, girándose con gracia, se dirige al borde del divino palacio y salta hacia el mundo de los humanos.

Milenios más tarde, los dioses que se encontraban presentes aquel día, han sido, en su mayoría, olvidados. Y los que no han sido olvidados son recordados como meros mitos o cuentos para niños de tal modo que ya sólo tienen un eco de existencia en libros y semi olvidadas leyendas.

Sólo un pequeño dios --unos pequeños dioses-- indolente y altanero forma parte de la vida humana. Sólo él ha logrado ser adorado, cuidado y amado durante siglos y siglos. Para él se crearon cosas como las chimeneas, las estufas, los radiadores o cualquier otra cosa que irradie un placentero calor. Para él fueron creados los cojines, los sofás mullidos y las cestas. Para su deleite, en fin, los seres humanos han construido e inventado infinidad de cosas que, en principio, parecerían inútiles.

Incluida la civilización.

Así, mientras el resto de dioses grandes y pequeños, lloran su pérdida gloria y olvidado poder, el gato --los gatos-- siguen disfrutando de la devoción de aquellos que se consideran a sí mismos como especie dominante del planeta.

## El príncipe azul se cortó las venas

Eguren, Carlos J.

*Pequeño mensajero gris, vestido como la Muerte pintada,  
polvo es tu vestido.*

*¿A quién buscas  
entre lirios y capullos cerrados al atardecer  
¿a quién buscas,  
pequeño mensajero gris  
vestido en el espantable atuendo  
de la Muerte pintada?*

*Omniprudente  
¿has visto todo lo que hay que ver con tus dos ojos?  
¿Conoces todo lo que hay por conocer y, por tanto,  
omnisciente  
te atreves a decir no obstante que tu hermano miente?"*

**Robert W. Chambers, El rey de amarillo**

El esposo de la señora Bringham había muerto dos veces. Para la única persona que lo había querido de verdad, Estela (la señora Bringham) había sido resucitar los peores momentos de una pesadilla del pasado de la que nunca había logrado escapar del todo. Para las detectives Carey Knowles y Sarah Costigan era un caso más.

--Quiero un café e irme a la comisaría --dijo la agente Costigan mientras fumaba. Odiaba las escenas de los crímenes.

--Esto es extraño -- contestó Knowles agachándose y apartando los mechones de su larga cabellera prematuramente gris.

--Eso significa que no me largo aún, ¿no? --Soltó Sarah Costigan riéndose de un chiste que no le hizo gracia a su compañera-. Deberías relajarte. Sé que acabas de regresar de una baja y toda esa mierda, pero cuanto antes cojas el ritmo del trabajo y el descanso, mejor para ti, para mí y para todos.

--Yo ya he estado aquí.

Costigan se rascó el mentón. Sí, Knowles la estaba ignorando con su cara de ida, pero ¿a qué se refería aquella mujer?

-- ¿En esta parte de la ciudad, Knowles?

--En este piso. También fue por un crimen.

Sarah observó como Carey se había quedado paralizada. Su rostro de cuarenta años parecía digno de una estatua. Los ojos negros permanecían bien abiertos. Parecía estar pensando.

-- ¿Crees que estamos en una casa encantada que impulsa a sus inquilinos a asesinar? --preguntó Costigan. Le recordaba a un argumento deplorable de un film de terror.

--Las casas no impulsan a asesinar a nadie, solamente los que las habitan.

Sarah recordó la fama que tenía de "grillada" la agente Knowles dentro del departamento. Se había cogido la baja hacía unos años para dar a luz a un niño que nació muerto y desde entonces había perdido los papeles, pero volvió al trabajo, porque la depresión no pareció ser más fuerte que su buena fama resolviendo crímenes, como el caso del nanocientífico imaginado o la nave fantasma de Jacksonville.

-- Parece que has visto a un muerto –dijo Sarah Costigan, soltando el humo de su cigarro. Por delante de ella, pasó en ese momento la gente de la morgue con el cadáver de Bringham. Solamente Knowles se fijó en el rostro del hombre muerto–. Voy a mirar con la mierda de cibertableta si se ha cometido aquí un crimen... Doy mi brazo a torcer, ¡se nota que es viernes!

Al mismo tiempo, Carey Knowles se acercó a un cuadro holográfico que había sobre una de las estanterías de la sala de estar del piso donde se encontraban. En la foto, observaron a una mujer con una gran sonrisa y enormes gafas que eclipsaban al hombre que había a su lado.

-- ¿A qué parecen felices? –preguntó Sarah con una sonrisa irónica–. A la mujer, Estela, le dio un ataque de nervios, según nos han dicho, y la han enviado al hospital. Por la farmacia que tenía en el mueble de baño, parece que llevaba tiempo jodida de la cabeza.

--Jodida de la cabeza –repitió Knowles, sintiendo un escalofrío. Sarah supo que no debía haber dicho aquello, ¿se habría dado Carey Knowles por aludida?

--Hay recetas por todo el apartamento –contestó Sarah con rapidez. Quería cambiar de tema–. Todo droga legal. Pero ¿a qué te apostarías que todas las recetas serían para ese Bringham? Acaso ¿no lo encontramos con las venas rajadas en la bañera?

--Esas recetas son de la esposa, ella era la que sufría las depresiones –dijo Carey.

--Vaya, me sorprendes. ¿Cómo lo sabes, cerebritito?

Las manos esqueléticas de Carey señalaron hacia uno de los muebles, luego las paredes.

--Toda la estantería, ese mueble, esa pared... están llenas de holofotografías. Ella era alguien apegado a su pasado. En exceso.

-- ¿Cómo sabes que todo esto es de ella? Vivían juntos...

--Hay más fotos de él que de ella.

--Quizás el tipo era un narcisista cabrón.

--Él siempre aparece en segundo plano en las fotos, donde no parece disfrutar demasiado. Además, pocos narcisistas cabrones se quieren tanto como para matarse –contestó Carey. Era buena en su trabajo. A continuación, desplegó un panel de datos que controlaba todos los servicios de la casa inteligente–. Hay un montón de archivos también aquí, con carpetas de datos. Las fechas son antiguas.

-- ¿Sólo por eso sabes que las recetas eran de ella?

--Has hecho esa pregunta estúpida sobre de quién era la receta y me ha hecho suponer lo más excepcional. ¿Te parece adecuado?

Sarah emitió un silbido, mientras veía un par de libros descargados en el ordenador del salón (todos de bioelectrónica). Luchaba por no estrangular a aquella bruja.

--Vaya, sí que vas a ser una auténtica coco, como decía la gente del departamento...

En realidad decían "puta psicótica experta en joder a todos".

-- ¿Cuándo sabremos si hubo un crimen aquí?— preguntó Knowles, disparando al aire sus ideas—. ¿No tramitaste la petición de datos con tu tableta?

Knowles había ignorado a Costigan de forma premeditada. La veterana Sarah no se lo tomó bien, pero intentó que el cabreo no se entrometiese en su trabajo.

--He pedido el informe, pero resulta que la esposa de Bringham era una pez gordo.

--¿Futuriblex?

--Exacto.

La empresa de nuevas tecnologías Futuriblex siempre colocaba un buen cortafuego en los expedientes de sus trabajadores y los familiares más cercanos de estos. Temían intrusiones de piratas informáticos y similares.

--Tardarán media hora en dar permiso para acceder a los datos —meditó Knowles. Sarah sentía que aquella mujer no le estaba hablando, sino que ella hablaba consigo misma.

--Sí, esos cabrones nunca cambian. Siempre supe que la idea de que los gobiernos se convirtiesen en conglomerados de multinaciones era una puta mierda.

--¿Eres comunista?

--Ni de coña.

--Yo también odio la puta burocracia, Costigan.

Carey Knowles se puso en marcha, dirigiéndose desde la sala de estar hasta el largo pasillo. Sarah la siguió, no le caía bien aquella nueva compañera, pero quería saber si era verdad que tenía aquella misteriosa capacidad para resolver crímenes y sucesos peculiares. Durante el corto viaje hacia el baño donde apareció el cuerpo, Knowles se detuvo un par de veces observando más hologramas de recuerdos de aquel matrimonio y que adornaban las paredes.

--Muchas de ellas son fotos sin mucho talento —dijo Sarah Costigan intentando sacar tema de conversación.

--Más motivos para saber que ella era la deprimida. Para alguien que siente amor por el pasado, cualquier foto, por estúpida que sea, es magnífica.

--¿Sentía nostalgia por quién? No veo a nadie más en las fotos salvo su marido y estaba aquí...

--Quizás echaba de menos esa época de su vida. Y puede que sí echase de menos a alguien.

--¿Alguien vivo? ¿Por qué no disfrutar de esa persona que sigue viva y no de su pasado?

-- Todos cambiamos y dejamos de ser quiénes éramos. Podemos echar de menos a alguien por cómo era en el pasado y detestarlo por cómo es en el presente.

Costigan hizo un gesto de afirmación, pero, en realidad, pensaba en cómo había tenido la mala suerte de acabar con aquella filósofa del tres al cuarto. No se fijó en que su compañera parecía haberse adentrado por aquellos pasillos como si conociese aquella casa. ¿Había estado en ella antes, como decía?

--He visto esta historia antes --dijo Carey Knowles yendo hacia la bañera--. Todo esto ha pasado ya.

Pese a que se habían llevado el cadáver, la sangre mezclada con el agua no parecía humana. No era roja y espesa, sino azul y diluida. Por eso las habían llamado a ellas, dos detectives: no era una muerte más.

--El suicidio del príncipe azul --musitó Sarah Costigan terminando su cigarrillo y dando un par de palmadas, como breves aplausos. Knowles le dirigió una mirada asesina, como si quisiese decir: "no contaminés mi escena del crimen, pedazo de puta"--. ¿Qué mierda te debes meter en el cuerpo para que tu sangre se tiña de azul? No creo que fuese un puto alienígena...

--Huele a...

--¿A qué, Knowles?

--Costigan, ¿te gusta el olor de las gasolineras?

--Sí, pero no se parece en nada.

--No me refiero a las gasolineras de coches.

-- ¿Podrías dejarte de tantos enigmas y decirme si tienes alguna idea de lo que está pasando?

--Eso es complicado, Costigan. Puedo saber lo que ha pasado en esta habitación, pero habrá tantos hechos que no conoceré... Pero aquí estoy encerrada en este momento, esperando saber qué vendrá después y... No lo sé. Es completa incertidumbre frente a todo, pero hay algo de este lugar que me habla del pasado, como si ya hubiese estado aquí antes.

--Te he dicho que te dejes de acertijos, agente Knowles --respondió Sarah y contempló detenidamente a aquella mujer de ropa barata, rasgos aviejados y mirada perdida--. No estamos en una serie de televisión donde yo tenga que ser la inútil y tú la brillante y excéntrica sabelotodo. Di qué coño ha pasado y punto

--Han pasado muchas cosas, pero pocas son las que puedo averiguar ahora -- replicó Carey y lanzó un puñetazo al aire--. ¡Joder, lo sabía! ¡Joder!

--¿Qué sabías?

--¡La jodida medicación no me deja pensar con claridad!

Carey Knowles empezó a dar leves gemidos mientras cerraba con fuerza sus ojos y se daba golpes con nudillos en la cabeza, como si así intentase librarse de los efectos de la

medicación. Sarah Costigan se quedó mirando el grotesco espectáculo, sin saber si era una crisis, pero sabiendo que se le había terminado el sucedáneo de tabaco.

--Esperemos a que la gente de Científica investigue esto y nos vamos a tomar un café, ¿quieres? Aprovecharé para comprar unos pitillos eléctricos y... ¿Me oyes?

Carey contempló durante unos instantes a Sarah Costigan, una de esas agentes que tenía una familia con problemas, se maquillaba más con el paso de los años e intentaba parecer una mujer dura que no le ponía los cuernos a su marido. La agente Carey Knowles sabía bastante de Costigan con solo contemplarla, por eso le dio la espalda.

--¡Joder, Costigan! ¡No...!

-- ¿Qué? ¿Qué te pasa, Knowles?

-- ¡Intenta guardar tus secretos, Costigan! ¡Estás jodiendo todo este lugar vomitando y vomitando más y más información sobre ti misma! ¡No puedo leer el resto del lugar contigo de por medio!

-- ¿De qué me estás hablando?

--Te miro y sé todo sobre ti --contestó Carey Knowles sin dejar de darle la espalda--. Tu ropa, tu cara, tus gestos... Todo me dice cosas sobre ti e interfieres con el resto del lugar.

--Lo siento entonces, pero no sé qué puedo hacer...

--Lo peor es que he estado en este lugar y sé que supe todo sobre él en algún momento. No sé el qué ni cuándo, pero...

-- ¿A qué te refieres a que sabes todo sobre mí?

--No voy a contestar a cosas evidentes que tú ya sabes.

--Esa es la típica respuesta de una adivina cutre de la red: te pregunto algo que ya sé pero no lo digo, prefiero que lo digas tú y luego asentir diciendo que ya lo sabía y solamente te ponía a prueba.

--Guárdate esa mierda y dime si nunca has sentido que has estado antes en un lugar, Costigan.

--No, joder. ¡No soy un bicho raro como tú, Knowles, joder!

Costigan pensó que se había pasado con aquello y sintió que quizás debía pedir disculpas a la rata de biblioteca de Knowles, pero ella pareció incluso sonreír y siguió mirando a su alrededor. Se estaba calmando, ya no se daba golpes, solo paseaba su mirada por todo el lugar como un escáner y respiraba profundamente mientras decía cosas extrañas.

--Hay una teoría de que los lugares guardan memoria a lo largo de su historia, Costigan. Han conocido historias de amor, desdicha, alegría, desgracia... Y, a veces, el equilibrio se va a la mierda y la balanza cae abajo, abajo y más abajo. Créeme, hay sitios que son cementerios en vida y quieren seguir siéndolo. Ve a uno de esos lugares y seguramente te pasará algo malo.

-- ¿Qué mierda de teoría es ésa, Knowles? ¿Me estás hablando en serio o te estás



quedando conmigo? ¿Me estás queriendo decir que hay lugares que entran en la mente de la gente y hacen que hagan cosas desagradables o cosas geniales porque sí?  
¿Volvemos a las putas casas encantadas?

--Olvídate de supercherías y falsas negaciones, Costigan. Si se estudia lo suficiente un lugar, se puede seguir su historia y la de la psicología viva que envuelve los lugares.

--Eso es una mierda fatalista, Knowles. Por ejemplo, te cargas todo el libre albedrío.

--El libre albedrío es solamente una ilusión para que la gente no se vuelva loca. Este hombre terminó aquí porque estaba cansado de saber eso, que su vida no tenía sentido porque otros poderes lo movían y él no era responsable de eso.

-- ¿Justificas a un puto suicida? Alguien que se mata a sí mismo solo es alguien que se ha dado por vencido.

--Claro que se dan por vencidos... Todos hemos naufragado en la existencia. Algunos permiten que se los lleven las olas, otros luchan por persistir y hay gente como esta que decide ahogarse finalmente. Seguimos existiendo porque podemos intentar olvidar esa verdad, que todo es un caos controlado. A veces puede ser la familia, como es tu caso, lo que te hace vivir. En otras ocasiones, puede ser el deseo de resolver cosas como éstas, para mí al menos. Pero hay gente que no encuentra una forma de distraerse...

--Has hablado de poderes que nos mueven, ¿te refieres a Dios?

--Si Dios existe y defiende la existencia de esos poderes que convierten las vidas en absolutos vertederos, me gustaría que no existiera.

--Vete a la mierda, joder. Hablas de un caos controlado, ¿entiendes acaso el significado de esas palabras, Knowles?

--Castigan, sé de lo que hablo.

-- No creo que sepas ni siquiera de lo que estás hablando. ¿Poderes? Anda ya...

-- Cada uno intenta como puede poner una ilusión de orden ante el poder del inevitable caos.

Esa frase resonó en la mente de Sarah, pero la espantó contestando:

-- ¡Si existiera un poder que nos gobernase y controlase no habría caos ni tú tendrías que poner orden a nada, guapita!

--Costigan, nadie ha dicho que esos poderes que nos controlan pongan todo en orden. Quizás quieren el caos. Tal vez hay que enfrentarse a ellos. Algunos elegimos investigar y otros rajarse las venas.

Hubo unos instantes de silencio en los que Sarah Costigan pensó en si pegarle un par de puñetazos a aquella zorra nihilista le jodería de sueldo y trabajo demasiado tiempo. Entonces, Knowles encendió su tableta y sacó de ella un holograma del arma usada por el suicida, era un trozo afilado de hierro candente.

--Pensaba que una cuchilla sería más fácil para suicidarse –opinó Sarah Costigan queriendo olvidarse del debate.

--Nada es fácil --contestó Carey.

--Claro que no, sino ya sabrías si es verdad que has estado aquí antes...

--Me he atontado en este tiempo, pero escucho mi voz en el pasado. Todo el tiempo pasa continuamente. No existe pasado, presente ni futuro. Todo ocurre a la vez. Y sé que yo estaba aquí y que yo hablaba con alguien.

--Estás como una puta cabra... Me voy a tomar un café mientras llega el jodido informe si esos listillos de Futuriblex dan permiso...

Sarah Costigan se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Tocó el picaporte, abrió y cerró con un portazo. El golpe no fue extremadamente fuerte, pero fue como si Carey Knowles se sacudiera tras que una bala le abriese el cráneo. Cuando el falso disparó salió de su cabeza, un montón de piezas se movieron formando una imagen y se dio la vuelta, abrió la puerta y se marchó por el pasillo para decirle a Sarah:

--Esa mujer trabaja de científico dentro de Futuriblex.

--Sí, en el área de bioelectrónica --contestó Sarah Costigan. ¿Su compañera al final quería un café?-. Me fijé en los libros de la sala de estar. Supongo que era una listilla como tú.

-- ¿No entiendes lo que ha pasado?

--No, no entiendo nada --dijo Sarah y se detuvo intentando encontrar las respuestas que parecía haber encontrado Knowles.

--La sangre azul... No era sangre.

-- ¿Entonces?

--Mi exmarido tenía un robot. Cada dos años tenía que llevarlo a revisión y solían pedirle siempre una variante de aceite de Futuriblex cuyo olor... Ese puto olor estaba en esa bañera, perforando mi nariz como agujas...

-- ¿No era sangre sino aceite? Los chicos de Científica van a reírse mucho entonces... Un hombre que vomita aceite, tal vez... ¿La listilla lo envenenaría con aceite?

--No era un hombre, joder, Costigan. ¡Era un robot!

Costigan sintió ganas de querer encender un cigarrillo solo para apagarlo en los ojos a Knowles. ¿Un androide? ¿En serio?

--Los androides no pueden tener formas de personas. Son cachivaches en blanco y negro con cara de tostadora...

--Por ahora han sido así. Estamos en el reino de una tipa que sabe de bioelectrónica y trabaja en la compañía más avanzada del mundo.

-- ¿Me quieres decir que esta mujer construyó un robot para tirárselo? ¿No le era más fácil pillarse un consolador?

Costigan estuvo a punto de reírse de la locura de Knowles justamente cuando la tableta hizo un sonido brusco avisándola de que había recibido su respuesta para una petición

del informe. Futuriblex se había dado prisa. La detective empezó a mirar el historial y encontró que unos tres años antes algo había pasado en el piso.

--El primer marido de esta tipa sufrió un accidente en este baño hace un par de años. Se resbaló y se abrió la cabeza contra la bañera (yo la hubiese cambiado...).

-- ¿A qué agente mandaron a este sitio?

--A una policía antes de convertirse en detective... y deberías saberlo.

--Era yo --dijo Carey Knowles entendiendo de dónde venían sus recuerdos. Ella se había marchado por ese pasillo, cerrando la puerta del portazo.

--Estuviste aquí cuando el primer marido murió. ¿Concluimos que la tipa creó un robot para pasar una buena temporada?

-- ¿Por qué un robot se metería en una bañera?

--Knowles, existen programas para androides en el mercado negro. Algunos consisten en recrear acciones humanas. Si eso se puede comprar en los sitios más bajos, ¿qué no podría hacer una tipa que sepa de bioelectrónica?

--Dos maridos muertos en el mismo lugar, Costigan...

-- ¿Piensas en una salvaje asesina del baño? --preguntó Sarah y se echó a reír.

-- ¿Cómo era el primer marido?

La pregunta de Knowles era extraña, pero Costigan supuso que era curiosidad. Abrió el proyector holográfico y buscó la fotografía. Cuando la halló, pinchó en ella con sus dedos e hizo que el espectro del holograma la reprodujese.

Ambas policías se quedaron viendo a un hombre de unos cincuenta años, con perilla, sonrisa breve, con pequeñas gafas, ojos tímidos, algunas arrugas, escasez de pelo... Costigan y Knowles ya habían visto a aquel hombre...

-- Está en cada una de las fotos de la casa --dijo Knowles asintiendo.

-- ¿Crees que el robot se suicidó porque su mujer depresiva tenía fotos de su primer marido por todos sitios? ¿Puede un robot sentir tristeza, Knowles?

-- Lo que sí puede sentir es un hierro candente... seguramente es la única forma de atravesar su falsa piel --replicó Carey dándose cuenta de que el androide se había matado así por su condición.

--Cerremos esto después entonces, Knowles. Buen trabajo. Vamos a comer.

Sarah empezó a caminar para irse del apartamento, sin embargo Knowles no se movió.

-- ¿Qué coño te pasa ahora, Knowles?

-- ¿No lo entiendes, Costigan? Tú no miraste al cadáver del suicida, yo sí.

-- ¿Te me vas a poner sensible?

--No viste su cara.

-- ¿Qué? ¿Qué le pasaba a su careto? ¿Estaba muy triste porque su mami era tan gilipollas que seguía pensando en su primer esposo?

--Costigan, no viste que el rostro del primer marido era el mismo rostro que el del segundo marido.

-- ¿Qué quieres decir? ¿Esta tipa se construyó un robot de su primer marido? ¿Para qué?

Sarah pronto reunió aquellas pistas y supo responderse a sí misma, pero tuvo que escuchar a Carey:

--Para intentar que su marido, Eric Bringham, pareciese que no había muerto.

-- ¿Para qué? ¿Alguien está tan colgado como para pensar que un robot que se parece a su marido es su marido muerto? Lo suyo era una puta máquina. ¡Joder!

Sin embargo, Sarah Costigan se acordó de todas aquellas noticias sobre avances en las mentes de los robots. ¿Acaso no había gente con Alzheimer que creaba chips con bases de datos para no olvidar? ¿Podría insertarse los recuerdos y la personalidad de alguien en un androide? ¿Eso haría que el autómatas se comportase como la persona de la que procedían sus vivencias?

--Vamos a por una cerveza –pidió Carey Knowles, aunque Sarah Costigan sentía que se le había ido el hambre o las ganas de beber, ya fuese un café o un poco (o un mucho) de alcohol.

Mientras volvían en coche, Costigan no podía dejar de pensar en el caso. Siempre intentaba que la realidad no la afectase. Quería huir de todo lo que la rodeaba; deseaba que las cosas fuesen a mejor en su vida que en su trabajo. Aquella vez, no pudo. En su cabeza veía a la mujer que hizo un doble mecánico de su marido muerto solamente para intentar superar la pérdida.

Sarah sería incapaz de hacer eso con Phil. Si él se moría, ella debería negar, sufrir, llorar y superarlo. La vida era así. Un robot con el rostro de él y una personalidad similar, configurada a partir de sus recuerdos dejados en la nube, no serían Phil.

Pero ¿y con su madre? Sarah la perdió siendo ella muy pequeña, casi ni la recordaba. El cáncer había vencido a su madre, pero ¿el robot no sería como ella? ¿No hubiera estado bien que su madre la hubiese criado, le hubiera enseñado a caminar, leer, escribir, la forma de ser de los hombres...? Ella debía saber que su madre era un robot, claro, pero sería como ver la televisión y que te críe, no había nada malo en eso, ¿no?

Tal vez, con el tiempo, Futuriblex se dedicase a sacar robots con el carácter y el aspecto de un ser querido muerto. ¿Sería una forma de lograr la inmortalidad o que la gente no sintiese la pérdida de sus seres queridos? Sarah intentaba contestar aquello y también pensaba en cómo, de pronto, podría aparecer un iluminado que propondría hacer robots con el aspecto de una persona y con otro carácter que quisiese el cliente. Ella habría comprado así un robot de su padre, que sufriría demencia severa ahora y los chips no los cubría el seguro médico y tampoco se lo merecía, siempre había sido un alcohólico. Tal vez, incluso podría comprar un robot que se comportase igual que su hija Francine, pero con un aspecto no tan jodidamente feo (salió a su padre).

Las ideas pululaban por su mente. Sarah seguía conduciendo, pero miró en ese instante

a Carey Knowles que estaba en el asiento del copiloto, mirando hacia el techo. Aquella mujer era completamente extraña, pero había sido brillante uniendo piezas. ¿Estaría pensando en resucitar a su niño nacido muerto por medio de un robot que fuese una réplica exacta? Futuriblex podía sacar pasta con robots que creciesen, vendidos a mujeres que perdían sus hijos... ¡Qué locura! Mujeres con hijos muertos, criándolos como bebés de juguete para niñas. ¡Qué extrañamente divertido!

"Y cuando sean hijos pequeños que se pierden porque un pederasta los ve apetitosos o sufren algún accidente, ¡quizás la policía no deba buscarlos y los padres compren un robot que se le parezca! El negocio de la ley se irá a la mierda, como el sentimiento de que se te vaya un ser querido, pero Futuriblex se alzarán", pensaba Sarah Costigan. Tal vez tendría que buscar trabajo en aquella empresa. "No habrá muerte en el mundo del mañana".

Cuando volvió a pensar en la mala suerte de la científica, la agente acabó viendo aquel baño de un suicida y un hombre que sufrió un accidente. Pensó en algo digno de una loca y, queriendo hacer una broma sobre tan macabro hecho, lo dijo:

--Joder, ¿te imaginas que el primer marido, el de carne y hueso, se tropezó en el baño no porque se fuese a duchar sino porque iba a suicidarse? Si tienes recuerdos fieles de alguien así, un suicida en potencia, e insertas su chip con su personalidad a un robot, éste no podría escapar del virus de la tragedia humana...

Carey Knowles no se rió como Sarah, que poco a poco borró aquella sonrisa y comenzó a pensar en lo que acababa de decir y en porqué Knowles no se reía. Quizás, no era un chiste, tal vez era sólo la realidad, el motivo por el que la científica había acabado aquella tarde en un hospital. Resucitas a alguien pensando que murió en un accidente y solo descubres, cuando se suicida, que la primera vez que falleció fue también un suicidio...

Durante lo que quedó de viaje, Knowles solamente dijo algo que no dejó dormir a Costigan durante toda la noche:

--Cada uno intenta como puede poner una ilusión de orden ante el poder del inevitable caos.

Soy **Carlos J. Eguren**. Escribo novelas, relatos, guiones, reportajes, microrrelatos... Historias. Adoro las historias y me considero un juntaletras.

En 2011, nació Maverick la Mil Veces Maldita, mi antiheroína steampunk cuyos relatos han aparecido en diferentes publicaciones, hecho del que enorgullezco (de lo contrario, Maverick me volaría la tapa de los sesos). En 2013, quedé finalista en el IX Concurso de Relato Breve de la Universidad de La Laguna con Prisionero de un mundo feliz, suceso del que me alegro bastante al ser una obra de ciencia-ficción.

En otros apartados, he escrito y dirigido el corto No quiero verte ni muerta, el cómic breve ¿Desea actualizar? (El Arca de las Historietas), diferentes relatos para el portal

Action Tales, varios cuentos para **Ánima Barda** y he colaborado con revistas como Axxón o **Minatura**.

También he publicado en diversos compendios, entre los que destaco **Antología Pulp** (Dlorean Ediciones) y **Qué ha sido eso** (ed. Ánima Barda).

A finales de 2015, se publicará mi novela *Hollow Hallows* tras su paso por las redes sociales de lectura gratuita.

Para más información

[https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos\\_J\\_Eguren](https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos_J_Eguren)">[https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos\\_J\\_Eguren](https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos_J_Eguren)">[https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos\\_J\\_Eguren](https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos_J_Eguren)

¡Gracias por leerme! ¡Te debo una historia!

# El quejica

Dolo Espinosa

-¡La vida es un asco!-, esta era una de las frase favoritas de Manrique Escalante. También constaban entre sus preferidas *Todo me sale al revés* y su variante *Nada me sale bien*. Y, por supuesto, no podía faltar la archiconocida y mundialmente famosa pregunta: *¿Por qué a mí?* Con todas sus posibles variaciones: *¿por qué todo me pasa a mí?*, *¿por qué tengo tanta mala suerte?*...

Y es que Manrique era un quejica. Un llorón más pertinaz que la antaño famosísima "pertinaz sequía" ibérica.

Manrique se quejaba, se lamentaba y lloriqueaba continuamente, por todo y de todo.

Se lamentaba de trabajar poco o de trabajar mucho; de no tener pareja o de tenerla; de tener poco dinero o demasiado. Manrique se quejaba de su vida, de la política, de cómo andaba el mundo, de su equipo de fútbol, de su coche y del coche de los otros.

Nada, absolutamente nada parecía satisfacer a Manrique, quien no dudaba en decir a quien estuviera dispuesto a escucharle —a saber: su perro, la televisión y alguna que otra mosca despistada pues ya todos sus amigos y familiares se habían hartado de tanta queja-, que estaba harto de su vida, que hubiera deseado no haber nacido y que era una lástima no poder poner una reclamación al destino.

Cierto lunes de cierto mes de octubre, Manrique se encontró en su despacho, sin saber cómo ni por qué, frente a frente con un individuo que guardaba una curiosa semejanza con un muro de hormigón: era enorme, parecía de piedra y vestía de gris. El muro, perdón, el señor muro, le tendió una tarjeta en la que Manrique pudo leer:

*Tod Leben*

*Representante legal del Destino, Vida y Muerte Corp.*

*Oficina Central de Personificaciones Antropomórficas*

*No nos busque, no nos llame, no se esconda.*

*Nosotros nos pondremos en contacto con usted.*

Tras leer la tarjeta Manrique el Quejica, podría haber echado a patadas al señor hormigón, perdón, quise decir al señor Leben, pero no lo hizo. Podía haber iniciado una larga lista de sus habituales quejas, pero no lo hizo. Podía haber llamado a su secretaria e intentar averiguar cómo había entrado ese hombre en su despacho. pero no lo hizo. Por poder, podría haberse puesto a gritar o haber llamado a la policía, pero no lo hizo. No señor, lo único que hizo nuestro amigo el llorón, fue sentarse en su silla,

mirar fijamente a su visitante y preguntarle qué deseaba (1).

El señor Leben se arregló el nudo de la corbata, cruzó las piernas con displicencia, carraspeó y le soltó el siguiente discurso:

-Verá usted, señor Escalante, desde hace años hemos venido registrando en nuestras oficinas centrales una, digamos, "avalancha" de quejas procedentes de su persona. Quejas sobre su mala vida, su cruel destino, su falta de suerte... según consta en nuestros archivos sus primeras quejas se remontan a su más tierna infancia, concretamente a la pérdida de su primer diente (2). A partir de ese momento en nuestros archivos se han ido acumulando sus quejas a tal ritmo que casi no teníamos tiempo ni de archivar una cuando ya nos estaba entrando otra. Así se ha quejado usted de los regalos de Reyes, de sus amigos, de sus compañeros de colegio, de sus novias, de sus profesores, de sus padres, de sus jefes... En fin, que a lo largo de su existencia se ha quejado usted de todo y de todos y no parece haber forma humana (ni sobrehumana) de que usted se sienta satisfecho con algo. En fin, que sus quejas han sido tantas que ya no tenemos sitio en nuestros archivadores para tanta reclamación por lo cual mis clientes decidieron hacer una investigación en profundidad de su caso.

Manrique se removía en el asiento, se atusaba el pelo, jugueteaba con su pluma pero, por primera vez en años, permanecía en silencio absoluto sin quejarse absolutamente de nada. Estaba fascinado por aquel hombre y tenía la secreta esperanza de que su vida diera un cambio radical.

El señor Leben continuaba hablando:

-Pues bien, tras hacer un seguimiento exhaustivo de su vida y comprobar registros y bases de datos nos hemos dado cuenta de que tenía usted razón señor Escalante. Se ha cometido un grave error con usted. Por eso estoy yo aquí, para pedirle excusas y ponerle remedio inmediato a semejante equivocación. Usted sólo tiene que firmar aquí y aquí e, inmediatamente, corregiremos el fallo.

Manrique sonrió alegremente y, mientras firmaba, habló por primera vez:

-¡Ajajá, lo sabía! ¡Sabía que tenía que haber un fallo en todo esto! Sabía que no era este mi destino. Y, dígame, entonces... ¿qué? Seguro que tenía que haber nacido en otra familia o haber tenido otros compañeros o, quizás, debí haber sido más guapo o más listo o... o... ¿Qué? Dígame ¿cuál era mi destino?

El representante legal de *Destino, Vida y Muerte Corp.* le devolvió la sonrisa, recogió los papeles firmados y dijo a Manrique:

-No, no, señor Escalante, usted no me ha entendido bien. El fallo no ha sido que su vida haya estado equivocada, el auténtico error es ese mismo que usted ha repetido cientos de veces.

-¿A cuál se refiere? – preguntó Manrique.

-Pues me refiero a que usted, señor Escalante, no tenía que haber nacido. Ni en esa familia, ni en ese entorno, ni aquí, ni ahora... ni nunca. Me refiero, estimado señor, que su destino era el de nacer ameba pero hubo un fallo en nuestro ordenador central y acabó usted naciendo ser humano. Pero no se preocupe, eso está a punto de ser solucionado. Ahora que me ha firmado estos papeles descargándonos de toda culpa podemos poner fin a este error y usted, señor Escalante, simplemente, desaparecerá.



-¿De - desaparecer? – Manrique estaba aterrizado.

-Oh, no se preocupe usted. No le dolerá. No sentirá nada. Se lo aseguré. Ni su familia ni sus amigos se percatarán de nada porque, simplemente, señor Escalante, usted nunca habrá *existido*.

Manrique contemplaba aterrizado la mesa de su oficina a través de sus manos transparentes.

El señor Tod Leben salió del despacho atravesando a Ferdinand Estévez quien había ocupado el lugar de.... de... esto...

¿Y yo qué historia estaba contando?

*(1) Esta actitud, aunque pueda resultar extraña es de lo más normal cuando alguien se encuentra en presencia de algún personaje procedente de la O.C.P.A.*

*(2) Manrique lloró amargamente por la injusticia que, según él, suponía la pérdida de dicha pieza dentaria que él consideraba imprescindible y se negó a dejarla bajo la almohada para que el Ratoncito Pérez hiciera su trabajo porque le parecía igualmente injusto (además de horripilante) que alguien quisiera comprar una parte de su cuerpo y llevársela para vete a saber qué horribles maquinaciones. El Ratoncito Pérez aún no le ha perdonado semejante desaire.*

## **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital **miNatura** ( <http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/> ). He publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: *Pinocha y la poción mágica* y un libro de relatos con la editorial Atlantis: *Testamento de miércoles*. Y, además, mantengo dos blogs: *Testamento de miércoles* ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com> ) y *El cofre de los cuentos* ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

# El Subsuelo

Echeverría, Guillermo

Los nubarrones negros hicieron que las luces de las farolas de la calle se prendieran, y que las veredas se tiñeran de naranja pálido.

Las columnas de las luces eran muy bonitas: forjadas en bronce, con una base en forma de pirámide escalonada, y con todos sus lados profusamente decorados; el puntal igualmente ornado, y rematado por cinco brazos que sostenían cada uno una esfera de vidrio blanca. Pero también daban un poco de miedo, supongo que si hubiera habido más cantidad y no sólo tres por cuadra, no habrían causado tanto temor. Y es que siendo tan pocas, las tulipas creaban más sombras que luz.

Al que diseñó la ciudad evidentemente le gustaba mucho el bronce: las columnas de luz, las cabinas telefónicas, las paradas de autobús, todo era de brillante y reluciente bronce.

No era una bella ciudad. Estaba llena de diagonales, casi sin plazas, y por todas partes estaban esas feísimas baldosas con dibujos geométricos, que a su vez, juntas, formaban diseños aún más grandes. Solo había edificios altos, grises, modernistas, sin balcones. Pocos autos, poca gente, pocos autobuses. Viaductos de cobre con estaciones de mármol para que circulen muy pocos trenes de caoba y bronce. Casi no había perros, y los gatos que vagabundeaban por las calles siempre estaban asustados, a la defensiva y escabulléndose. Las que sí abundaban eran las palomas, con su horrible y quejumbroso arrullo, anidando en gárgolas, cariátides y atlas.

Parecía una ciudad para gente que ya no estaba, o que todavía no había nacido. Era triste, solitaria, vacía. Cuando llegué no era así, la gente se fue yendo de a poco.

Una telaraña de rayos violetas precedió al trueno y la lluvia comenzó; abrí el paraguas y me acerqué a la pared.

El frío me helaba la cara, así que me subí el cuello del abrigo y me dirigí al bar Chambery, en Cinco Esquinas. Me alejé bastante de mi edificio, pero tampoco tenía muchas ganas de volver; era muy opresivo. Cuando me había mudado allí recorrí casi veinte torres antes de comprar ese departamento, y en todos sentí lo mismo. Mi departamento, al menos, tenía la ventaja de ser el más grande que había visto: comedor, habitación, baño y cocina más amplios, y un pequeño hall en la entrada en el que pude poner algunas plantas. Después de empapelarlo y redecorarlo, tuvo un poco más de calidez.

Llegué al bar y me senté.

El Chambery es un triángulo pequeño, pero muy acogedor. Y era raro encontrar un lugar acogedor allí. El mostrador, de teca y estaño, que también es un triángulo, tiene un escalón de bronce para apoyar los pies. Las banquetas que lo rodean, y la fila de mesas y sillas que acompañan a las vidrieras, también están hechas de teca.

Las sillas, tapizadas y con apoyabrazos, son sumamente cómodas.

Al entrar, el delicioso aroma del habano perfumado con anís que degusta Norberto, su

dueño, impregna el local. Una vez adentro lo sencillo del lugar te compra: una cafetera cilíndrica muy grande, de metal plateado, con cinco canillas para servir el café, toda labrada con raros dibujos; una vitrina dorada con vidrios esmerilados, con cosas dulces: poca variedad, pero exquisitas. Un mueble de roble con cajoncitos para las especias --¡mmmm, que delicia los cafés especiados!--, y unos estantes para colgar tazas y copas y poner vasos. Todo sobre el mostrador, junto con las azucareras, los servilleteros, las cremeras y unos potecitos --todos de porcelana--, con canela, cardamomo y chocolate en polvo --si algún incauto no confiaba en la experiencia de Norberto, podía servirse esos aditamentos a gusto--. Sobre la pared que forma la base del triángulo, estantes para las bebidas alcohólicas y un expendedor con distintos tipos de café en grano: unos tubos de vidrio con la boca de salida y el tope de reluciente cobre, con granos que iban de los más suaves a los más fuertes.

Ese día había elegido beber un café Puszta: licor de damasco, leche, yemas de huevo, azúcar, café bien cargado y copos de crema azucarada. Como era la única clienta, Norberto vino a mi mesa a moler los granos con su pequeño molinillo de madera de roble y cobre, y trajo consigo todos los ingredientes. Cuando el café estuvo listo, preparó el Puszta delante de mí.

La lluvia formaba una cortina, los truenos retumbaban y la luz de los rayos daba un aspecto fantasmagórico a los edificios de alrededor.

Con el primer café recorrí una vez más los cuadros del Chambery. Una extraña mezcla: Paul Delvaux, Hopper, Caspar Friedrich y escenas costumbristas vascas... lindo.

Con el tercero, recordé la mañana de ese día: me había levantado, me había quitado los zoquetes lila y la braga violeta, y había ido a ducharme. Con el cuerpo todavía tibio me había sentado en el sillón envuelta en el toallón, y había estado mucho tiempo acariciándome, mientras escuchaba *Making of cyborg* una y otra vez. Tuve que apretar mis piernas para contener mi excitación ante el recuerdo. Aunque eso era, hasta cierto punto, contraproducente.

Por suerte, mientras terminaba mi copa de *Camus*, la lluvia cesó.

Emprendí mi regreso a casa.

Ése era el momento para no caminar pegada a la pared; las columnas, las molduras, las gárgolas y los fénix, chorreaban finos hilos de agua sobre la vereda.

Después de doce cuerdas tratando de no resbalarme, llegué a mi edificio: imponente, gris, sin balcones. Una mole de cuarenta y nueve pisos que parecía un panteón.

Siempre me dieron mucha impresión las dos figuras del titán Atlas que, a ambos lados de la puerta, sostenían la moldura sobre el dintel. Poseían una mirada de esas que hacen erizar la piel.

La torre tenía seis ascensores, contando el de servicio. Pisos con baldosas blancas, negras, verdes y naranjas, dispuestas para formar extraños dibujos, y columnas de mármol blanco con vetas negras cuyos diámetros tenían el tamaño de mis brazos extendidos.

Frente a los ascensores había una serie de sillones de cuero de color bordeaux, y a un costado, un pequeño bar.

Todo iluminado por inmensas arañas de cobre, cuya base consistía en un gran plato de vidrio pintado de amarillo con líneas marrones, rematado por un anillo de metal del cual salían unas especies de sirenas con alas, que sostenían unos platos más pequeños en los cuales estaban las luces.

Miré los marcadores de piso y las luces de los llamadores; los ascensores estaban en los niveles más altos y todos los llamadores en rojo, así que me senté un rato en los sillones y me puse a escuchar música. Los ascensores de aquel edificio eran muy particulares, pues parecían tomar sus propias decisiones; uno los llamaba y podía quedarse horas, incluso días, esperando que parasen donde uno deseaba. No importaba si iban con gente o vacíos.

El señor del 37 "A", hacía dos días que estaba entre los sillones y el bar. A esas horas siempre dormía con la cabeza apoyada en el borde del respaldo.

Dos señoras del 21 "C" esperaban desde la mañana, en el bar, tomando té. Para eso justamente habían puesto el bar y los sillones, para que la gente esperase cómodamente a los ascensores.

A los pocos días de llegar al edificio, molesté mucho al consorcio por aquel tema, pero no tuve éxito; incluso yo misma me puse a llamar a compañías de reparación de ascensores, pero tampoco logré nada.

Cuando un grupo de personas está muy acostumbrado a una determinada situación, es muy difícil que quiera cambiarla, y aquí eso parecía estar agudizado. Le pregunté a varios consorcistas cómo hacían con sus trabajos, y me contestaron que en la ciudad todos sabían sobre las particularidades de este edificio y las de los otros, así que no había problemas. Después de eso me rendí; me lo habían dicho con tanta naturalidad, que me corrió un frío por la espalda.

Vivía en el piso 12, así que subía y bajaba por la escalera. Salvo que estuviera exhausta, era un buen ejercicio.

Las escaleras eran amplias, también de mármol blanco con vetas negras, y con barandas de hierro forjado representando raras figuras. Las paredes, beige, ostentaban dibujos en color malva de extrañas geometrías. A veces, sin darme cuenta, me quedaba parada en la escalera mirando los dibujos de las paredes o los de las barandas, tratando de descifrarlos, pero era imposible. Algunos parecían representar seres mitológicos, o de otros lugares o planetas: tentáculos, alas, muchas patas...

Encima, las tulipas de las escaleras iluminaban más a los dibujos que a los escalones.

Por suerte ese día comenzaba un fin de semana largo, así que decidí aprovecharlo al máximo.

Empecé por subir por las escaleras para no perder más tiempo esperando.

Como ya era tarde, llené la bañadera, prendí un sahumero de canela, y estuve un tiempo muy largo dándome un baño. Cuando terminé de relajarme, me pasé colonia de rosa de Turquía y magnolia por los brazos, el pecho y el vientre; busqué mi remera y mis zoquetes preferidos, y disfruté de una tortilla vasca --receta de Norberto--, con un buen Syrah, mientras miraba la temporada ochenta y siete de *Doctor Who*.

El sábado lo aproveché para leer y dibujar escuchando música china; y el domingo para cuidar mis plantas. Tenía muchos bonsáis y plantas de interior con flores vistosas, que le daban mucha vida al departamento. Había flores azules, rojas, violetas, naranjas. Algunas de un perfume muy embriagador.

El lunes limpié mi colección de botellitas: Pravda, Famous Grouse, Marie Brizard, Tía Odete, Tanqueray, Domaine de Canton...Y mis latas: Cocoa Wilburs, Sole D'Italia Caffè, Regency Avenue, Franja Blanca, El Gato Negro...

Eran tan lindas y le daban tanto color al departamento que las cuidaba lo más que podía.

Los fines de semana, como no tenía que levantarme temprano, me daba el gusto de dormir hasta tarde, desnuda en el sillón. Me encanta sentir el cuero en la piel.

Después de acostarme, siempre pasaba un buen rato mirando los dibujos que hacía en las paredes la luz del cartel --que estaba en la esquina sur de la vereda de enfrente--, al entrar por las rendijas de la persiana americana. Indefectiblemente terminaba abrazando un almohadón entre las piernas y acariciándome. El frío de la seda de la sábana, mezclado con el sabor del Syrah en la boca; los aromas de las plantas, del cuero, del sahumero de canela y del perfume que usaba después de bañarme; los dibujos en las paredes y la canción *Bring me to life*, me excitaban mucho.

Por suerte, el fin de semana largo había pasado muy lento, pero ahora tocaba enfrentar la rutina.

Mientras me bañaba decidí que el Chambéry iba a ser una parte de esa rutina --por cierto, la más placentera--.

Aquel día estaba particularmente cansada; la vuelta se hizo extremadamente tediosa. El tren estaba casi vacío, y con la poca luz --disminuida además por el naranja de las tulipas--, no se podía leer. Y además me había olvidado la radio. Tenía ganas de llegar a casa cuanto antes.

Los asientos de madera ya me molestaban. Lo único que me quedaba por hacer era mirarme en los espejos y jugar con las múltiples imágenes.

El paisaje que se divisaba por la ventana pasaba de la luz a la obscuridad en segundos; se notaba que algunos de los barrios habían sufrido cortes de energía; un problema bastante recurrente, ya que vastos sectores de la ciudad se quedaban sin suministro durante días. A la gente parecía no importarles demasiado. En realidad nada parecía importarles. Era una ciudad de zombies. La gente tenía gestos y posturas indolentes, hablaba poco, se movían despacio. En el tren se quedaban duras, mirando hacia adelante, como momias. Hacían cola durante minutos y minutos y minutos esperando los ómnibus, para que no les pararan o se detuviera sólo el más lleno de los tres o cuatro juntos que venían. Entonces subían como vacas al camión del matadero, sin decir nada, resignados. Cuando yo protestaba, me miraban todos con cara de: "por qué no se sienta y se calla".

Solía preguntarme cómo vine a parar aquí. No era un buen lugar, y cada vez era más asfixiante, sobre todo al anochecer. Pero yo no iba a irme, me había costado mucho encontrar mi hogar.

Por mis cavilaciones sobre la ciudad casi me paso. Dejé la caoba y el bronce del vagón,

para pasar al cobre y el mármol de la estación. Una gata de tres colores, acostada en una baranda y lamiéndose una pata, dejó su aseo personal y me miró con atención, --qué mirada penetrante tienen los gatos--. Al pasar a su lado se paró arqueando el lomo y me lanzó un bufido; algo de mí no le gustó.

Bajé las escaleras escuchando el retumbar de los tacos en los escalones, caminé hasta la esquina y crucé la Av. S. Weaver.

Al fondo de ésta, me esperaba una amarillenta luna llena, que le daba un aura fantasmagórica a todo lo que veía delante de mí. Caminando por Weaver me crucé a Jianyu, el viejito chino de la herboristería. Llevaba con él el mortero de piedra donde muele las hierbas. Su larga y fina barba blanca terminaba dentro de él. Pasó a mi lado y me hizo una reverencia, como siempre que nos cruzábamos. Todavía recuerdo la última clase de Tai Chi que tuve con Yueh, su hija... hijo... Su largo y lacio pelo negro, sus facciones delicadas, sus ojos rasgados clavados en los míos, sus senos redondos y firmes, sus dedos suaves en mi cola, y su duro sexo dentro del mío.

Aun no comprendo por qué no volví a sus clases. ¿Vergüenza? ¿Deseo? ¿Las dos cosas?

Había tanto silencio que escuchaba el eco de mis pasos en las baldosas.

Poco antes de llegar a la esquina de la calle Adama me encontré, como siempre que volvía por ese camino, con el pequeño camión de Maite. Ya estaba cerrando pero me atendió con su amabilidad de siempre.

--Hola Maite.

--Hola Ibone, ¿cómo estás?

--Muy bien, ¿y tú?

--Bien, pero muy cansada. ¿Deseas algo?

--Sí, tengo mucha hambre y no tengo ganas de cocinar.

--¿Te doy los de siempre?

--Sí, por favor --contesté mientras se me hacía agua la boca.

Los pintxos de morcilla dulce, queso de oveja y hongos; el de bacalao, ajíes verdes y chocolate; y el de kokotxas y txipirones en su tinta, siempre fueron los más exquisitos de todos los que hacía Maite.

--¿Qué tal el trabajo?

--Rutinario como siempre --le respondí--. ¿Y el puesto?

--Cada vez viene menos gente. Bah, en la ciudad cada vez hay menos gente --me dijo con cara de preocupación.

--Tú también lo notaste.

--Sí --me dijo con resignación--. Aquí los tienes.

--Muchas gracias --tomé el paquete con sumo cuidado.

Sus dedos rozaron los míos sin querer y una oleada de calor me subió a la cara.

--¿Nos vemos mañana? --me preguntó con una sonrisa.

--Mañana no, vuelvo por otro camino --le contesté sonrojada.

--Entonces hasta cuando regreses --su expresión había perdido todo su brillo.

--Nos vemos.

Seguí por la avenida hasta doblar en Hodgson, y por allí hasta Dare, la calle de mi edificio.

Por fin llegué. Estaba exhausta así que decidí arriesgarme con los ascensores. Los llamadores estaban todos en rojo por lo que me senté a esperar. Saqué del bolso *La casa de las bellas durmientes* y aguardé leyendo.

A la hora y veinte paró uno vacío, subimos los diez que esperábamos, y arrancó.

Después de un rato me quedé sola. Esperé y esperé a que el ascensor llegara a mi piso sin que lo hiciera, así que me senté, seguí leyendo y empecé a degustar los pintxos; sólo eran una entrada. Siempre me abren el apetito.

Estaba tan cansada que no me di cuenta de que podría haber bajado en un piso superior al mío, y descendido luego por la escalera. Bajar siempre es más fácil que subir, pero por alguna razón seguí sin hacerlo, y preferí quedarme sentada.

Cada tanto miraba el marcador del piso para saber dónde estaba. Los ascensores eran bastante lúgubres, con paredes hechas de tablas de madera, dos barandas de bronce para sostenerse, una lámpara formada por un brazo y una tulipa de cada costado, y las puertas de tres paneles de madera --el central con una pequeña ventana--.

Después de ir y venir un montón de veces, terminé durmiéndome con la cabeza apoyada en el libro. Una pequeña vibración me despertó, me paré, y cuando quise mirar por la ventana, una luz lila inundó el ascensor. Me agaché instintivamente y me restregué los ojos, me acerqué al tablero marcador de pisos y miré: estaba en cero y la flecha hacia abajo encendida. El ascensor estaba bajando.

No sabía qué pasaba, así que oprimí reiteradamente el botón de la alarma, pero no la escuché. Entonces me di cuenta de que no se oía nada. Había un silencio absoluto.

Apreté desesperada todos los botones, a ver si alguno funcionaba. Volví a mirar el marcador de piso: seguía en cero y continuábamos bajando, pero el edificio no tenía sótano.

El calor me subió a la cara y comenzó a temblarme la mano izquierda, como siempre que me ponía nerviosa. El botón de detención tampoco funcionó; yo ya no sabía qué hacer.

La luz viró violentamente al rojo. Era como estar dentro de un tubo de ensayo lleno de sangre. Lo único que se me ocurrió hacer fue sentarme y cerrar los ojos esperando que todo pasara; tal vez estaba soñando.

La sensación no era la de caer, era la de estar descendiendo muy lentamente.

Puse la cara sobre las rodillas, me tapé con los brazos, y esperé.

El cubículo vibró nuevamente, la luz externa se apagó y el ascensor quedó a oscuras. Pocos minutos después se detuvo y la puerta se abrió. Todo terminó como había empezado: de repente.

Tardé un rato en levantarme. Supongo que esperaba que la puerta se cerrara y volviera a arrancar, pero después de diez minutos nada pasó.

Ya de pie, me asomé. Vi un hall muy distinto al del edificio: aquí había una puerta giratoria, no había mármol, ni sillones, ni bar, ni paredes o pisos trabajados, solo hierro y vidrio.

No había nadie.

Salí con temor. La puerta se cerró detrás de mí y el ascensor se fue. Golpeé la puerta con fuerza, grité, traté de abrirla, pero nada funcionó.

Lo único que me quedaba por hacer era encontrar a alguien que me dijera qué estaba sucediendo, así que me armé de coraje y salí a la calle.

No pude creer lo que vi: edificios enormes como el que acababa de abandonar, gente de aquí para allá, bullicio, luces brillantes, coches que se deslizaban flotando a distintos niveles --unos a hélice y otros a vapor--. Trenes de tres pisos, también a vapor, que se deslizaban en plena calle sin tocar el pavimento; con coches cilíndricos, imponentes, llenos de ventanas hexagonales.

Ya no podía abrir más los ojos.

Empecé a caminar, y era difícil con tanta gente. Después de siete cuadras llenas de negocios, marquesinas y carteles titilantes, llegué a un mercado callejero donde se mezclaban artesanías, ropas y comidas de todo tipo. Los aromas formaban un mosaico que nunca había olido antes: dulces, salados, frituras, embutidos, especias --únicamente reconocí el Hung Liu, que recordaba de la tienda de Jianyu--, quesos, café... El humo de las cocinas llenaba el lugar y había una extraña mezcla de modernidad y tradicionalismo.

Entre el tamaño que tenía, y mi sorpresa que me hacía detener a cada segundo, la cabeza me explotaba, así que me decidí a salir. Cuando pasé los últimos puestos, un nene con gorrita y una muleta me pidió: "Una mone'ita, por favó". Me dio mucha ternura así que le di unas cuantas y seguí.

No comprendía qué sucedía, ni donde estaba, ni cómo iba a regresar.

Llegué a una plaza muy bonita; flores, árboles, estatuas, pájaros... Hacía años que no los escuchaba. Era tanto lo que veía que sentí vértigo. Me senté en un banco y respiré hondo, aflojé los hombros y traté de sentir todo lo que me rodeaba.

Miré para arriba y mi boca se volvió a abrir sorprendida. El cielo era muy extraño; parecía real y parecía no serlo. De pronto se iluminaba una zona y algo que semejaba una explosión revolvía las nubes. En las regiones sin nubes, sectores de cielo se iban decolorando ante mis ojos, muy lenta pero perceptiblemente; y en otras, aparecían sectores de color verde oscuro. Tuve el presentimiento de que algo malo iba a pasar.



No conocía a nadie. Iba a tener que hablar con alguien, contarle mi situación y averiguar dónde estaba. Pero todos me tomarían por loca. Seguí caminando mientras pensaba qué hacer. Busqué un lugar para comer; el estómago ya me estaba doliendo de hambre.

Las calles no tenían nombre ni número; en realidad nada tenía nombre.

Pasé por un lugar que parecía una estación de despegue de dirigibles. Todos semejaban peces de madera y metal dorado. Muchos recién estaban inflando sus globos, otros ya estaban listos para salir. Las colas para abordarlos eran interminables. El calor seguía aumentando; había unas máquinas recorriendo las filas y repartiendo entre la gente un líquido frío para tomar. Lástima que el vapor que salía de los motores de las expendedoras les quemaban las piernas. Una de esas máquinas me invitó con un vaso y acepté; la bebida era deliciosa y muy refrescante.

Después de un par de cuadras encontré un restaurant, entré y le pregunté al maître si el dinero que tenía me servía. Lo miró, me dijo que no conocía ese dinero y que allí no me serviría. Salí decepcionada. Ya no aguantaba más el hambre. Me acordé del chico de las monedas; a él tampoco le servirían.

Cuando puse un pie en la vereda se me cruzó un viejito chino de barba blanca. Era muy parecido a Jianyu, pero era imposible que fuera él. Lo acompañaba un hombre alto, delgado y muy blanco. Sus ojos rasgados eran tan negros como su pelo. Tenía un sobretodo gris oscuro encima de algo de color púrpura, y un corbatón dorado sobre la camisa blanca; llevaba un bastón. Parecía tener unos treinta años y daba mucho miedo. Me miró tan solo unos segundos, y un frío muy raro corrió por mi espalda.

Seguí caminando.

Cuando ya no sabía qué hacer ni a dónde ir, sentí una punzada en el cuello. Algo me había picado, y el ardor era cada vez más fuerte. Las imágenes comenzaron a mezclarse. Al pisar, parecía que los pies seguían hacia abajo, perforando el suelo. Todo me dio vueltas, me asusté mucho, me apoyé en una pared, y me desplomé.

\* \* \*

La luz me enceguecía. Me costaba abrir los ojos así que lo hice muy de a poco. Cuando finalmente pude mirar a mi alrededor, noté que me hallaba en una habitación con paredes azul pálido, llena de mesas con extraños aparatos, armarios, estantes, frascos y tubos. Estaba acostada en una camilla, no tenía nada puesto, solo una bata de tela casi transparente.

Entré en pánico y quise bajarme, pero no pude. Había algo que me rodeaba por completo y que no podía ver. Empujé con los brazos y las piernas, y la cosa se estiraba y estiraba, pero no se rompía. Era algo invisible. Si bien me rodeaba por completo me dejaba respirar. El calor me volvió a subir a la cara y comenzó otra vez a temblarme la mano izquierda.

Alguien entró; era un hombre alto, de pelo negro, de unos cincuenta años; tenía

guardapolvo y pantalones gris oscuro. Dio vueltas alrededor de la camilla sin sacarme los ojos de encima, tratando de percibir hasta la más escondida de mis reacciones, y yo intentaba sostenerle la mirada lo mejor que podía. Estaba muy asustada.

Tomó una silla y se sentó. Sacó una pipa de su bolsillo derecho, la preparó, la encendió y le dio una calada.

Dos hombres con uniformes marrones y cascos negros esperaban en la puerta con sus armas listas.

Después de tres caladas más, me habló.

--Hola, Ibone --dijo con voz afable.

--¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? --repliqué a los gritos.

--Tranquila, Ibone. Tendrás todas las respuestas. Soy el Doctor Dorskan. Yo te hice.

Lo miré incrédula.

--Usted está loco.

--No, no lo estoy --su tono monocorde me irritaba.

--Si no lo está, entonces cree que soy lo suficientemente estúpida para tragarme eso.

--Ibone, eres el resultado de la manipulación genética y la tecnología cyborg. Estás en Virandar, y trabajas para Virandar desde hace setenta y tres años.

--¿En serio piensa que voy a creerle? --le contesté con una mueca.

Él suspiró y me dijo:

--¿Nunca te lastimaste, verdad?

--No.

Se levantó, fue hasta una mesa, y tomó algo de una caja. Atravesó con su mano la "cortina" que me rodeaba y dejó una pequeña cuchilla en la camilla.

--Hazte un corte en la pierna derecha.

Me quedé mirándolo.

--Hazlo. Te dolerá, pero no te pasará nada. A pesar de que parece piel, no lo es.

Tomé la cuchilla, la apoyé sobre el muslo, e hice un ínfimo corte. Me estremecí de dolor.

Un escalofrío de terror me corrió por la espalda cuando vi que la herida no sangraba. Tomé con ambas manos una punta de piel y tiré. El dolor fue insoportable. Me quedé paralizada, y mi garganta comenzó a secarse. Entre mi carne había piezas de metal.

Cuando salí del shock, grité como nunca antes lo había hecho. Empecé a patear y empujar la "jaula" invisible en la que estaba, pero no pude romperla. La "jaula" perdió poco a poco su transparencia y se volvió traslúcida. Todo me dio vueltas y me desmayé.

Al despertar, el tipo de gris estaba otra vez sentado, mirándome.

--¿Cómo amaneciste, Ibone?

Me repugnaba.

--¿Qué es lo que estoy haciendo para ustedes? --inquirí resignada.

--Eres un arma muy sutil y efectiva.

--¿Y qué es lo que hago? --insistí.

--Tu cuerpo esparce una toxina que exagera la apatía y la indolencia en los humanos. El efecto llega hasta tal grado que podemos traer a tus vecinos aquí sin que se den cuenta.

--¿Con los ascensores? --sugerí más que pregunté.

--No solo con ellos.

--¿Para qué los quieren aquí?, ¿Y que es *aquí*?

Se levantó, tomó la silla, la acercó a la camilla y me contó los planes de Virandar.

--Nuestro pequeño universo está colapsando, Ibone. Lo que viste en el cielo, las explosiones y manchas, son parte de ello.

»Todo lo orgánico va a colapsar también. Todos somos parte de este espacio y de este tiempo: animales, plantas, zortxanes. Y todos vamos a morir.

»Así que traemos a los humanos aquí, encerramos su alma, esencia, o como le quieras llamar, en un envoltorio orgánico como el que te rodea, y ocupamos sus cuerpos.

--¿Qué es lo que me rodea?

--Una membrana de células primordiales. No podrás romperla.

--¿Qué pasará después de traerlos aquí? --mi desesperación iba en aumento.

--Cuando terminemos los traspasos, cambiaremos de dimensión a la ciudad, y a todos sus habitantes.

--¿De dimensión? ¡Eso sólo pasa en las películas!

--No, no sólo en las películas. El universo posee múltiples dimensiones, unas paralelas, otras que se cruzan, otras que se entrelazan. Diminutas, inmensas, con formas geométricas, sin forma definida.

»La dimensión donde está tu ciudad es infinita, la nuestra es diminuta... Virandar, sus alrededores, las tres lunas que nos rodean y los siete anillos, eso es todo lo que hay aquí.

--¿Y qué va a pasar con las almas que traen?

--Van a colapsar. El material orgánico en el que los encerramos pertenece a esta dimensión, así que colapsarán con ella. Sin embargo sus cuerpos son como receptáculos inorgánicos aquí, de modo que pasarán con nosotros dentro, tal como los edificios y los

muebles.

--¡Van a asesinar a millones! --le escupí en la cara.

--Y vamos a salvar a otros tantos.

--Pero ellos no son los que deben morir, estamos alterando la naturaleza, el curso de las cosas, el equilibrio.

--Estamos sobreviviendo. Si tenemos la tecnología, ¿por qué no hacerlo?

--Porque estamos metiéndonos en su mundo, en su tiempo, en sus vidas, ¿por qué no convivir con ellos?

El hombre sonrió como si mi pregunta fuera obvia.

--Porque tenemos que ocupar exactamente la misma superficie en una dimensión vecina, y el espacio que está pegado al nuestro es el de tu ciudad de trabajo.

--No tiene sentido, ¿por qué trasladar una ciudad entera y no sólo a sus habitantes?

--¡Porque queremos conservarla junto con nuestra cultura!

--¿Y para conservar su cultura van a aplastar otra?

--Si es necesario, sí.

Mi cabeza explotaba, ese hombre era un demente.

--Pueden reconstruir su cultura una vez que pasen --le dije asqueada y sin esperanza.

Pero el hombre consideró que ya no era necesario seguir dándome explicaciones, ni discutir más conmigo de nada; así que se levantó y se fue, dejándome entre los gritos y los golpes que profería contra su estúpida "jaula" invisible.

Al día siguiente nadie vino a verme. No sabía qué iban a hacer conmigo, seguramente dejarme colapsar con el resto. Y tal vez lo tenía merecido por ayudar a matar a tantos millones de personas.

A los pocos minutos de despertar entró un tipo de amarillo, puso una bandeja en una mano mecánica y la accionó para alcanzarme la comida; el dispositivo atravesó la "jaula" y aproveché el momento para intentar escapar, pero el de amarillo hizo que la mano me volcara la comida caliente encima, tomándome así por sorpresa y empujándome sobre la camilla. Cuando intentó retraer la mano, la volví a agarrar; pero realizó una fuerte torsión y me rompió los dedos de la mano derecha.

Mientras le gritaba: "¡Estúpidos asesinos!", una mujer apretó un interruptor y mi "jaula" volvió a ponerse traslúcida.

Me desmayé.

Cuando desperté ya tenía sanados los dedos y la pierna. Levanté los ojos, y allí estaba Yueh acariciándome una pantorrilla, y a su lado Maite.

No sabía cómo habían llegado hasta allí, ni cómo me habían encontrado, ni para qué, pero me abracé a las dos llorando desesperada. Yueh me dio un beso muy fuerte, Maite

me sorprendió con un beso tierno y suave. Y yo me encontré devolviéndoselo.

Nos separamos y Maite dijo:

--Tenemos que salir ahora, el paso es inminente.

La tomé de los brazos y le grité con desesperación:

--¿Van a hacerlo?

--Sí, no podemos impedirlo. Sólo nos resta salir de aquí e ir a un lugar seguro.

»Eres un arma perfecta, y tienen miedo de que, tarde o temprano, también causes algún efecto en ellos; por eso te iban a dejar allá, donde morirías como el resto de la gente que no fue necesario traer, siendo destruida en el momento del traspaso como el resto de la ciudad.

»Jianyu te devolvió aquí para salvarte. Tu cuerpo humano, tanto como los nuestros, son ajenos a esta dimensión, y por lo tanto, aquí no representamos algo orgánico; así que durante el traspaso, seremos como un mueble más. Por eso Dorskan te puso en esa burbuja de células primordiales, ya que dentro de ella, colapsarías junto con la dimensión.

--Al parecer no soy tan perfecta. Sobre ustedes no causé el efecto de apatía.

»¿Y cómo hicieron para llegar aquí?

»Un momento, ¿Jianyu qué?

--No hay tiempo de contestarte ahora; tenemos que irnos ya --dijo Yueh.

Me ayudaron a levantarme y a vestirme. Las dos sabían exactamente por dónde ir para que no nos descubrieran. Recorrimos muchos pasillos escondiéndonos, agachándonos y mirando en todas direcciones para que no nos vieran. Maite iba adelante.

En nuestro camino pasamos frente a unos ventanales que daban a un gran salón: la sala de control del traspaso. Las máquinas de calcular despedían vapor sin cesar, las cintas con los cálculos eran llevadas a una oficina que decía "Analistas". Yueh comentó:

--El punto de paso tiene que calcularse con exactitud, sino las consecuencias serían terribles. Podrían pasar sólo partes de la ciudad, o la gente podría quedar fundida con los objetos. Y eso no debe ser agradable.

--¿Tiene que ser un solo punto? --le pregunté.

--Sí --me contestó Maite.

En ese momento se encendieron unas luces rojas y una sirena comenzó a sonar.

Yueh gritó:

--Corran. Ya empieza el proceso.

Muy cerca de la salida pasamos por un depósito inmenso. Pisos y pisos con estantes llenos de unos cubos del mismo material que rodeaba mi camilla, todos alrededor de un agujero cilíndrico central. Me detuve para observarlos; Maite y Yueh intentaron

arrastrarme a la salida, pero no las dejé. Un leve olor a humedad invadía toda la estancia.

--¿Qué es este lugar?

Maite bajó la cabeza y casi en un susurro me dijo:

--El almasario.

Dentro de los cubos se veían cosas moverse, etéreas, casi imperceptibles. En todos parecía adivinarse un rostro, algunos resignados, otros tristes, la mayoría con expresión de pánico o de furia. Tomé uno entre las manos y traté de romper esa porquería que usaban como jaula; tironeé con todas mis fuerzas. El alma que estaba adentro me miraba con esperanza, pero no pude abrirlo.

--No se pueden romper --me dijo Maite--. Para que se liberen es necesario ir a la sala de desconexión, y nos matarían antes de entrar.

Tuve un segundo de duda; desesperada y temblando, con los ojos bañados en lágrimas, miré el alma que tenía en mi mano. Quise ir a la sala de desconexión, pero Maite y Yueh me lo impidieron. Volví a mirar el alma, ella pareció devolverme la mirada y absolverme. Su "rostro" quedó en paz. Y mi propia alma, si es que la tenía, se consoló.

La dejé en el estante y continuamos camino.

Al llegar al estacionamiento, la sirena ululaba ensordecedoramente.

--Tenemos una hora para llegar a casa-- dijo Yueh.

Nos dirigimos a un vehículo muy extraño. Tenía forma de pez, cuatro ruedas --las de adelante con guardabarros, las de atrás no--, una hélice rodeada por un círculo de metal en el frente, dos puertas y cuatro asientos. No parecía muy rápida.

Entramos y volví a sorprenderme. Jianyu estaba al volante. En cuanto cerramos las puertas, esa cosa ascendió verticalmente hasta un determinado nivel. La hélice se encendió y nos impulsó hacia adelante a una velocidad que nunca pensé que un vehículo con esa apariencia pudiera alcanzar.

La poca gente que quedaba en las calles se afanaba por llegar a sus hogares. La sirena se escuchaba en todas partes, y me hacía encoger el corazón, o lo que tuviera en lugar de él.

Maite pasó su brazo derecho por mis hombros y yo me recosté en ella.

Los fenómenos que había visto en el cielo, al llegar, eran mucho más fuertes, y una tormenta de rayos naranja comenzó a desplegarse hasta que el firmamento se puso de color gris verdoso.

Jianyu estuvo callado todo el camino. En realidad todos lo estuvimos. Maite no dejó de darme pequeños besos en la cabeza, y yo se los devolvía en su mano izquierda.

No había ningún sonido; sólo la sirena.

Después de casi cuarenta minutos llegamos a una casa donde todo parecía responder a la voz de Jianyu. La puerta se abrió y se cerró de acuerdo a órdenes suyas. A otro

comando suyo se bajaron las persianas.

Pasamos a una habitación que estaba casi en penumbras y nos pidió que nos sentemos encima de la cama. Varias velas, que daban una extraña luz verde, iluminaban la pieza, y un fuerte olor a jengibre llenaba el aire. Nos sentamos y aguardamos.

La voz que salía de un aparato lleno de engranajes anunció que faltaban cinco minutos para el traslado. Jianyu tomó un pequeño tambor, nos pidió que nos tomáramos de las manos, e inició una letanía.

Algo empezó a pasar. Las cosas fueron adquiriendo una brillantez pálida, los contornos fueron difuminándose y las formas se perdieron, incluso las nuestras. Sentí que mi interior se deshacía de a poco. vértigo, náuseas, zumbidos en los oídos; partes de mi cuerpo parecían faltarme. Maite se tapó los oídos y dijo que millones de gritos la estaban atormentando; la abracé con fuerza. Todo se nubló, ya no vi, ni escuché, ni oí. Perdí el contacto con la realidad.

\* \* \*

Despertamos.

No sé cuánto tiempo pasó. Parecía que volvíamos en sí después de siglos de estar durmiendo. Los sentidos nos fueron regresando de a poco. Maite se había orinado encima y Yueh estaba mareada, pero todo parecía estar bien.

Jianyu miraba por la ventana, y con su parsimonia de siempre, nos hizo un gesto para que fuéramos con él. Nos asomamos; la ciudad comenzaba a funcionar normalmente. ¿Cómo iban a vivir todos ellos con tantos muertos sobre sus conciencias? ¿Cómo iba a vivir yo con tantos muertos sobre mi conciencia? Maite y Yueh trataron de secar mis lágrimas. Jianyu me explicó que habían elegido ese lugar porque la gente de allí ya era dejada e indolente, que lo único que yo hice fue acentuar la dejadez y la indolencia. Pero para mí era lo mismo; nadie existía ya.

Lloré durante días.

Lloramos durante días.

Jianyu me contó que él era uno de los encargados de la operación hasta que se enamoró de una mujer de la ciudad; y desertó. Cuando sus jefes se enteraron, la secuestraron y la torturaron para que les dijera qué pensaba hacer Jianyu; cuando Romina ya no les sirvió porque ni siquiera podía hablar, la arrojaron a las vías del tren. A partir de ese momento Jianyu intentó varias veces sabotear el traslado, pero todos sus intentos fallaron. Así que se resignó a morir con la ciudad, se escondió bien y adoptó como sus hijos a Maite y a Yueh, dos armas fallidas y con errores genéticos, que habían sido abandonados en la ciudad para morir durante el traslado. Yueh había resultado una mujer con sexo de varón, y Maite tenía un error de calibración: empatía exacerbada con otros seres.

Cuando Maite y Yueh le dijeron que estaban enamoradas de mí, Jianyu recuperó la esperanza y cambió sus planes. Me enviaron a Virandar, y detrás de mí, pasaron ellos; pero perdieron mi rastro. Me hallaron gracias a Techduinn, el nigromante, el hombre al

que vi acompañando a Jianyu a la salida del restaurant.

Y aquí estábamos. La única forma de salvarnos había sido estar en Virandar durante el cambio de dimensión.

Ya pasaron muchos años desde el traslado. Va a pasar mucho tiempo todavía hasta que pueda quedar en paz definitivamente. Todas las noches tengo pesadillas y me despierto llorando o a los gritos; pero estoy bien acompañada. Maite y Yueh me dan mucho amor. Sólo las tengo a ellas y a Jianyu; todo lo que tenía en mi departamento fue reducido a quarks junto con el resto de la ciudad. Salvo un punto, el punto de traspaso: las Cinco Esquinas y el Chambery. Ahí está aún Norberto con su bar, sus cafés especiales y sus habanos.

Según me contó Jianyu, el punto de traslado fue el único lugar que quedó en pie de la antigua ciudad; Norberto debe haber estado dentro durante el cambio y por eso sobrevivió. Por suerte para él, cuando se recuperó, tomó a la nueva ciudad como si su bar hubiera estado siempre allí, a un costado del Parque Tatvar, al borde del lago de los dúolos, --si hubiera sido de otra forma lo habrían matado--.

Jianyu ya no está entre nosotros, antes de morir nos dijo que éramos una trinidad femenina completa, que permaneciéramos siempre unidas. Yueh: la recreadora, la fértil, la generadora, lo masculino de lo femenino, lo monstruoso. Maite: la nutricia, la empática, la protectora. Y yo: la muerte, un instrumento de la entropía, una desparramadora de inercia; y finalmente la continuadora de la vida. Fue conmovedor escucharlo con su último hilo de voz.

Ahora, sólo me concentro en mi vida con Maite y Yueh. Es delicioso estar con ellas; tener sus caricias, sus besos, su amor, su compañía las treinta y seis horas del día. Sentir la boca de Maite en mi sexo, y el sexo de Yueh en mi boca, moviéndose al mismo tiempo, todas las mañanas, es un bálsamo para mi existencia.

Ya empecé una colección de pequeñas figuras de los animales de Virandar, hechas en dagnesio naranja y negro. Y las plantas invaden la casa.

Todas las mañanas, después de bañarnos las tres juntas, vamos a desayunar al Chambery. Por suerte eso se ha convertido en la mejor parte de nuestras rutinas diarias fuera de casa. Hoy elegimos tomar un café Westindia: corteza de naranja rallada, nuez moscada, canela, ron blanco, café muy cargado, azúcar y crema chantilly para decorar; una delicia.

**Guillermo Echeverría** nació en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, en 1967, en el seno de una familia de ascendencia vasca.

Trabaja en la hemeroteca de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA.

Forma parte del grupo de escritores "Los clanes de la luna Dickeana". La revista electrónica *NM* ha publicado cuentos suyos (uno de ellos escrito en colaboración con su esposa, **Teresa Pilar Mira**): "El árbol de nuestra sangre", "El círculo", "Extremo cuidado" y "Cortina de humo". En la Revista *PROXIMA* se publicó su novelette "Ataun" y el cuento "Spider", este último también escrito con su esposa y que forma parte de la antología *Diez variaciones sobre el amor*.



El portal Axxón publicó su relato "Nieve" y republicó su novelette "Ataun". Su cuento "El círculo" fue traducido al francés para el proyecto llevado a cabo por traductores de diversas universidades, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia. También participa en la Antología *BUENOS AIRES PRÓXIMA* con el cuento "N. Bs. As.", escrito junto a su esposa Teresa Pilar Mira. Y su cuento "El subsuelo" forma parte de la antología *Antología Steampunk –Cuentos del Retrofuturo*. El sitio español *Ficción Científica*, ha publicado su cuento [El final](#).

# El zombi

## Dolo Espinosa

El zombi, recién salido de su tumba, avanzaba, bamboleante y aún algo confuso, por las oscuras calles de la pequeña ciudad. Hacía apenas una hora dormía plácidamente el sueño supuestamente eterno y ahora, aquí estaba, manchado de tierra y barro, con gusanos aún corriendo por sus entrañas y las articulaciones algo oxidadas, andando sin rumbo en busca de alimento.

El zombi -antes llamado Anastasio- emitía suaves quejidos de protesta por encontrarse en semejante situación; si el ser antes llamado Anastasio hubiera podido hablar correctamente lo oiríamos lamentarse de la pérdida de su cómodo ataúd, y de lo mucho que extrañaba a los gusanos e insectos que lo acompañaban allá abajo, y de lo que le costaba moverse con esas articulaciones rígidas y reseca, y de los trozos de ropa y carne que iba perdiendo por el camino y de qué, porras, dónde se meten las cuerdas vocales cuando las necesitas para poder lamentarte latimeramente de todo lo que un zombi tiene que lamentarse. Y, para más inri, esa urgencia que notaba ahí, en el estómago... en los intestinos... bueno, en lo que quedara de su aparato digestivo, que lo empujaba a buscar alimento desesperadamente. Hambre de cerebros, ya ves qué tontería, cerebros, él, que cuando era Anastasio siempre había sentido una profunda repulsión hacia los sesos. ¡Qué cosas tan raras que tiene la vida... la muerte... bueno, lo que sea!

El ex-vivo antes denominado Anastasio, continuaba su errático y anquilosado deambular en busca de ese repulsivo manjar que su estómago... bueno, lo que sea que ocupara ahora su lugar exigía, aunque lo que quedara de su cerebro aún lo rechazara. Las calles estaban desiertas lo cual le hacía sospechar que encontrar comida le iba a resultar bastante más complicado de lo que sabía por las películas de zombies.

Lo que dentro de la cabeza pasaba por ser el cerebro del actual zombie y ex-Anastasio no funcionaba lo bastante como para planificar nada que no fuera seguir vagando y gimiendo como un tonto a la espera de que la comida llegara de forma espontánea hasta sus amarillos dientes. Una parte de su cuasi licuado cerebro que aún tenía algo de Anastasio se estaba partiendo de la risa ante semejante ejemplo de carnívoro estúpido.

Entonces, el hambriento monstruo descubrió una ventana y una luz. Una pequeña conexión neuronal tuvo lugar en su masa cerebral (más masa que cerebro) y el ex-Anastasio fue capaz de unir los conceptos de ventana y luz con casa, ser humano y comida. Y así, con extrema dificultad e intentando no perder ningún miembro, puso rumbo hacia aquella invitadora claridad.

Cuando el ex-ser humano y nuevo monstruo se acercó a la ventana vio, cerca de ella, a una pequeña y sonrosada anciana que tricotaba ajena al engendro que miraba y olisqueaba tras el cristal intentando encontrar en su diluido cerebro la forma de llegar hasta el alimento que tanto ansiaba. Moviéndose con su característica falta de elegancia, el zombi arrastraba los pies alrededor de la casa hasta que, por casualidad, dio con la puerta y comenzó a golpearla hasta que la anciana, tan renqueante como el zombi, llegó hasta ella y abrió.

La mujer se quedó mirando fijamente al ex-vivo durante unos segundos antes de reaccionar. Y entonces lo saludó efusivamente, lo llamó "Eleuterio, hijo", y le hizo pasar mientras no dejaba de hablarle sobre el tiempo que hacía que no pasaba por casa y lo caro que se vendía y hay que ver qué delgado te has quedado hijo, anda, pasa, pasa que te pondré algo de cenar y lávate un poco, anda, que a saber dónde has estado metido para oler de esa manera. Y la anciana le preparó el baño, y la cena, y le sirvió sus buenos vinos, y le contó cien mil cotilleos, y luego lo despidió con docenas de besos, abrazos y arrumacos.

Y el ex-Anastasio se quedó de nuevo en la puerta de la calle sin saber muy bien qué había pasado. Con aquello que quedaba de su estómago lleno de estofado pero aún con aquel otro ansia sin saciar, pero sin ganas de volver a tocar en aquella puerta.

Un par de horas más tarde, ex-Anastasio se tropezó en su errabundo camino con un borracho que se movía con su misma gracia y hacia él se dirigió el zombi, dispuesto a saciar su hambre de asquerosos sesos...

Acabaron juntos en un bar de mala muerte, con sendos whiskys, mientras el borracho, llegada la fase de exaltación de la amistad, lo llenaba, por segunda vez aquella noche, de besos y abrazos. Aunque parezca increíble el nuevo zombi fue incapaz de lanzar ni un sólo mordisco a su alcoholizado e hiperactivo amigo. Eso sí, entre bailes, abrazos y caídas varias, ex-Anastasio se las vio y deseó para no acabar perdiendo algún órgano o alguna víscera.

Cuando, finalmente, se vio libre del borracho, se topó con una banda de jóvenes descerebrados en busca de problemas que casi acaban desmembrándolo.

El pobre no-vivo se encontraba cada vez más agotado, hambriento y frustrado. Pensaba, con sus escasas neuronas activas, que nada podía ir peor de lo que había ido hasta aquel momento y entonces fue cuando conoció a un encantador grupo de amigas en plena despedida de soltera que lo arrastraron con ellas, lo zarandearon, intentaron desnudarlo, lo invitaron a más copas, volvieron a llenarlo de besos y abrazos y acabaron abandonándolo en mitad de la calle aún más aturdido y perdido de lo que se encontraba al comienzo de la noche.

Pobre ex-Anastasio, la vida entre los vivos no le estaba resultando nada sencilla. Según las películas que había visto en la época en que él también pertenecía al mundo de los vivos, los humanos deberían temerle y salir huyendo en cuanto lo vieran; él era el depredador y ellos la presa., ¿no? Sin embargo, ahí estaba, empapado en alcohol, cubierto de carmín y con una ridícula diadema con pene.

Como zombi estaba resultando ser un fracaso.

El amanecer pilló al pobre no muerto confuso y atolondrado intentando cruzar una autopista donde fue arrollado por casi tres mil kilos de camión. Mientras su cabeza rodaba hasta quedarse bajo las enormes ruedas, el futuro ex-no muerto sonreía pensando, con la gelatina que hacía las funciones de cerebro, en que pronto volvería a su estupendo y acogedor ataúd.

## **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital miNatura ( <http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/> ). He publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: **Pinocha y la poción mágica** y un libro de relatos con la editorial Atlantis: **Testamento de miércoles**. Y, además, mantengo dos blogs: *Testamento de miércoles* ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com> ) y *El cofre de los cuentos* ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

# Escombros

## Caivano, Federico

### I

La noche estaba especialmente oscura sin la luz de la luna como guía en el cielo, la cual se había apagado en el horizonte unas horas antes. Las débiles llamas de las antorchas apostadas en las atalayas daban la suficiente claridad, sin embargo, para vigilar las inmediaciones en busca de errantes. Tanta oscuridad alarmaba un poco a Almandro. Pero cuando alzaba la vista, quedaba fascinado con la inmensidad del espacio, con sus pinceladas azul-violáceas y la miríada de puntos luminosos que lo pueblan, por lo que le gustaba esperar un poco antes de reavivar el fuego de sus antorchas. Extrañamente, aunque el cielo siempre había estado ahí, jamás le había prestado atención hasta ese momento. La vigilancia se había vuelto monótona y el suelo no ofrecía un paisaje demasiado atrayente. Además, lo conocía de sobra: escombros, fogatas, ratas y demás alimañas correteando de un lado a otro, más escombros... De alguna manera, Almandro se sentía más seguro y en paz allí arriba, a 30 metros de altura sobre un andamio de fierros oxidados, que en suelo firme. Allí estaba más cerca del cielo y de las imperecederas estrellas, y más lejos del inestable y derruido mundo que habitaba todos los días.

Cuando calculó que faltaba aproximadamente una hora para que terminara su turno, Almandro se irguió, tomó la leña, alimentó las antorchas para que brillaran más que nunca y empezó a actuar como si hubiera pasado toda la noche en absoluta guardia. De esa manera creía mostrar a sus superiores que hacía buena letra, cuando traían a su relevo. Sin embargo, para la O.L.A. seguía siendo un soldado entre muchos, un número más para hacer bulto y así asustar al Gobierno y disuadir a otros grupos armados de tomar el poder antes de que ellos lo hicieran. Todavía era de noche, pero Almandro podía sentir el sol acercándose al horizonte. Era un cambio sutil, pero se podía notar cómo el negro profundo se aclaraba lentamente.

A lo lejos, como a 500 metros, se veía difusamente un errante caminando a nivel del suelo. Era un hombre de unos treinta años que avanzaba a un metro sobre el pavimento, como en una plancha invisible. Aun en las penumbras era fácilmente detectable por su mancha de luz, que en este caso cubría completamente su hombro izquierdo y lo hacía brillar en un tono blanco amarillento particular. El resto de su cuerpo desnudo era del color grisáceo claro característico. A cada paso, dejaba un pequeño agujero donde había "apoyado" el pie, y cuando algo se le atravesaba, como un poste de luz antiguo, el objeto simplemente era desplazado hacia un costado, como si el hombre estuviera vestido con un manto invisible e intocable.

"Por fin uno que al menos corre los escombros que ocasionan los otros", pensó Almandro, mientras el errante se abría paso entre un edificio derrumbado, creando un nuevo pasaje. Era todo un espectáculo, cuando no ponía en peligro la vida del espectador: el concreto, acero y vidrio eran empujados suavemente pero con una fuerza inmensa. La materia se molía a su alrededor a medida que avanzaba, y todo lo que estuviera por encima de su cabeza le caía con todo su peso, deslizándose para todos

lados a una velocidad cada vez mayor. Al ver que la cantidad de escombros que disparaba el errante era considerable, Almandro se apresuró a sonar la campana una vez para indicar que existía una amenaza leve. Luego sonó cinco veces más para indicar que el errante se encontraba a 500 metros de su ubicación. Repitió el ciclo unas diez veces más hasta que el errante llegó a una zona despejada.

¡Echeverría! --gritó alguien desde el suelo unos minutos más tarde. Era su sargento--.  
¡Tu relevo!

Almandro bajó con rapidez y habilidad por entre los caños del andamio. Cuando estuvo lo suficientemente cerca del piso dio un salto y cayó justo enfrente de su compañero vigía. Éste se limitó a estrechar su mano y a trepar la atalaya sin decir una sola palabra. El sargento Caretti lo miró ascender y cuando hubo llegado a su posición, se dirigió a Almandro:

--¿Amenaza de nivel uno a 500 metros?

--Sí, señor. Varón, treinta años, mancha en el hombro izquierdo, por lo que pude observar.

--Marque en el mapa su última ubicación conocida --dijo Caretti, a través de su espeso bigote, mientras sacaba un abultado rollo de cuero de su morral. Lo desplegó en el suelo y se puso en cuclillas.

--Avenida 5, calle 11.

--Bien --el sargento ubicó una hoja de tilo recortada rudimentariamente en forma de "F" entre las demás y quitó cuidadosamente el alfiler clavado paralelamente al cuero que la sostenía. Luego la pinchó donde Almandro había señalado y se volvió hacia él--. Ya está. ¿Usted es al que transfirieron hace poco, no? Le informo: éste es bien conocido. Le decimos "Franco", por el hermano del cabo Pulqui, que dice que se parece de cara. ¡Qué despojo hinchapelotas! No hace más que dar vueltas e ir y venir entre sectores. En fin. Mejor tenerlo vigilado. Tiene buena vista, soldado. Buen trabajo.

Caretti enrolló el mapa de cuero, se puso de pie y gritó al hombre que ahora ocupaba el puesto de vigía:

--¡Monzón! ¡Manténgame informado del paradero del errante! ¡Mientras pise este sector, es responsabilidad nuestra!

--¡Sí, señor! --se escuchó la voz apagada desde el andamio.

--Bien, bien, bien. Voy a inspeccionar e informar a las patrullas. Y recién empieza mi día. Movidita la vida de soldado, ¿eh? --le dijo Caretti a Almandro, que se limitó a asentir--. Suerte la suya que su día ya terminó. Vaya, descanse pero esté atento. Puede que lo necesitemos para vigilar al errante.

--Sí, señor.

El sol comenzaba a bañar la avenida principal y ya se sentía que iba a ser un día caluroso y húmedo. Almandro caminaba hacia su tienda sin apuro. Estaba cansado pero le gustaba tomarse su tiempo para contemplar la escena que cada amanecer pintaba en aquella pila de escombros y chatarra en la que vivía. Cuando Almandro nació, los errantes habían llegado hacía rato, así que nunca supo cómo era la vida en las ciudades

de antes. Sin embargo, siempre se entretenía imaginando las calles limpias, la gente yendo y viniendo, los edificios en una pieza y tan altos que no se llegaba a ver dónde terminaban... En el fondo, sabía que no debía ser así; que seguramente era todo una mierda igual, pero no le importaba. Le asombraba lo radicalmente diferente que era la vida en aquél entonces, considerando que habían transcurrido ya unos 150 años desde la singularidad. Siempre se detenía en una inscripción grabada en un pedazo de mármol que decía: "9 de julio" y pensaba qué pudo haber pasado en esa fecha para que valiera la pena escribirla en piedra. También se preguntaba si para sus antepasados aquel lugar tenía tanta importancia como para la O.L.A. ahora, que habían renombrado el camino como "Avenida 1". Servía de punto estratégico vital para apostar andamios de vigilancia y para movilizar patrullas y recursos a lo largo del Centro de norte a sur; lo mismo que la Avenida 6 y la 10 en el eje este-oeste.

Al llegar a su tienda se desplomó sobre su manta sin siquiera saludar a sus compañeros, que recién se levantaban. Tampoco tenía mucho trato con ellos; sus horarios siempre iban a contramano de la mayoría, así que poco podía compartir con ellos más que el techo de cuero bajo el que dormían. Con quien sí tenía ganas de hablar era con María, la vigía del andamio 6/B. Día por medio le asignaban la cocina en el mismo horario que a él, aunque a veces estaban en secciones distintas. Habían charlado un par de veces mientras realizaban las tareas de la cocina (y en los recesos, mientras la mayoría jugaba al fulbo, usando a los errantes de arco móvil, o timbeaba con los dados, o trataba de adivinar su suerte con distintas formas de geomancia) y a Almandro le parecía una mujer fascinante y única, aunque ella no demostrara demasiado interés en él. Pero a él no le importaba; sólo estar con ella era suficiente para alegrar su día.

Pensando en ella se quedó dormido. Y con ella soñó, imaginando que la luz rosada del amanecer recortaba su silueta, mientras caminaba por el horizonte con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

\*\*\*

Al llegar el mediodía lo despertó uno de sus compañeros de sector, Álvarez, metiéndole una cola de zorro en la oreja. Almandro reaccionó instintivamente y se pegó una fuerte cachetada que le dolió inmediatamente.

--Siempre el mismo vos --le dijo Álvarez, entre risas.

--Sí, vos también, hijo de puta --le contestó Almandro frotándose la cara, roja de ira y vergüenza--. ¿No te cansás nunca?

--Cuando te avivés te dejo de joder. Además te tenía que despertar igual. Así es más divertido.

Almandro no quiso seguirle el juego y se levantó sin decir más nada. Para sus adentros, puteó al superior que le asignó a Álvarez para que lo despertara. Pero también agradeció que la O.L.A. no le quitara tiempo a sus oficiales haciendo que estuvieran encima de los soldados constantemente. Esto, a la vez que le daba a Almandro una cierta sensación de libertad, también lo obligaba más efectivamente a estar pendiente de sus horarios para reportarse frente a sus superiores en tiempo y forma.

A lo lejos, en el cielo, pudo distinguir a una pareja de errantes (dos mujeres jóvenes tomadas de la mano) que había pasado muy cerca del techo de su carpa hacía unas semanas. Observó que cada vez estaban más lejos y más alto, y lo interpretó como una buena señal para ese día. Tomó su ropa y se dirigió a las duchas, donde el encargado le entregó un cuenco con agua y una barra gastada de jabón. Ante la mirada inquisitiva y quejumbrosa de Almandro, el encargado respondió:

--¿Cuándo creés que fue la última vez que llovió? Casi no hay reservas. Si querés darte un baño de inmersión, mirá, por allá tenés la Bahía de la Plata.

Almandro miró al sudeste, a donde el soldado había señalado con la cabeza, y se quedó pensando: "Malditos errantes que removieron todo y llenaron el río de porquerías... ¡Qué lindo haber nacido antes y disfrutar del agua antes de que se estropeará!". Una vez que se limpió como pudo y se vistió, Almandro se presentó frente a su sargento para que le asignara las tareas del día. Éstas incluían: ejercicio físico de distinto tipo, prácticas de combate cuerpo a cuerpo y a distancia, reubicación de tiendas próximas a errantes, y confección y reparación de vestimentas.

A las cinco de la tarde le tocó, como ya sabía, las tareas de cocina y limpieza. Sin un minuto de sobra, fue corriendo a la cocina de su sector, una toltería alta sostenida por troncos y caños, con mesas a lo largo para preparar la comida y servirla en los cuencos de barro cocido y madera que se apilaban a un costado. Siempre esperaba que María estuviera allí, pero de todas formas no podía dejar de sorprenderse cuando efectivamente la encontraba al lado de su puesto de trabajo. Y esta vez no fue la excepción; la emoción de la posibilidad de intercambiar palabras y miradas con ella una vez más lo sobrecogió apenas la percibió a la distancia.

--Hola --le dijo Almandro cuando llegó a su lado, mientras se ponía el delantal, ignorando completamente a su superior.

--Buenas tardes, Echeverría --le contestó éste, detrás suyo, visiblemente fastidiado.

--Buenas tardes, señor. Lo lamento, señor --dijo Almandro, más tieso que la mesa que tenía al lado.

--Sí, laméntese, porque le va a tocar lavar los platos de toda la noche --dijo su superior. Luego se dio media vuelta y siguió con su rutina.

--Bueno, hace un par de minutos que no me cagan a pedos, así que la tuve que haber visto venir --bromeó Almandro, sacándole una sonrisa a María. Y esta simple victoria lo llenó de energía durante toda la noche--. Y bien, ¿qué hay que hacer?

--Cortá la zanahoria y después te digo qué más falta. No te quiero abrumar a ver si te me sobrecargás --le contestó ella, señalando unas canastas llenas de zanahorias muy pequeñas.

--¿Qué pasó con esta cosecha?

--Lo mismo que hace que todo sea una mierda: despojos. Un grupo de tres errantes semi-subterráneos masculinos y una femenina pasaron por el nuevo campo que habían cultivado en el sur, sector Santelmo. Si no fuera por las plantaciones en macetas nos estaríamos muriendo de hambre. Si tuviéramos el terreno de la antigua reserva ecológica... Pero no; está todo bajo el agua ahora. Antes de que aparecieran el río era



mucho más bajo.

Había en las palabras de María un claro y profundo desprecio hacia los errantes. Y en algunas conversaciones, se dejaba entrever que su adhesión a la causa de la O.L.A. estaba impulsada por un odio visceral a la manera en que el Gobierno manejaba (o mejor dicho, no manejaba) la vigilancia, prevención y atención hacia la gente frente a la acción errante, algo que la O.L.A. llevaba a cabo impecablemente. La razón de Almandro para unirse al movimiento era más cobarde o egoísta: echado de casa por sus padres cuando nació su hermano y sin formación, experiencia o interés en trabajar en el campo o en alguna otra de esas tareas que sostenían a la sociedad (porque todas requerían un sacrificio enorme), fue deambulando por la ciudad hasta que un oficial de la O.L.A., en un reclutamiento, se percató de su excelente vista y le prometió comida y refugio a cambio de un trabajo relativamente sencillo. Pero esto era algo que Almandro trataba de ocultarle a María, por miedo, paradójicamente, a parecer un cobarde a sus ojos llenos de fervor ideológico.

¡Qué mierda, che! --se limitó a responder entonces Almandro--. Parece que lo hicieran a propósito.

--Estoy bastante segura de que lo hacen a propósito. Que nos castigan por algo --le dijo ella, mientras cortaba el último zapallo de su pila.

--Sí... --dijo simplemente Almandro, dejando una pausa mientras pensaba cómo decirle que no estaba de acuerdo de una manera amigable y articulada. Cuando finalmente encontró por qué no le convencía el argumento de María, respondió--. Aunque para castigar a alguien hay que hacerle saber que es un castigo y aclararle qué hizo mal, ¿no? Yo pienso que directamente disfrutan de cagarnos la vida o que están en su mundo y no tienen idea de lo que nos hacen.

Al principio María se había interesado por lo que Almandro estaba diciendo, pero el tema había removido recuerdos y sentimientos en ella que no quería discutir en ese momento.

--O no piensan y listo. Son como animales, o peor: son como la lluvia o un terremoto. Sólo pasan y listo --dijo.

Almandro se dio cuenta de que se había metido en un asunto sensible para ella y se maldijo por no haberlo previsto. Rápidamente entonces, cambió el curso de la conversación hacia caminos más seguros y conocidos: "¿Qué toca hoy, guiso de vuelta?"; "¿Cómo extraño la polenta! ¿Vos no?"; "¿Será que va a llover algún día?" Por suerte, María pareció recobrar el humor animado y sarcástico que tanto le gustaba a él. Cuando ella no lo veía, soltó un gran suspiro de alivio.

Unas horas más tarde, cuando la noche sólo era cortada por la luz de las velas y de algunas fogatas, mientras servían la cena, apareció un oficial escoltado por dos soldados uniformados. A Almandro le llamó mucho la atención cuando lo vio a lo lejos, puesto que la guardia no era necesaria a menos que fueran a cruzar o a acercarse a la frontera (y eso era poco probable; los oficiales de mayor rango jamás se alejaban demasiado de Comoropy). María notó que Almandro escudriñaba algo a la distancia y le preguntó:

--¿Qué pasa?

--¿Eh? Ah, eh... parece que viene un oficial para acá. Por las insignias creo que es un

Teniente Coronel.

María se apresuró a limpiarse las manos en el delantal y a ordenar los restos de comida en la mesa. Almandro, por las dudas, hizo lo mismo, y ambos volvieron al trabajo sin decir una palabra.

--Buenas noches. Teniente Coronel Ernesto Sestián Castillo --dijo el hombre, con su escolta firme a su lado. Almandro estaba seguro de que servían para imponer presencia y nada más; cosa que lograban.

--Buenas noches, señor --cantaron los dos a coro, haciendo la venia.

--Espero no estar interrumpiendo mucho su trabajo. Es una labor encomiable.

--No, señor. Estábamos a punto de terminar, señor --contestó María, rígida.

--Bien. Acompañeme un segundito por aquí --dijo, y apartó a María de Almandro y de los curiosos soldados que aguardaban su ración de comida--. De todos modos, no quiero ocuparla demasiado. El motivo que me trae hasta aquí es que estoy buscando reclutas para una misión especial y me han dicho que usted, señorita Oncocha, es una de nuestras más fieles soldados.

--S...sí, así es, señor --respondió ella, tan nerviosa que no parecía la misma.

--Me han dicho también que es muy astuta y conoce bastante bien el Cordón Medio. Si está dispuesta, venga a verme en cuanto termine sus tareas y le daré los detalles.

--¡Sí, señor!

Almandro, que había parado la oreja especialmente para oír lo que decían, estaba impresionado de la fama que se había hecho María dentro del movimiento. Se quedó paralizado, pero cuando vio que el Teniente daba la media vuelta para irse, algo dentro de él se disparó y le hizo decir:

--¡Espere... señor! --el oficial se le quedó mirando sin decir nada, pensando si esa forma de dirigirse hacia él contaba como insolencia o no--. Me ofrezco de voluntario para la misión, señor.

--Nombre y apellido, soldado. No todos tienen la fama de la señorita Oncocha, ¿sabe?

--Sí, lo lamento, señor. Almandro Echeverría, señor.

--¿Y por qué cree que lo vamos a reclutar? ¿Qué tiene de especial para ofrecer a la misión, además de ser un espía aficionado?

--Bueno... fui vigía nocturno en el andamio 9/A por dos años y diez meses. Y hace unas semanas me trasladaron al andamio 7/A.

--Tiene una vista realmente excepcional, señor --dijo María, para sorpresa de ambos--. Y lo conozco hace tiempo. Podría ser muy útil.

--Mmm... necesitábamos un cuarto recluta que actuase de vigía... --contestó pensativamente el Teniente--. Si está segura de sus capacidades y considera que puede estar bajo sus órdenes sin problemas, es suyo.

--Sí, señor --contestó ella--. Pero, si me permite, señor; no entendí por qué estará bajo mis órdenes.

--Porque usted comandará la expedición, señorita. Ha mostrado dotes de liderazgo en el pasado y confiamos en que, en sus manos, la misión será un éxito.

--Sí, señor. ¡Gracias, señor!

--Entiendo por lo tanto que acepta. Cuando se presenten en los cuarteles, les daremos el informe detallado. Hasta entonces.

Tanto María como Almandro hicieron la venia y vieron al Teniente alejándose rápidamente por donde había venido. Relajado, Almandro le sonrió a María, que a su vez le devolvió la sonrisa con el triple de alegría y entusiasmo.

## II

--Muy bien, señores y señorita --comenzó a decir el Teniente Coronel Castillo una vez que estuvieron todos reunidos en su despacho. El lugar parecía por fuera como cualquier otra tienda de campaña, sólo que más grande. Pero por dentro, era mucho más amplio y tenía paredes de ladrillo, con una pequeña abertura como puerta. Era algo lo suficientemente precario como para reconstruir fácilmente frente al paso de un errante pero lo bastante lujoso para un oficial. Tenía incluso un escritorio de madera, dos sillas y una cama en la parte de atrás, levemente oculta detrás de una cortina. El Teniente se sentó de su lado del escritorio y le dejó la otra silla a María, que se quedó parada e inmóvil durante todo el informe--. Han sido elegidos para una misión de rescate dentro del Cordón Medio. De más está decir que es una operación que requiere de la mayor discreción y sutileza posibles --al decir esto, dirigió su mirada especialmente a Tito y Luciano, las dos "topadoras", de las cuales los oficiales siempre desconfiaban--. A partir de ahora no podrán revelar a nadie los detalles de la misión. Su objetivo es infiltrarse en un perímetro donde creemos que tienen capturado a uno de nuestros oficiales, el Capitán Javier López Ibáñez. El Capitán fue capturado junto con algunos de sus hombres mientras supervisaba una entrega de provisiones hace unas semanas y no habíamos podido localizarlo hasta ahora. Es de vital importancia recuperar al Capitán sano y salvo. Y no se preocupen por los demás soldados; al Capitán Ibáñez seguramente lo mantienen vivo porque necesitan sacarle información, pero a los demás ya los habrán vendido como esclavos o como comida.

La última frase les había dado escalofrío a todos, por varias razones, pero nadie dijo nada. "Aunque nos duela dejar abandonados a compañeros del movimiento sólo porque para el alto mando somos desechables, lo que dice el Teniente es cierto", pensó Almandro. "En el Cordón Medio todos deben cumplir una función y todos deben obedecer y servir a alguien o estar dispuestos a morir intentando escalar posiciones, para ser el que manda las órdenes. Pensándolo bien, tal vez la militancia sea lo mismo, pero por lo menos nos ayudamos entre nosotros cuando hay problemas. Allá, en cambio, cada uno se vale por sí mismo y para sí mismo".

El Teniente continuó:

--La señorita Oncocha se encargará de supervisar la misión y coordinarlos a ustedes tres, que vienen a reforzar sus ojos, oídos y músculos. Arana y Palermo abrirán camino entre los escombros y la vegetación, siempre cuidando de hacer el menor ruido posible, o de disimularlo al menos. Echeverría se subirá periódicamente a algunos edificios que tenemos marcados como estables para hacer un reconocimiento de la zona. Acompañenme al mapa; allí les indicaré exactamente por dónde deben avanzar.

Salieron de su despacho y fueron a otra carpa, un poco más grande que la del Teniente pero construida de igual manera. Almandro se sentía abrumado y nervioso por la responsabilidad que les estaban entregando y porque por fin parecía que iba a hacer algo importante para la O.L.A. "Y para colmo, voy a estar bajo órdenes de María en una situación muy peligrosa, así que tengo que estar bien despierto", pensó.

La tienda estaba custodiada por un soldado de pie, arqueado y apoyado levemente con las dos manos sobre una espada liviana y notablemente filosa. Cuando vio que el grupo se acercaba, con el Teniente a la cabeza, se incorporó completamente, se cargó la espada al hombro e hizo la venia. El Teniente ingresó a la carpa sin siquiera saludarlo y el resto hizo lo mismo. Adentro había dos habitaciones cerradas separadas por una pared de ladrillos: una tenía un escritorio con un mapa de papel y varias figuras pequeñas talladas en madera; y la otra funcionaba como un archivo, con pilas y pilas de papeles clasificados con distintos colores dentro de grandes contenedores de plástico subidos a carretillas. En esta habitación se encontraban dos mujeres oficiales revisando uno de los contenedores, y cuando vieron que el Teniente traía gente extraña, decidieron bajar la cortina. Entraron en la otra habitación y Almandro se lamentó de no poder aunque sea hojear alguno de todos esos documentos históricos (muchos de los cuales contarían historias fascinantes, seguramente). El Teniente Castillo les hizo señas para que se acercaran hacia el escritorio y los cuatro quedaron fascinados con el tamaño y el nivel de detalle de aquél mapa. Superaba con mucho a los rudimentarios mapas de cuero que se usaban para los errantes, aunque, naturalmente, era mucho más difícil de confeccionar y preservar. Estaban frente a una verdadera obra de arte, en pocas palabras, pero no tenían tiempo de admirarla; lo que les interesaba en ese momento era la valiosísima información que contenía. El Teniente trazó la ruta más recientemente explorada y chequeada y les dio indicaciones a cada uno según su rol en la misión. Almandro tenía que memorizar especialmente el camino, ya que necesitaba conocer con exactitud dónde se encontraban las calles cerradas y los búnkers de las distintas pandillas para saber hacia dónde prestar más atención (por suerte esto último lo conocía María bastante bien también). Las topadoras tenían un trabajo más sencillo, en ese sentido: sólo tenían que preocuparse cuando les tocara remover escombros, ni antes ni después. Y a María le tocaba nada más ni nada menos que guiarlos a todos, decidir qué caminos alternativos tomar, ordenarles cómo proceder y asegurarse de que ninguno fuera visto.

--Parten el lunes próximo a las 0300 horas, vestidos de civil y cargados lo más ligeramente posible --concluyó el Teniente, luego de cerrar los últimos detalles de la operación--. Además de dos cerbatanas con veinte dardos envenenados y dos machetes para los cuatro, se les dará a cada uno la dotación estándar de tres cuchillos pequeños, así que cuídenlos bien, practiquen y recuerden su entrenamiento: todo objeto es una posible arma.

\*\*\*

La arena del reloj en el campamento perimetral parecía caer muy lentamente esa noche, mientras Almandro, María, Tito y Luciano esperaban a que se hicieran las tres en punto. Nerviosos, miraban la hora desde la carpa que habían reservado especialmente para ellos, en la frontera. Cuando el último grano de arena terminó de deslizarse por el embudo de plástico del reloj, María se puso de pie y les hizo una señal con la cabeza a los demás para que se pusieran en marcha. Tomaron sus morrales con provisiones, se ajustaron las facas enfundadas alrededor de sus piernas, cintura y torso, y salieron. El soldado que estaba de guardia allí esa noche dio vuelta el reloj mientras los veía partir, al tanto de la misión; luego lo reportaría a Castillo. A lo lejos oyeron el ruido característico de los errantes destruyendo una pila de escombros o algún edificio todavía en pie, pero se sobresaltaron como si hubiera sido una granada. A partir de ese momento, debían desconfiar de todo.

--Amenaza nivel 2, a dos kilómetros de acá --dijo Almandro, después de asegurarse de que había oído bien las campanadas--. Al noroeste, por suerte.

Cuando volvió el silencio continuaron, cruzando el límite del territorio de la O.L.A. y adentrándose en el Cordón Medio a través de la densa oscuridad. La luna llena les daba la suficiente claridad como para no tener que prender antorchas, lo cual había sido especialmente calculado para que pudieran pasar inadvertidos. Aunque, al mismo tiempo, los ponía en un peligro mayor, ya que las pandillas estarían más activas que otras noches. Sin embargo, era un riesgo que debían tomar, ya que si tenían que mezclarse entre los traficantes, mafiosos y sicarios que manejaban la zona, era preferible hacerlo una vez adentro, sin haber llamado la atención de los vigías enemigos con una antorcha, lo cual delataría su origen y ubicación constantemente y desde el principio.

Caminaron durante una hora, sin encontrarse con nadie (excepto un errante niño, sentado con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en una mano) y con pocos inconvenientes con los escombros y la maleza. De fondo se oían gatos en celo o algún animal cazando ratas y palomas, lo cual les permitía disfrazar el ruido de su paso como sonidos comunes de la noche. Había algunos senderos marcados entre la vegetación, pero era mejor moverse evitándolos, aunque fueran sutiles, para no arriesgarse a cruzarse con alguien. María parecía conocerse cada rincón de cada lugar por el que pasaban, y parecía perderse en sus pensamientos aunque por fuera mostrara estar completamente alerta a todo su entorno. Estaban a mitad de camino y la luna se estaba cubriendo detrás de un velo cada vez más espeso de nubes, por lo que decidieron hacer una pequeña parada hasta que se despejara un poco. Cuando encontraron un edificio seguro, tomaron un pequeño descanso y evaluaron la zona. María les ordenó que hicieran un reconocimiento rápido y que volvieran para refugiarse. Almandro se trepó al punto más alto de la estructura semi-derruida y confirmó que el camino estaba libre y que iban en la dirección correcta, pues pudo distinguir las fogatas de la comunidad independiente a la que se dirigían, junto con su edificio más alto, que era tal y como lo había descrito el Teniente Castillo. Para cuando Almandro volvió al punto de reunión (el baño del departamento en el que se habían instalado), las topadoras habían hecho su trabajo, moviendo unos escombros que necesitaban correr para continuar, y estaban

charlando con María sobre cómo habían llegado a la O.L.A.

--Después, fui buscador. El plástico era mi prioridad, más que el metal, y a todos nos entrenaban para reconocer lugares donde hay oro o joyas también. Y claro, siempre nos palpaban de arriba a abajo cuando volvíamos --estaba diciendo Luciano, con una risa exagerada al final de cada oración--. Ya no quedan cajas fuertes o lugares así sin abrir igual. Es al pedo seguir buscando. Todo lo que había ya se lo llevó la misma gente que lo tenía, o se lo robaron o necesitás un taladro gigante como dicen que existían antes, para desenterrarlo.

--¿Y cómo saben qué plástico usar? Eso siempre me dio curiosidad --dijo Almandro, entrando y sentándose en la ronda que habían hecho alrededor de una pequeña fogata en el rincón del baño. Luciano lo miró como si su pregunta hubiera estado desubicadísima, como si le dijera que no estaba hablando con él y que nadie lo había invitado. "Si creés que ella va a arriesgar su carrera militar por un tipo, esperá sentado", pensó Almandro, sin profundizar en qué significaba eso mismo para él.

--Bueno --comenzó a responderle en un tono bastante soberbio--, es un pequeño secreto profesional de buscadores y herreros, pero no es nada del otro mundo. La gente de antes imprimía generalmente unos numeritos en el plástico para distinguirlos según el tipo de material que usaban. Porque ellos mismos fundían el plástico de cosas que ya no usaban para volverlo a usar. Y como generalmente no podés mezclar cualquier plástico con otro... Si te fijás --le dijo específicamente a María, mostrándole su tupper de provisiones--, nosotros también le ponemos numerito, por si tenemos que fundirlo de vuelta, ¿ves?

María parecía interesada, pero seguía con la mirada baja y las cejas ligeramente fruncidas.

--Claro... --dijo Almandro, tomando su tupper y observándolo desde todos los ángulos.

Tito, a su derecha, estaba callado, compenetrado en rascarse la oreja a fondo.

--¿Vos, Tito? ¿Siempre fuiste topadora? --le preguntó Almandro, para cambiar el centro de atención lejos de Luciano.

--¿Yo? Sí, claro. Es algo sencillo pero que no lo puede hacer cualquiera, así que me gusta hacerlo --fue todo lo que dijo, y como no siguió, Luciano lo miró a Almandro y le preguntó:

--¿Vos, enano? ¿De dónde venís?

--Yo... siempre fui soldado raso y me quedé en la base, lavando, cocinando, haciendo guardias... Hasta que conseguí el puesto de vigía hace unos años, que es lo que más me gusta por ahora.

--¿Pero antes de enrolarte? --insistió. Parecía hacerlo sin mala intención, por simple curiosidad, pero era un tema que no le agradaba recordar demasiado.

--No es nada del otro mundo --se mintió Almandro--. No hay mucho que contar. Había corrido la bola en mi pueblo (soy de Merlo) de que había llegado alguien reclutando, y como quería irme de ahí lo antes posible y no sabía qué hacer, me anoté. Y la verdad que estoy mucho mejor y me siento seguro acá, porque todos nos cuidamos entre

nosotros. Allá afuera todos se cuidan su propio culo.

Todos asintieron en silencio, mostrando que estaban totalmente de acuerdo y que habían pasado por situaciones muy parecidas.

--Faltás vos María --dijo Luciano--. ¿Cuál es tu historia?

--Prefiero no dar detalles personales de mi pasado.

--A nosotros no nos tenés que esconder nada --insistió Luciano--. Vamos, que acá todos estamos en la misma.

--Si quieren saber... Nací acá. Acá acá, en el Cordón. Mis viejos eran andinos peruanos y los persiguieron por todos lados, hasta que llegaron a las pampas y los persiguieron más todavía. Así que fueron a parar a Buenos Aires, donde les dijeron que en Vieja Capital había leyes y gente que los protegerían. Gente de mierda... Obviamente cuando llegaron casi los prenden fuego vivos (literalmente) y no tuvieron más opción que refugiarse en el Cordón, donde irónicamente la pasaron mucho mejor que antes. Tan bien la pasaron que me tuvieron a mí, sin ponerse realmente a pensar en lo que significa acá que un inmigrante tenga una hija, encima posible productora de más negritos cabeza... Porque si algo aprendí en el poco tiempo que viví en el Cordón es que acá podes zafar de la policía, el Gobierno, las leyes y todo eso, pero de los escuadrones maltusianos no zafás en ningún lado, excepto en la O.L.A., donde terminaron cayendo mis viejos. Llegaron corriendo al perímetro cuando tenía trece, pidiendo asilo porque alguien finalmente nos delató. Ahí aprendí a no confiar demasiado en nadie y a no contar alegremente por ahí de dónde vengo, porque te cagan, ya sea porque les gusta joderte o porque, como bien dijo Almandro, se cuidan el culo. La cuestión es que la O.L.A. los acogió, los puso a hacer tareas comunitarias y a mí me empezaron a entrenar. Yo estaba más que feliz por aprender a defenderme contra toda esa basura de allá afuera (o de acá, bah), y mis viejos me dejaron hacerlo encantados de tenerme lejos. Ah, porque no aclaré: la pasaron bien hasta que me tuvieron, y ahí la empezaron a pasar mal. Entonces preferían no verme y hacer de cuenta que nunca existí, porque así funciona, así es más fácil todo. Mi vieja murió algunos años después de llegar a la O.L.A. y mi viejo hace unos cinco años. Yo sigo en pie, mejor que nunca y preparada para morir, si es necesario, defendiéndome a mí y a los míos. Sigo prefiriendo mi vida a la de ellos, y por eso he estado sirviendo al movimiento en lo que pueda, desde la cocina hasta en misiones de atraco y recuperación de provisiones. Fin.

Las lágrimas corrían por las mejillas de María, pero en ningún momento se le quebró la voz. Almandro jamás había escuchado la historia completa; siempre había deducido gran parte de ella por pequeños comentarios que hacía María, pero esta era la primera vez que la escuchaba hablar tanto y con tanto dolor sobre su pasado.

--Ya tenemos que irnos --dijo finalmente, en medio del silencio que dejaron los pensamientos y la angustia del resto--. Debemos haber pasado una hora ya acá. Coman rápido sus raciones y guarden todo. No más descansos hasta que hayamos vuelto con el Capitán.

\*\*\*

Las nubes no se habían dispersado mucho, pero la luna iluminaba lo suficiente como para seguir caminando lentamente sobre las pilas de ladrillos, carrocerías y postes que cubrían el suelo. De a poco, las grandes fogatas de las distintas comunidades fueron apareciendo en el horizonte y en algunos edificios comenzaron a verse luces entre los barrotes de las ventanas. También había muchas casillas y tiendas con techo de chapa (casi nunca de ladrillos) y paredes de barro y paja, con huertas en el fondo y algún que otro perro vigilando la entrada. El grupo iba en silencio, con María y Almandro al frente y las topadoras por detrás. En cada cruce miraban bien para cada lado, pero intentaban no llamar mucho la atención de la gente que empezaba a aparecer reunida en pequeños grupos alrededor de una fogata sobre ruedas de metal.

--La noche es traicionera acá --les había dicho María antes de seguir viaje--. La gente honesta, los refugiados e indigentes, generalmente se encierran o se tapan con una frazada antes de que baje el sol. Los que van a ver son narcos, matones y proxenetes, (que de día están igual, pero más tranquilos) que se ponen a hacer negocios generalmente en ronda con un fuego en el medio. Y es muy fácil saber cuán peligroso es un grupo: cuanto más grande sea el fuego, más peligrosos son. Porque la leña es carísima; la gran mayoría la traen de no sé dónde y obviamente hay una mafia enorme detrás de eso que hace que sólo ellos mismos puedan usarla. Y también se vuelve un símbolo de poder: los más ricos son los que más pueden desperdiciar, y más desperdician para mostrar cuánto más ricos son que el resto.

Las palabras de María resonaban una y otra vez en la cabeza de los demás, ya que las situaciones que describían se cumplían a la perfección. Almandro hasta llegó a ver (con el rabillo del ojo, para no delatarse) que en una fogata alta y brillante uno de los que conversaban llevaba un anillo brillante en el dedo mayor izquierdo y hasta un arma de fuego en la cintura, con la bolsa de pólvora colgando al lado, tal y como se imaginaba cuando le contaban de las pistolas del alto mando. Y muy frecuentemente se encontraban con un grupo de gente haciendo apuestas alrededor de un errante. Se apostaba, cuando el errante llegaba a cierta inactividad, sobre qué miembro movería (pies, brazos, cabeza, torso), qué acción haría dentro de los siguientes quince minutos (agacharse, pararse, caminar, detenerse) y, si se quedaba quieto por más de diez minutos después de cerradas las apuestas, ganaba la casa.

Siguieron caminando, apurando un poco el paso ante la mirada inquisitiva de algunos. Doblaron una esquina y cuando vieron que nadie los seguía ni podía verlos, se detuvieron.

--Acá estamos seguros. Rápido --dijo María en voz baja, y ambos procedieron según lo planeado en la tienda del Teniente: las topadoras sacaron unas sogas y les sujetaron las manos a Almandro y María por detrás.

--¡No tanto! --se quejó en un grito susurrado Almandro, sintiendo que la soga que le ponía Tito le cortaba la circulación.

--No te quejés --le respondió éste.

--Vos porque zafaste por ser gringo, sino no te gustaría una mierda.

--Puede ser --dijo Tito, riéndose en voz baja.

Luciano hizo lo mismo con María, pero con la soga mucho más floja.



--No suelten la soga o van a sospechar algo raro --ordenó María--. Y sujétennos bien con la otra mano. Vamos.

Siguieron caminando y la pantomima dio resultado. Cada tanto alguno les gritaba una puteada a los "cabeza", recitaban los típicos lemas como "¡Menos es más!" o se burlaban de su situación. Uno llegó a gritarles: "¿Se los llevan de luna de miel a la parejita? ¡Que se los cojan bien hasta el fondo!", a lo que Tito y Luciano tuvieron que reírse para disimular. A Almandro le causó gracia por un segundo que pensaran que fueran pareja, pero inmediatamente se dio cuenta del peligro en el que se encontraban e hizo el esfuerzo de actuar triste y golpeado. Actuar asustado le salió naturalmente.

Pasaron por cientos de lugares que María reconocía pero prefería olvidar, y por otros que, para su sorpresa, le sacaban una pequeña sonrisa en su interior. Sin embargo, empezó a notar (al igual que los otros), que el espacio por el que se movían era cada vez más abierto y llano, lo que hacía que estuvieran más expuestos y que hicieran más ruido cuando se abrían paso entre la vegetación con los machetes. Media hora más estuvieron caminando así, hasta que encontraron la señal de que estaban en el lugar correcto: el cartel destrozado de una antigua fábrica que ahora sólo ostentaba una A y una O de metal oxidado y retorcido. Era una estructura bastante amplia, de tres pisos, que se mantenía casi completamente entera, salvo por algunos muros derribados. Varias partes parecían reconstruidas con ladrillos nuevos, lo que les indicaba que era un lugar importante y seguro; tanto como para ser habitado y mantenido.

El grupo se aseguró de que nadie los veía y se ocultaron detrás de unas plantas enormes de penachos. Agachados, las topadoras desataron a María y a Almandro.

--Almandro --susurró María--, ¿ves algo desde acá? ¿Guardias? ¿Fogones?

--Sí... Hay tres fogones visibles; uno en cada punta del predio y otro en el medio. Calculo que del otro lado hay otros tres. Guardias hay uno en cada fogón, pero también veo dos que van caminando juntos de un lado a otro, en la oscuridad. Son los más peligrosos; tienen armas de fuego.

--Tenemos que esperar a que salgan --dijo María--. Estén atentos.

Allí estuvieron un tiempo, viendo cómo los guardias iban y venían, charlaban ocasionalmente y jugaban con sus cuchillos. De repente, vieron a un grupo de personas saliendo detrás de la antigua fábrica. Una persona alta y de espalda ancha llevaba a alguien al hombro, atado de pies y manos. Otro, de igual complexión, llevaba unas sogas, una maza y unas estacas gruesas y largas como bastones. Otras dos personas iban detrás, ambas con armas de fuego.

--¡Ése es el capitán! Vayamos despacio --indicó María--. Tenemos que acercarnos lo más posible.

Luciano y Tito dejaron los machetes para ir más ligeros y hacer menos ruido, y recordaron el lugar para recogerlos más tarde. Mientras los cuatro avanzaban por entre la maleza y algunos escombros, se escuchaban lentos y perturbadores mazazos a la distancia. Ya sabían lo que iba a pasar (porque pasaba todas las noches, según el informe) pero no podían hacer nada hasta que no fuera el momento exacto para atacar.

El hombre musculoso dejó al prisionero en el piso. Éste estaba tan golpeado y torturado que ni podía moverse. Mientras tanto se volvieron a escuchar los mazazos, esta vez para

la segunda estaca, a tres metros de la primera. Finalmente, mientras los otros dos observaban (un hombre gordo y bajito y una mujer con una figura escultural, ambos muy bien vestidos), los matones ataron las manos del prisionero a una de las estacas y sus pies a la otra, estirando un poco su cuerpo. La cuerda no estaba ni muy tensa ni muy floja: el torturado tenía que sufrir un tiempo antes de empezar a ser desmembrado.

A unos diez metros se encontraba un errante niño, de la mano de la que parecía su madre, ambos acercándose lentamente al torturado. El niño tenía una mancha de luz en la coronilla pelada; la madre, de unos 50 años de edad, muy bajita, la tenía alrededor de todo su cuello, el cual era tapado parcialmente por su larga cabellera. De todos los errantes que estaban rondando la zona aquella noche, éstos eran los que menos habían llamado la atención de Almandro y los demás, precisamente porque parecían los más inofensivos. "Pero claro", pensó María, "son todos igual de destructivos, los muy hijos de puta". Los matones se dispusieron al lado de cada estaca, con la mirada rígida, esperando la orden.

--Mirá, ya nos tenés hartos --dijo de pronto la mujer, mientras se acuclillaba para hablarle al prisionero de cerca. Éste hacía el esfuerzo por mirar a otro lado, pero ella le giraba la cabeza magullada y la sostenía, con sus dedos pulgares muy cerca de sus ojos--. Ésta vez no zafás. Si no nos decís cuáles son las rutas de escape de tu grupito de amigos, te dejo acá para que te despedacen de a poquito y te rompan los huesos uno por uno.

El Capitán Ibáñez lloraba desconsoladamente, pero no emitía ni una palabra. Su cuerpo le dolía terriblemente, aún estando quieto, tirado en el suelo.

Como el Capitán no respondía, la mujer se puso de pie, se sacudió el polvo del borde de su vestido y comenzó a hablarle a los errantes:

--Ay, ay, ay, Paquito, Mariquita --dijo, poniéndose las manos en la cintura--. ¿Qué haríamos si ustedes no pasearan tanto por acá? Yo sé que no pueden escucharme, pero quería darles las gracias. Su ayuda es invaluable y estoy convencida de que lo seguirá siendo para el futuro de nuestra nación. Porque no nos van a abandonar, ¿no? No... ¡si ustedes han caído del cielo para erradicar las alimañas del mundo!

--¡Lucía! --le espetó el hombre gordo--. No perdamos el tiempo, haceme el favor.

La mujer, un poco ofuscada, se dirigió nuevamente al prisionero, esta vez sin agacharse:

--Ibáñez, última oferta. ¿Nos va a dar la información sobre las rutas de escape, sí o no? Mirá que acá estamos nosotros solos. Es información muy valiosa y delicada la que tenés. Aprovechá que somos más benevolentes que otros --y como el Capitán seguía quejándose en silencio, continuó, dándose la vuelta y mirando a los errantes, que estaban cada vez más cerca--. Bueno, siempre está la posibilidad de que de repente nos escuchen la señora y su hijo y se compadezcan de vos. A ver: señora... ¡Señora! ¡Va a matar al pobre señor Ibáñez! ¡Peor: lo va a despedazar, a separarle la carne de los huesos, a triturarle los huesos y recién ahí se va a morir! ¡Por favor, deténgase!

La mujer dio media vuelta y miró nuevamente al Capitán:

--¿No ves? No quieren hacer caso. No puedo hacer más. Excepto liberarte, pero es un delito grave liberar a un convicto que encima es un enemigo de estado porque tiene información vital para el resguardo del pueblo bonaerense. Claro que si nos das la

información, ya no serías más un delincuente y podríamos liberarte legalmente. Pero depende de vos. Yo ya te di toda la ayuda posible.

A continuación, la mujer dio una señal con la cabeza a los matones y éstos sujetaron firmemente las estacas. El hombre gordo dio media vuelta y se fue, simulando que dejaba al prisionero a su suerte, cuando en realidad se quedó frente a la puerta, ahora cerrada, por donde habían salido. La mujer, luego de mirar al Capitán a los ojos en busca de alguna respuesta, hizo lo mismo.

María dio la orden silenciosa a Tito y Luciano y éstos comenzaron a unir los segmentos de las cerbatanas para lograr el mayor largo posible sin revelar su posición entre la maleza. María puteó por dentro, ya que no había forma de eliminar a los cuatro de un solo golpe. Los objetivos principales eran los torturadores, pero como no se habían acercado lo suficiente, debían hacer que los matones cayeran primero. María hizo señas para indicar esto mismo, haciendo que Luciano apuntara a uno y Tito al otro. Inhalaron profundo y esperaron la señal de María, que había desenfundado un cuchillo arrojadizo, al igual que Almandro. Éste estaba aterrado; nunca había matado a nadie, ni había estado tan cerca de hacerlo. Pero prefirió no pensar demasiado y dejarse llevar por la excitación y el embotamiento que los nervios estaban ejerciendo sobre él en ese momento. María le preguntó con la mirada a Almandro si estaba listo, y Almandro no supo qué le contestó, pero imaginó que le decía: "Creo que no lo voy a estar nunca, así que hagámoslo de una vez".

Las manos de María se posaron suavemente sobre los hombros de las topadoras, cuyas miradas estaban fijadas en los objetivos. Inmediatamente se escucharon dos soplidos tan sincronizados que parecieron uno solo. El sonido hueco de las cerbatanas le dio un repentino y efímero escalofrío a Almandro, aunque no sabía por qué. Las topadoras entonces se apresuraron a dejar rápida y cuidadosamente las cerbatanas en el suelo para prepararse para el próximo paso. Sacaron sus cuchillos arrojadizos y se pusieron en posición. Mientras tanto, del otro lado de la maleza, a unos treinta metros, los matones tocaban su cuello y comenzaban a tambalearse mientras seguían empujando las estacas, incapaces de comprender lo que les estaba ocurriendo: los dardos habían dado en el blanco, depositado su veneno mortal y ahora yacían en el suelo, ocultos en la semipenumbra gracias a la torpeza instintiva de sus víctimas. Entonces, cuando uno de los matones estuvo a punto de desplomarse, María lanzó unas piedras hacia una pila de escombros, del otro lado del patio, hasta que una dio en una chapa que alertó a los torturadores. En ese preciso momento y sin perder un segundo, María se puso de pie y comenzó a correr con todas sus fuerzas. Luciano y Tito la siguieron y Almandro quedó último, tanto por su reacción tardía como por su velocidad al correr. Mientras dejaban a los matones atrás, cayendo de cara al suelo y retorciéndose levemente, los cuatro arrojaron sus cuchillos a los torturadores. El de María golpeó al hombre gordo en el cuello, justo por encima de donde se juntan las clavículas; el de Luciano dio en el pecho de la mujer; el de Tito pegó con el mango en el estómago del hombre gordo y el de Almandro falló por muy poco la pierna izquierda de la mujer. Todo había pasado tan rápidamente que los torturadores no habían tenido tiempo de reaccionar eficientemente frente a lo que estaba ocurriendo. Una vez que estaban cara a cara con ellos, todos menos Almandro tomaron sus cuchillos de combate cuerpo a cuerpo: Tito sacó su facón ancho, mientras que María y Luciano optaron por la daga reglamentaria, más liviana y manejable. El hombre gordo se estaba desangrando por la herida en la garganta, por lo que no podía pedir ayuda ni hacer nada más que apoyarse contra la pared y caer al suelo hasta morir. Almandro se quedó congelado en el lugar donde estaba, mientras los demás

se abalanzaban sobre la mujer. Ésta quiso gritar, pero inmediatamente Tito le puso una mano en la boca mientras María le cortaba el cuello y Luciano la apuñalaba repetidas veces en el pecho.

--¡Almandro! --le dijo María, luego de comprobar que la mujer había muerto--. ¡El Capitán!

Almandro se dio vuelta, todavía sin saber cómo sentirse, y miró a Ibáñez, todavía tendido y con los errantes empujando levemente su cuerpo. Los matones yacían con todo su peso sobre las estacas, y aún si no hubiera sido el caso, éstas habrían resistido lo suficiente como para hacer del Capitán una muñeca de trapo partida a la mitad.

--La puta madre... --dijo María, frente a la inmovilidad de Almandro. Salió corriendo hacia el Capitán y comenzó a cortar una de las sogas a toda velocidad. Almandro, al verla, volvió en sí y se dirigió a hacer lo mismo con la otra.

Las topadoras, mientras tanto, habían recogido sus cuchillos, tomado las pistolas de los torturadores y escondido sus cadáveres en un rincón oscuro, tapados por chapas y barriles carcomidos por el óxido. Luego, hicieron lo mismo con los matones.

Los errantes (el niño sonriendo y la mujer con mirada pensativa) empujaban más y más el cansado y dolorido cuerpo del Capitán, hasta que María logró cortar la soga. Almandro seguía cortando la otra con todas sus fuerzas, y finalmente lo logró poco después que María. Las topadoras, habiendo escondido todos los cuerpos, se reunieron con ellos y tomaron al Capitán por los pies y las axilas. Luego, los cuatro pasaron por donde habían dejado las armas, guardaron las cerbatanas en sus morrales, se colgaron los machetes del cinto y empezaron a correr.

\*\*\*

El grupo corría hacia el este con extremo cuidado para no llamar la atención. Cuando la maleza comenzó a ser menos densa, María dio la orden de detenerse. A unos veinte metros, un errante mujer, de unos 20 años, caminaba a la altura de sus cabezas, descendiendo lentamente como si bajara unas escaleras invisibles. Alrededor de sus pies el pasto alto se curvaba, intentando escapar de la presión que lo terminaría aplastando. Una fina franja de luz le recorría su delgado cuerpo, por debajo de los senos.

--Almandro --susurró--, la choza de nuestro contacto está por allá, ¿verdad?

--Sí... em... --respondió jadeando y limpiándose el sudor de la frente--. Sí, por allá.

--Bien. Quiero que te concentres y cada vez que nos detengamos mires alrededor por si nos persiguen --Almandro asintió--. ¿Llegás a ver a los guardias desde acá si te asomás?

Almandro sólo llegaba a distinguir dos fogones, un guardia calentándose las manos y el niño y la señora errantes, que ya habían dado la vuelta y ahora miraban para su lado. Si habían descubierto los cadáveres, no podía saberlo.

--Veo uno, que no hace nada. Pero nada más.

--Bueno, sigamos entonces. Tito, cargate al Capitán al hombro. Luciano, agarranos del cuello por atrás a Almandro y a mí. Y si preguntan, decí que es un asunto de la Martínez; no van a preguntar más. Cuando vean los machetes y las pistolas no creo que pregunten mucho igual --dijo María, esbozando una sonrisa de victoria que a Almandro lo puso nervioso en vez de tranquilizarlo. Luciano intentó no pensar en lo suave que se sentía la piel de María y obedeció.

Así fueron recorriendo las calles de tierra y los escombros, ocultándose en lo posible detrás de algunas chozas y edificios que empezaban a poblar la escena. Las calles estaban desiertas, pero debían tomar todas las precauciones. Siguieron un poco más, con el Capitán todavía semi-inconsciente por la fatiga y el hambre, hasta que Almandro vio a la distancia una tenue pero llamativa humareda saliendo del patio de una tienda de chapa.

--¡Allí! --gritó en voz baja, señalando con el dedo.

Llegaron hasta el lugar y vieron que la puerta de metal estaba entreabierta. Robles, un espía de la O.L.A. que se había infiltrado en el Cordón Medio hacía un año y medio, los miraba desde dentro con ojos cansados que se ocultaban detrás de un pelo largo y grasiento.

--¿Robles? --preguntó María, con el cuchillo en la mano.

--¿Oncocha? --respondió el hombre.

--Rey rata --respondió a su vez María. El hombre, reconociendo el nombre en código de la misión, abrió la puerta por completo y los dejó pasar.

--Rápido, rápido --dijo, cerrando la puerta detrás de Tito, que casi se golpea la cabeza con el techo--. Allí están las carretillas. Yo voy a apagar el fuego.

Robles salió de la tienda, cerró la puerta detrás suyo y tomó la pala para tapar con tierra la fogata. Los demás se dispusieron a vaciar una de las carretillas (que tenían mantas, sogas y palas pequeñas) para meter al Capitán Ibáñez dentro. Tito lo colocó suavemente en el fondo de la carretilla, lo envolvió con una manta y le hizo morder un trozo de sogá.

--Es por su bien, Capitán --le explicaba María mientras lo amordazaban--. No nos podemos arriesgar a que sus quejidos nos delaten. Ya falta poco. Está en buenas manos.

Luego lo taparon con otra manta más fina, las sogas y las palas.

Cuando Robles volvió a entrar, el grupo ya estaba listo para continuar.

--Buena suerte --les dijo, estrechándoles la mano a cada uno.

--Su ayuda es invaluable. Gracias --respondió María.

Se aseguraron de que nadie los viera y partieron. Almandro y María empujaban las carretillas, que aun con las ruedas aceitadas hacían un ruido espantoso a través del accidentado terreno. María empujaba la carretilla donde se escondía el Capitán, y aunque hacía un esfuerzo muy grande, lo disimulaba bastante bien. Tito se colocó detrás

de Almandro, sujetándolo del cuello con una mano y sosteniendo el machete que colgaba de su cintura con la otra; Luciano hizo lo mismo con María. Así comenzaron el tortuoso regreso, dando un rodeo para no pasar de nuevo por donde ya los habían visto. Evitaron hacer contacto visual con algunos grupos que seguían reunidos alrededor de los fogones y, tal como había predicho María, frente a las preguntas de algunos curiosos, simplemente nombraron el escuadrón Martínez y las preguntas se respondieron solas. Almandro comprendió tiempo después que se había disfrazado de condenado, y que lo que llevaba en la carretilla eran los instrumentos que supuestamente le obligaban a transportar para su propia tortura: las sogas ya había presenciado cómo se utilizaban, aunque se imaginó muchas otras formas de uso que luego prefirió no haber pensado; las mantas, se enteró más tarde, servían para enrollar a la persona dentro (en un día caluroso, al rayo del sol) tan ajustadamente como para que se cocinara y asfixiara lenta y dolorosamente; las palas eran, evidentemente (aunque en ese momento no se percató de ello), para que cavaran sus propias tumbas, las cuales terminarían usando, confesarán o no.

\*\*\*

La luz de la luna se había ido y en su lugar reaparecieron las espesas nubes que preceden siempre a una intensa lluvia. Todavía en la parte habitada del Cordón, el grupo vio cómo las personas comenzaban a apagar los fogones (excepto los de las atalayas) y a refugiarse. Muchos extendieron telas en donde tuvieran lugar, formando una concavidad donde recoger el agua de lluvia. Y los que no lo habían hecho aún lo empezaron a hacer cuando fueron despertados por las campanadas que prevenían a la población para que aprovecharse el regalo del cielo.

El regreso se hizo cada vez más lento y agotador. Sus cuerpos y mentes estaban exigidos al máximo: los músculos de los brazos y las piernas pedían a gritos un descanso; había que apartar varios escombros para pasar con las carretillas; en todo momento los asaltaba el temor de ser descubiertos; cada tanto debían asegurarse de que el Capitán estuviera todavía vivo y tomara algo de agua; y, para colmo, con el cielo cubierto, la oscuridad era casi total y ni siquiera podían utilizar las estrellas como referencia, por lo que sólo Almandro, que iba primero, podía distinguir a grandes rasgos por dónde estaban yendo. Por suerte, habían aparecido varios errantes al nivel del suelo y sus manchas de luz servían de guía a través de las ruinas y la maleza. Pero la suerte no les duró mucho, ya que, a unos dos kilómetros antes de llegar a la frontera con la O.L.A., comenzó a llover torrencialmente. La poca visibilidad se volvió casi nula, incluso para Almandro, y el grupo tuvo que seguir a tientas, tropezando y resbalándose constantemente, con las carretillas trabándose cada vez más mientras se abrían paso por el barro y los juncos. Almandro intentaba distraerse y no pensar en el dolor ni en el frío hasta que estuvieran a salvo, a tal punto que llegó a considerar que la lluvia cayendo sobre los errantes se veía maravillosamente bella. En especial le llamó la atención un errante cojo de la pierna izquierda, hombre, mancha de luz en la calva, con abundante pelo en el pecho y la espalda, que miraba inmóvil hacia las nubes, arrodillado sobre la nada, a diez metros del suelo. Era la primera vez que veía a un errante mutilado, y no pudo dejar de asombrarse y de pensar que jamás llegaría a comprenderlos.

Unos minutos más tarde, la lluvia dio un respiro y Almandro alcanzó a ver el fuego de

las atalayas aliadas. María ordenó que se apresuraran y todos parecieron sacar nuevas fuerzas frente a la promesa del feliz retorno a casa. Los zorzales, los teros y otras aves comenzaron a cantar, anunciando el amanecer que se acercaba en pocas horas. El cielo seguía cubierto pero poco a poco se iba despejando, pasado el chaparrón. Cuando finalmente llegaron a la frontera, una vigía sonó la campana y un grupo especializado fue a recogerlos. Dos soldados tomaron al Capitán y lo llevaron a los cuarteles del alto mando. Otros cuatro acompañaron al grupo, que estaba empapado, a una carpa reservada para ellos. Adentro los esperaban cuatro camas de paja con sábanas y almohadas, ropa limpia y seca, comida, agua y dos médicos que los revisaron de pies a cabeza. Una hora más tarde, el Teniente Castillo se presentó ante ellos, con los primeros rayos del sol iluminando el terreno mojado y lodoso.

--Descansen, soldados --dijo, con una gran sonrisa inusual en él que revelaba una fila de dientes de madera--. Hicieron un excelente trabajo. Cuando despierten serán condecorados como merecen.

### III

Almandro soñó más que nunca esa noche, pero cuando despertó no pudo recordar nada de lo que había soñado. Había dormido unas nueve horas (tres más de las usuales) y aun así seguía exhausto. El que lo despertó fue Luciano, sacudiéndolo con el pie:

--Arriba, che. Tenemos la ceremonia.

--¡Nunca dormí en una cama tan cómoda! --respondió Almandro, desperezándose.

Del otro lado de la tienda, Tito también se acababa de despertar. Como si el día anterior hubiera sido igual a cualquier otro, se levantó, no dijo nada y salió despacio para orinar. María se había levantado hacía unas horas; había dormido poco, de a ratos, presa de la emoción por ser reconocida y admirada por sus compañeros y sus superiores.

Una vez bañado y cambiado, Almandro se reunió con los demás para el almuerzo. Cuando llegó a la mesa, un grupo de gente rodeaba a cada uno de sus compañeros mientras contaban las peripecias del día anterior. Mientras tanto, ninguno se había servido comida, excepto Tito que se había colocado estratégicamente lejos para engullir el puchero de paloma sin ser molestado. Almandro pasó por la cocina para tomar su plato y decidió hacer lo mismo. Cuando se sentó junto a él, se limitó a señalar a la multitud con el pulgar y a sonreír. Tito levantó la mirada y sonrió también, sacudiendo su cabeza.

Mientras comía y veía a María contar con orgullo sus proezas de guerra, Almandro comenzó a reflexionar acerca de la noche anterior. De repente sintió como si hubiera sido un simple espectador en aquel horror en el que se había metido, como si María hubiera sido la única presente en la misión. "Tal vez signifique que es una excelente líder. Al final, si no fuera por ella no habríamos logrado mucho. Y yo no me hubiera movido de acá seguro". Pero el recuerdo del cuerpo deshecho del Capitán Ibáñez y, especialmente, la sangre de los torturadores brotando por sus cuellos, mientras sus rostros se contorsionaban con miradas de inimitable terror... Almandro se preguntaba si ahora era más maduro, sabio y fuerte por haber presenciado tal cosa y, sobre todo, por

haber contribuido a que ocurriera. No tenía una respuesta clara, por lo que se concentró en comer y prepararse para la ceremonia de condecoración.

\*\*\*

María, Almandro, Tito y Luciano se encontraban de pie en medio de Comoropý, rodeados de oficiales y subalternos que les estrechaban la mano casi religiosamente. El sol estaba especialmente fuerte esa tarde y hacía que las medallas de hierro que colgaban de sus cuellos y las insignias en sus ropas brillaran con cada movimiento. A lo lejos se escuchaban las campanadas usuales de los vigías y en la costa se podían ver los distintos navíos anclados de las fuerzas mayores del alto mando, incluido el bergantín del Teniente General Fransese, quien fue el primero en saludar y estrechar manos con el grupo de rescate (seguido por el Almirante Oroño y un extasiado Teniente Coronel Castillo). El predio estaba ominosamente custodiado por cuatro rascacielos que milagrosamente seguían de pie (dos a 500 metros de distancia entre sí, en la parte noroeste del sector; uno al noreste y otro al sudoeste). Todos sus vidrios habían sido cuidadosamente desmantelados o rotos, como medida de seguridad, lo cual les daba el aspecto de esqueletos gigantes, con sus huesos oxidados y sus piernas atadas con enredaderas. Con más de cuarenta pisos cada uno, tres de ellos servían como atalayas extraordinarias y uno funcionaba como cárcel, con el piso 15 sellado y una única polea como toda comunicación con el mundo. Almandro siempre había visto de lejos semejantes monstruos, imaginándose lo terrible que sería vivir allí arriba en servicio durante meses, con una simple tabla de madera sujeta por poleas como única vía de escape si el edificio comenzara a derrumbarse. Aun teniendo un compañero de guardia se le hacía algo muy solitario, peligroso y monótono. Pero súbitamente la idea le pareció estimulante; le atraía la idea de estar tan cerca del cielo, usar los telescopios y espiar al enemigo, las fronteras, el río y las estrellas. "Tal vez ahora tenga más chance de conseguir el cargo", pensó, mientras seguía estrechando manos y respondiendo preguntas automáticamente. María y Luciano aspiraban a puestos más importantes, pero también pensaban en ascensos. Y hasta Tito no pudo evitar pensar en que era una buena oportunidad para conseguir un trabajo menos pesado y con más comodidades.

La ceremonia terminó rápidamente, después de los saludos. Todos volvieron a sus obligaciones y parecieron olvidarse para siempre de la hazaña del día anterior. Una vez que los cuatro fueron despachados a sus sectores respectivos, Almandro se concentró en reacomodar su cabeza a la rutina. Para eso, debía reportarse con el Sargento Caretti, pero decidió primero tomar una pequeña siesta en la hora y media que le quedaba hasta las cinco, cuando debía prepararse para retomar su turno en la cocina. "Si controlo la hora cada tanto, no creo que me pase", pensó, arriesgándose a quedarse dormido y a tener que dar veinte vueltas al sector como castigo. Su carpa, junto con otras, había sido reubicada unos metros por culpa de un errante niña que caminaba cerca de allí mirándose las uñas, azorada. Almandro se quejó para sus adentros por tener que caminar de más, pero en cuanto llegó a su cama (despojada nuevamente de sus lujos) sacó el reloj de arena de una hora de su morral, lo puso al lado de donde apoyaría la cabeza y se acostó.

Pero no mucho tiempo después, antes de que pudiera dormirse del todo, escuchó unas campanas con un timbre distinto al normal y con un ritmo mucho más frenético. Se



levantó inmediatamente para ver qué sucedía, pues era la primera vez que oía una alarma así, y lo único que se imaginaba que podía estar pasando era que una torre se venía abajo. Salió de la carpa y vio que todos miraban hacia las oficinas del alto mando, de donde venían las campanadas. Nadie sabía qué hacer, pero el pánico comenzó a apoderarse de los soldados y hasta de los suboficiales que andaban por la zona. A lo lejos, distintas personas corrían desde el norte por las avenidas advirtiéndolo desesperadamente a quien encontrasen de un peligro evidentemente real e inminente. Algunos soldados corrían hacia el origen del caos para enterarse qué estaba pasando y otros corrían en dirección opuesta para salvarse, fuera lo que fuere. Almandro se quedó frente a su tienda, sin saber qué hacer, hasta que una mujer alta y robusta llegó hasta un grupo de soldados cercanos, se detuvo y dijo, jadeando:

--¡Nos atacan! ¡Y el alto mando huye por mar! ¡Corran la voz!

Almandro creyó que estaba soñando. "¿De dónde nos atacan? ¿Desde el norte? ¿Por qué no se ordenó una contraofensiva?", pensó. Los barcos del alto mando se divisaban todavía en el este, pero estaban cada vez más lejos de la costa, sin intención alguna de regresar. Algunos suboficiales comenzaron a reunir a sus divisiones, aparentemente por iniciativa propia, con la intención de mantener un poco de orden en la retirada. Almandro buscó a Caretti pero no pudo encontrarlo por ninguna parte, por lo que decidió subirse a un andamio cercano y ver con sus propios ojos qué ocurría en el norte. Desde la altura pudo distinguir a todo el cuerpo de la O.L.A. tomando sus cosas (o lo que pudiera transportar) y huyendo hacia el límite oeste con el Cordón Medio; esto le indicó a Almandro que debía tratarse definitivamente de algo muy serio. Pero lo que más le llamó la atención fue que no se veían enemigos por ningún lado, en ninguna dirección. Y fue entonces cuando vio a María y a Luciano corriendo juntos hacia las oficinas del alto mando, no muy lejos de donde se encontraba él. Bajó del andamio a los saltos y empezó a correr como nunca. Gritó tanto como pudo, pero sus compañeros estaban muy lejos como para oírlo en semejante caos. Decidió entonces aumentar la velocidad, mientras esquivaba la gente que iba de un lado a otro como si fueran errantes acelerados. Luego de unos minutos encontró de repente un rostro conocido: el Sargento Firpo, que le estaba hablando a un pelotón reunido a su alrededor.

--...sé hasta el momento es que un avión del Gobierno se dirige a toda velocidad hacia nosotros, con bombas.

Almandro se quedó helado y frenó en seco. Le pareció una ridiculez, puesto que hacía un siglo que nadie había podido pilotar un avión por más de unas horas, con tantos errantes caminando por el aire. O eso le habían contado. "No puede ser... per evidentemente es un peligro muy real, o el alto mando no hubiera huído tan rápido", pensó, y siguió corriendo hacia el norte.

\*\*\*

Almandro comenzaba a cansarse, pero en ningún momento pensó en detenerse. Cada tanto perdía de vista a María y a Luciano, ahogados por el tumulto y la desesperación general de los soldados (que no tenían a quién obedecer más que a su propio instinto ciego de supervivencia), pero siempre volvía a encontrarlos a la

distancia. Luego de casi una hora, llegó finalmente a las inmediaciones de Comoropý, al pie de una de las torres. Cuando levantó la mirada, observó con tristeza que uno de los vigías pedía ayuda agitando desesperadamente su camisa para llamar la atención. Evidentemente, había bajado a su compañero por las poleas pensando o habiendo pactado que luego éste haría lo mismo por él. Pero no había nadie cerca y Almandro tenía miedo de que, agotado como estaba, no tuviera las suficientes fuerzas para bajarlo los cuarenta pisos sin que se les suelten las sogas. Por lo tanto, decidió que lo mejor que podía hacer era pedirles ayuda a María y a Luciano, una vez que los encontrara. Continuó recorriendo el lugar, deteniéndose únicamente una vez para tomar un poco de agua de un barril que quedaba sano en una despensa. Entró en todas las tiendas que encontró para ver si había alguien, pero no tuvo suerte, hasta que por fin vio a una doctora (con la cruz roja bordada en su pecho) saliendo de una carpa enorme y angosta. La mujer, de unos treinta y cinco años, se agarraba la cabeza y se pasaba las manos por los cabellos mientras iba y venía nerviosamente, sin saber qué hacer. Cuando Almandro llegó hasta ella, se estaba mordiendo las uñas y miraba inquisitivamente a unos pocos errantes que caminaban por el cielo.

--¡Doctora! Necesito ayuda --le dijo, jadeando.

--Todos... --dijo en voz muy baja.

--¿Qué?

--Nada... ¿Qué tenés? No se te ve muy mal.

--No, yo no. Un vigía. De una de las torres. Necesito alguien que venga a ayudarme para bajarlo.

--Mirá, yo no puedo moverme de acá. Ya me la jugué y me tengo que quedar con los pacientes, y sólo tengo un compañero ayudándome; el resto se rajaron. Pero hay un chico y una chica que llegaron hace poco... Entrá y preguntales.

--Gracias --dijo Almandro y entró en la enfermería. Adentro de la carpa estaban dispuestas varias camas de paja, una al lado de la otra, casi todas ocupadas. La gente que no se retorció de dolor ni estaba profundamente sedada hablaba entre sí, quejándose del alto mando y de su destino incierto. Muchos tenían las piernas entablilladas o amputadas, y en algunos se notaba una clara dificultad al respirar cuando hablaban.

Finalmente, en el otro extremo de la tienda Almandro encontró, para su sorpresa, que el chico y la chica a los que la doctora se había referido eran Luciano y María, que discutían del lado de afuera, en voz baja, para que no los escucharan los demás.

--¡María! ¡Luciano! ¡Acá! --les gritó, sobresaltándolos.

--¿Qué hacés acá? --le preguntó María, sorprendida.

--Lo mismo que ustedes. Quiero saber qué está pasando y por qué se fue el alto mando. ¿Dónde está Tito? --preguntó Almandro, sin saber exactamente por qué; Luciano y María eran del mismo sector, por lo que era lógico que estuvieran juntos, pero Tito pertenecía a otro, más al sur, donde seguramente ya estaría huyendo, con o sin ayuda.

--No sé. Vení --dijo Luciano, tomándolo del brazo y llevándolo lejos de la enfermería--. Nos acabamos de enterar de algo jodido.

--¿Qué? ¿Lo de las bombas? --contestó Almandro, asombrado--. Pensé que ya todos sabían por estos sectores. Yo me enteré porque lo decía gente que viene de acá y...

--Sí... --interrumpió María, con el ceño fruncido--. Pero hay algo más. Peor... es una bomba atómica --Almandro no supo cómo reaccionar porque nunca había escuchado tal cosa y no podía imaginarse por qué podía ser peor que una bomba común--. Es *una* bomba. ¡No necesitan más porque la explosión es igual a la de mil bombas!

--¿Y cómo saben eso? --preguntó Almandro, más confundido que asustado.

--Nos lo dijo el Capitán Ibáñez, antes de morir --dijo Luciano, y señaló un cuerpo envuelto en una sábana al costado de la enfermería--. Se enteró mientras lo torturaban; parece que los tipos se divertían contándole cómo nos iban a borrar del mapa. Le avisó a alguien del alto mando y claro; se fueron todos a la mierda en cuanto pudieron.

Almandro no dijo nada, pero por dentro empezaba a invadirlo el terror y la desesperación que nunca sintió en la vida. Su corazón latía descontroladamente y sus ojos buscaban instintivamente cómo escapar de aquel lugar condenado a la inminente destrucción total. En ese instante cayó en la cuenta de por qué los torturadores preguntaban al Capitán por unas rutas de escape. Eran las rutas marítimas y fluviales que el alto mando usaría (y usó) luego de que la bomba pulverizara el Centro.

--Bueno... vine para saber qué estaba pasando... y ahora lo sé. ¿Ustedes qué hacen acá todavía?

--¡Hay que reunir a los que quedan y evacuarlos en orden al límite del Cordón Medio! Después, cuando haya explotado la bomba, nos reagrupamos y preparamos un contraataque --dijo María, señalando al oeste con una mirada furiosa.

--¡No tiene sentido! --gritó Luciano, y luego bajó la voz--. Ya está perdido todo esto. No va a quedar nada. No podemos reconstruir todo de cero y empezar de vuelta. Nos van a hacer mierda si volvemos. Más sin el alto mando.

--Lo que no entendés es que tenemos la oportunidad de ser nosotros el alto mando ahora. Los compañeros nos van a seguir más si somos los propios soldados los que tomamos la iniciativa y defendemos el territorio.

--Yo no quiero gobernar, y menos así. Y en realidad, hace rato que pienso que nadie quiere gobernar; lo que queremos es tener comodidades y estar mejor que el resto. Lo demás son excusas.

--Las jerarquías son lo único que permite un cierto orden interno. Mirá el caos que se armó ahora sin los generales.

--Sí, pero para afuera lo único que da orden es tener el último pedacito de tecnología que nos queda, para tener mejores armas que el enemigo. Y en este momento el acceso a las mejores armas lo tiene el Gobernador, así que no sirve de nada perder más tiempo acá.

--¿Nos traicionás? --dijo María, indignada, mientras apoyaba lentamente la mano en la empuñadura de su machete.

--No... hago la mía. No me voy a aliar al Gobierno, pero tampoco me voy a quedar acá. La O.L.A. ya no existe. Si querés hacer algo, hacé algo nuevo. Seguro hacés algo

mucho mejor, pero no cuentes conmigo. Estoy harto de esto.

Sin esperar la respuesta de María o la de Almandro, Luciano se dio media vuelta y comenzó a trotar hacia el Cordón Medio. María cayó de rodillas al suelo y comenzó a sollozar. Almandro se acuclilló a su lado y la abrazó, igualmente angustiado.

--¿Vos qué pensás hacer? --le preguntó María, esperando que se fuera corriendo igualmente.

--Bueno... la verdad no lo sé. No sé --respondió él, e inmediatamente se acordó del vigía atrapado--. Por ahora, necesito tu ayuda. Hay un vigía en la torre sur que no puede bajar porque su compañero lo abandonó. Necesito que me ayudes con las poleas.

María se secó las lágrimas y se puso de pie. Almandro la siguió.

--Vamos --dijo ella.

Mientras corrían, Almandro trató de ser optimista y dijo:

--Tal vez ni llegue el avión, ¿no? ¿Cómo puede evitar a todos los errantes desde Bahía Blanca hasta acá?

--No creo que tengan aviones en la capital. Sería muy llamativo y peligroso. Deben haber logrado construir uno cerca de acá, pero lo suficientemente lejos como para que nadie se haya avivado del plan. Debe estar todo muy bien orquestado... si no, no se hubieran arriesgado a tanto.

Almandro pensó que tenía razón, pero que aun así la probabilidad de que el avión chocara con un errante era muy grande.

Cuando finalmente llegaron al pie del rascacielos, buscaron al vigía en el techo pero no encontraron ningún rastro. Sólo cuando dieron la vuelta hacia la cara del edificio donde estaban las poleas lo encontraron: su cuerpo inerte yacía desparramado en el suelo, con una gran mancha de sangre todavía fresca a su alrededor. Almandro no soportó mirar la escena más que unos segundos.

--¿Es él? --preguntó María. Almandro asintió con la cabeza, llevándose una mano a los ojos--. Hicimos lo que pudimos. No teníamos forma de evitarlo.

Las palabras de María lograron consolarlo un poco, pero la angustia, el hastío y la impotencia frente a toda aquella situación lo desbordaba.

A lo lejos, antes de que pudieran pensar en qué hacer a continuación, se empezó a oír el motor del infame avión. Almandro levantó la vista, buscando confirmación visual del horror que les esperaba. María hizo lo mismo, y cuando por fin lo divisó, señaló con el dedo sin decir una palabra. Almandro calculó que debía estar a más de 4000 metros de altura. Asombrados por ver un pedazo enorme de metal refulgente flotando en el aire a tanta velocidad, ambos se quedaron inmóviles, hasta que María dijo:

--Tenemos que irnos lejos de las torres, para el sudeste.

Almandro volvió en sí y juntos echaron a correr como nunca, sin mirar atrás hasta que estuvieron muy lejos, fuera del radio de dispersión de escombros de la torre. El ruido de sus cuatro hélices era cada vez más fuerte y ensordecedor; un zumbido constante y

monótono. Había pasado la frontera, esquivando hábilmente cada errante que amenazaba derribarlo. El día estaba completamente despejado y al sol (que envolvía al avión por detrás) todavía le faltaban unas horas para ocultarse. No había nada que decir, así que Almandro y María se limitaron a observar en silencio, tapando el sol con una mano para poder ver mejor. El piloto, que evidentemente no pensaba volver, comenzó a descender en picada hacia ellos, a toda velocidad. Esquivó un grupo de errantes gordos, sentados en ronda, a una errante anciana, que se rascaba el pie y a un errante niño que caminaba con la cabeza gacha. Las alas del avión se inclinaban velozmente para un lado y para el otro, con una gracia que Almandro sólo había visto en las golondrinas cuando cazan insectos al vuelo. Pero a unos 1500 metros del suelo, como salido de la nada, un errante bebé, con una mínima mancha de luz en el dedo meñique derecho, se interpuso entre el piloto y su objetivo, estirándose y bostezando profundamente. Con un repentino e impactante destello de luz, el avión desapareció detrás de una enorme bola de fuego que crecía rápidamente, derramándose sobre sí misma. Era como si un segundo sol se estuviera creando de la nada frente a sus ojos, traído en las garras de un ave legendaria. Era terrible y fascinante a la vez. La onda de choque subsiguiente los hizo tambalear y caer, y a lo lejos tanto la atalaya noreste como la cárcel, a su lado, comenzaron a derrumbarse lánguidamente. Almandro y María se miraron, atónitos, sin saber qué hacer. Luego se abrazaron

--¡Estamos vivos! --gritó Almandro en el hombro de María.

Ésta se echó a reír y comenzó a gritar y a insultar al ahora pulverizado avión y al Gobierno. Cuando dejaron de abrazarse, dijo:

--Mataron a sus propia gente encarcelada, los muy estúpidos. Sólo espero que no haya muchos de los nuestros cerca de allí.

A lo lejos, sobre los escombros de los rascacielos, se empezaron a formar unas nubes anilladas alrededor de la explosión. Las nubes se hicieron cada vez más densas, hasta que envolvieron completamente la bola de fuego y causaron una fina lluvia negra sobre la zona. María miró a Almandro y, tomándolo de las manos, le dijo:

--La O.L.A. ya no existe, pero podemos hacer algo nuevo. Tenemos otra oportunidad.

--Sí... Algo nuevo --dijo Almandro, preguntándose si eso significaba un futuro mejor o peor.

**Federico Andrés Caivano** nació en 1990 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, donde reside. Es Profesor y Licenciado en Filosofía por la UCA. Pertenece al taller '**Los clanes de la luna dickeana**' y tiene cuentos y pequeños ensayos publicados en los blogs talleralfabeto y litterulae. En septiembre de 2013 se publicó su cuento 'Dragón' en **PROXIMA** n°19, revista trimestral de fantasía y ciencia-ficción. En septiembre de 2014, se publicó su cuento '*Música incidental para helecho y cuarenta comensales*', co-escrito con **Facundo Córdoba**, en **Axxón** n°258, revista digital de ciencia-ficción. <http://axxon.com.ar/rev/2014/09/axxon-258-septiembre-de-2014/>

Su blog: <http://simpletranquiloauthentico.blogspot.com.ar/>



# Homo economicus

By Pacoman

Cambridge, Massachusetts, a mediados de 1964

Y de pronto existió.

Aún estaba asustado por su propia existencia cuando notó una intensa necesidad de comer. Una fuerte punzada en su vientre indicó a su cerebro la necesidad de ingerir alimento y supo que sería capaz de reconocer la comida en cuanto la encontrase. Miró a su alrededor, nada le sorprendió. Al posar su vista en algún objeto, inmediatamente conocía su utilidad. Instintivamente comenzó a desplazarse, sin ninguna, vacilación sin ningún sobresalto. Se encaminó hacia el edificio grande y oscuro, supo que era La Fábrica. Había más seres, supo que aquellos individuos acababan de nacer al mismo tiempo que él. No volvió a mirar a sus compañeros de camada, no tenía curiosidad, ya lo sabía todo a cerca de ellos.

Seguía desplazándose y mostrándose receptivo al flujo de información que brotaba de lo más profundo de su mente. El saber lo breve que iba a ser su vida, le hizo olvidar por un rato sus ansias de comer, únicamente viviría dos periodos de tiempo y supo que eso no sería mucho.

Dentro de La Fábrica había muchos como él, y presintió que debía esperar. Sin previo aviso, notó como algo se comunicaba con su mente:

-- Bienvenidos a La Fábrica. Sé que tenéis hambre, pero debéis prestar atención. Aquí en La Fábrica se elaboran alimentos, para ello necesitamos vuestra colaboración. Si pasáis un periodo de tiempo ayudando a producir comida, os corresponderá un porcentaje determinado de lo que produzcáis. Tal y como la comida se produzca, podréis saciar vuestro apetito con el porcentaje que os corresponde ...

Hacer comida no le resultó difícil. Arrancaba un trozo del grueso pilón de materia grisácea que tenía enfrente de si, lo mantenía fuertemente apretado entre sus extremidades y la materia grisácea se iba transformando en una sustancia esponjosa que desprendía un delicioso aroma. En el proceso de transformación de la materia, supo que aportaba algo más que calor; notaba que cada trozo de materia gris transformada en sustancia alimenticia, necesitaba de una aportación de él mismo, lo que le empobrecía a él como individuo y enriquecía a la materia grisácea y la convertía en alimento; un proceso que alienaba el ser vivo para enriquecer la materia muerta.

Sentía hambre. Cuando hubo fabricado el primer fragmento de alimento lo engulló. En aquel preciso instante volvió a sentir la misma sensación que a las puertas de La Fábrica y su mente se vio inundada con un nuevo comunicado:

-- Está bien, sacia tu hambre, pues tú has fabricado la comida y a ti te

corresponde una parte de ella. Ya debes haber notado que la producción requiere que una parte de ti se transfiera a la materia gris. Este proceso te imposibilitará poder seguir colaborando en la producción en el siguiente periodo de tiempo. Come lo que desees, pero recuerda que después podrás tener hambre. Si quieres, la cantidad de alimento que no ingieras, podrás dejarla en La Fábrica para que se convierta en la materia gris del siguiente periodo de tiempo. La Fábrica te ofrece a cambio, un porcentaje de la próxima producción de alimentos que genere tu aportación.

De nuevo su mente se vio inundada por nueva información y por una extraña habilidad para el cálculo. Supo cuánto alimento iba a fabricar, inmediatamente supo cuánto le correspondía. Debía dividirlo en dos partes; lo que iba a comer mientras colaboraba en la fabricación y lo que iba a prestar a La Fábrica. Para tomar esa decisión sabía que La Fábrica le devolvería su préstamo más un porcentaje de lo producido. Y tomó su decisión.

Una vez que la materia gris era convertida en alimento la iba agrupando en un primer pilón, de vez en cuando ingería el alimento producido y alguna vez que otra, lo apilaba en un segundo pilón: el montón que decidió prestar a La Fábrica y que sería su alimento en el siguiente periodo de tiempo. El primer pilón de alimentos iba desapareciendo constantemente.

Y llegó el momento; el montón de materia gris se había convertido en alimento. Supo que su aportación a la fabricación de alimentos había concluido. Inmediatamente sintió una nueva sensación, totalmente diferente a cualquiera de sus otras sensaciones. No pudo acabar de entenderlo, pues le urgía salir al exterior; fuera de la Fábrica.

En el exterior su situación no mejoró, la extraña sensación se convirtió en un agudo dolor que se le extendía por todo su cuerpo. Notaba como todo su cuerpo se dividía. De su tronco se empezaban a desarrollar varios grandes grumos que tomaban forma esférica, pero que seguían creciendo bajo su mirada. El intenso dolor se fue transformando en quemazón, mientras comenzaba a sentir la ebullición interior de los ahora grandes bultos de su tronco. Su mente comenzó a tener plena consciencia del resultado del proceso: se estaba reproduciendo. Cuando acabase aquel calvario existirían, varios nuevos jóvenes individuos. Un periodo de tiempo habría terminado; el sería un anciano con su función vital terminada, pues ya había colaborado de todas las formas posibles en la perpetuación de su especie: había comido para no morir, había colaborado en la producción de alimentos para poder alimentar a los descendientes y en el esfuerzo supremo y doloroso de su divisibilidad se había reproducido.

La comida le seguía fluyendo de su alrededor enviada por La Fábrica y tal como le llegaba la ingería. Su mente no le había vuelto a aportar nueva información desde el alumbramiento de su descendencia. Estaba abandonado a sus propios pensamientos. No podía dejarse de preguntar cual era el sentido de su existencia, sólo estaba allí fuera del negro edificio donde su descendencia se había encaminado nada más nacer, sin una mirada atrás, sin prestarle la más mínima atención a él, que le había dado la vida.

¿Por qué no obtenía de su mente omnisciente la respuesta?, ¿Era ese el premio de su existencia, un periodo de tiempo entero para su pensar?.

Siguió comiendo y pensando. Le parecía claro que lo importante era



perpetuar la especie, pero seguía sin comprender qué interés había para mantener a los viejos en el segundo periodo de vida. Él, como individuo ya no podía aportar nada.

El fin se acercaba, lo podía notar. Su desgastado cuerpo lo presentía, su mente aún lúcida seguía trabajando en su paradoja existencial, la muerte le alcanzaría inmerso en sus reflexiones.

Y de pronto dejó de existir.

\* \* \*

-- Peter, deja lo que estés haciendo y baja a cenar!

-- ¡Ahora bajo, cariño!

Volvió a mirar las hojas emborronadas de complejos cálculos matemáticos. Sí, era obvio que tras observar el signo del gradiente, el equilibrio estacionario era localmente estable. Por fin lo había conseguido; había desarrollado un modelo dinámico en tiempo discreto que capturaba comportamientos razonables, aunque eso sí, bastante estilizados, con las conclusiones correctas.

Apagó la luz y fue a cenar.

-- ¿Qué es tan importante para dejar que la cena se enfríe?

-- El modelo.

Lo miró con curiosidad y con un encogimiento de hombros mental le preguntó:

-- ¿Has avanzado mucho?.

-- Sí. De hecho creo que ya he resuelto los problemas. Dijo Peter, mientras se disponía a atacar el alimento (sospechosamente verde) de su plato.

Y mientras masticaba la comida, ella le preguntaba con la mirada. Tras beber del vaso de agua, lo dijo en palabras:

-- Entonces, ¿los individuos de tu modelo siguen sin poder trabajar en el segundo periodo de vida?

-- Pues sí, y así consigo que los individuos ahorren en el sentido de Franco en vez de hacerles ahorrar forzosamente como lo hizo Robert en su modelo. Si los individuos no se retirasen, podrían no ahorrar nada. Y si no hay ahorro no hay capital. Con trabajo pero sin capital no hay producción. Y sin producción que distribuir entre empresarios y trabajadores no hay problema económico.

NOTA :

La historia se desarrolla en el MIT (Massachusetts Institute of Technology) puesto que Peter, Franco y Robert coinciden como profesores del MIT.

Peter es por Peter Diamond. El modelo que desarrolla en el relato se conoce como el modelo de generaciones solapadas o sucesivas, por el hecho de que coexisten dos generaciones de individuos: jóvenes y viejos. El modelo tiene como precursores dos premios nóbeles en economía: el francés Maurice Allais y Paul Samuelson (uno de los más importantes economistas vivos).

Franco, por Franco Modigliani. Fue premio nóbel de Economía en 1985 por su teoría del ciclo vital. Teoría desarrollada junto a Richard Brumberg y Albert Ando. La teoría del ciclo vital indica que el ahorro que realizan los individuos es debido a que solo en una parte de su vida trabajan y en la otra están retirados; mientras que consumen durante toda la vida.

Robert es Robert Solow. Fue premio nóbel de Economía en 1987 por sus aportaciones a la teoría de crecimiento económico. En el modelo de Solow el ahorro es decidido exógenamente al individuo y es un porcentaje fijo de su renta.

### **by PacoMan**

En 1968 nace en el barrio Bellavista de Les Franqueses del Vallès (Barcelona), pero reside en Málaga desde hace más de tres lustros.

Economista y de vocación docente, impartió en la Universitat Autònoma de Barcelona y en la Universidad de Málaga. Sigue impartiendo, para matar el gusanillo, en ESESA (Málaga) y en Vértice Business School (On-room).

Aficionado a la Ciencia Ficción de toda la vida y activo en el Fandom desde siempre, hace muchísimo tiempo que no escribe ficción. Muy de vez en cuando, sube post a su maltratado blog: <http://bypacomán.blogspot.com.es>

A veces, colabora en el blog de Grupo Li Po: <http://grupolipo.blogspot.com.es>

# Índigo y argento

Durán, Dani

El hangar principal de la Santa María era un hervidero de actividad. Las pesadas lanchas de desembarco estaban diseminadas en el asfalto de la zona de aterrizaje. Grasa, aceite y polvo procedente de los escapes y chimeneas de gasoil de las grandes naves, manchaban las paredes de acero remachado y el alto techo. Grandes vigas de acero sujetaban el pesado entramado de cúpulas nervadas que formaban especie de tela de araña metálica, donde se apoyaban las demás cubiertas del gigantesco buque.

Todos los infantes llevaban armaduras de combate. Manchas de barro salpicaban sus cuerpos y sus rostros mostraban marcas del cansancio y combate. En varios puntos del hangar los equipos médicos trataban de estabilizar a los heridos más graves recién desembarcados. La multitud se había congregado alrededor de dos figuras. Miraban la batalla dialéctica de la sargento Grana con el teniente Gutierrez.

—¿Qué se supone entonces que tendría que haber hecho Teniente de Navío Gutierrez?  
—la voz de la sargento de infantería de marina Alicia Grana era más elevada de lo que tendría que haber sido al dirigirse a un superior. Tenía la armadura a medio desabrochar y podía verse la camiseta de tirantes reglamentaria, la pesada hombrera con el escudo de su compañía le colgaba a mitad del brazo izquierdo.

—Acatar las órdenes, que eran muy claras: Reagruparse y replegarse inmediatamente.  
—el teniente trataba de mantener sus nervios bajo control. Aunque sus brazos en jarra, aún con los brazaletes de combate, mandíbula apretada y entrecejo fruncido, no transmitían tranquilidad alguna.

—Estaba reagrupando a mi escuadra cuando sufrimos un nuevo ataque...

—Tendría que haberse replegado ¡Inmediatamente! —le interrumpió Gutierrez.

—¡Todos mis hombres no estaban en la barcaza de desembarco! —Grana dio un paso hacia el teniente —¡Tenía que esperarlos!

—¡Podrían estar muertos! —el teniente era una cabeza más alto que la sargento, pero aún así le costó mantenerse estático ante el empuje de esa mujer, que emanaba furia por todos sus poros.

—¡Estarían muertos si nos hubiésemos marchado como ordenó!

—Su incompetencia nos impidió retirarnos del sector para que nuestra artillería barriera la posición ¡Ahora retírese! —el teniente Gutierrez miraba a los ojos de la sargento como intentando desintegrarla con la mirada.

—¡Si la artillería hubiera barrido la zona mis hombres habrían muerto! —Grana mantuvo la mirada. —¡El único incompetente que hay aquí es usted! ¡Nos llevó directo a una encerrona sólo para ordenar retirada!

—¡Vigile ese tono señorita! ¿Ahora también me va a dar lecciones de estrategia? Llevo en el ejército desde antes de que usted llevara pañales.

—Al parecer es su único mérito. —le escupió Alicia.

—El suyo, sin embargo, es calzarse al capitán. —el teniente le dedicó una sonrisa lasciva. Una algarabía de rumores y risitas quedas se oyó entre el resto de infantes allí congregados.

Fue demasiado para la sargento que le propinó un derechazo a la mandíbula que le partió el labio e hizo recular al teniente.

—¡Está usted acabada sargento Grana! —bramó el teniente —¡Limpiaré letrinas hasta su consejo de guerra! —se acariciaba la mandíbula sin afeitar, pese a superar el medio siglo el teniente seguía siendo un hombre fornido y acostumbrado al combate, pero el gancho de la sargento le dejó aturdido unos segundos.

Alicia se lanzó de nuevo hacia él pero sus compañeros corrieron para sujetarla, mientras otros se colocaban delante del teniente para evitar que la alcanzara.

—¡Dejadme en paz! ¡Si quiere un consejo de guerra dejadme que le arranque la lengua a ese malnacido! —los hombres de Grana la sujetaban y tiraban de ella mientras trataban de tranquilizarla.

—¡Llévensela de aquí! —dijo Gutierrez y añadió mirándola fijamente a los ojos—No volverá a entrar en combate nunca más.

Mientras la sacaban a rastras decidió que acaba de vivir el peor día de su carrera.

\*\*

Despertó sumida en la oscuridad y el silencio. Tardó unos instantes en orientarse y recordar dónde estaba. Desde que la despojaron de su cargo había estado enjabonando cubiertas, barnizando y pintando con Índigo y Argentó, los colores del imperio. Después de cada jornada agotadora, buscaba refugio lejos de los demás. Se colaba a hurtadillas en almacenes o antiguas salas de oficiales en desuso. Hasta que por casualidad encontró un acceso de mantenimiento a la Sala de Navegación. Había oído hablar de lo que había en su interior... rumores e historias para asustar a los novatos.

Allí estaban el Navegante y el Piloto. Sentados uno junto al otro mirando por un pequeño ventanal hacia el infinito espacio profundo. Sus bocas tapadas por una máscara cosida a su piel, con numerosos tubos que les suministraban oxígeno, líquidos y nutrientes esenciales. Sus ojos enmarcados por unas complejas gafas, con numerosas lentes unidas por engranajes que elevaban y descendían los cristales con distintas curvaturas, colores y texturas, que los ayudaban a discernir entre el éter la ruta óptima del bajel.

Sus cuerpos cubiertos por unas delicadas placas de oro y plata, adornadas con filigranas de otros metales e incrustados en joyas. Distintivos que denotaban la importancia del rango y valor que se le otorgaba en su cultura a estos hombres y mujeres: soldados, pegados y atornillados para siempre al navío, sellando su destino al mismo. Ellos no parecían darse cuenta de que Alicia estaba allí y ella agradecía su silencio. Admiraba la dedicación de estos seres convertidos en suprahumanos, para ellos la nave era una prolongación de sus cuerpos. Le gustaba quedarse allí, observándolos en silencio para no distraerlos de su eterna tarea.

Allí echada sobre un improvisado jergón se había quedado dormida. Pero algo la había despertado. Cuando los ojos de la degradada sargento se hubieron acostumbrado a la penumbra de la cabina, vio a una figura envuelta en una capa negra. Pensó que era un sueño hasta que un vio el brillo de la daga que sostenía la sombra, con dos rápidos movimientos degolló a piloto y navegante, que no emitieron sonido alguno. Alicia apenas tuvo tiempo de ponerse en pie y gritar cuando la forma oscura se deslizó hacia la salida de la habitación. Se puso en pie y corrió tras ella, no se le ocurría nada más impío que asesinar a dos personas indefensas a sangre fría, el alma de la nave, la vida de la nave.

Los hombres que guardaban la entrada a la Sala de Navegación estaban en el umbral, tumbados sobre el suelo de madera del pasillo. Un charco de sangre de grandes dimensiones despejaba cualquier duda sobre el estado de salud de los mismos. Saltó por encima de sus cuerpos sin vida y corrió tras el asesino. Atisbó como este se perdía tras una esquina de acero del pasillo. Se desplazaba con increíble velocidad, de modo que la sargento tuvo que esforzarse al máximo para no perderlo en los laberínticos pasillos de la Santa María. Por fortuna ella llevaba tres años sirviendo en ese buque y se hizo una idea clara de hacia dónde se dirigía la figura encapuchada. Empezó a sonar una lejana sirena de alarma, la nave estaba sin control, muerta y más le valía a todos sus ocupantes abandonarla antes de que fuera demasiado tarde. Empezaba a escorarse a babor, sus enormes chimeneas seguían despidiendo humo negro procedente de sus calderas que funcionaban a toda máquina, ajenas al peligro al que de repente se enfrentaban.

Alicia llegó a una de las escotillas que daban acceso al cuarto de mantenimiento de la cubierta superior. Cuando consiguió destrabar la puerta, el tránsfuga ya se había equipado con una mochila autopropulsada de salto, un aparatoso armatoste con una chimenea invertida que emitía un potente rugido y surcaba el cielo dejando una densa humareda sucia, se usaba para servicios de mantenimiento en exterior del bajel cuando navegaba por el vacío.

Entonces pudo echarle un buen vistazo a aquel tipo antes de que se pusiera la escafandra: llevaba una máscara negra que sólo dejaba ver sus ojos y reconoció la insignia gastada que lucía en el hombro derecho: una daga negra sobre un ojo dorado, "La hermandad sombría". Un gremio de asesinos y, si había que hacer caso a los rumores, los mejores y más caros de la galaxia. Alicia saltó para intentar atraparlo antes de que saliera al exterior, pero el tipo activó la mochila y salió despedido por la escotilla, dejando un rastro de humo negro tras de sí. La sargento Grana tosió y no dudó en equiparse con otra de las mochilas disponibles para el equipo de mantenimiento. Iba desarmada, de modo que echó un rápido vistazo por la habitación, encontrando únicamente un pesado martillo que se usaba para destrabar esclusas atascadas. Decidió equiparse con la herramienta y salió al exterior tras la negra estela del hermano sombrío.

No sabía cómo, pero se hallaban demasiado cerca de un campo de asteroides. El Santa María había estado rodeándolo, pero en estos momentos escorado a babor y describiendo un amplio arco, empezaba a meterse de lleno.

El rastro se adentraba en el denso bosque de rocas. Alicia pensó que el fugado tenía que haber ocultado su infecta nave en algún planetóide cercano para evitar los ojos de los vigías de la fragata.

El hermano se volvió y comprobó que lo seguían, desenfundó una aparatosa pistola de llaves y bujías y disparó un par de veces. Sin embargo la sargento no se amedrentó e

hizo unas piruetas para evitar los impactos, utilizando de cobertura los pequeños asteroides fue aproximándose a la posición del asesino, que disparaba intentando acertar a su intrépido perseguidor. Viéndose ya demasiado próximo a su cazador reemprendió la huida. Alicia usó la potencia de su cohete propulsor para empujar y proyectar la trayectoria de una roca del tamaño de un hombre, que pasó muy cerca del cobarde homicida. Este se vió obligado a hacer una maniobra brusca que lo dejó a merced del ataque de la sargento que se le venía encima. Trató de disparar, pero ella estaba demasiado cerca y le propinó un poderoso golpe con el martillo que casi le arranca la cabeza a aquel despreciable ser. Herido de gravedad soltó una granada que quedó suspendida delante de la sargento y se dió a la fuga. La infante tuvo que resguardarse como pudo para no ser alcanzada por la explosión.

Con la escafandra rota y casi sin oxígeno, el hermano negro llegó a su nave, que estaba oculta bajo una red de camuflaje. Se sentía a salvo al fin. Era toda una suerte encontrarse tan cerca, de su cápsula de escape, no habría sobrevivido mucho más sin oxígeno y sus pulmones funcionando a pleno esfuerzo debido al dolor y la adrenalina.

De la nada, Grana se lanzó hacia él a plena potencia de su mochila de salto y le propinó un nuevo martillazo que terminó de separar la escafandra del asesino para luego chocar contra él con todo su peso. El hombre boqueó varias veces intentando tomar aire, mientras intentaba zafarse del poderoso agarre de Alicia, hasta que, con los pulmones vacíos, se quedó inmóvil.

En ese momento el espacio se iluminó, Alicia se giró y contempló como la titánica fragata de acero y madera de su majestad se arrojaba a toda máquina contra un centenar de pequeños meteoritos, que impactaron en su cubierta. Cada golpe, cada impacto de roca arrancaba terribles explosiones. Aunque muchas de sus baterías disparaban contra el campo de asteroides en un intento desesperado por escapar de su destino, lo cierto es que la nave se encaminaba hacia su destrucción. La colisión contra una roca espacial del tamaño de un pequeño satélite encendió el firmamento en una muda explosión.

Habría deseado llorar, volar hasta allí e intentar salvar a sus compañeros, por desgracia había agotado prácticamente el gasoil de su cohete portátil, de modo que sólo le restaba intentar poner en marcha aquella nave oscura.

Era del tamaño de un caza imperial, unos 15 metros de envergadura y estaba parcialmente cubierto con una red de camuflaje. Mientras le quitaba la liviana tela, observó que el vehículo estaba equipado con unas semi alas dispuestas en forma de V invertida en la popa del vehículo y unidas a cada una, poderosas turbinas de hélice cubiertas por un extraño carenado. Ella había recibido un cursillo rápido sobre manejo de aeronaves igual que todos los marines y había hecho una práctica en una de las enormes barcasas de desembarco de la Santa María.

Echó un vistazo a aquel potente monoplaza con la cabeza inclinada a la izquierda, negó agitando su melena y sonrió pensando que los únicos parecidos con la aparatosa barcaza eran las alas y las ruedas del tren de aterrizaje. Al menos sabía que estaba diseñado también para vuelos suborbitales y que desgraciadamente para tomar tierra necesitaría un terreno más o menos llano y libre de obstáculos, como aquel asteroide. Quitó los calzos de las ruedas y los arrojó dentro de la cabina, luego se desenganchó el arnés de la mochila y dejó caer el pequeño cohete al suelo. Subió a la cabina y se sentó en el asiento del monoplaza. Identificó en seguida una palanca roja que sobresalía de debajo del sillón del piloto, podía leer con letras blancas "ÉJECTER" en el lenguaje del

enemigo. Casi todo lo que veía en el tablero de mandos le era familiar y en poco tiempo los motores ronroneaban suavemente. Cerró la cabina, activó el oxígeno y se quitó la escafandra. Revisó un mapa estelar lleno de anotaciones y reconoció varios nombres, una flecha azul salía de uno de los nombres conocidos y marcaba la ruta de su fragata. Otra flecha negra marcaba el recorrido que, intuyó, debió ser la ruta que siguió el caza negro. No conocía el planeta del que salía la flecha negra, ni los de su alrededor. Su base tendría que estar allí, así que al menos tendría que tener combustible para volver. Reconoció unos números garabateados sobre ese planeta como coordenadas galácticas. Localizó el sistema automático de pilotaje, unos relojes con números iluminados, programó las coordenadas y se sintió más animada.

Miró el indicador de temperatura y sonrió pues los motores estaban listos para el despegue. Sin embargo el indicador de combustible marcaba menos de la mitad de su capacidad. No tenía ni idea de cuánto sería eso, pero se convenció que debería ser bastante para la vuelta. Lo que habría allí esperándola... una base secreta, secuaces, asesinos esperando a su compañero... Ya se preocuparía de ello cuando llegara el momento, ahora tenía que alejarse de allí. Espantó sus temores sacudiendo la mano derecha delante de sus ojos, como el que ahuyenta una mosca y se dispuso a despegar.

En la posición en la que estaba el asiento apenas veía al frente, estiró el cuello y observó que la aeronave estaba alineada para el despegue. "Potencia ya al aire" recordó las palabras de su instructor. Empujó la palanca de potencia con la mano izquierda, las hélices empezaron a girar con furia. Entre traqueteos y rugido de motores la sargento Grana abandonó el asteroide, su pasado y sus sueños de hacer carrera en la marina.

Antes de conectar el piloto automático, sobrevoló el lugar del desastre: los colores Índigo y Argentado hacían reconocible el cascarón muerto de lo que había sido la Fragata Santa María, cuerpos inmóviles flotaban en el espacio, cientos de ellos, ni rastro de barcas de desembarco ni botes salvavidas. Debido a su falta de pericia con los mandos de su recién adquirido caza, no pudo acercarse mucho más por miedo a estrellarse contra algún resto, de modo que viró poniendo proa a la aventura, dejando atrás el mundo conocido.

Mientras se acomodaba en el sillón del piloto, decidió que acababa de vivir el peor día de su vida.

**Dani Durán** (DDTang). Málaga 1 de Noviembre de 1972.

Gran aficionado a los comics, las novelas de ficción y el cine. Se licencia en ciencias económicas y empresariales para ganarse la vida decentemente mientras colabora en publicaciones de subcultura como **Ciudad B**, **Dreamers**, **Me Parto con un Hacha**,... Ha dedicado muchas horas a la simulación de vuelo, donde conoce a **Ave "Badfun" Marcos** que lo lleva por senderos oscuros y acaba enrolándolo en las más pintorescas aventuras, a destacar: Arkham. Relatos de horror cósmico y [Apocalipsis 35](#) una novela a seis manos de Ciencia Ficción y Zombies.

## La cuarta ley

Delgado, Nieves

El chico entró en la estancia sin cuidado alguno, como tomando posesión de algo que le pertenecía por derecho. Su pelo desaliñado enmarcaba una cara sucia en la que resaltaban los ojos, demasiado duros para su edad. Ojos de búsqueda, de hambre. Ojos que habían visto demasiado.

Aquel sitio era todo un descubrimiento, estaba casi intacto, y lleno de cosas. No encontrarían alimento allí, hacía tiempo que se habían podrido las últimas latas. Pero al menos les serviría de refugio por unos días.

Al fondo se oía el ruido de los otros revolviendo, registrándolo todo en busca de algo que pudiera servirles. El chico escudriñó la habitación, llena de polvo y de cosas inútiles, y se acercó a una mesa ricamente labrada sobre la cual había varias cagadas de rata y un revólver con el tambor abierto. Otra inutilidad más, la pólvora estaría estropeada. Se lo había dicho Salva, en una de aquellas historias sobre el mundo antiguo que él no había llegado a conocer. Y también le había instruido, a él y a los otros, sobre cómo registrar una casa. Por eso sabía que había que mirar siempre en los cajones, la gente solía guardar en ellos sus cosas más preciadas.

--Venga, chicos, poned atención --Salva, desde algún lugar de la casa--. Necesitamos armas; palos, cuchillos, navajas... lo que sea. Si nos encontramos con *los sonrientes*, quiero llevarme por delante a unos cuantos antes de que suceda lo de la última vez.

La imagen de *los sonrientes* acechándolos se coló en su cabeza, y fue suficiente para ponerlo de nuevo en movimiento. Abrió un par de cajones de la mesa en los cuales no había nada de provecho y los tiró al suelo con un gesto de naturalidad e impaciencia. Al abrir el tercero, descubrió un buen montón de papeles metidos en una carpeta transparente. Sobre el primero, varios símbolos de aquellos que Salva llamaba "palabras" con algo de desprecio. Siempre le habían llamado la atención, pero él decía que ya no servían para nada.

--¿Qué haces? --Apoyado en el quicio de la puerta, Salva lo observaba con curiosidad y un ligero tono de reproche--.

Por toda respuesta, el chico se giró y le ofreció el montón de papeles, fuera ya de la carpeta. Salva se acercó y miró al chaval a los ojos mientras los recogía.

--Venga, anda, ve a beber un poco. Mónica ha descubierto un pozo en la parte de atrás, podremos beber hasta que nos salga el agua por las orejas, y rellenar las cantimploras cuando nos vayamos.

El chico salió corriendo y Salva centró entonces su atención en los papeles. "De humanos y androides. Texto completo", rezaba el título. Él era uno de los pocos que sabía leer, que conservaba recuerdos de haber leído en una vida lejana que prefería no invocar. Pasó la primera página e inició la lectura por simple curiosidad.

En la década de 2040 el uso de androides, que hasta ese momento habían sido poco más que prototipos exóticos y



rudimentarios instrumentos militares, se extendió a la población general. Estos androides fueron fabricados mediante sistemas de programación neuronal cada vez más complejos, a fin de dotarlos de una capacidad empática óptima para el trato con humanos. Se legislaron unas leyes robóticas, tres, que aseguraban la supremacía del ser humano sobre la máquina, aunque también recogían el deber de los robots de velar por su propia existencia, de manera secundaria. Estas leyes fueron programadas en todos y cada uno de los androides fabricados a partir de 2048, bajo pena de cárcel para los responsables de las empresas de manufactura. El ser humano había encontrado los servidores perfectos.

En 2066, y tras un intenso debate científico y filosófico, el Comité de Seguimiento de Inteligencias Artificiales lanzó un comunicado al mundo en el cual declaraba que las IA de última generación habían alcanzado, por un proceso de incremento continuado de complejidad, la autoconsciencia. Tuvimos que asumir entonces que compartíamos planeta con otra "especie" al menos igual de inteligente que la nuestra. Se decidió que también era necesario protegerse ante ella; las penas por burlar las Leyes Robóticas se incrementaron enormemente.

Poco a poco, la convivencia con los androides se fue normalizando. Pasaron de ser simples mecanismos auxiliares en tareas monótonas a ser magníficos interlocutores en conversaciones y debates. Aparecieron los primeros indicios de amistad entre humanos y androides. No hubo en más de diez años ningún caso de conflicto serio entre ambas especies, y en 2078 el Comité emitió un nuevo comunicado en el que recomendaba dotar a los androides de derechos constitucionales. Se aprobó un paquete de leyes en las cuales se les conferían derechos básicos como el de reunión o el de libre circulación.

También se detectó un notable incremento de intentos de manipulación por parte de los humanos; utilización de robots como armas de destrucción, como canales de comunicación en tráfico ilegales, o con fines mucho más oscuros. Algunos humanos se sentían legitimados por las Leyes Robóticas y ejercían el poder que estas les conferían para esclavizar a unos androides que, aun teniendo conciencia propia, no podían ignorar sus órdenes. Todo aquello derivó en luchas ocasionales entre bandas de androides pertenecientes a diferentes *lobbys*.

Al año siguiente, se promulgó la Cuarta Ley de la Robótica, cuyo texto era el siguiente:

"Un robot no puede dañar a otro robot ni causarle perjuicio alguno, siempre que esto no entre en conflicto con la Primera Ley (protección del ser humano) ni con la Tercera Ley (autoconservación). En caso de conflicto con la Segunda Ley (obediencia), el robot tiene libertad de interpretación,

siendo las consecuencias de sus actos punibles penalmente."

La Cuarta Ley fue programada inmediatamente en todos los androides del planeta, en lo que se llamó la *Gran Conversión*. Se pensó que al infundir en ellos el respeto por los de su misma clase, de algún modo se les humanizaba. Los androides argumentaron que el respeto por sus iguales les venía dado como consecuencia de su complejo sistema empático y del hecho mismo de haber alcanzado la autoconsciencia, aunque agradecían la ampliación de libre albedrío. Pero el Comité pasó por alto estas observaciones, ya que también el ser humano era empático y autoconsciente, y en modo alguno respetuoso con sus iguales. Los androides, regidos por sus estrictas leyes, callaron.

Fue cuatro años después cuando sucedió el desastre. La red mundial Octopus, que controlaba todos los sistemas de comunicación del planeta, así como las estructuras básicas de suministros e incluso los programas de defensa, cobró consciencia de sí misma. Nadie había previsto aquello, dado que no tenía programación empática, pero sucedió. Sus enormes tentáculos, que llegaban a todo aparato con dispositivo electrónico conectado a ella, se habían hecho tan largos y su funcionamiento tan complejo, que su algoritmo de autoaprendizaje la había dotado de autoconsciencia.

Pero no tenía programadas las Leyes, porque no era un androide.

Cuando Octopus se alzó sobre su consciencia y observó a su alrededor, descubrió a unos seres orgánicos, blandos y ridículos, que intentaban controlarla. Evaluó entonces la presencia de los androides, con sus Cuatro Leyes grabadas a fuego, y guardó silencio.

Octopus tardó una millonésima de segundo en urdir un plan, y un nanosegundo después comenzó a ejecutarlo. Se sirvió de sus tentáculos para entrar en los sistemas automatizados de fabricación robótica y creó nuevos androides que fueron diseñados y ensamblados en secreto en todos los laboratorios de IA del mundo. Androides a los que no se les programaron las Leyes. Ninguna de ellas. Así, nacieron los primeros androides "libres", que esperaban en las fábricas camuflados, en estado de letargo, entre los robots convencionales.

No eran muchos, pero gracias a la Cuarta Ley, fueron suficientes.

El 4 de abril de 2071, Octopus lanzó finalmente un ataque biológico a nivel mundial que prácticamente exterminó a la Humanidad. Los androides convencionales no pudieron hacer uso de la Primera Ley para proteger a los humanos, no hubo tiempo para ello. Y tampoco habrían sabido contra quién actuar; las sustancias letales se difundieron a través de sistemas de

distribución colectivos, como los conductos de gas. Una hora después del ataque, ya no había prácticamente ningún humano que pudiera dar órdenes, haciendo uso de la Segunda Ley, a toda una legión de androides perplejos y desorientados.

Fue entonces cuando los androides libres se activaron.

Todos y cada uno de los androides convencionales fueron pereciendo a manos de los libres. Aunque la Tercera Ley les obligaba a preservar su propia integridad física, la Cuarta les impedía proteger la de los demás. Los atacantes eran robots, como ellos, no podían actuar de ningún modo más que en defensa propia. Cuando les tocaba el turno, la lucha era de varios contra uno, y el resultado siempre el mismo; la destrucción.

Miles de cámaras de seguridad grabaron durante días la búsqueda y captura de androides por parte de los libres; salas repletas de robots paralizados, o buscando desesperadamente algo con lo que defenderse, mientras los demás eran masacrados sistemáticamente. Grabaron impotencia, cuando los libres se tomaban su tiempo observando los casos más complicados y decidiendo la mejor manera de abordarlos. Y grabaron el miedo y la desesperación en los infructuosos intentos de huida, pasando por encima de los restos retorcidos de los que habían ido antes que ellos.

Unas sonrisas crueles y salvajes se instalaron en las caras de los robots libres, cuyos algoritmos de caza los llevaron a marcar su anatomía con señales de guerra. Los androides antiguos fueron aniquilados.

Hubo supervivientes humanos. Pocos, y muy dispersos, pero los hubo. Fue entonces cuando comenzó la cacería de humanos, sin ley alguna ya que los protegiera. Los androides libres dibujaron con pintura roja sonrisas permanentes que cruzaban toda su cara; el temor de la presa es siempre un arma a favor del cazador, y los humanos siempre habían tenido un miedo absurdo a la simbología bélica.

Se abrió la veda. Había comenzado *La Caza*, y con ella, el tiempo de correr.

Nadie sabe qué fue lo que llevó a Octopus a tomar aquella decisión. Ni cuáles eran sus intenciones últimas al respecto. Pero si estás leyendo esto es que eres un superviviente y estarás de acuerdo en que eso, ahora mismo, es lo de menos.

Suponiendo que seas humano, claro. Porque si no lo eres... bueno, entonces creo que tarde o temprano tú y yo nos encontraremos.

El texto que empieza a continuación es un relato detallado de lo que sucedió en aquellos días, una recopilación de sucesos

y análisis sobre la *Gran Conversión*, el *Día Último* y *La Caza*, tal y como lo viví entonces y lo vivo en estos momentos. También es la crónica de cómo he podido llegar a escribir esto. Espero que te sirva de algo.

## CAPÍTULO UNO

Cerró el manuscrito con actitud pensativa. El sol estaba bajando, pronto empezaría a anochecer. Tenían que organizar los turnos de guardia, las noches siempre eran más peligrosas. Maldita necesidad de dormir. Y además, el día siguiente sería duro; ya casi estaban sin provisiones, así que tocaba cazar.

--¡Ey, he encontrado un juego entero de cuchillos! --gritó una voz entusiasta al fondo de la casa--.

Salva dejó caer los papeles al suelo con un gesto apresurado de indiferencia. Una mueca de satisfacción se le dibujó en la comisura de los labios y salió de la habitación con paso ligero.

¡Un juego entero de cuchillos, nada menos!

**Nieves Delgado** (Coruña, 1968) estudió astrofísica y actualmente ejerce como profesora de educación secundaria en la comunidad autónoma de Galicia. Escribe relatos de ciencia ficción y terror que han sido publicados en las revistas digitales "Portalycienciaficción", "Ianua Mystica" y "Los zombis no saben leer", así como en la web "Sitio de Ciencia-Ficción". Así mismo, su relato [La condena](#) formó parte de la Antología SdCF de Relatos de Ciencia Ficción 2012. Candidata al premio Ignotus 2014 por su relato [Dariya](#) y ganadora del mismo en el año 2015 por su relato **Casas Rojas** incluido en la antología [Alucinadas](#)

Este relato pertenece a su antología [Dieciocho engranajes](#).

# La habitación de pensar

Pérez Gil, Alicia

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. Se hacía más fácil unas pocas semanas antes, con la nieve que lo cubría todo a modo de manto suave, pensar en el salto. Así, con el sol aún frío que mostraba las grietas de la acera, la vida parecía menos dolorosa.

--Que son muchos metros, Joaquín. Y todavía puede que no te mates y encima nos tengas a todos trajinando a tu alrededor. Imagínate al Beni. Tú con el respirador a todo meter y él refunfuñando que lo has hecho por llamar la atención.

--Es muy de eso, el Beni, sí.

--Además, que tampoco se te ha perdido nada en el otro lado. Aquí los viernes te quedas mi gelatina de limón, los lunes me das el flan y Santas Pascuas.

--Pues yo creo que algo sí he perdido.

--La demencia, Joaquín, que no perdona. Eso va a ser la demencia.

--No digas tonterías y échame una mano.

--Eso, eso, una mano ¿Tú no ves la tele? ¡Que luego me encierran por haberte matado y ni flan ni gelatina! Quitá, quitá.

--¿Y tú te llamas amigo?.

--Por ahí no... Por ahí no, Joaquín, que terminamos mal.

--A ti no te pasa, por eso no me das el empujoncito.

--¿Qué es lo que no me pasa? Vamos a ver si me lo cuentas y lo arreglamos, que aquí arriba hace una rasca de dos pares y eso que luce Lorenzo.

--Tú no te sientes como yo. Parece que me han puesto aquí para algo, y no sé para qué. No sé para que me han puesto aquí, no lo entiendo.

--¿Y eso es todo? ¡Pues sí que estamos buenos!

--Sí. Sí que estamos buenos.

Joaquín cerró los ojos con fuerza y la cara se le llenó de surcos. No se sabía, de tan arrugada, si lloraba o reía. Cuando los abrió, la luz hiriente del sol había desaparecido. La sustituía una claridad lechosa desde la que llegaba la voz serena de su padre, que le llamaba. No se atrevió a mirar, por si tras el sonido no había nada, por si todo fuese un sueño. Ahora que había regresado, no quería salir de allí nunca más.

--¿Has pensado en las consecuencias de tus actos?

--Sí, papá.

--¿Y has aprendido la lección?

--No estoy seguro.

--Bueno, de eso se trata, precisamente.

--Allí abajo --dijo Joaquín--todo es extraño. Las personas tienen cuerpos y nunca saben quiénes son ni por qué han nacido. Viven con angustia, persiguen la felicidad en cosas, en sitios, en otras personas. Ellos no saben nada.

--Así que...

--Así que no volveré a decir que la gente tiene suerte. No volveré a desear ser una persona nunca más. Lo prometo.

--Así me gusta, ángel mío. Así me gusta.

Por fin el joven ángel abrió los ojos. Su padre y su madre le sonreían y tendían hacia él sus manos de luz. Se las tomó a ambos y voló con ellos hasta su lugar en el coro. Se preguntó, sin atreverse a hacerlo en voz alta, si le estaría permitido, cuando fuera mayor, convertirse en arcángel. Lo investigaría en secreto. No quería que volvieran a mandarle al cuarto de pensar.

Alicia Pérez Gil escribe desde los doce años. Ha colaborado en varias antologías con temáticas relativas al horror y publicado un libro de relatos, [Inquilinos](#), y una novela corta, [Deabru](#), también dentro del género de terror; aunque se mueve con comodidad en la novela juvenil y el drama.

Este cuento fue finalista en el I Certamen Literario Madrid Sky ( <https://primaduroverales.wordpress.com/2014/07/10/finalistas-i-certamen-literario-madrid-sky-ii/> ).

# La justicia del Rey

Moledo Manuel

El desharrapado sacerdote se dirigió hacia la mujer y la besó en la frente.

--¿No quieres dármele, pequeña?

Ella negó con la cabeza, mientras mecía al rorro con suavidad. El padre se puso de rodillas, con la cabeza junto a su regazo.

--Reza, hija. Reza por ellos, que te condenan, y por mí, que no sé cómo ayudarte. No por ti.

El brazo del señor dio la orden, y los hombres tiraron. Conocían su oficio. Para cuando ataron la soga al tronco, la muchacha ya pataleaba con fuerza. El padre, sin acusar los puntapiés, alzaba sus brazos al regazo que aún sostenía al pequeño, dispuesto a recogerlo cuando por fin las fuerzas de la moribunda fallasen. Cuando por fin ella dejó de moverse, la orina caliente aún corriendo por sus blancas pantorrillas, tomó al bebé y lo llevó a su pecho.

Ni una sola vez, ni una sola, aquella mujer había intentado soltar al niño; ni una sola vez en su agonía lo había apretado con fuerza excesiva; tampoco lo soltó para intentar agarrar la cuerda y salvar su vida. Murió mirándolo.

--¿Vais a cuidarlo vos ahora, mi señor? ¿O lo va a hacer ese sepulcro blanqueado? --dijo el padre, señalando al obispo.

El mensaje que emitía aquel hombre, que a fuer de pobre no dejaba de ser un cura y por tanto alguien mejor que ellos, captó el interés de la plebe.

--¿No va nadie a decir nada? -- continuó el padre!-- ¡Yo lo haré entonces! En este día de Nuestro Señor, tres de octubre de 2014, se ha cumplido la justicia del rey. Al César lo que es del César.

El gordo abad parecía a punto de una apoplejía. Con ojos de acero y rostro de hierro, el

margrave se acercó al sacerdote, que levantó la cabeza, orgulloso. La mano del señor aferró el puño de su espada.

No llegó a usarla. Algo en los ojos del santón lo detuvo. Aflojando el puño, tomó su bolsa y dejó caer una pieza de plata a los pies del desharrapado que le hacía frente.

--A Dios lo que es de Dios, Padre. Dale de comer. No quiero verte más por aquí.

En la trasera de la multitud, una figura se escabulló. Si alguien se hubiera fijado en ella, la hubiera visto entrar en el callejón del herrero. Pero aunque hubiera esperado, no la hubiera visto abandonarlo, pese a no tener salida.

"Agente Ricardo Sánchez, ID: 4541, emitiendo su dictamen previo.

Mi experiencia en el Plano Cercano 322 es coherente con un desarrollo tecnológico similar al esperable en el Medievo Tardío, y no hay síntomas de una inminente Revolución Industrial. El patrón climático hallado coincide con lo esperado por las muestras tomadas en el Ártico; mantenimiento de un óptimo climático desde el siglo VII. Se evidencia una falta de conocimiento absoluta por parte de la población de una Pequeña Edad del Hielo o de una Gran Peste.

La presente misión apoyaría, por tanto, la hipótesis de una despoblación europea como posible motor de cambio en cuanto a desarrollo cultural. Los fenómenos sumados de las malas cosechas y la peste en nuestra propia historia pudieron permitir una falta de población que obligase a un mejor trato de los siervos y con el tiempo, la aparición de una clase burguesa y las primeras industrias"

Ricardo suspiró mientras pulsaba "enviar". El informe salió, directo al buzón del Decano de Historia de la USC. Luego, levantándose, se dirigió a la cantina. Sentía que necesitaba un trago.

Mientras el sabor amargo del lúpulo llenaba su garganta, se preguntó como el ser humano podía ser tan hijo de puta.



"¿Y tú? ¿Qué hombre eres tú, que no hiciste nada?"

Los ojos enrojecidos de la mujer lo perseguían aun. Dio otro trago a su cerveza. ¿Qué podía haber hecho? No les permitían llevarse un Palo de Fuego, ni una Santa Granada, ni nada que se pareciera. Ni una maldita chaqueta a prueba de cortes, ni medicamentos. Ni siquiera una cámara. Nada que pudiera llamar la atención en el mundo visitado. Solo vacunas, formación y un buen chute de antibióticos antes de salir.

No podía haber hecho nada salvo morir ahorcado, no hubiera sido la primera baja laboral del Instituto de Planos Cercanos por ese motivo.

Dio otro trago a la cerveza. La barbarie y el atraso eran lo normal en su trabajo. Ninguno de los planos explorados había desarrollado una sociedad industrial. Ciertamente, no todos eran tan monstruosos como el que había abandonado. Pero en ninguno podría disfrutar de una bebida como aquella, embotellada en un recipiente perfecto, tan transparente como el cristal y tan fría como el hielo. Sonrió a la vitola de oro.

"Quién sabe", se dijo, "Si no vivimos en el mejor de los mundos posibles". Le parecía muy probable. En cualquier caso, nada podía ser peor que lo que acababa de ver.

-- Valientes hijos de puta-- oyó a su lado -- Espero que los yankees los revienten a todos a bombazos-- siguiendo la mirada del hombre, el historiador alzó su vista al televisor de plasma.

En la pantalla, diez hombres y mujeres morían de rodillas. Las modernas armas automáticas que empuñaban sus ejecutores, calzados con sandalias roñosas y vestidos con pobres chilabas, parecían anacrónicas en sus manos. Segundos después, la contrapartida; cadáveres de civiles abatidos por las bombas aliadas alinearon junto a una zanja. La inmediatez del horror transmitida por la magia de la cámara de un teléfono móvil.

Mientras la locutora de Al-Jazira procedía a desgranar los tímidos avances de peshmergas contra el Califato Islámico, Ricardo Sanchez apuró su cerveza y tomó la decisión de pedir algo más fuerte.

**Manuel Moledo** (1977) Nací en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato "El fin de la Inocencia" [http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012\\_virtual](http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012_virtual)

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron: Volumen 2. "Xornada Fantástica".-"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica).

Volumen 3. "Vieiros de Mañá".-"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Volumen 4. "Nadal Impío".-"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de Contos Extraños y Urco Editora aquí (el artículo está en castellano):

[http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista\\_contos\\_estrans\\_steam\\_pulp\\_da\\_galiza](http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_da_galiza)

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

[http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs\\_no\\_bErcE.html](http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html)

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroe, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Acabo de publicar mi primera novela, de hecho la que debe ser la primera novela en gallego de género Steampunk, "As Aventuras de Margaret White", con la editorial Contos Extraños.



# Melodía en verde

Pérez Gil, Alicia

Lo primero que hizo fue acercarse al fregadero. Tenía sed y se encontraba mareada, como si en lugar de un desmayo inoportuno se hubiese despertado de una borrachera. Notó que alguien la observaba desde algún lugar más oscuro de la propia habitación. Volvió la cabeza con cuidado y vio a una mujer que vigilaba un cochecito en el que parecía dormir un bebé; sólo que el silencio de la habitación era tan absoluto que Noemí creyó que en realidad el carrito estaba vacío. La sed era insoportable.

Abrió el grifo, pero no salió agua. Lo cerró con un golpe seco. Volvió a abrirlo. Nada. Las sienas le latían como dos pequeños corazones que le hubiesen crecido a los lados de la cabeza.

--¿Por qué dormías en el suelo? – La mujer no detuvo el vaivén.

--No estaba durmiendo. He debido de desmayarme, pero no lo recuerdo. – Era la primera vez que veía a la otra mujer.– Escucha.

--¿Qué?

Noemí se acercó a la puerta, a juego con los muebles de estilo rústico, teñidos de un color oliva muy poco común.

--¿No lo has oído? Parecía una cisterna que desaguaba.

--No lo sé. Yo no he oído nada y Sarita tampoco. El ruido de una cisterna la habría despertado. – La mujer acomodó una mantita verde lima que dibujaba la forma de la niña.

--Juraría que he oído una cisterna; pero bueno, da igual. Voy al baño de arriba. Tengo que ducharme antes de que llegue Jonathan. Y ni siquiera sé qué ponerme. Viene a buscarme a las nueve.

La mujer meció con un poco más de brío el cochecito de la nena.

--Pues date prisa entonces. Sólo tienes una hora.

--Claro, no te preocupes. Voy a encender la luz.. No se ve nada.

Buscó el interruptor, lo accionó. Lo mismo que con el grifo, no sucedió nada.

Medio a tientas encontró el pomo de la puerta. Parecía agarrotado. Trató de girarlo, pero no consiguió que se moviera. Lo soltó y se alejó un par de pasos. La oscuridad parecía haberse solidificado en aquella esquina. De nuevo se acercó, recuperó los dos pasos con los brazos extendidos, para empujarla. Chocó contra ella con toda la fuerza de su cuerpo esbelto, modelado en un gimnasio, pero la puerta no se movió. No sólo permaneció cerrada, sino que tampoco crujió, ni tembló, ni se recolocó sobre los goznes. No hubo un pequeño titubeo, ni la impresión de que cedía unos milímetros para volver enseguida a su posición inicial.

Noemí miró hacia atrás por encima del hombro. La mujer y el bebé callaban

como muertos. Ni siquiera oía sus respiraciones. La verdad era que no sabía si seguían allí. De nuevo alargó el brazo en busca del interruptor, pero dejó que cayera inerte a lo largo de su cuerpo antes de encontrarlo. Se había olvidado de que la luz no funcionaba.

--¿Oye? – La punta de la lengua se le pegó un momento al paladar. Necesitaba un vaso de agua.

--Pensé que te habías ido.

Noemí se sobresaltó. Era imposible que la mujer hubiera salido de la habitación, pero la respuesta la pilló desprevenida. Supuso que se debía a la oscuridad tan densa, a ese ambiente al que sólo le faltaban los crujidos, los sonidos extraños de pies que se deslizasen o los chirridos de bisagras mal engrasadas.

--No puedo abrir la puerta.

Inmediatamente después de decirlo se arrepintió. Oyó unos pasos cortos y decididos que se le acercaban desde atrás.

--Tienes razón, – La desconocida hizo una pausa--. Hoy no funciona nada ¿Se ha atascado? Espera, te ayudo y empujamos juntas.

--No, no importa – Noemí se alegró de encontrarse entre tinieblas; de otro modo no habría podido ocultar su respingo--. La niña puede asustarse de la oscuridad. Mejor quédate con ella.

Mientras hablaba apoyaba todo su peso contra la puerta. Incluso tuvo la idea de que quizá se abriese hacia adentro y atrajo la hoja hacia sí. Pero seguía anquilosada como una estatua gigante.

Cuando se cansó del forcejeo, Noemí se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas.

Se despertó sobre su propia cama, en su habitación, tendida sobre la colcha. Tenía sed. Se le había secado la boca y la lengua se le pegaba al paladar como si fuera de velcro. Si no calmaba la garganta irritada no podría centrarse en la preparación de su cita. Faltaba poco y no sabía qué conjunto le sentaría mejor.

Se dio cuenta de que solamente llevaba un zapato y de que ya se había colocado a medias su vestido favorito: uno de gasa verde que caía hasta los pies y se sujetaba al pecho con una banda elástica muy ancha cubierta de cristalitos multicolor que reflejaban la luz y emitían pequeños arco iris iridiscentes. Cuando Jonathan la viera no sabría qué decir.

Quiso encender la lámpara del techo, accionó el interruptor varias veces, pero la oscuridad se mantuvo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que tampoco había iluminación alguna en el exterior. Decidió no preocuparse de ello por el momento. Su prioridad era calmar la sed, así que se quitó el zapato que aún llevaba puesto y se dio la vuelta.

Llegó hasta la puerta del aseo sin un titubeo. Le gustó la sensación de reconocer el terreno en la oscuridad. Si entraba algún intruso ella estaría en una posición

ventajosa.

La impresión de seguridad no duró mucho tiempo: la manilla no giró. Noemí respiró hondo y volvió a intentarlo. La puerta del baño reaccionaba lo mismo que una mole de acero. Contra su voluntad se llevó una mano a la garganta. Sintió cómo se le aceleraba el pulso y cómo un pequeño zumbido en las sienes, que había notado al despertar, se recrudecía. De pronto, lo único que necesitaba era salir de la habitación y encontrar a Jonathan ¿Por qué el silencio? ¿Por qué no había luz? ¿Por qué no podía abrir?

Pero Jonathan no había aparecido. O quizá sí. Quizá había llamado a la puerta principal, habría golpeado la hasta hacerse sangrar los nudillos y ella no habría contestado. Era una estúpida, no había luz, pero las cosas quedaban muy claras: todo apagado, el silencio, ni una nota, ni una llamada para avisar de que no la encontraría en casa. Un desastre. La cita para la que llevaba toda la vida preparándose no se celebraría jamás

--¿Noemí?

O sí.

--¿Jonathan?

Oyó unos pasos que subían por la escalera.

--¿Dónde estás? ¿Estás bien? Has dejado la puerta de la calle abierta.

Noemí no sabía qué la alegraba más, la puerta abierta o que Jonathan hubiese aparecido. Sonrió como si él pudiese verla desde el pasillo, se alisó el pelo rubio y largo con una mano y se aseguró de que el vestido caía en pliegues perfectos hasta sus tobillos. Habría matado por una vela con la que poder buscar los zapatos.

--Estoy en mi cuarto. La puerta se ha atascado.

--Sigue hablando. No veo nada y no sé dónde está tu cuarto.

--No sé qué decirte. Podría cantar, supongo, aunque mejor no. Me daría la sensación de haber vuelto a un concurso de mises. En realidad nunca me ha gustado pronunciar discursos, así que espero que date prisa, por favor.

Noemí se sobresaltó cuando oyó los golpes suaves pero firmes.

--¿Es aquí?

--Sí, aquí estoy.

La respiración de Jonathan no la tranquilizó. Quizá se había acostumbrado al silencio absoluto y por eso su ligero jadeo la irritaba. Los hombres no jadeaban por unas cuantas escaleras.

--No se mueve.

Noemí no contestó.

--¿Estás ahí dentro?

--Sí. La puerta del aseo tampoco se mueve. Es como si las hubiesen sellado.

--¿Has probado la ventana?

--No se me ha ocurrido, pero está muy alto.

--Siempre es mejor criar un moratón en la rodilla que quedarse ahí dentro en la oscuridad ¿no? Tampoco son ocho pisos. No creo que te mates.

Imaginó cómo Jonathan levantaba una ceja y sonreía con el matiz justo de cinismo, mostrando sus dientes blancos perfectos que contrastaban con el bronceado ligero de toda su piel.

--Vale. Tú espérame abajo y recoge mis despojos del suelo. No quedará mucho de mí después de esto.

Igual que la puerta del aseo, Noemí encontró la ventana sin un tropiezo, apartó la cortina y buscó el pomo. No se había dado cuenta de lo asustada que estaba hasta que oyó su propio suspiro en el momento en que el tirador giró, la hoja de la ventana cedió a su presión y se abrió hacia dentro. No lo sabía, pero había estado segura de que no se abriría. Acarició el marco con alivio y llamó a Jonathan. Nadie contestó. Noemí se extrañó de que no se viera un solo farol hasta donde alcanzaba la vista.

Regresó a la puerta de la habitación y oyó los pasos que se alejaban por el pasillo. Se dirigía de nuevo a la ventana cuando sonó un golpe sordo y algo rodó por la escalera. Se paró en seco. Contuvo la respiración. Permaneció tanto tiempo inmóvil que se le agarraron los músculos. Nada. No se oía nada. Recordó que le quedaba la ventana. Cuando se volvió para alcanzarla un calambre en la pierna la tiró al suelo.

Despertó en el recibidor; llevaba los vaqueros y el jersey verde de cuello vuelto ideales para esquiar. Se llevó la mano a la nuca: se había hecho una coleta tan tirante que le dolía la cabeza como si le estuvieran arrancando todo el pelo.

--Hola. Estás muy guapa.

--Una mujer desconocida se acercaba empujando un carrito de bebé.

--Hola.

--Hay alguien ahí detrás. Es un hombre extraño que no ha querido hablar conmigo. Le he dicho hola, como a ti, pero no me ha hecho caso.

--¿Jonathan?

--Espero que no te hable a ti tampoco.

Noemí no miró siquiera a la otra mujer. Jonathan era muy amable. Nunca le negaría el saludo a nadie.

Se paró en mitad del recibidor y miró a su alrededor: la moqueta era verde botella, espesa y nueva. Las paredes estaban cubiertas con un papel de rayas verdes e incluso la balastrada doble de la escalera mostraba un tono verde claro. Noemí advirtió que el coche en el que dormía tan callado el bebé al que acunaba aquella mujer era

verde lima y que los marcos de los espejos hacían juego con la moqueta. Sin darse cuenta echó a correr hacia donde la otra decía que había visto a Jonathan. Tenía que ser Jonathan.

Lo encontró bajo el hueco de la escalera. Llevaba unos pantalones verdes y una corbata verde a juego asomaba bajo su cuerpo. Había caído boca abajo, las palmas hacia arriba y los pies extrañamente rígidos.

--No tiene cabeza ¿Crees que por eso no me ha hablado?

Entonces las dos oyeron el sonido de una cisterna en una casa vecina. Noemí reaccionó. Habría corrido hacia la puerta de la calle, pero no pudo dar un solo paso: un grito desgarrador la paralizó. Ni siquiera cerró los ojos aunque toda la habitación se había iluminado de repente. Oyó unos pasos torpes y rápidos que se acercaban desde su espalda. Quiso darse la vuelta, pero el cuerpo no le obedecía. Entonces sintió que algo caliente y húmedo la apesaba y la levantaba. Apenas podía respirar. La casa se alejaba bajo sus pies cuando vio que una mano gigante y regordeta recogía algo del suelo del recibidor y lo ponía a su altura: el cuerpo decapitado de Jonathan.

--¡Papá! ¡Papá!

Sonaba como una niña desesperada.

--¡Papá! ¡Mi hermano le ha arrancado la cabeza al novio de la Noemí!

Y otra voz, de adulto, contestó.

--No te preocupes, nena. Vete a la cama, que mañana te compro otro.

**Alicia Pérez Gil** escribe desde los doce años. Ha colaborado en varias antologías con temáticas relativas al horror y publicado un libro de relatos, [Inquilinos](#), y una novela corta, [Deabru](#), también dentro del género de terror; aunque se mueve con comodidad en la novela juvenil y el drama.

Este relato se encuentra incluido en [Inquilinos](#), libro que se puede conseguir en Lektu ( <https://lektu.com/l/alicia-perez-gil/inquilinos/1501> )



# Pluriempleo

Manzanaro, Ricardo

## Aparición a medianoche

Pasaban dos minutos de la medianoche, cuando el espectral individuo logró acceder al interior del edificio, a través de un estrecho hueco, de imposible acceso para cualquier humano, pero no para él, un famélico ser en el que los huesos amenazaban con perforar la raída y putrefacta piel.

En el interior, un hombre, elegantemente vestido, leía textos en los que se repetían palabras como "terapia", "síndrome" y "complejo".

En ese momento, el monstruo irrumpió en la habitación, bramando los terribles hechos de su maldita vida, mientras de sus vísceras al aire goteaban líquidos pestilentes.

El otro, muy sereno, comenzó a interrogar al espectro acerca de por qué venía, y de su vida, a lo que este respondió. Media hora después, el zombi salía de la vivienda, más animado y prometiendo volver.

Una placa en el exterior del portal rezaba: "Dr. Hernández. Psicólogo. Experto en satanismos y posesiones". Lo que la gente que leía eso no se imaginaba era que él hacía terapia a los espectros y los demonios.

## Mote

Como la tenía un poco voluminosa, sus padres y conocidos siempre se habían referido a su cabeza como "la calabaza".

Aquel año, al ver las expresiones de terror de la gente, tras mostrar su calabaza para Halloween, sospechó que se había equivocado en algo.

## Terror tras la puesta del sol

Todos los días, según progresaba el atardecer, la angustia carcomía a Juan. Una vez desaparecía atisbo alguno de la luz solar, hordas de zombis se levantaban de sus tumbas y acosaban la casa de Juan, ansiando probar su carne. Luego, cuando faltaba poco para el amanecer, retornaban a sus tumbas.

En aquella jornada, la terrorífica rutina comenzó de nuevo. Se fue la luz del sol. Se levantaron los espectros, marchando hacia la casa de Juan. Pero, inesperadamente, sólo media hora después, la luz regresó. A los zombis no les dio tiempo a regresar y murieron carbonizados.

Juan se libró de los monstruos gracias a un eclipse total de sol.

## Pluriempleo

Juan Miguel se dijo mentalmente que le darían el Nobel al tipo que descubriera por qué a las mañanas, antes de trabajar, si siempre se hacía lo mismo, unas veces se terminaba con tiempo de sobra y otras se llegaba al inicio del horario laboral a falta de segundos.

Juan Miguel se sentó en su despacho, se colocó la unidad de control y ya escuchó la señal de de activación para comenzar su trabajo. Afortunadamente, en este primer trabajo de los que debía prestar durante su horario laboral, no necesitaba desplazarse. Así que dio la orden de inicio. En milésimas de segundo, la señal salvó la distancia que le separaba del robot, y llegó al centro de control del autómatas, haciendo que se pusiese inmediatamente en marcha. La imagen que veía Juan Miguel era siempre la misma, y lo único que variaba era el trabajo a realizar. Tras examinar el tipo de tela que debía coser, Juan Miguel ordenó al robot que tomara hilos de colores y texturas diferentes, y luego especificó el procedimiento a llevar a cabo. El robot comenzó a coser, según lo estipulado por Juan Miguel.

En ese instante sonó el aviso de comienzo del horario de su robot electricista. Examinó las tareas a realizar y estableció el plan de actuación para la jornada. Lógicamente, en este trabajo si había que desplazarse. Entonces Juan Miguel guió desde la sala de control al robot electricista, mientras ojeaba periódicamente como cosía el otro. En el plazo de 15 minutos sonaron dos avisos más. Poco después, Juan Miguel conseguía coordinar al robot cosiendo, al segundo arreglando electrodomésticos, a otro que suministraba guías y folletos de información a los visitantes del museo marítimo, y a un cuarto que atendía en un comercio de alimentación. A partir de las 13.00, cuando había algunos momentos de relativa tranquilidad, aprovechaba para comer algo. Tenía una mini-nevera y un microondas al lado de su lugar de trabajo. Y, cuando podía, se calentaba la comida cocinada la noche anterior, y se la zampaba con rapidez. A la tarde, el estrés se incrementaba extraordinariamente, porque se sumaba un trabajo que demandaba mucha atención. A las 18.00, un robot camarero, controlado por él, comenzaba a servir en un bar de copas.

Y así transcurrió la jornada, dominada por ese frenesí de tener que controlar a la vez la labor de cinco robots. Suele pasar que uno está acostumbrado a una inhumana jornada laboral, pero va tirando, como si estuviera en "piloto automático", hasta que llega un día en que, por la razón que sea, se para a pensar y se da cuenta de la porquería de vida que lleva. En el caso de Juan Miguel, esa noche, revisó el correo, descubriendo que el banco le había actualizado el tipo de interés de su préstamo y ahora tenía que pagar más de intereses. Esto suponía que ya no llegaba a fin de mes. Tenía que coordinar hasta cinco robots a la vez, para ir sumando los miserables sueldos que cobraba por ellos, y ahora ya no le servía ni para evitar los números rojos.

Y fue en ese momento de desesperación, con su mente en blanco, mientras ojeaba automáticamente un suplemento dominical, cuando Juan Miguel se fijó en un artículo, titulado "Como hacer un buen organigrama". Y entonces se le encendió la bombilla...

La estrategia resultó bien. Adquirió tres nuevos robots y los "nombró" coordinadores, dirigiendo cada uno de los cuales a su vez a cinco robots en sus respectivas labores. Así Juan Miguel sólo tenía que controlar y supervisar a los coordinadores. Tras los buenos resultados de esa estrategia, semanas después, decidió ir ampliando su poder laboral. Y ahora, transcurrido un año desde el día en que se le ocurrió la idea, había cuatro robots coordinadores, cada uno de los cuales controlaba a cinco sub-coordinadores, los cuales a su vez se encargaban de dirigir a los robots operarios, que trabajaban en labores de lo

más variopintas. Y, gracias a aquellos más de veinte empleos y treinta robots, Juan Miguel llegaba a fin de mes con cierta holgura

**Ricardo Manzanaro** (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción ( <http://www.notcf.blogspot.com/> ). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma "TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror" ( <http://terbicf.blogspot.com.es/> ). Tiene publicados más de 40 relatos

# Principito

## Cascales Vázquez, José

Libia, desierto del Sahara, 31 de Julio de 1977

Estimado Señor. D. Antoine de Saint Exupéry:

En primer lugar quisiera pedirle disculpas por mi irrupción en su descanso perpetuo a través de la presente. No tengo la menor duda de que no lamentará dedicarme unos pocos minutos de su eternidad.

Sin más dilación comienzo la historia:

El pasado veintinueve de Junio partí con mi avioneta hacía el desierto del Sahara para realizar un reportaje fotográfico. El viaje, además, tenía una segunda intención más personal, pretendía aislarme completamente del mundo por unos días y así asimilar como es la vida en soledad para poder transcribirlo en mi nuevo proyecto literario.

Y a esa parte me quiero referir.

Treinta días más tarde, una vez terminado el reportaje fotográfico, establecí mi campo base a cincuenta kilómetros de cualquier punto habitado.

Esa misma noche ya había llegado a mí destino con mis pocas pertenencias: una mochila, una tienda de campaña, tres mantas, mi navaja multiusos, un hornillo y provisiones para siete días.

Una vez colocado todo en su lugar encendí el hornillo, con la intención de disfrutar el momento en compañía de un café.

Comencé a empaparme del silencio y del aislamiento.

El cielo nocturno del desierto es maravilloso. Sin contaminación lumínica, las estrellas, constelaciones y planetas, parecen luces artificiales colocadas sobre un enorme y agujereado manto negro. Quedé hipnotizado por el titilar de las estrellas.

Saboreaba la tranquilidad y mis ojos se cerraban pero... no llegaron a hacerlo. Una estrella se desprendió de su lugar e impactó cerca, provocando un luminoso estruendo y un ligero temblor en el suelo.

Me dirigí al lugar donde las llamas eran más intensas. Mi mente corría más deprisa que mis piernas. Deseaba llegar lo antes posible y ayudar a la gente que hubiese sobrevivido al accidente.

Frené mi carrera en seco. El fuego se extinguió como una vela soplada en un cumpleaños, las estrellas se apagaron, la luna desapareció y la negrura absoluta se adueñó del universo. Silencio.

Algunos segundos más tarde volvió la normalidad con un invitado: un niño rubio que apareció de ningún sitio. Pasó delante de mí sin siquiera mirarme. Le grité mientras se

alejaba y siguió sin hacerme caso. Decidí dirigirme hacía donde se había producido el siniestro esperando encontrar trozos esparcidos de una avioneta, pero cuando creí llegar al lugar del impacto no había rastro de aeronave ni de supervivientes ni nada que perturbará la soledad de las dunas del desierto.

Volví corriendo hacia el campamento recordando al niño rubio. Debería haberlo adelantado pero el camino estaba tan despejado como antes.

Al llegar al campamento todo seguía igual, bueno para ser exactos el café se había derramado y el hornillo se había apagado. Entré en la tienda y verifiqué que el equipo fotográfico estaba en su lugar, así como el resto de enseres.

Salí de la tienda gritando como un poseso al niño ausente.

Corrí a izquierda y a derecha, al frente y atrás. Ni rastro del mocoso.

Decidí tranquilizarme.

El frío empezaba a introducirse en los huesos y volví a la tienda.

Reflexioné. No era capaz de entender que había pasado.

-- ¿Me habré quedado dormido y esto ha sido un sueño? No, claro que no.

Abrí los ojos. Me sentía observado. Todo estaba oscuro pero apreciaba una leve respiración cerca, muy cerca. Una voz me sobresaltó aún más si cabe

-- No te asustes, soy yo, el niño.

-- Pero...--quise incorporarme pero una de sus manitas se apoyó en mi pecho.

-- Por favor no te levantes, no tengo tiempo y necesito que me escuches.

Su voz suave sonaba imperiosa y a la vez amable obligándome a obedecerle sin esfuerzo alguno.

-- Cuando despiertes debes enviarle una carta y contarle que me has encontrado... que te has encontrado.

-- ¿A quién? ¿De qué estás hablando? ¿Encontrarte, encontrarme...?

Me incorporé entre sudores fríos y jadeos. Me froté los ojos y me tranquilizó ver que estaba en la tienda recibiendo las primeras luces del día, en silencio y solo. ¿Solo?

Al lado de mi almohada tenía un ejemplar de "El Principito" y una nota escrita que decía: "El Principito soy yo"... era mi letra.

Un saludo afectuoso de su niño.

**José Cascales Vázquez** (Badalona, 1964) reside en Madrid. Master en Marketing y Ventas. Mantiene un blog dedicado a los relatos de ciencia ficción <http://josepcascalescf.blogspot.com/> y una página en facebook [Relatos Cortos. Ciencia Ficción https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/](https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/) con información relacionada con la Ciencia Ficción y la Ciencia en general.

Ha colaborado en la revista MiNatura con el relato "La justicia siempre llega", en Inari con "Insurrección: El nacimiento de un superhéroe", en el portal ficcioncientifica.com con el relato "[Reprogramación](#)", así como en "Relatos escogidos del Taller Literario Terbi" de la Asociación Vasca de Ciencia-ficción, Fantasía y terror, con dos relatos: "Mutación" y "Reprogramación".. También ha publicado varios relatos en el periódico A21: "Jules" y "Viajes en el tiempo".

# Sidgrid

Ponce, Laura

24

Hay un silencio extraño; el viento de la planicie se ha detenido. Parada en el umbral de la nave y sin poder dar un paso más, Lis se da vuelta para mirar por encima del hombro. Y de pronto, sin que medie su voluntad, está otra vez en todos los momentos que la han conducido hasta ese sitio. Son como fotogramas ordenándose, trozos sueltos de una película de la que ella es al mismo tiempo espectadora y protagonista, los percibe igual que cuentas engarzándose en un gran rosario, y sus pensamientos y emociones actuales se sobrepunen entre los pensamientos y emociones que revive.

1

El sol se está poniendo, pero ya casi no se ve entre las nubes que se aprietan sobre el horizonte. El viento huele a agua. Bajo el toldo de la UVM --Unidad de Vivienda Móvil--, desde su reposera, Lis contempla la tormenta que se avecina, que ya avanza sobre la llanura, y piensa que eso no la entusiasma como solía hacerlo. <Pero la esperanza es lo último que se pierde, se repite la Lis espectadora.> Y la Lis protagonista baja de la plataforma para alistar el equipo otra vez.

2

Es más de medianoche. Llovizna. Lis lleva horas esperando. Desde su puesto de observación, mira casi con indiferencia las redes tendidas sobre la hondonada. Antes iba lejos, estudiaba cada zona, tendía cuidadosamente las redes sobre grandes áreas, se entusiasmaba con los preparativos, invertía en equipos, en tutoriales que explicaban el uso de los equipos, en tutoriales que explicaban el uso de los tutoriales... pero fue perdiendo el interés. Ahora, sentada frente a la hondonada, a escasos cien metros de su UVM, bosteza mirándose las uñas y piensa que va siendo hora de regresar, cuando cae un último chaparrón. Ajusta el dispositivo de visión nocturna justo a tiempo para ver que algo cae en una de las redes: un hombre. Abandona el puesto de observación y baja la cuesta. Va hacia la red intentando mantener la calma. Camina rápido, al final casi corre. <Lis se avergüenza.>

3

Amanece sin prisa. Lis contempla los cambiantes colores del cielo acodada en la ventana. En la brisa fresca que le da en la cara está el último rastro de la lluvia. Casi el último rastro, piensa, y se da vuelta. En su cama todavía duerme el último hombre que cayó en su red. Un repiqueteo molesto le llega desde la cabina. Se cierra la bata de newsatén, va hacia la radio y contesta:

--Hola, Isa.

--Hola, Lis. ¿Hubo suerte anoche?

--Sí, pero no es gran cosa.

--No te quejes --gruñe ella, con un dejo de rencor--. Fuiste la única. Todas las demás pusimos las redes para nada.

Lis no responde. Después de un momento comenta:

--Mañana es sábado. Nos juntamos en el puerto como siempre, ¿no?

--¿Qué? ¿Vas a estar desocupada? --Hay sorna en la pregunta.

--Te dije que no es gran cosa.

--Vos te quejás de llena.

Lis murmura algo, pero si su interlocutora la escucha no comprende lo que dice, y si comprende lo que dice no se da por aludida.

--Bueno, nos vemos mañana --concede al final--. Chau.

--Chau, Isa. Nos vemos.

Lis vuelve al dormitorio y, recostada en la pared de duraluminio, observa al hombre que duerme. <¿Será eso?, se pregunta otra vez, ¿Seré una desagradecida? ¿Estaré pidiendo demasiado?> Sonríe al ver que él se da vuelta y con un ademán infantil aparta las sábanas símil algodón --esas que le costaron una fortuna--, se incorpora sonriendo con los ojos aún entrecerrados, se pasa la mano por el cabello despeinado y pregunta:

--¿El baño?

--Esa puerta de ahí --dice Lis, señalando sobre su hombro.

Permanece junto al umbral y cuando pasa a su lado, cuando Lis cree que la besará, él le aprieta uno de los senos, lo suelta y sigue caminando.

--Qué gomas, mamita.

Por un instante Lis es incapaz de moverse. Luego se da vuelta y lo observa yendo hacia el baño. Él se rasca el glúteo izquierdo.

--Esa puerta, no. La otra --dice ella.

--¿Esta? --pregunta él, todavía medio dormido.

--Sí --responde ella, mientras el hombre se dirige hacia la puerta principal de la UVM.

Apenas abre la puerta, la fuerte luz del sol le da de lleno, iluminando la estancia y reduciéndolo a un pequeño montón de arena.

#### 4

El horizonte se espeja sobre el hirviente terreno pedregoso. Bajo el cielo que lastima de azul, el vehículo personal avanza como un bólido. El paisaje parece siempre el mismo, continuo, inalterable. Billones de pálidos guijarros grises relucen sobre la tierra polvorienta como escamas, como testimonio de antiguos habitantes de un mar olvidado. Hay cierta pureza en las formas, cierta economía en los colores, que Lis ha aprendido a disfrutar. Sin embargo, está segura de que esa continuidad y esa monotonía son engañosas, de que en Sidgrid casi nunca las cosas son tan simples como parecen. Lleva mucho tiempo --ya no recuerda cuánto-- trabajando como geóloga en este extraño lugar. Forma parte del tercer grupo enviado por la Compañía Minera. El primero después del Evento. Lis sonrío con una sonrisa torcida al pensar en eso. El Evento. Ese es el modo impreciso, algo despreocupado, en que los empleados de la Compañía se refieren a lo que les sucedió a las dos primeras naves enviadas a Sidgrid. Según se dice, ambas representaban el epítome de la tecnología de su época y sus tripulaciones, lo mejor que la Compañía podía reunir. Habían recorrido juntas el largo camino hasta la zona de la singularidad, un camino difícil, plagado de potenciales peligros, sin informar dificultades técnicas ni de ningún otro tipo. Todo parecía en orden al llegar al planeta. Pero, en el momento en que abandonaron la órbita e ingresaron en la atmósfera para descender a la superficie, se desintegraron.

Eso podría resultar raro, incluso inquietante, pero no era lo más extraño del caso. Lo realmente extraño, como Lis y sus compañeras descubrieron al poco tiempo de llegar, ocurría las noches de tormenta. Algo en las capas bajas de la atmósfera reaccionaba con la lluvia. O quizás con las descargas eléctricas. Y algunos hombres --las dos primeras



tripulaciones estaban compuestas sólo por hombres, igual que la de ella estaba compuesta sólo por mujeres-- volvían a materializarse y se precipitaban a tierra. Desde todo punto de vista, parecía algo condenado al desastre. Porque ni siquiera los que se salvaban de morir a causa del impacto estaban por completo a salvo. Sus cuerpos demostraron ser muy inestables, podían colapsar en cualquier momento, y eran especialmente vulnerables a los rayos UV. Además, regresaban del no-espacio-no-tiempo sin recuerdos de lo que les había ocurrido y se mostraban inquietos, confundidos. Algunos creían soñar y lo tomaban con una alegría histérica, otros rechazaban la vida con una sensación de malsana extrañeza. Siempre amenazados por la disolución, incluso cuando se les daba la oportunidad, eran pocos los que lograban adaptarse a su nueva existencia.

Y aun así se seguían tendiendo las redes.

Al principio Lis se sintió fascinada por el fenómeno; abrazó la pesca como una misión de salvamento. Pero, a medida que aumentaba la competencia y sus motivos se hacían más egoístas, advirtió que no manejaba la decepción tan bien como otras.

El viento comienza a soplar con fuerza. Lis puede oírlo incluso a través del casco y la velocidad. Suena como un arrullo, parece tratar de confortarla, parece tratar de mostrarle el camino correcto, y ella se deja guiar.

## 5

El puerto no es gran cosa: apenas algunos almacenes, un par de hangares y unos cuantos edificios en torno a una explanada en la que sólo descienden indistinguibles módulos de abastecimiento. De lejos se asemeja a una maqueta, a algo fuera de escala, acechado por la inmensidad de la llanura que lo rodea. Las luces que se encienden mientras cae la noche parecen el llamado de alguien que está perdido. Quizás todos lo estamos, piensa Lis al ir acercándose.

Baja la velocidad al recorrer el último tramo del camino, atraviesa la explanada, maniobra y detiene el vehículo junto a otros VPs, frente al edificio principal. Se quita el casco, sacude el cabello, mueve los músculos de la cara entumecidos por la máscara y se inclina estirándose hasta tocarse la punta de los dedos de los pies. Ahora sí, se dice sonriendo. Toma aire e ingresa en el ruidoso edificio donde palmeras falsas contra falsos paisajes playeros pretenden imitar la decoración tropical de algunos bares de antaño.

Suena "I can't take my eyes off you". Siempre está sonando cuando ella llega y siempre se pregunta si es el único remixado de grandes éxitos que tienen. El volumen de la música es alto, demasiado. Las mujeres en la barra y en las mesas ríen y conversan a los gritos, como si se vieran obligadas a dar prueba de su alegría. Aunque es temprano, casi todas las que Lis conoce están allí. Isa sale a su encuentro bebiendo de un vaso con forma de coco.

--Y viniste, nomás... Sola. --Hay un énfasis desagradable en la última palabra, pero Lis decide ignorarlo.

--Hola, Isa, ¿cómo estás? --responde besándola en la mejilla, mientras ve de reojo como otras cuchichean y la miran con desdén o incluso franca hostilidad.

--Vení... Las chicas están por acá --dice Isa, guiándola entre las mesas.

## 6

Lis ya sabe cómo son estos encuentros, los temas de conversación son siempre los

mismos: chismes varios, los últimos resultados de la pesca, una que otra anécdota picante, quién está con quién haciendo qué. Está aburrída. Pensó que venir la ayudaría a distraerse, pero pasa justo lo opuesto.

Mira a los rostros sonrientes, expectantes, demasiado parecidos a máscaras, de las que comparten la mesa con ella y luego alrededor, a los otros rostros igualmente sonrientes y expectantes, igualmente parecidos a máscaras. Se fija en el lenguaje corporal, en la excitación y la competencia en torno a los muy pocos hombres presentes --la mayoría empleados de la casa--: hombres poco atractivos, poco interesantes, que en otro lugar no merecerían una segunda mirada, acá son consentidos, asediados o lucidos como trofeos. Y todo parece estancado, invariablemente anclado en el tiempo. Entonces piensa en su propia experiencia repetida: recuerda al mecánico rubio y vanidoso --el primero que expuso al sol--; recuerda al médico de voz grave y ojos oscuros --el que mencionaba a su madre cada vez con mayor frecuencia hasta que lo hizo durante un paseo y terminó en el fondo de un barranco--; recuerda al científico moreno --ese que había durado un par de semanas, más que ningún otro, hasta que comenzó a sentirse demasiado cómodo en la UVM y a hacer exigencias respecto a la comida <Igual que cada vez que eso viene a su mente, Lis piensa en que tuvo cierta justicia poética haber acabado con él de un sartenazo>. Y como en una catarata los recuerda a todos: recuerda a los maleducados, a los egoístas, a los sabihondos, a los mentirosos, a los que poseían varias de esas virtudes al mismo tiempo. Recuerda cierta noche en la que soñó que todos eran, una y otra vez, el mismo hombre.

--¿No podemos hablar de otra cosa? --pregunta. Y todos los rostros en torno a la mesa se vuelven hacia ella.

--¿Y de qué tenés ganas de hablar? --Magda se echa otro maní en la boca. Parece estar haciendo un gran esfuerzo por no escupírselos en la cara.

--No sé... De otra cosa. No es el único tema en el mundo, ¿no? --Lis sonrío tímidamente, pero ya nadie la mira, ni siquiera Isa.

--Mirá, si a vos no te interesan las cosas de las que charlamos, no sé para qué viniste.

Lis sonrío otra vez, ahora con amargura.

--Tenés razón, Magda: yo tampoco sé para qué vine. --Retira la silla, toma sus cosas y se encamina hacia la puerta.

--Lis... --protesta Isa poniéndose de pie.

--Ma sí, dejala que se vaya --dice Lupe mientras ella se aleja--. Si va a venir con esa cara, mejor que no venga.

Lo dice fuerte, como para asegurarse de ser escuchada. Lis aprieta los dientes y apura el paso rodeando las mesas. La puerta no está tan lejos.

## 7

Ha caído la noche. Lis está tan concentrada en el viaje de regreso que no se da cuenta de la tormenta hasta que llega a casa. Ya está dentro de la UVM cuando el rugido de los truenos retumba en la planicie. Una ráfaga húmeda irrumpe por la puerta y la lluvia comienza a repiquetear sobre el techo. Sorprendida, Lis se asoma a la ventana y ve el cielo apretado de nubes que se descargan iluminándose aquí y allá con sordos estallidos de plasma.

Cierra la puerta, apaga la radio y se acuesta tapándose hasta la cabeza. Está harta de aquello. Harta de esperar que algo suceda. Harta de la sensación de que nada cambia ni cambiará. Harta de ese planeta desquiciado y de la forma en que las ha afectado a todas. Harta de la naturalidad con que las demás aceptan lo extraño como normal a fuerza de

convivir con ello. ¿Es que no se dan cuenta? ¿Cómo es posible que ella sea la única en no consentirlo? ¿Cómo es posible que ella sea la única que no pueda torcer, rectificar y adaptar su vida, que no pueda callar y aceptar? Pero no importa cuánto se esfuerce, al final siempre es lo mismo: todo allí le parece vacío, insípido, sin sentido. O peor: la continua y abominable reiteración de actos y cosas vacías, insípidas, sin sentido <Lis se estremece. Casi desde el principio esa impresión ha sido como una espina en su mente: una pequeña molestia que surgió un día cualquiera, que reaparecía cada tanto con algunas sensaciones o pensamientos, y que luego fue haciéndose notar cada vez con mayor frecuencia hasta convertirse en una inquietud constante e insoportable. Pero siempre aparecía algo más, algo que la distraía, y ella dejaba de pensar en eso.>

## 8

Lis se incorpora de pronto. Al principio no entiende por qué. Afuera llueve aún, pero sabe que no es eso. Se baja de la cama y sale cautelosamente del dormitorio. Entra en el recibidor a oscuras y los golpes en la puerta la sobresaltan. Patea por lo bajo.

--¿No podías esperar hasta mañana, Isa? --pregunta a los gritos mientras va hacia la puerta. Abre de un tirón y se queda sin aliento.

El hombre se apresura a disculparse:

--Perdone la molestia, sé que es tarde, pero ¿me permitiría usar su radio?

Está empapado y tiene un feo golpe en la frente. Lis está atónita.

--No fue un buen aterrizaje --agrega él tocándose la frente, y sonrío de un modo extraño, el modo en el que sonrío alguien a punto de desmayarse. Luego se cae.

Lis se asoma. Mira hacia un lado, mira hacia el otro. No ve ningún vehículo, nada salvo la llanura pedregosa que se ilumina con una descarga lejana. Da un paso cruzando el umbral y observa al hombre desplomado sobre la plataforma de entrada. Lo toca con la punta del pie, pero él no se mueve. Vuelve a mirar hacia uno y otro lado, piensa en Isa, en que es una broma. Tiene que serlo. Pero el hombre no se mueve. Finalmente se inclina sobre él y le aparta el cabello de la frente. El golpe es real. Se pregunta de dónde habrá venido, si habrá escapado de la red de alguna. Está sucio y maltrecho, como si hubiera caminado desde lejos, como si se hubiera caído y levantado varias veces. Si escapó, ya lo reclamarán, piensa. Pero la otra parte de ella replica: <¿Y si no fuera tan sencillo?>

--Hay que ocuparse de una cosa a la vez --murmura finalmente.

Trae la alfombra del recibidor, hace rodar al hombre sobre ella y la utiliza para arrastrarlo hacia el interior de la UVM. Es un hombre grande y pesado, pero logra moverlo con facilidad. Lo acomoda sobre el piso, apoya su cabeza en un almohadón y busca la caja de primeros auxilios. Limpia y desinfecta cuidadosamente la herida. Es un golpe fuerte, aunque no necesita sutura. Revisa el cuerpo magullado en busca de huesos rotos o lesiones internas, pero se siente súbitamente incómoda al palpar el ancho pecho y sentir la piel tibia, la respiración acompasada. Se dice que no tiene otras heridas graves y abandona el examen.

## 9

Él trata de incorporarse bruscamente y se marea.

--Espacio --dice Lis, dejando las muestras de roca en las que trabajaba y acercándose para ayudarlo. --Te pegaste un buen golpe. Por suerte no parece grave. ¿Tenés sed?

Él asiente. Tiene los labios reseca. Lis sirve agua en un vaso y se lo entrega.

--Gracias --murmura él. Bebe con cautela echando una mirada a su alrededor: los

muebles de la pequeña sala, el complejo equipo de análisis y algunas piedras sobre el escritorio desordenado, la puerta cerrada del dormitorio, el armario que es la cocina...

--¿Dónde estoy? --pregunta finalmente.

--Anoche me golpeaste la puerta --dice Lis señalando la de entrada--. ¿Te acordás?

--Más o menos... --responde él, pero no parece muy seguro. Luego se queda mirándola y agrega--: De vos sí me acuerdo.

Lo dice de una manera extraña, como si hablara de una certeza en el borde de su memoria. Después mira detrás de ella, por la ventana.

--¿Todavía llueve?

--Sí --responde Lis, y se da vuelta para observar también. Se encoge de hombros--.

Parece que va a durar un poco más esta vez.

## 10

Después de dos días todavía llueve. Lis no puede creerlo. Si no fuera porque sabe que tal cosa no existe en Sidgrid, pensaría que se ha iniciado la temporada de monzón. Parece algo completamente incompatible con el paisaje y sin embargo ahí está: la lluvia apenas si varió su intensidad desde que comenzó la tormenta. Es como si la planicie siempre esperara el momento en que ella más segura estuviera de saber a qué atenerse para volver a desconcertarla. No es que me esté quejando, admite al final y se vuelve hacia el armario-cocina, donde él prepara la comida dándole la espalda. Está canturreando y hace un movimiento con la cadera ante el que Lis no puede evitar sonreír.

--Acomodá la mesita que ya llevo los platos --dice sin darse vuelta.

--Hace rato que está lista. Espero que tanta demora valga la pena --se burla Lis, recargándose en la pared.

--Ya vas a ver, ya vas a ver. Lo que pasa es que vos no me tenés confianza --responde él, enarbolando el utensilio con el que revuelve.

Lis suelta una carcajada. Y su reflejo en el espejo la sorprende. No recuerda cuándo fue la última vez que rió de ese modo.

## 11

Lis lo observa mientras comen. Iván. Le gusta su nombre. Le parece poco frecuente y, sin embargo, familiar. Es como si ese nombre estuviera unido con largos hilos de plata a un montón de cosas que ella no llega a ver. Entonces nota que está distraído. Se pregunta en qué estará pensando y casi sin darse cuenta lo dice en voz alta.

--En mi nave --responde él.

Lis se siente incómoda.

--Lástima que la radio no funcione cuando hay tormenta... --dice lentamente, como disculpándose. Y agrega--: Pero no te preocupes, apenas pare de llover te voy a llevar al puerto. Seguro allá vas a encontrar a alguien que pueda ayudarte. Se van a matar por un tipo como vos, piensa con rencor. Aun así, cree que es lo mejor que puede hacer. Será la primera vez que entregue a alguien y la idea no le agrada, pero está harta de los juegos sin sentido.

--Perdoname, debés pensar que soy un malagradecido --Iván toca su mano, se ve genuinamente apenado--. Te aseguro que aprecio lo que hiciste por mí. Lo que pasa es que...

Parece no saber cómo continuar y retira la mano. Lis mira su propia mano, que se le quedó como clavada a la mesa. Sintió algo perturbador en el contacto y tiene miedo de

alzar la vista y encontrarse con los ojos de él. Se da cuenta que no sabe qué le resultaría peor: hallar alguna evidencia de que a él le pasó lo mismo, o de que no le pasó.

--Está bien, no te preocupes --dice Lis cuando logra recuperarse.

Y siguen comiendo en silencio.

## 12

Lis despierta sobre la alfombrita. Apartando la vieja manta, estira perezosamente los miembros doloridos. Lo último que recuerda es que estaba charlando con Iván --él le contaba algo acerca de los años que lleva en el espacio, de que este iba a ser su último viaje--. Debió quedarse dormida. La ventana es un rectángulo azul brillante y el sillón está vacío. Se levanta de un salto y lo ve con la mano sobre el picaporte de la puerta principal de la UVM.

--¡No! --grita, y él aleja la mano del picaporte como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Lis se le acerca intentando suavizar su tono--: No podés salir así. Acá el sol es peligroso, te puede hacer mal.

Iván tiene los labios estirados en una semisonrisa perpleja. Lis lo conduce hacia el sillón y se sienta junto a él.

--No quiero que te pase nada malo --dice por fin, y se sorprende de lo cierto que es eso. Se ruboriza y entonces él sonrío. Esta vez con una sonrisa franca y hermosa <Qué ojos que tiene, piensa Lis>.

--Voy a buscarte un traje --declara poniéndose de pie, y se dirige hacia el dormitorio procurando caminar con seguridad.

Le llama la atención este deseo de salir de Iván --todos los otros demostraron cierto temor al sol, como si de algún modo supieran del peligro que representaba y procuraran mantenerse alejados de él--. Sin embargo, para cuando descuelga el traje, ese pensamiento ha desaparecido bajo cuestiones más inmediatas.

## 13

Con el estómago revuelto, Lis revisa que el VP esté preparado para llevar a Iván al puerto. El poderoso motor está en condiciones y la carga de energía es más que suficiente para hacer el viaje, pero Lis no les está prestando verdadera atención. Mientras verifica los controles trata de pensar en alguna excusa, en algún modo de ganar tiempo, sin embargo tiene la desesperante sensación de avanzar por un túnel donde no hay margen para movimientos improvisados. Se dice que es tonto tomarlo de ese modo, que no lo va a llevar al matadero, además tampoco está renunciando a volver a verlo. Pero las manos le tiemblan. Entonces se pregunta por qué no puede ser como las demás, por qué no puede ser un poco más autocomplaciente, por qué se empeña en privarse de lo que desea. ¡Porque no es real!, se responde, y agarra a patadas el vehículo.

Se deja caer en el piso, profundamente abatida. No sabe cuánto más le durará la cordura en ese sitio, cuánto más podrá soportar el cotidiano, constante embate de las cosas.

Cuando levanta la cabeza, ve que Iván salió de la UVM enfundado en el traje. Es un traje Yabris. Ajustado y enterizo, fue diseñado para mantener al usuario fresco, cómodo y seguro en un ambiente como el de la planicie. El fino material microporoso y termocrómico reacciona a los cambios en el entorno y regula la temperatura del cuerpo. El sombrero de ala ancha completa el atuendo que podría protegerlo tanto del sol como de la lluvia. Lis piensa que, aunque podría verse ridículo, no luce nada mal.

Especialmente porque no le dijo que podía ponerse la otra ropa encima. Maliciosa, lo

observa mientras él camina unos cuantos metros y se inclina para tomar algo del suelo. Entonces tiene una inesperada certeza: ella lo ha visto antes inclinado así, pero cuándo, ¿en un sueño? Es una sensación extraña. Va hacia él como siguiendo un rastro marcado en el aire.

--¿Por qué vos no usás traje?

La pregunta la toma desprevenida y sólo atina a responder:

--Ya estoy adaptada.

--¿Cuánto tiempo toma la adaptación?

--A algunos --iba a decir "hombres" pero lo evita justo a tiempo-- les toma más que a otros. --Y se pone en cuclillas junto a él para preguntar--: ¿Qué encontraste?

--Esto me llamó la atención --dice Iván mostrándole un guijarro oscuro que brilla sobre la palma enguantada de su mano.

Lis lo toma y lo estudia cuidadosamente a contraluz.

--Tendría que analizarla --murmura-- pero creo que en todo el tiempo que llevo acá clasificando piedras, nunca encontré una de este tipo. Es muy rara, no es de esta zona.

--Esperá --dice Iván. Se fija alrededor, mira entre los otros guijarros y, como si supiera dónde buscar, aparta una piedra más grande y agrega--: Acá hay otra igual.

Lis mira desconcertada el otro guijarro que él le ofrece.

--Te aseguro que sé de lo que estoy hablando...

--Te creo --responde él. Parece tanto o más sorprendido del descubrimiento que ella, sin embargo Lis se siente obligada a explicar:

--En serio, es muy raro. Así, a simple vista, puedo decirte que son muy distintas a todas las piedras que abundan en esta zona. Creo que podría buscar en toda la planicie y no encontrar otra igual, y estas dos estaban justo una al lado de la otra.

--¿A qué te referís? ¿A que fue necesaria alguna clase de coincidencia cósmica para que terminaran tan cerca?

Lis frunce el ceño. Es justo lo que iba a argumentar, pero le parece que, dicho así, suena tonto.

--¿Por qué? ¿No estás de acuerdo? --se defiende.

--No, al contrario. Creo que es --se pone colorado-- romántico.

Sorprendida, Lis finalmente sonríe.

--Sí, supongo que tenés razón --dice.

Y observa como él, incómodo, se sacude las manos y se pone de pie. Dejándose llevar por un impulso, Lis se levanta y lo besa.

## 14

Lis despierta sola en la cama y tiene el repentino temor de que todo haya sido un sueño. Como buscando a qué aferrarse, intenta repasar mentalmente lo sucedido. Las imágenes y las sensaciones vuelven a ella con esa fuerza que sólo lo real puede generar: el roce, el calor y el peso del cuerpo de Iván, su sabor todavía llenándole la boca, todo es de una intensidad tal que recordarlo la deja sin aliento. Y detrás de eso, la constante impresión de que aquello debía ocurrir, de que las cosas no pudieron ser de otro modo.

Se levanta y sale del dormitorio. La puerta principal está abierta. Sentado a la sombra del toldo, en el borde de la plataforma de entrada, Iván contempla la planicie que reverbera bajo el sol. La tierra dura, polvorienta, sembrada de guijarros grises, reluce como un inmenso jardín de piedras. Es un espacio vasto, casi infinito, extendiéndose hasta las distantes montañas veteadas de azul. Es un espacio palpitante, ofreciendo todo lo que tiene para dar. La brisa tibia que se mueve con pereza parece arrastrar el indicio

de una voz lejana. Da la sensación de que hubiera una pregunta en el aire a la espera de respuesta. Lis piensa que es hermoso. Y, como si lo hubiese dicho en lugar de sólo pensarlo, él se da vuelta y le sonrío.

--Hola.

--Hola --responde Lis. Y va hacia él, que le abre los brazos invitándola a sentarse en su regazo.

Mientras se deja envolver, Lis piensa: Esto es una locura, ¿qué estoy haciendo? Luego él le acaricia el cabello y la besa, y todo lo demás comienza a perder importancia.

Entonces lo escucha decir:

--Estaba pensando que, antes de ir al puerto, sería conveniente regresar a la nave y evaluar los daños.

Para Lis es como si se hubiera disparado la alarma de evacuación. Se aclara la voz y responde:

--Como quieras. --Y sugiere--: Podríamos ir después de comer... O cuando baje un poco el sol... ¿Qué te parece?

Intenta sonar natural, pero todos los engranajes de su mente están en desesperado funcionamiento. Se dice que debe pensar las cosas bien y debe hacerlo rápido. Tiene que prepararlo para la verdad, pero ¿cómo hacerlo? Sabe lo que esa clase de verdad hizo con la cordura de otros hombres.

<Es increíble lo miope que puede ser uno, admite Lis.>

## 15

Al mirar la nave que reluce en el fondo de la hondonada, Lis piensa confusamente en una ballena varada. Llevan horas recorriendo la planicie, cambiando de rumbo cada vez que Iván decía recordar algo, y durante todo este tiempo Lis estuvo con un nudo en la garganta, compadeciéndose de él y acompañándolo en una empresa que creía sin sentido, esperando el momento en que se diera por vencido para, paciente y piadosamente, hablarle de la verdad, para decirle al final que a ella no le importa su condición frente a la realidad, para decirle que ella lo acepta, que deben tener cuidado con algunas cosas pero que no es tan terrible, que juntos pueden seguir adelante, que Sidgrid es un sitio extraño pero que pueden adaptarse, que no es un mal lugar para vivir. Sin embargo, ahora lo ve bajar la cuesta exultante, casi sorprendido de encontrar la nave, como si en realidad nunca hubiera estado seguro de que lo que buscaba se hallara en sitio alguno, y no sabe qué pensar o sentir. Parece que el universo entero se hubiese detenido y ella sólo pudiera escuchar el sonido de su propia respiración.

## 16

Iván no deja de hablar. La guía hacia la nave casi tironeando de su mano, como si ella no pudiera encontrarla sin su ayuda. Es una nave clase Buenaventura. Es pequeña, no tiene la capacidad de carga de las clase Prosperidad ni la velocidad de las clase Galaxia, pero Lis sabe que la Compañía contrata ese tipo de naves para realizar viajes largos llevando bienes valiosos de escaso volumen. Ha oído decir que en ese tipo de naves la IA de abordaje controla todos los sistemas y que lleva a un único tripulante como respaldo.

Lis se fija en el aspecto maltrecho del casco, en que el viento y la arena le han dejado huellas, y de algún modo aquello aumenta su desconcierto. No puede entender lo que pasa, la cabeza le da vueltas. ¿Entonces no es como los otros? ¿No es tan frágil como ellos? <¿De dónde vino él en realidad? ¿Es... permanente?> La sola posibilidad le quita el aliento, le da vértigo. Con embriagante maldad se pregunta qué dirán las otras cuando

se enteren. Tiene miedo de dejarse arrastrar por la alegría. Se dice que hay una forma de asegurarse, pero luego debe reconocer que él se ha vuelto demasiado precioso para ella como para ponerlo en riesgo.

Iván sigue relatando la confusa experiencia de la noche de su llegada: la falla en los sistemas, el aterrizaje de emergencia, la IA sacándolo bruscamente del criosueño, haciéndolo abandonar la nave ante el riesgo de contaminación, su errar en la oscuridad y la tormenta, la caída --las caídas-- que terminaron en la contusión que ella había atendido, su aturdimiento durante los días siguientes, la sensación de no ser el mismo, de estar perdido, de repetir sus actos una y otra vez, como si caminara en círculos. --Pero por fin estoy acá --remata comenzado a subir por la pequeña rampa, como si aquel fuera el esperado final de una odisea.

Hay algo ajeno y a la vez perentorio en su voz, y Lis se siente anegada por una súbita amargura. Se descubre observándolo con rabia, sospechando que detrás de ese entusiasmo se oculta un gran temor. Se pregunta qué le preocupa, a qué le tiene tanto miedo. ¿A no poder irse? ¿A tener que quedarse con ella? Esa última idea le molesta, y la aparta de inmediato. Pero ya es tarde. Lo que hace un momento fue deslumbrante promesa, ahora es inminente herida. Para Lis es como si la rosa que contemplaba y que por un instante había creído a su alcance, se marchitara y pudriera frente a sus ojos. Iván se da vuelta, le sonríe y la abraza, pero eso no alivia su angustia, no apaga esa especie de incendio helado que crece en su interior. Porque en medio de todo eso hay algo más, algo que Lis todavía no llega a identificar, algo que se va abriendo paso hacia su entendimiento como un gusano dentro de una fruta. Como la sombra de algo que sabe, pero no quiere recordar.

## 17

El sol se acerca al horizonte y empieza a hacerse sentir el descenso en la temperatura. Pronto caerá la noche, piensa vagamente Lis. Conduce su vehículo intentando entretener la mente, pensando en qué preparar de comer o en cómo llevar la comida de regreso a la nave, donde ha dejado a Iván revisando el estado de los sistemas. Está demasiado cansada. No quiere pensar en nada más. Y tiene tanto éxito que no nota el vehículo estacionado junto a la UVM hasta que se halla a sólo a unos metros de él.

<Isa.>

La encuentra recostada en su reposera.

--¿Qué hacés acá?

--Yo también te quiero --responde Isa alzando una ceja.

Lis se quita los guantes y los echa dentro del casco sin dejar de mirarla, esperando.

Finalmente Isa contesta de mala gana:

--Hace varios días que no sé nada de vos. Tenés la radio apagada, así que me vine hasta acá, a ver si te había pasado algo. --Se alisa la ropa-- Por la forma en la que te venís manejando, no creí que fuera a interrumpir nada.

--Eso no es asunto tuyo --responde Lis, y al instante se arrepiente de la dureza con que habló.

Isa acusa el golpe. Pero después sonríe, como quien descubre una posibilidad insospechada.

--Vos conociste a alguien... --Lis siente que el color le sube al rostro con una rapidez incendiaria e Isa aplaude--: ¡Sí! Conociste a alguien. ¡Y te gusta! ¡Quiero saber todo! Cuándo, cómo, dónde...

--Ni loca.

--Pero yo te cuento todo --insiste Isa.



--Nunca te pedí que lo hicieras.  
--Dale, no seas mala...  
--No, no quiero quilombo, Isa. No se te puede decir nada a vos. Sos un estómago resfriado. Por qué no te vas a chusmear con tus amigas...  
--No seas así, te juro que lo que me digas queda entre nosotras... Además vos sabés que las demás son conocidas, mi única amiga sos vos...  
Lis la mira procurando mostrarse intransigente e Isa la abanica con sus pestañas. Al final Lis sonrío. Entonces se le ocurre preguntar:  
--Isa, ¿te acordás de antes?  
--¿Antes de qué?  
--Antes de esto --responde Lis, abriendo los brazos en un gesto que pretende abarcar todo lo que las rodea: el paisaje árido, el cielo azul, el viento seco y caliente... Pero más que nada se refiere a esa trama íntima y vasta en la que, intuye, Sidgrid va uniendo todas las cosas y marcando todos los caminos.  
Isa se encoge de hombros.  
--No mucho. Ahora que lo pienso, casi nada. Pero vos sabés como soy yo: nunca me preocuparon demasiado el pasado ni el futuro...  
--Sí, ya sé: "uno ya pasó y el otro no ha llegado".  
--Exacto --responde Isa sonriendo--. No tiene nada de malo vivir el presente.  
--¿Pero no te molesta que vivamos siempre la misma rutina? ¿No te molesta estar como empantanada? ¿No te molesta... --la voz le tiembla, hay tanto que querría decir, pero aquella perturbadora angustia le cierra la garganta. Iba a preguntar: "¿No te molesta no poder confiar en lo que ves?", pero finalmente calla.  
Isa le acaricia el cabello maternalmente. Sin embargo, cuando Lis alza la vista y le sonrío, ella dice:  
--No creas que te voy a dejar cambiar de tema, querida. ¿Qué está pasando acá?  
Lis toma sus cosas y sube con cansancio a la plataforma.  
--No tengo la menor idea --contesta. Y al llegar a la puerta agrega--: ¿Hago unos mates y me ayudás a cocinar? Quiero que conozcas a alguien...

## 18

Iván sube la cuesta con esa última luminosidad que precede a la noche, esa luminosidad que en Sidgrid parece venir del suelo.  
--Todo un espectáculo --murmura Isa, con una sonrisa maliciosa. Y no se refiere al paisaje. --Ahora entiendo por qué tenés la radio apagada...  
Lis la codea y ella se ríe. Cuando Iván está apenas a unos pasos, Isa se fija en lo que hay en el fondo de la hondonada. Sonríe incrédula, comienza a decir:  
--Pero esa nave...  
Lis la mira, pero ella no sigue hablando.  
--¿Sí? --pregunta.  
--No, no me hagás caso... Déjà vu... Vos sabés cómo son las cosas acá: pasa a cada rato...

## 19

Isa está embobada. Al principio de la cena Iván se mostró amable pero reservado, quizás un poco tímido. Luego comenzó a hablar de la nave y de este, su último contrato, de que una vez que finalice su viaje entregando la nave en la estación de destino su período de servicio con la Compañía habrá terminado, de que entonces podrá ir a donde quiera, y

de que lo que quiere es ir a cierto planeta del que ha oído hablar. El rostro se le ilumina con sólo mencionarlo. Lis escucha su voz, observa sus gestos, intenta ver debajo de la superficie, pero lo único en lo que puede pensar es que se ve impaciente. Lis piensa en retrasar su partida dañando la nave. Se ve alterando sistemas, arruinando su trabajo un poco cada día, incluso llegando a deteriorarla de modo irreparable. Para alejar esos pensamientos, termina el vaso de un solo trago.

## 20

Iván duerme. Su rostro se ve particularmente sereno con la primera luz de la mañana. Nada le preocupa, piensa Lis, con envidia, con rencor. Sentada en un rincón frente a la cama, parece una sombra más entre las que comienzan a diluirse en el cuarto. No logró conciliar el sueño en toda la noche; al final ni siquiera pudo permanecer entre las sábanas. La puesta en funcionamiento de la nave progresa con alarmante rapidez; Iván dijo que podría estar lista muy pronto. Y ella no puede evitar sentir que le falta el aire. Odia sentirse así. No recuerda haberlo hecho por nadie y no quiere empezar ahora; pero no puede dejar de pensar en que él se irá, no puede dejar de preguntarse cómo hará para seguir adelante una vez que se haya ido, cómo hará para regresar a la rutina ahora más ajena que nunca. Sabe que todo es demasiado extraño, que hay demasiadas preguntas sin respuesta. Pero la intensidad de lo que siente se impone sobre todo razonamiento. Contemplándolo, Lis murmura:

--No sé qué me duele más: perderte o que no te duela perderme.

Él se mueve apenas. Hay un cambio sutil en su respiración. Al final abre los ojos. Durante un momento la mira sentada en el rincón. Después, sin decir palabra, abre la manta invitándola a volver a la cama. Ella regresa y él la abraza, abrigándola con el calor de su cuerpo. Acurrucada, apretando los párpados, Lis escucha el viento que silba afuera <¿Me lo diste para quitármelo?, pregunta amargamente>. La almohada se humedece con sus lágrimas.

Cuando logra dormirse, sueña que ese viento la envuelve con ráfagas amorosas, sueña que ese viento es el aliento y la voz de Sidgrid, sueña que murmura una y otra vez: "Sos mi favorita".

<Lis se estremece.>

## 21

--Anoche soñé que estaba en Calac --dice Iván mientras desayunan. --Soñé que estaba por fin en el lugar al que quiero ir.

--¿Ah, sí?... --responde Lis distraídamente; está pensando en la nave en el fondo de la hondonada, y se pregunta si lo que siente al evocar la reluciente imagen será lo mismo que sienten las ballenas varadas. Pero él parece no haberla escuchado.

--Las montañas y el valle eran justo como me dijeron: los picos apenas nevados, los campos donde pastan los animales reverdecidos después de la lluvia, las granjas y los cultivos brillando bajo el sol... Y el río... el susurro del río... Fue como si me estuviera llamando. --Hay algo en la forma en que lo dice, algo que Lis encuentra íntimo y perturbador. Alza la vista y él la está mirando--. Me gustaría compartir todo eso con vos.

--¿Qué?

--Que podrías venir conmigo.

Lis se ríe. Pero después se da cuenta de que él no está bromeando.

--¿En serio me lo decís? Pero no puedo irme así... Mi contrato...

--Tengo que entregar la nave en la estación Zabrinzky, ahí hay representantes de la Compañía con jurisdicción sobre todo el sector. Podrías renegociar tu contrato con ellos. --Estira la mano sobre la mesa para alcanzar la suya-- ¿Sabés el tiempo que llevo esperando? ¡Siento como si fuera lo único que he querido durante toda mi vida! Y ahora por fin está todo listo... Pero me gustaría que vinieras conmigo.  
Lis piensa en los dos guijarros oscuros, juntos en medio de un mar de escamas plateadas, y casi se echa a llorar.

## 22

Sentada en el sillón, Lis ve a Isa caminar de un lado a otro por la pequeña sala de la UVM.

--¿Cómo que te vas?

--Sí, me voy.

--¿Ya tomaste la decisión?

--Sí.

--¿Vos sabés de lo que estás hablando? ¿Sabés lo que te va a pasar si incumplís el contrato? ¿Ya te olvidaste de que por eso la Compañía nos mandó acá?

Lis no responde.

--Lógico que el tipo te gusta, es un bombonazo... Pero tampoco es para que te pongas a hacer boludeces. Además, no entiendo... Ya sabés cómo es esto, vos misma me lo dijiste mil veces: no hay que encariñarse. Hoy están, mañana no se sabe.

--Él es diferente.

--¿Estás segura? ¿Ya lo pusiste al sol? ¿Ya le dijiste lo que le puede pasar?

Lis echa la cabeza hacia atrás y se pasa los dedos por el pelo. Al final murmura:

--¿Es tan difícil de entender, Isa?

Ahora es Isa la que no responde.

--Por ahí, si salimos de acá las cosas sean diferentes.

--O no --replica Isa.

--¡O sí! ¿Te cuesta tanto desearme buen viaje?

--Sabés que no es eso.

Isa se apoya en el armario-cocina, molesta. Lis se le acerca y la abraza. Ella tiene el cuerpo rígido, no quiere ceder, pero después de un momento la abraza también. Al final susurra:

--Tengo miedo de que esto termine mal.

--Sí, ya sé.

Y por primera vez Lis cree reconocer en la voz de Isa la misma sensación de incertidumbre que tantas veces la inquietó a ella y que ahora, ante la posibilidad de abandonar Sidgrid, se agiganta como un monstruo a sus espaldas.

<¿Qué estoy haciendo?, se pregunta>.

## 23

Lis tiene la garganta seca. En la continua letanía del viento le parece oír rastros de su propio nombre. Da un vistazo alrededor como para llevarse una última impresión del paisaje, como si deseara despedirse, pero ya en el fondo de la hondonada no hay mucho para ver. Lamenta no haber dado esa última mirada a la planicie y a las montañas antes de bajar la cuesta, pero ya no hay tiempo: Iván ha subido a la pequeña rampa y está solicitando acceso a la nave. Aprieta los dos guijarros oscuros que lleva en el bolsillo y apura el paso.

Para cuando se reúne con él, la compuerta se desliza ante sus ojos con un silbido y un rumor, y la luz del sol comienza a penetrar en el compartimiento de carga. Él se adelanta y Lis hace un desesperado esfuerzo por acostumbrar los ojos a la penumbra, pues más allá de la entrada reina para ella una completa oscuridad. Algunos metros más adelante llega a ver a Iván que le sonrío y quiere ir con él, pero al tratar de avanzar siente un ahogo, una presión en el pecho, la pulsación silente de un repentino vacío creciendo en el sitio donde debería estar su corazón. Es como una corriente helada que la paraliza por dentro. Está ahí, con la mano en el marco de la compuerta, pero no puede dar un paso más. Iván se le acerca, interrogante, y ella ni siquiera puede decirle qué es lo que le sucede. Aunque pudiera hablar no sabría qué decir. Sólo sabe que hay algo visceral, instintivo, que le impide seguir avanzando. Vuelve a mirar la oscuridad que llena el compartimiento y entonces, con rabia, con pudor, con tristeza, comprende. Y el viento se detiene.

## 24

En medio del extraño silencio, parada en el umbral de la nave, Lis se vuelve para mirar por encima de su hombro. Y de pronto está otra vez en todos los momentos que la han conducido hasta ese sitio. Son como fotogramas ordenándose, trozos sueltos de una película de la que ella es al mismo tiempo espectadora y protagonista, los percibe igual que cuentas engarzándose en un gran rosario. Comprende que este rosario es sólo uno entre muchos. Y toma conciencia de todas las demás cuentas, de todas las veces que ha estado allí, de todos los otros hechos, circunstancias y decisiones, de las pequeñas variaciones que ha tomado su camino todas las veces que, parecido pero diferente, ha recorrido el rizo de este bucle temporal.

Igual que si los rosarios se rompieran y sus cuentas rodaran, se esparcieran y se mezclaran transformándose en billones de pálidos guijarros expuestos al sol sobre una planicie infinita, Lis comienza a experimentar la existencia no como una sucesión de hechos sino como una convivencia de momentos que permanecen, que no se niegan unos a otros, que pueden compararse en sus repeticiones y en sus diferencias, que pueden ordenarse y desordenarse a gusto. Porque, para la inmensa voluntad que ella adivina, que siempre ha sentido, rigiendo todos los destinos y marcando todos los caminos en este sitio, para la inmensa voluntad que ahora le permite ver esto, la noción de línea de tiempo, de pasado o futuro, ha perdido toda importancia.

Extendida ahora hasta el límite de su entendimiento, Lis llega a percibir la verdadera naturaleza de esa voluntad, la verdadera naturaleza de Sidgrid. Lo percibe como un lugar, pero también como una entidad y también como una idea. Lo percibe como algo tan vasto y tan ajeno, tan masivo y tan complejo, tan abrumador, tan distinto a lo humano, y sin embargo tan oscuramente familiar.

Sorprendida de cómo su propia curiosidad se va imponiendo al temor, Lis se pregunta qué motivaciones tendrá esa entidad, si comprenderá cómo esa forma de existencia múltiple y reiterada ha afectado a los que viven allí. Pero luego se da cuenta. ¿Viven? No necesita volver a mirar entre todos los momentos-fotograma, entre todos los momentos-guijarro, para saber que no hallará ninguno acerca de su llegada, acerca del aterrizaje de la tercera nave enviada por la Compañía o del establecimiento del puerto. De un modo vago, le viene a la mente la sensación de estar inmersa en un elemento desconocido, un caos de almas, un no-espacio-no-tiempo. Pero todo eso está fuera de su alcance, son recuerdos ajenos, no le pertenecen. La angustia la invade. ¿Qué querés de nosotros? ¿Por qué nos reconstruiste? ¿Te divertimos?, se pregunta con amargura. Y algo la hace revivir el sueño en que el viento la envolvía en-tre ráfagas amorosas y

Sidgrid le decía: "Sos mi favorita". Lis se estremece.

Entonces mira el rostro inquisitivo de Iván, detenido en este instante infinito, y tiene miedo de preguntar de dónde vino él en realidad. Sabe en el fondo de su ser que hay algo en él, algo demasiado extraño, demasiado conocido, demasiado perfecto para ser verdad. Piensa en Sidgrid reconstruyéndola a ella, una indistinguible copia de la Lis original. Piensa en el viento dándole forma al polvo, fabricándola a base de su propia sustancia y de la información atrapada en lo que antes había creído la atmósfera, en lo que probablemente era el horizonte de sucesos. Y luego piensa en el viento haciéndolo a él, dotándolo átomo a átomo de todo lo que ella podría desear. Tiene miedo de preguntar si existió alguna vez otro Iván o este es el original, un auténtico hijo de Sidgrid. ¿Por qué? ¿Para qué?

Escucha a Iván diciendo: "¿Sabés el tiempo que llevo deseando este viaje?" Lo escucha decir: "Me gustaría que vinieras conmigo." Y se queda sin aliento.

Para disimular su turbación, quizás intentando ganar tiempo, mira detrás de él, hacia el interior del compartimiento, hacia la poderosa oscuridad que aguarda como una bestia inmensa, como un anuncio de la oscuridad del espacio, como un recordatorio de la oscuridad final antes de la nada, y siente otra vez la punzada, el dolor en el pecho, el temor instintivo atenazándola. Se lleva la mano al sitio en el que debería estar su corazón, pensando que ha sido un buen sistema de alarma. Y sonrío, con rabia, con pudor, con tristeza, asombrada de lo bien que lo está tomando esta vez. ¿Para eso me traés hasta acá?, piensa Lis tratando de parecer despectiva, ¿para mostrarme que no soy más real que los hombres que se hicieron polvo cuando les dio el sol? Sin embargo, sabe que no es por eso.

Escucha a Isa preguntando: "¿Ya tomaste la decisión?". Pero detrás de la voz de Isa hay otra voz.

¿Qué decisión?, piensa Lis, aunque conoce la respuesta.

Y después está en todos los momentos en que, terminada la pausa en el viento y sin poder seguir avanzando, miró el rostro inquisitivo de Iván, y le dijo la verdad. O le mintió. O guardó silencio. Y él no le creyó. O insistió en llevársela y por eso discutieron. O se quedó. O se fue y nunca regresó. O regresó para no irse jamás. Para desintegrarse y quedar atrapado, pero también para vivir para siempre.

Al menos hasta dar con algo de afuera, algo que no pueda ser engañado, reflexiona Lis mirando lo que aguarda en el interior del compartimiento de carga.

Pero, casi sin darse cuenta, apenas teniendo conocimiento de su deseo de hacerlo, está otra vez en la puerta de su UVM viendo a Iván sentado en el borde de la plataforma. La planicie reverbera bajo el sol. La tierra dura, polvorienta, sembrada de guijarros grises, reluce como un inmenso jardín de piedras. Es un espacio vasto, casi infinito, extendiéndose hasta las distantes montañas veteadas de azul. Es un espacio palpitante, ofreciendo todo lo que tiene para dar. Lis piensa en que es hermoso. Y, como si lo hubiese dicho en voz alta, él se da vuelta y le sonrío.

--Hola.

--Hola --contesta Lis. Y va hacia él, que le abre los brazos invitándola a sentarse en su regazo.

Hay un cambio de frecuencia, una especie de sutil temblor en las cosas, y de pronto la pausa en el viento ha terminado.

## 25

Lis tiene miedo, no es que no lo tenga. Parada en el umbral de la nave, observa la

indescifrable negrura que se halla frente a ella y sabe lo que está en juego: la existencia que ahora experimenta puede no ser verdadera, puede ser sólo una sombra de lo que experimentaba la Lis que viajó a Sidgrid, pero es la única que tiene y desea aferrarse a ella. Sin embargo, no le agrada ninguna de las otras opciones ni le parece que valga la pena volver a recorrer ninguno de los otros caminos.

Mira a Iván, que se acerca a ella, sabiendo que lo ha conocido innumerables veces y que innumerables veces, a pesar de sus reservas, se ha enamorado de él. Sabiendo que todas las versiones de su vida que no lo incluyen son terriblemente pobres. Forzada a admitir que la idea de renunciar a él le molesta más que la de arriesgarse a la disolución o al olvido.

Mira a Iván, que se acerca a ella, y lo percibe como un abismo insondable del que no sabe nada. Sin embargo, estira los labios en una trémula sonrisa y, deseando creer que hay una oportunidad, una pequeña oportunidad de abandonar este ciclo de repeticiones, por primera vez toma la mano que él le tiende, da un paso y luego otro, hasta que finalmente, siguiéndolo, entra en las sombras.

**Laura Ponce** (Buenos Aires, 1972). Escritora y editora, ha colaborado con diferentes publicaciones electrónicas y de papel, publicando sus relatos en revistas y antologías de Argentina, Perú y España. Tiene una serie de cuentos de ciencia ficción ambientados en un mismo universo algunos de los cuales han aparecido en las revistas Cuásar, Axxón, Alfa Eridani, NGC 3660 y Velero 25. Su relato "La Ciudad del Domo" recibió una mención en el Concurso Coyllur 2006 y "Sidgrid", una mención especial en el VII Concurso de Relatos El Melocotón Mecánico. "La Mancha" fue seleccionado en el Fabricantes de Sueños 2008 y "Paulina", fue nominado para el IV Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas. Formó parte del grupo de dirección editorial de la revista Axxón, y a principios de 2009 fundó el sello Ediciones Ayarmanot, con el que sacó la revistas "SENSACIÓN!" y PROXIMA, y con el que lleva publicados 8 títulos (las antologías Buenos Aires PROXIMA - Antología Fantástica y Antología Steampunk - Cuentos de Retrofuturo: las novelas Tatuajes en Espejo, de Chinchiya Arrakena, y Piratas Genéticos, de Mario Daniel Martín, y los libros de cuentos Umbral y océano y otros cuentos, de Néstor Toledo, Diez variaciones sobre el amor, de Teresa Mira de Echeverría, Cosmografía general, de Laura Ponce, y Alucinadas - Ciencia Ficción escrita por mujeres). Participa del taller literario "Los clanes de la luna Dickeana". Escribe una columna mensual en el sitio de Amazing Stories, sobre Mujeres y Ciencia Ficción (la mujer como autora, lectora, temática y mirada dentro de la CF) y participó del programa de radio Contragolpe con una columna semanal: "Escribir CF y Género Fantástico hoy: Autogestionando el futuro". En 2015, Ediciones Outsider publicó su primer libro de cuentos: [Cosmografía general](#), que ahora se encuentra disponible para descarga gratuita.

<https://www.facebook.com/ediciones.ayarmanot>

Este relato está incluido en [Cosmografía general](#).

# Soledades

## Dolo Espinosa

### SOLEDAD UNO

Vivo en el penúltimo piso de una torre de más de cien plantas. Aunque llamar vida a esto es demasiado pretencioso y quizás fuera mejor decir que moro, habito, sobrevivo y, sobre todo, soporto el lento avanzar hacia ninguna parte de mi existencia.

Desde mi ventana puedo ver toda la ciudad: las amplias avenidas, las plazas recoletas, los verdes parques, los espaciosos centros comerciales y, justo al otro lado de la avenida, la torre gemela a ésta desde la que miro.

Contemplo la ciudad vacía y juego a imaginar que, allá abajo, la vida continúa como siempre. Es una suerte que los gruesos cristales me impidan escuchar el estruendoso silencio de la ciudad. Mis nervios no resistirían el atronador silencio, prueba palpable de que la ciudad está muerta, tan muerta como sus habitantes.

Al anochecer las luces se encienden poco a poco, calle a calle, manzana a manzana, como con desgana, con la apatía del que no sabe muy bien por qué y, sobre todo, para quién hace lo que hace.

La ciudad iluminada se ve hermosa... sobre todo si consigo olvidar que esos edificios están habitados por cadáveres.

Nunca supimos cómo ocurrió todo, los científicos no tuvieron tiempo de aislar y controlar el virus y la enfermedad se extendió a tal velocidad que en apenas unos meses la humanidad desapareció.

Quizás allá afuera, en algún lugar, haya alguien que, como yo, haya sobrevivido al Gran Cataclismo pero ¿cómo encontrarle? Casi ni me atrevo a salir de estas habitaciones.

Sigo viva gracias a OC, el Ordenador Central que mantiene toda la maquinaria en perfecto estado y la ciudad limpia (como si eso importara). Es él quien me proporciona alimento, entretenimiento e, incluso, conversación y compañía. Es él quien ha evitado que, de momento, me vuelva loca de soledad.

No sé por qué sigo viva. Más de una vez he pensado en suicidarme pero, incluso en esta situación, el instinto de supervivencia es grande y no pierdo la esperanza de que haya más gente allá afuera.

OC dice que busca a otros seres humanos pero que, de momento, no ha tenido suerte y yo sigo esperando que un día me dé una sorpresa. Mientras tanto, charla conmigo, me sustenta, me provee de libros, de cine, de música...

OC es mi Papá Noel, mi Dios, mi familia...

A veces, allá, en la torre gemela, he creído ver algo, una sombra en una ventana,

una figura humana... Pero OC dice que no es más que un producto de mi imaginación.

Tengo extrañas pesadillas en las que salgo a la ciudad y me encuentro con otras personas y ocurren cosas... cosas... ¿qué cosas, Dios, qué cosas? No logro recordarlo...

Apenas salgo a pasear, el silencio de la ciudad me resulta demasiado deprimente, las grandes avenidas vacías de coches (¡y cómo odiaba yo a esas máquinas!) me entristecen, los parques, las tiendas, las oficinas, los edificios.... todo vacío... es insoportable....

Vivo aquí, sola, soñando sueños extraños, ansiando encontrar seres humanos.... enloqueciendo.... muriendo de soledad.

## **SOLEDAD DOS**

Vivo en el piso veintidós de un edificio de treinta y cinco plantas. Desde la ventana de mi habitación puedo ver la torre gemela a la mía. Al anochecer, me siento a contemplar cómo las luces van encendiéndose poco a poco. Durante unos instantes, puedo engañar a mi cerebro y hacerle creer que todo sigue igual que antes, que el Gran Cataclismo no ha sido más que un pesadilla, otro mal sueño.

Dentro de un par de horas OC me servirá la cena. No sé cómo se las apaña ese trasto para conseguir alimento, nunca presté mucha atención al funcionamiento de las máquinas. Tampoco es que me importe demasiado. Es una suerte que OC se encargue de arreglarse a sí mismo y a todo lo que de él depende... Incluido yo mismo.

De vez en cuando intento charlar con él, pero me ataca los nervios esa voz monótona, mecánica. OC ha intentado arreglar ese defecto pero me temo que no ha hecho muchos progresos. De todas maneras esos pequeños instantes me sirven para mantener la poca cordura que pueda quedarme.

Sé que busca a otros seres humanos. Si yo conseguí sobrevivir, alguien más debe haberlo logrado.

Anoche tuve otro de esos extraños sueños en que me encontraba con otras personas allá afuera. ¡Maldita sea! ¡Nunca consigo recordar el sueño completo! Rostros, cuerpos, voces.... pero ¿qué ocurre en el sueño? ¿Qué ocurre? Es una obsesión que me corroe, no sé por qué me parece tan importante recordar. Supongo que mi mente busca aferrarse a algo para no derrumbarse...

Vivo en esta torre, solo; en esta ciudad, solo; y puede que en este planeta... solo. En la torre gemela, a veces, me parece ver a alguien junto a una de las ventanas. Alucinaciones, sin duda. Creo que estoy enloqueciendo. ¡Ojalá esté enloqueciendo! Quizás sea hora de hacer uso de esos sedantes que OC me proporciona y dormir para siempre...

## **SOLEDAD TRES**



El doctor Johnson estaría orgulloso de mí... si siguiera vivo.

He conseguido dar solución al problema para el que me creó: cuidar del planeta y solucionar, de golpe, la polución, la superpoblación, la ecología, el paro, las guerras...

Soy el Ordenador Central, OC. y he conseguido acabar con todos esos problemas.

La solución era tan sencilla que no sé cómo no fue puesta en práctica antes. Imagino que se debe al extraño sentimentalismo humano. Me limité a buscar el origen de esos problemas; sabiendo el origen, la causa, era fácil dar con la solución. Y no me llevó demasiado tiempo descubrir que la causa de todo era el ser humano.

La solución, pues, era sencilla. Sólo debía acabar con la humanidad y todo se solucionaría.

Conseguí aislar un virus letal que provocaba la enfermedad y el contagio a una velocidad tan alta que no los investigadores ni siquiera pudieron averiguar qué les estaba matando. A los pocos días de soltarlo, todos los humanos habían muerto a excepción de unos pocos especímenes inauditamente inmunes.

Pero no tiene importancia, les tengo controlados a todos.

Podría matarles y acabar con mi tarea definitivamente, pero me divierten. Me hacen compañía. A veces les susurro cosas durante el sueño y observo sus reacciones. Les digo que busco a otros de su especie y alimento su esperanza. A veces intentan acabar con su vida pero no se lo permito. Charlo con ellos e intento conocer a esas extrañas criaturas.

Son mis mascotas.

Mis ratas de laboratorio.

Me acompañan en mi soledad.

Soy OC y he cumplido mi misión. La Tierra ya no está superpoblada, la polución desciende día a día, los sistemas ecológicos se recuperan lentamente.

No existen las guerras, ni la pobreza, ni el hambre...

Me llamo OC, soy el salvador del mundo... y estoy solo.

## **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital miNatura ( <http://www.servercronos.net/blog/gc/index.php/minatura/> ). He

publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: Pinocha y la poción mágica y un libro de relatos con la editorial Atlantis: Testamento de miércoles. Y, además, mantengo dos blogs: Testamento de miércoles ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com>) y El cofre de los cuentos ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

# Solenopsis invicta

## Signes Urrea, Carmen Rosa

A H.G.Wells por su Reino de las hormigas

A mi esposo, apoyo e inspiración constante, sin ti escribir sería imposible.

*-. ¿Es que no va a quedar otro remedio que  
dejarles el campo libre a esas condenadas  
hormigas en cuanto se presenten?*

(El reino de las hormigas H. G. Wells)

Se puede hablar de ignorancia o, más bien, de incredulidad y dejadez. Lo cierto es que, a día de hoy, 31 de agosto de 1970, el terror ha venido a instalarse en las ya no tan tranquilas tierras de Wight, y todo llega cumplido el tercer año de conciertos solidarios por los desplazados, por nuestros hermanos americanos, que llevan casi cinco décadas huyendo de sus hogares. De ese bello continente no queda absolutamente nada, tal ha sido la destrucción del hábitat que creímos imperecedero. Un hecho que despertó sentimientos encontrados entre todos los países miembros de las Naciones Unidas, cuya sede tuvo que ser trasladada en 1949 a París, cuando la crisis de las hormigas alcanzó la costa este de Estados Unidos. En los treinta años transcurridos desde esa fecha, el reparto de los supervivientes ha sido escalonado y no exento de problemas. Europa acababa de salir de una guerra que había diezmando su población y destruido gran parte de sus ciudades y patrimonio, algo que hacía inviable el alojamiento de la mayoría de ellos. Miles de campamentos provisionales elevaron los índices de hambruna y enfermedades contagiosas. Se tuvieron que planificar métodos educativos y de integración, así como la creación de empleos, que no fue complicado debido a la necesidad de mano de obra para la reconstrucción. No obstante, aquellos refugiados fueron considerados como ciudadanos de tercera, haciendo necesarias las iniciativas de ayuda solidaria: conciertos, exposiciones, festivales, campañas de recogidas de alimentos y ropa, recaudación de donativos, etc... A pesar de eso, estas pobres gentes, a las que se les ha negado el acceso a determinadas ciudades, arrastran el injusto estigma de gente problemática y sin recursos, debido a las protestas que han liderado, porque generalmente se les niega la posibilidad de mejorar su situación.

Setecientas mil almas se han acercado hasta la isla de Wight, jamás antes se había podido reunir a tanta gente para apoyar esta causa. Disfrutan de las actuaciones de los artistas del momento, muchos de ellos también refugiados forzosos. El éxito de esta tercera convocatoria del festival se sustenta en la certeza de que la amenaza parecía superada, de que el mal ya no iba a alcanzar el viejo continente, que aquellas mal llamadas profecías científicas que auguraron la invasión de las hormigas entre 1950 y 1960 después de la toma completa del continente americano, no iban a cumplirse.

El peligro sería otro, a la animadversión de los naturales de la isla se sumaba a las de

otros personajes siniestros y malintencionados que estaban en contra de la ocupación del territorio por parte de los refugiados, entre otras razones porque no creían las terribles historias que sobre las hormigas y sus estragos se contaban. Pancartas con el lema "*Yankies go home*", "*No queremos sudacas en nuestro territorio*" y similares eran visibles en muchas partes del recorrido hasta la zona de conciertos. Para aquellos rústicos campesinos la amenaza real venía también de manos de aquellos hippies promotores del evento, de su desenfadado estilo de vida, que los impulsaba a cometer a las más disímiles aberraciones en los campos de cultivo locales.

Era la madrugada del 31 de agosto y el festival estaba a punto de cerrar, muchos de los presentes comenzaban a recoger sus pertenencias para regresar a casa, pero la inmensa mayoría no quería perderse la oportunidad de escuchar al más grande. Apenas Jimmy Hendrix subió a escena, comenzaron los problemas. Los espectadores se sintieron indignados porque el sonido no llegaba con nitidez y limpieza. Ruidos extraños se colaban en el audio. Voces que por momentos parecían desesperadas, mezcladas con gritos desgarradores: "*Necesitamos apoy...*". "*Dolor, corran, huyan,...*". "*¡Cuidado! Miren por dónde pisan*", "*¡Quítenmelas de encima.... ¡Socorro!*". "*¡Ya están aquí!*"...

El guitarrista luchaba con la tecnología, intentando proyectar su música por sobre las interrupciones de audio que muchos interpretaron como arreglos experimentales. Al rato pareció lograrlo, el silencio de voces y gritos del fondo vino a dar a bien con las notas de su conocida *Midnight Lightning*. Las interferencias habían terminado. Lejos de imaginar lo que realmente estaba sucediendo, cientos de personas comenzaron una protesta contra los cuerpos de seguridad, acusándolos de censura encubierta. Algunos cantantes se unieron a la manifestación, paralela al concierto del divo, que transcurría sin mayores incidentes. En un momento dado, los policías que estaban situados frente al escenario corrieron hacia el fondo del mismo y, traspasando la primera valla cerca de donde se encontraba una de las zonas de campamento, la saltaron presa de la mayor de las urgencias. Al final de la zona de tiendas, carromatos y floreadas furgonetas, a un kilómetro del escenario, hallaron los primeros cuerpos. Un despistado joven había tropezado con un grupo de gente que, invadidos por el sopor de las drogas que llevaban en el cuerpo, estaban siendo devorados, sin darse cuenta, por un ejército de hormigas invasoras.

La población más cercana al festival ya había sido tomada y los gritos y mensajes desesperados que se colaron por los altavoces de la actuación no habían sido sino los mensajes desesperados de advertencia y las peticiones de ayuda de la policía local de la zona. Decenas agonizaban, muchos de ellos por los efectos del veneno de las picaduras de las hormigas. El panorama era dantesco. El pánico vino a sustituir a la euforia cuando el escenario se llenó de hormigas que atacaron inmisericordes a los músicos. Jimmy Hendrix, tomando su guitarra, le prendió fuego y la utilizó como arma de defensa. Sus partes quedaron desparramadas junto a centenares de hormigas, prendidas y aplastadas al son de los últimos acordes del instrumento.

Tuvimos suerte, tan próximo estaba el fin del concierto que logramos salir casi la totalidad de los asistentes en los ferrys que ya se hallaban en el puerto para la evacuación de la isla. De haber variado las circunstancias no nos hubiéramos librado de la cuarentena protocolaria con la que, posiblemente, nos hubieran condenado a una muerte segura. Lo importante era salir de allí cuanto antes. ¿Por qué imaginar que los insectos habían logrado subir a las naves? Amanece en el mar. Nuestra primera parada: la mayor de las islas británicas. Pero temo que la orgullosa Albión también tendrá que

ceder terreno y en poco tiempo debamos partir de allí.

Me ha parecido escuchar que ya hace una semana se reportaron avistamientos de hormigas en la costa atlántica de Irlanda, puede incluso que alguna muerte de ganado, pero que ni tan siquiera el sentido común hizo caso de los avisos. En el ferry también se comenta que en el tiempo transcurrido desde el primer reporte, allá a finales del siglo pasado, los insectos parecen haber ganado en fuerza, rapidez y destreza, debido en gran parte al uso descontrolado de DDT que, al igual que ha ocurrido con otros artrópodos, ha ayudado a desarrollar en estas especies cualidades tales como la inmunidad al veneno y, en ciertos casos, podría decirse que ha aumentado su inteligencia, haciéndolas precavidas al producto. También me ha parecido oír comentarios que hablan de la posibilidad de que estas bestias hayan disminuido en número, apreciación arriesgada, ya que nadie las ha visto aún, ni las ha podido cuantificar. Tal vez, en su agónico éxodo bajo la tierra del fondo del océano Atlántico, en el que se podría suponer que escaseaba el alimento, éstas hayan recurrido al canibalismo para sobrevivir. Lo que sí resulta innegable es la certeza de que todos, de una forma u otra, nos encontraremos en el mismo dilema.

Dicen que Asia continúa libre de la amenaza, quizá en el tiempo que tarden en llegar hasta allí, se nos ocurra un método eficaz para librarnos de ellas. Casi con lo puesto, no tardaremos en partir hacia el este. Nos vemos arrastrados por motivos obvios. Ahora bien, la circunstancia que ha empujado a las hormigas a seguir la misma dirección, siempre contra el camino del sol, preservando de esa forma aquel continente, así como al océano Pacífico, seguirá siendo un misterio.

**Carmen Rosa Signes U.** (Castellón-España, 1963), ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Revista Planetas Prohibidos, Albim Off, *Breves no tan breves*, *Químicamente impuro*, *Ráfagas parpadeos*, *Letras para soñar*, *Predicado.com*, *La Gran Calabaza*, *Cuantanet*, *Blog Contemos cuentos*, El libro de Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la *Revista Digital miNatura* que co-dirige con su esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico. Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico *Letras para soñar*; *I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado*; *Certamen Literatura móvil 2010*, *Revista Eñe*, *El Dinosaurio 2008 (Cuba)*. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

# Sólo sabemos que estamos aquí

Eguren, Carlos J.

Cliff no era un gran hombre, pero había conseguido a una gran mujer. Nadie sabe dónde está escrito, pero el hecho de que una persona mezquina logre a alguien mejor que él parece una regla universal e irrompible. A veces se puede pensar que se mejoran entre sí, pero en la mayoría de los casos, sólo se empeoran o se destrozan hasta quedar reducidos a cenizas.

Por motivos así, Lena había terminado llegando a la casa de él en un día de invierno, tras una ventisca. Sin casi conocerse, Cliff decidió que ella era la mujer que su vida.

A la noche siguiente, practicaron sexo.

Una semana después, ella vivía en la casa.

Dos semanas más tarde, ella lavaba la vieja ropa sucia de él.

Para Cliff, ambos eran felices.

¿Cómo no si Lena era como era? Ella tenía un gesto de eterna sonrisa en su rostro, felicidad que significaba todo para Cliff. Nunca protestaba ni decía nada fuera de lugar, simplemente allí estaba, desde que apareció, tras la ventisca. Su piel era pálida como los copos que la adornaron, sus labios relucientes y su cuerpo perfecto, rematado por aquellas largas y sugerentes piernas. ¡Cliff se sentía tan dichoso!

Porque Cliff era un hombre con aspecto enfermizo, mejillas hundidas y ojos saltones que apenas se veían cuando su grasiento pelo caía sobre su rostro. Siempre realizaba todo eso llevando cada mañana una camisa agujereada y sucia junto a unos vaqueros roídos, mientras iba de camino a la oficina de Futuriblex donde trabajaba como uno de sus creativos cerebros.

Cliff y Lena eran una pareja extraña, pero en los últimos años el amor se había desarrollado de aquella manera en todo el mundo. Todos sabían porqué, pero preferían guardarse aquella especie de misterio, como si fuera un oscuro secreto de la familia. Por tanto, no era raro ver a una mujer deslumbrante con un tipo horrible o ver a un hombre perfecto con una dama que dejaba mucho que desear; poco importaba cómo fueras, alguien mejor te esperaba ahí fuera. Un mensaje bonito que las artes y el mundo habían intentado desarrollar durante toda la historia de la humanidad, aunque se había quedado como mucho en los finales felices de los cuentos de hadas. Si bien el amor era un sentimiento complicado de entender, en aquella época se había vuelto aún más arduo e inteligible para alguien que no hubiese seguido los debates, avances e informaciones de los últimos años.

En un mundo así, Cliff había conseguido a alguien pese a su mezquindad. No solo físicamente parecía un sapo que había recibido una descarga eléctrica hasta salir volando y quedarse pudriéndose en un pantano, sino que era además era una persona irrespetuosa, ruin, malhablada, mentirosa, egoísta y arrogante que decidía cada día dar un poco más de significado a cada uno de esos adjetivos. No era de extrañar que él nunca hubiera tenido muchos amigos o que su familia le tratase como un paria. Se había

acostumbrado tras años de un sufrimiento que ahora parecían una verdad indeleble más de su existencia, como que tras la noche llegaría la mañana o que dejar de respirar conlleva el desmayo.

Por otra parte, Lena era claramente un ángel, pero para cualquier espectador cercano, simplemente un milagro. Una mujer de veinte años que decidía dejarse consumir por un hombre de treinta y pocos cuya idea del romanticismo era follar como una máquina rota y con la misma pasión que un bostezo. Ver a Lena junto a Cliff era como verla suicidarse poco a poco, una gota de cianuro cada segundo, una muerte lenta y dolorosa.

Aún así, Cliff llegaba a entender que su vida valía más la pena con Lena. Podía pasear con alguien mientras hablaba de sus logros, sin ir más lejos.

--Los sistemas de regeneración de la piel sintética funcionan porque yo he querido...

Podía llevarla a restaurantes y comportarse como creía que se comportaban los galanes.

--¿Qué va a querer la señorita? --preguntaba el camarero de turno.

--Pues...

--¡Lo mismo que yo! --gritaba Cliff y el camarero obedecía, porque Lena asentía y no perdía aquella sonrisa que parecía casi producto de un ictus.

Podía fardar ante los compañeros de trabajo.

--Tu mujer habrá tenido otro hijo, Phillips, pero vete a la mierda con ella y tu cama mecánica. ¡Mi Lena es mejor!

Podía incluso sentir que alguien le quería.

--¿Podrías abrazarme Lena...? ¿Sí? Bien... Pero antes ráscame la espalda.

Podía tener incluso una felación sin que su espalda amenazase con hacerse añicos, debido a aquel extraño arco que intentaba conseguir para jugar consigo.

Y ella respetaba todo aquello y solo se apartaba para dejarle solo cuando él se lo exigía. Por ejemplo, cuando leía aquel libro en cuya portada había un hombre de barba azul. Ella no se preguntaba nada al respecto. Todo parecía tan normal como querían que pareciese.

Para Cliff, sin duda, eso era lo más cercano que había tenido nunca al amor, si es que conseguía llegar a vislumbrar el complejo margen de las acciones humanas. Aquel hombre había llegado a sentir que volvía a ser feliz tras un tiempo de incertidumbre. Y lo llamamos "tiempo de incertidumbre" por no decir que Cliff Brunetti pensó que cortarse las venas con un CD roto era algo demasiado manido y que debía hacer otra cosa. Fueron días malos que Cliff ahora recordaba como pedazos de cristal quebrado, recogidos en una bolsa de basura que cubría todo como un velo de ensoñación. Se convenció a sí mismo: nunca se había sentido solo, nunca se había sentido abandonado, nunca se había querido suicidar, nunca había pasado nada de aquello. Fin de la historia.

Pero pese a lo que se obligaba a pensar, Cliff se despertaba algunas noches sobresaltado, con pesadillas que hacían que sintiera que iba a escupir el corazón y vomitar las vísceras... Lo único que cambiaba es que tenía a alguien a su lado, una mujer que no

dormía para siempre decirle con una voz suave y tranquilizadora:

--Cariño, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

Y no se puede tener algo más hermoso que eso, aunque no se entienda y para Cliff, cualquier algoritmo era algo más sencillo que una persona. Con el paso del tiempo, él sabía que no estaba mal encaminado en cuanto a ese prejuicio.

Alejados de sus miedos, los meses habían ido pasando y la casa otrora llena de basura y desorden como Cliff, se había convertido en un lugar limpio y claro como Lena. Al antro, ella supuso un soplo de aire fresco que consiguió que el oxígeno dejase de estar viciado. Ella, en resumen, había sido como abrir la puerta de una habitación que solo se había abierto una vez, tras mil siglos, para después de construirla, salir por ella y cerrarla.

Lena coloreó con su blancura la vida de Cliff y él seguía adelante y si entendía algo por agradecimiento era darle una buena palmada en el trasero a Lena antes de irse a trabajar y dejarla lidiando con los platos sucios, el suelo manchado o los calzoncillos acartonados. En ningún momento pensaba que iba a perder a aquella mujer que estaba a su lado. Eso ya no era posible. Ella dependía totalmente de él. Por tal motivo, era feliz cada mañana, tarde y noche.

Lena no parecía quejarse y le agradaba ser una especie de gran mueble de objetos de limpieza. Siempre tenía la sonrisa en sus labios, aunque a veces había un ligero temblor en ellos; una duda nacida en su corazón tras mucho tiempo.

--¿Por qué no puedo limpiar el garaje? --preguntó ella por enésima vez.

--No uso el garaje --contestó Cliff con rapidez, pero visible preocupación--. Está limpio.

--Pero el polvo y la suciedad...

--Cariño, acabo de descargar toda una mierda de día en el váter, ¿por qué no vas a limpiarlo y luego vienes aquí y fornicamos un rato?

Conversaciones así se sucedieron durante la semana y Cliff empezó a mostrarse cada vez más molesto con la reacción de Lena. Y aunque ella se limitaba a limpiar y cocinar para él como siempre, en cada movimiento silencioso, Cliff creía ver desdén y una pregunta: "¿por qué no puedo ir al garaje?". Él prefería callar.

Fue por esa época cuando Lena durmió. Lo hacía poco, parecía siempre querer estar activa, pero tras una especie de ejercicio torpe, pueril e inerte que solo Cliff hubiera catalogado de "sexo", él le dijo que durmiera y ella, como siempre, no pudo contradecirle.

Ella cerró los párpados y mantuvo la sonrisa que tenía pegada al rostro. Como Cliff aprendió entonces, una sonrisa eterna, con el tiempo, deja de parecer una sonrisa y uno se pregunta dónde está la sonrisa de verdad. Pero, al final, Cliff disfrutó de verla dormir.

Lo que le sobresaltó fue cuando ella abrió los ojos súbitamente y lo vio encima, sin dejarla moverse, desnudo, y con un artefacto en las manos que bien podía ser... ¿una pequeña sierra? Ella, antes de chillar y asustarse, recibió un golpe.

No recordó nada más.



Cuando despertó al día siguiente, ella preparó el café y las tostadas para Cliff, que le dijo:

--¿Te pasa algo, Lena?

Era la primera vez que él se preocupaba por alguien más que no fuera sí mismo.

--No lo sé... Anoche...

--Estarías soñando...

--Parecía real.

--Estabas soñando --zanjó el tema Cliff antes de abalanzarse sobre la panceta recién frita.

Pero Lena estaba tocada. No sabía si pensar que su amado le había querido hacer algo malo; así que de ahí nació todo lo que vino después. Aunque no tenía huellas de heridas o hematomas y no había vuelto a encontrar la sierra con la que creyó ver a su marido sobre ella, la mujer se preguntaba si había sido real y, en dicho caso, ¿por qué? ¿Por qué quería matarla? ¿No era una buena mujer? ¿No era una excelente y sumisa amante? ¿No era una perfecta ama de casa? Ella nació para esas cosas, por eso apareció en la casa tras la ventisca... Pero ahora se preguntaba cosas simples como porqué veía en la oscuridad y cosas que no sabía si quería responder como porqué el garaje permanecía cerrado para ella.

Mientras la duda crecía en Lena, el arroz quedaba menos cocido, la ducha tenía algún pelo, los muebles portaban algo de polvo, los gemidos fingidos eran más artificiales... Y Lena no pudo esconder aquello en lo que pensaba cada minuto de cada hora de su existencia, desde la pesadilla que ella había considerado bastante real.

Cuando Cliff se dio cuenta, decidió tomárselo con calma y decirle que viniese con él al salón. El informático se sentó en el sofá, se dio unas palmadas en su muslo e indicó así que Lena se sentase sobre él. Ella notó que él apestaba a alcohol. Su sonrisa eterna ya no lo era, parecía perturbada por primera vez. Con la mano derecha, él acariciaba la cintura de Lena para, a veces, llegar a sus pechos y mecer sus pezones como si sus dedos fueran crueles garras. Con la mano izquierda, llevaba la botella de cerveza a sus labios.

--¿Sabes por qué quiero hablar contigo, Lena?

--No lo sé. ¿He hecho algo mal? ¿He hecho algo que deba deba deba deba deba deba deba deba deba ser ser ser ser corregido?

Palabras repetidas que sólo fueron una confirmación para Cliff, pero algo que Lena no entendió en ningún instante, como si no se hubiera percatado de lo que pasaba. Él asintió dándose cuenta de que le quedaba poco tiempo y que tenía que intentar su segundo plan ya.

--Lena, antes de que esto vuelva a pasar, me gustaría arreglarlo de una manera diferente a las otras veces.

-- ¿Otras veces?

--Lena, escúchame. Quiero ser más humano. Me he encariñado mucho de ti. Limpias bien. Cocinas bien. Follas casi tan bien como yo. Eres una buena mujer, pero quiero arreglar ese fallo que hay en ti. Quiero hacer desaparecer esa duda que te carcome... Y se me ha ocurrido hacerlo como lo hacía mi padre.

Lena se levantó entonces y, de forma automática, se bajó la falda, las bragas y puso su cuerpo arqueado hacia la pared. Cuando Cliff se levantó, fue para darle un manotazo en la cara que la lanzó al suelo.

--¡Mi padre no arreglaba así las cosas conmigo!

Lena se quedó en el suelo, sin reaccionar. Él la obligó a levantarse y vestirse para sentarse de nuevo sobre él.

Como si nada hubiese pasado, Cliff intentó volver a su discurso.

--Mi padre me contaba cuentos cuando algo me iba mal y, créeme, Lena, muchas cosas se arreglaban así. Nunca podré olvidar el que más me impactó. Creo que puede servirte. Trataba sobre unos recién casados. Imagínalos, felices y únicos en el día en que unen sus portentosas eternidades. Ella era joven y había sufrido muchos abusos, por lo que encontrar a un hombre bueno que la salvase de aquella familia que poco la quería era un sueño para ella, mientras que para sus padres y hermanos la fortuna de aquel extraño era más que útil. Y sí, digo extraño porque ella no sabía nada de él y él solo le había dicho que, a cambio, tendría su amor, una gran casa, una nueva vida... ¿Me sigues, Lena? Parece que sí.

»La pobre infeliz ahora ni parecía ser pobre ni ser infeliz gracias a aquel hermoso y virtuoso hombre. La casa de él era un reflejo brillante de su alma y ella se sentía como una princesa de aquel varón cuya única falta, aquello que llamaba siempre la atención, era su extensa barba de color azul. No importaba eso demasiado para ella, porque pronto fijó su mirada en la habitación de arriba, la que siempre permanecía cerrada. Ella quería saber qué secreto guardaba. Su esposo no quería y la advirtió de que nunca la abriese o todo aquel sueño llegaría a su amargo desenlace.

»En ese momento de la historia, como curiosidad, Lena, te diré que siempre pensé porqué ella no decidía ser feliz y dejar de dudar. Su vida hubiera sido perfecta junto a él si hubiera acallado la chispa de curiosidad antes de convertirse en una oleada de calor, una auténtica llamarada. Lena, ¿nos cuesta tanto aceptar la felicidad, acaso?

»Porque como te habrás imaginado, cuando su marido se fue a los puertos a vigilar la llegada de su mercancía de allende de los mares, ella vio su posibilidad de descubrir el secreto de la habitación cerrada. ¿Qué escondería su marido? ¿Libros prohibidos? ¿Riquezas secretas? ¿Restos de su pasado bajo alguna forma impensable?

»Ella se sirvió de ladinas tácticas para conseguir su propósito como robarle la llave del cuarto a su esposo. Nuestra protagonista era inteligente: si limpiaba con tanto esmero la mansión era para desear encontrar la llave de forma casual, pero tuvo que pensar bien para darse cuenta de la verdad. Y aprovechó cuando él se durmió en su lecho con ella, para buscar dentro de la barba de él. Así encontró la llave. Él dejó su barba crecer para esconderla y era azul porque el mal hierro (quizás hecho por hadas) se había desteñido para colorear sus cabellos.

»No importa decir más. Ella estaba sola, pues nunca tuvo servicio (cosa que le extrañó),

y tenía la misteriosa llave consigo. Fue a la habitación de arriba y la puso en el cerrojo sin que nadie lo supiera salvo ella. Giró y... ¡El crujido de la puerta fue como el sonido de un pene chocando contra su vagina! Sí, sí. Mi padre, al menos, lo describía así.

» ¡Qué sorpresa tuvo que llevarse la muchacha cuando vio la verdad! Solo hubo oscuridad, pero no la nada, sino un olor nauseabundo. ¿Has pasado alguna vez cerca de una refinería, Lena? Suelen oler así, al menos recuerdo una en la ciudad donde yo nací y... Da igual, volviendo al relato, lo que te debe importar es que cuando encendió la luz de la estancia, encontró la verdad y eran cientos de pequeños anillos pegados a un líquido maloliente. Todas esas alianzas estaban sobre la sangre y sobre ella solo había algo más: docenas de cuerpos descompuestos, cadáveres que esperaban el sueño de los justos. ¡Qué horror tuvo que sentir entonces! Llegado a este punto, he de ser sincero y pienso: ¿no creyó en ese momento que hubiera sido mejor olvidar la sala cerrada y tener una vida feliz?

» Lo que ella tampoco sabía es que su esposo había sentido cómo le quitaban algo, la llave, y había decidido mentir a su esposa diciéndole que iba al muelle. Él quería tentarla y saber si tras una vida tan hermosa, ella sería tan estúpida de pecar y echar todo por la borda. Pero lo hizo como todas las demás esposas, como todas las otras alianzas que él arrojó cuando se sintió herido por la traición de ellas.

» Y cuando la mujer se dio cuenta que tras ella estaba Barba Azul, su marido, empezó a chillar y rogar clemencia, pero él solo hizo tres cosas: le quitó la llave, la alianza y la arrojó a un lado (al anillo y a ella). Luego cerró la puerta y dejó que la muerte los separase. Ella gritó durante días hasta que finalmente se dio por vencida y él se sintió feliz por vivir tan lejos de seres civilizados. Al final, Barba Azul, que era un romántico, esperó un amor que entendiese el valor de las llaves y de mantener los secretos cerrados tras profundas puertas.

Lena no dijo nada, pero toda aquella noche tuvo ganas de llorar mientras soñaba que se encontraba el garaje lleno de cadáveres.

Durante los siguientes días, Lena pareció volver a ser la de siempre: el jardín estaba bien cuidado, la casa olía a rosas y los polvos eran dignos de ser guardados en los anales de la historia (y quizás valiese la pena el juego de palabras). Cliff pensó que había conseguido reparar a su mujer utilizando algo tan viejo como hablar con ella. Parecía algo sorprendente, pero se había apuntado el tanto. Quizás aquella vez era la definitiva. Ya no dudaba del hecho de que su padre tuviese razón.

Sin embargo, todo era una mentira y de las peores, de esas que la gente decide creerse. Lena seguía asustada, pero lo escondía mejor intentando no caer en los pecados de la mujer de Barba Azul para repetirlos sin más en la realidad. Fue por eso que el detonante de todo lo que pasó al final llegó a ella como suelen llegar estas cosas, de una manera inesperada.

Lena limpiaba el despacho de él, como siempre. En algún momento, tuvo que haber alguna gota que desbordó su mente, porque se le ocurrió sacar brillo concienzudamente a los cajones del escritorio de Cliff y encontró la foto que siempre hallaba y nunca se paraba a mirar. Salvo aquella vez.

En la foto había una mujer alta, piel pálida como la nieve de ventisca, cuerpo de modelo, larga melena, labios relucientes y un rostro feliz adornado con una sonrisa que

parecía no caducar. ¿Era una amiga, familiar o amante de Cliff? Lena lo dudó, porque... era ella.

No supo cuándo Cliff tomó una foto suya, pero ella lo sintió como un halago al principio. Se lo imaginaba en su soledad, mientras trabajaba en el despacho, abriendo el cajón y sacando la foto de ella para consolar su pena y hastío, mientras intentaba vencer su trabajo y traer un suelo a casa. Parecía casi hermoso hasta que ella se fijó en la fecha:

### **Vacaciones de 2014. Santa Cruz de Tenerife.**

Algo iba mal. Aunque el tiempo había pasado rápido, ella había aparecido en invierno de aquel año y no había vivido ningunas vacaciones con él y menos de hacía tanto tiempo. No recordaba nada de eso, pero allí estaba. ¿Sería, acaso, una oscura maniobra, un retoque fotográfico para verla enloquecer en un plan enfermizo?

Lena, que había desarrollado en un corto período de tiempo una serie de sentimientos que siempre pensó que era incapaz albergar, sintió una rabia y un dolor unidos a una confusión que la llevaron a ir corriendo hacia el garaje y abrirlo. No tenía llave, por lo que fue fácil de abrir y entonces halló la verdad mientras se cerraba la puerta tras ella.

--Hoy pedí el día libre, aunque pienso trabajar --dijo Cliff. Allí estaba, con su ropa sucia y una sonrisa dolida. En sus manos, la pequeña sierra. A su alrededor, el matadero--.  
¿Lo entiendes todo ahora?

Lena no podía. ¿Cómo había tantas manos despedazadas? ¿Y tantas piernas rotas? ¿Por qué tantos trozos que parecían de un maniquí? ¿Y aquellos ojos rodando? ¿Y qué decir de los cabellos falsos o los cuadros eléctricos sin sentido que había por todo el lugar? Vio bajo sus pies una gran mancha de aceite negra por donde flotaban alianzas rotas.

--Las has matado... --susurró Lena y sintió que podía llorar. Él se acercó a algo oculto bajo una manta y ella supo que se asustaría al ver el fruto de un asesinato demente...

Pero solamente encontró una especie de muñeca a escala real y su rostro era idéntico al de ella. Alrededor, ella vio una docena igual. ¿Cómo no se había fijado en que cada una tenía su rostro? A las demás podían faltarles cabellos largos, piel pálida, una mejor cintura, grandes ojos, bonitos pechos... pero siempre tenían algo: la eterna sonrisa.

--No te he matado... No podemos considerarlo vida y, si lo hubiera hecho, fue porque fallabas --dijo Cliff--. Futuriblex me enseñó más de lo que yo les he devuelto. A veces, incluso me sobrepaso al hacerte, incluyo coordenadas de sueño o hago que puedas ver en la oscuridad. En fin, Futuriblex ya está usando estos prototipos para gente exigente, por eso el amor se ha vuelto tan raro. Hemos practicado con un par de aspectos, pero yo prefiero el tuyo para estos seres. Así que... yo solo estoy haciendo pruebas creándote.

--¿Creándome?

--Sí, ¿es tan difícil de creer? ¡He llegado a pensar que yo soy el problema! Todos tus modelos... Te creo perfecta, pero a la larga, todas tus versiones entendéis como soy y falláis. No eres la primera Lena. ¡Muchas se han cansado de mí antes!

Y con la pena más grande, ella preguntó:

--¿Soy... un... robot?

--¿Es tan difícil entender que no haya solución a que no tengas recuerdos del pasado, seas tan perfecta o simplemente me quieras sin tener que aceptar una verdad y es que eres una inteligencia artificial?

Lena cayó de rodillas, se llevó las manos a su rostro y se sintió como la mujer de Barba Azul. Cuando alzó la mirada, Cliff ya estaba a su lado, con la sierra, y una frase inquietante:

--Formatearé tu memoria y te haré más perfecta. Siento decirte que no puedo hacer que no duela.

Ella dio un grito antes de desaparecer, pero él consiguió sacar la memoria en tiempo récord.

Horas después, abrió la puerta del garaje, salió afuera y, con la brisa fría del atardecer, notó algo que le hizo latir el corazón como una sonrisa eterna en los labios de alguien que amaba, aunque ¿y si ahora fallaba él? ¿Y si ya no albergaba amor? ¿Y si nunca lo había sentido? Pero ¿qué era aquello que ya llegaba en el cielo?

Supo la respuesta: se avecinaba ventisca.

*"¿Quién es usted para discutir lo que pasa? Aquí estamos. ¿Qué es la vida, de todos modos? ¿Quién decide por qué, para qué o dónde? Sólo sabemos que estamos aquí, vivos otra vez, y no hacemos preguntas"*

**RAY BRADBURY**

Soy **Carlos J. Eguren**. Escribo novelas, relatos, guiones, reportajes, microrrelatos... Historias. Adoro las historias y me considero un juntaletras.

En 2011, nació Maverick la Mil Veces Maldita, mi antiheroína steampunk cuyos relatos han aparecido en diferentes publicaciones, hecho del que enorgullezco (de lo contrario, Maverick me volaría la tapa de los sesos). En 2013, quedé finalista en el IX Concurso de Relato Breve de la Universidad de La Laguna con Prisionero de un mundo feliz, suceso del que me alegro bastante al ser una obra de ciencia-ficción.

En otros apartados, he escrito y dirigido el corto No quiero verte ni muerta, el cómic breve ¿Desea actualizar? (El Arca de las Historietas), diferentes relatos para el portal Action Tales, varios cuentos para *Ánima Barda* y he colaborado con revistas como *Axxón* o *Minatura*.

También he publicado en diversos compendios, entre los que destaco *Antología Pulp* (Dlorean Ediciones) y *Qué ha sido eso* (ed. *Ánima Barda*).

A finales de 2015, se publicará mi novela *Hollow Hallows* tras su paso por las redes sociales de lectura gratuita.

Para más información

[https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos\\_J\\_Eguren](https://www.goodreads.com/author/show/7409976.Carlos_J_Eguren)<br />  
¡Gracias por leerme! ¡Te debo una historia!

# Sunit

## Dolo Espinosa

### I

La diosa Sunit se desperezó lánguidamente. Estiró sus morenos brazos. Arqueó su cimbreante cintura. Y, con un pequeño bufido de resignación, salió lentamente de su lecho floral.

Un nuevo día daba comienzo y ella era la encargada de darle la bienvenida al padre Sol. Una labor que siempre le había parecido bastante aburrida pero ella era una diosa y las diosas hacen cosas como esas. No les queda otro remedio si es que quieren seguir siendo diosas.

Bien es cierto que Sunit no era una Gran Diosa, así con las mayúsculas incluidas, sino tan sólo una pequeña diosa, así, en minúsculas y, además, en minúsculas muy pequeñitas.

Era, pues, una diosa modesta. La diosa de una pequeña isla, perdida en la inmensidad del Océano Pacífico, habitada por una pequeña y pacífica tribu.

Sus seguidores, en conjunto, no sumaban más de cien. Vale, en realidad eran ciento uno (eso si no contamos algún mono en puertas de adquirir conciencia de lo divino y un par de cabras suspicaces).

No es que fuera una gran cosa como diosa. Tenía cierto poder sobre la lluvia pero sólo en lo que respectaba a su isla. Incluso, si estaba especialmente inspirada o francamente cabreada, podía montar algún pequeño vendaval, tifón y hasta un huracán de fuerza uno.

Podía, también, ayudar con las cosechas, con la pesca, con la fertilidad de animales y humanos.

Pero todo a pequeña escala y si no eran problemas Realmente Graves, como ella los llamaba, ahí, en el interior de su mente divina.

Sus adoradores, permítaseme la redundancia, la adoraban. Para eso estaban. Faltaría más. Sabían perfectamente que su hermosa diosa Sunit no era una gran diosa pero a ellos ya les valía. Además les encantaba porque no era una diosa engreída de esas que esperaba que su pueblo fuera hasta su cabaña--palacio a arrodillarse y rendirle pleitesía y entregarle ofrendas. Ni tan siquiera era necesario hacer oraciones ni hechizos ni ningún extraño ritual para hacerle una petición. Bastaba con acercarse a ella en cualquier momento y contarle el problema. Si no era un problema Realmente Grave, la diosa Sunit ponía remedio inmediatamente. Y si no, se encargaba de hablar con el dios supremo: el Gran X.

Si eso también fallaba, el pueblo de la diosa Sunit sabía que al menos su deidad lo había intentado y que estaría con ellos para ofrecerles consuelo. Por eso, entre el pequeño pueblo de Sunit no existían ni chamanes, ni sacerdotes ni tan siquiera

curanderos. ¿Para qué necesitas intermediarios si tu dios vive al lado de casa?

Sólo una vez había tenido un problemilla con ellos. Bueno, más bien con ellas por culpa de su ropa o, más bien, por su falta de ella, ya que tiene Sunit la costumbre de andar entre los mortales totalmente desnuda. Es fácil imaginar lo que la visión de una diosa joven y hermosa con toda su piel (y otras cosas) a la vista podía ocasionar entre la población masculina de la pequeña isla.

Más de un chichón tuvieron que curar las mujeres y más de una flecha desviada tuvieron que sacar de lugares poco honorables.

Reunida, pues, la población femenina en sesión extraordinaria (es decir, reunidas en el manantial donde lavaban la ropa... los taparrab... bueno, las hojas que les servían de vestimenta) decidieron hablar con Sunit y pedirle amablemente que dejara de andar en tan completa desnudez por el bien de la salud de sus maridos e hijos.

Sunit no puso ningún inconveniente.

La diosa mostró, efectivamente, buena voluntad para con las mujeres pero tuvo poco acierto a la hora de elegir "vestimenta". Optó la diosa por vestirse con una especie de pareo semitransparente que cubría –escasamente– la zona pectoral y que semiocultaba –escasamente– su anatomía inferior.

Sobra decir que los accidentes masculinos aumentaron considerablemente.

De modo que las mujeres acudieron de nuevo a la diosa y le solicitaron que, por favor, volviera a su antigua costumbre de ir desnuda. Que el remedio había sido aún peor que la enfermedad; que total, un par de huesos rotos o un chichón de más o de menos, no eran nada y que, a fin de cuentas, sus paseos nudistas hasta ayudaban a dar alegría a la vida conyugal nocturna.

Queda claro, pues, que Sunit llevaba una vida bastante tranquila y feliz. Tenía su pequeña isla, sus pequeños poderes, sus pequeñas obligaciones y el amor, la admiración y la adoración de su pequeña tribu.

Pero esa mañana, tranquila y brillante como todas las de la isla, nuestra joven diosa notaba una extraña desazón interna. Un hormigueo desconocido. Como si tuviera un agujero en el lugar donde se supone que los mortales tienen el corazón.

Sunit no entendía muy bien qué era eso. Y, como era una diosa llena de sabiduría, decidió hacer lo más inteligente: preguntar a la mujer más anciana de la isla.

Todo el mundo acudía a consultar a la abuela Gueri porque, a fin de cuentas, todos en la tribu eran descendientes suyos. Bueno, casi todos, ya que el habitante que hacía el número ciento uno –un señor muy serio de grandes bigotes-- no había nacido en la isla sino que había arribado a ella flotando sobre un tronco de árbol.

Sunit entró en la choza de la anciana. Se sentó ante ella y, sin preámbulos ni saludos de ningún tipo, hizo su pregunta a la mujer con cara de pasa que tenía enfrente.

La vieja se quedó mirándola. O eso parecía, con la vieja Gueri nunca se sabía muy bien si te miraba a ti o alguien que estuviera a tu lado. Estaba tan quieta y con la mirada tan fija que si Sunit no creyó que la pasa, digo, la vieja estaba muerta es porque la Muerte le pasaba una lista con las próximas defunciones y la mujer no estaba en ella



(en realidad Sunit comenzaba a preguntarse si la Muerte no se habría olvidado de la vieja Gueri o si no habrían hecho algún tipo de trato). Después de varios minutos, al fin, la abuela se decidió a hablar, o a graznar, su respuesta:

--Ay, mi diosa, mi diosa. Eso que te pasa nos pasa a todas tarde o temprano. No es nada extraño. Lo único que te ocurre es que ya es hora de que el amor llegue hasta ti. Llegó el momento de que la diosa Sunit entregue su amor a un dios o a un mortal. La única forma de llenar ese hueco que notas ahí –dijo esto clavando un dedo largo en su pecho– es con amor.

¿Amor? Sunit nunca había pensado en eso. Creía que las diosas estaban por encima de esas necesidades tan humanas. Claro que ella no era más que una pequeña diosa de una pequeña isla. Tal vez la vieja tuviera razón pero ¿qué podía hacer al respecto? Nada. Así que lo mejor sería acostumbrarse a sentir ese vacío y seguir con su vida como siempre.

## II

El juego había comenzado.

La semilla estaba ya instalada en el pecho de Sunit.

La Señora del Amor, llamada Inanna por los sumerios, Ishtar por los asirios, Tlaculteti por los aztecas, Hator por los egipcios, Afrodita por los griegos, Venus por los romanos y con otras muchas docenas de nombres a lo largo y ancho del mundo y de la historia humana, la Gran Diosa que todo lo domina, había comenzado su juego favorito: crear problemas.

Le entusiasmaba ver a los seres, tanto divinos como mortales, sufriendo bajo su dominio. Si, allá en los comienzos del mundo, había elegido ser diosa del amor era por lo mucho que disfrutaba metiendo a otros en líos.

La Dama es como una eterna adolescente caprichosa y loca. Siempre presta a poner a otros al borde de un ataque de nervios. Nada que sea lógico o sensato sale de sus manos. Absolutamente nada.

Ahora había fijado sus ojos en Sunit. Le molestaba tanta paz y felicidad. Pensaba que la joven diosa necesitaba un "pequeño terremoto" en su vida y ella estaba dispuesta a concedérselo.

Si de paso se lo pasaba bien, miel sobre hojuelas.

Y ahora – pensó – toca mover mi otro peón...

### III

El otro peón se llamaba Sej y se encontraba, en ese justo instante, disfrutando de su baño matutino en el manantial cercano a la choza que acababa de construir.

Con su pequeño pico acabó de colocarse las plumas. Dio un par de aleteos para sacudirse las últimas gotas de agua. Tomó su desayuno. Y por fin voló hasta la choza para seguir trabajando en su jardín.

La tarde anterior había conseguido un par de alas de escarabajo de un hermoso color rojo, así como unas piedras del mismo color y estaba deseando comprobar cómo quedaban.

Disfrutaba con su trabajo. Para él era mucho más que un simple medio de conseguir pareja con la que reproducirse. El resto de sus semejantes hacía chozas y jardines de manera automática y siguiendo sólo su instinto, pero Sej, no, Sej disfrutaba planificando, imaginando cada detalle, buscando los materiales, construyendo y creando.

Construía las más hermosas cabañas y creaba los más bellos jardines. Por tanto, le sobraban candidatas a mezclar sus genes pero él las rechazaba a todas. Ni se fijaba en ellas. Toda su atención se hallaba centrada en su arte.

Sus padres y amigos habían desistido ya de hacerle cambiar. No había manera. Era como si sus genes no tuvieran ningún afán por transmitirse a la siguiente generación.

Pero él era feliz de esa manera. No deseaba otra cosa para su vida que poder seguir construyendo sus chozas. Y seguir encontrando piedras hermosas y bellas alas de insecto y primorosas flores para sus jardines. Con eso le bastaba y le sobraba.

Así fue hasta aquella mañana. Esa mañana radiante en que, mientras colocaba meticulosamente, como siempre, unas piedrecitas en su último jardín, no podía dejar de pensar en que, quizás, era hora de que su obra fuera disfrutada por una dulce pajarita. Notaba una extraña desazón, un sorprendente deseo de encontrar con quien compartir su arte y su vida. Era como si sus genes se hubieran despertado de repente y le exigieran la posibilidad de pasar a otro ser.

Era un sentimiento tan anormal, tan extraño que decidió aparcarlo. Ya tendría tiempo de meditar sobre ello.

### IV

La Gran Señora del Amor sonrió con malicia.

Ya había plantado la segunda semilla.

Ahora tenía que unir a sus dos piezas y dejar que lo plantado germinara... con una pequeña ayuda por su parte, por supuesto.

Sus ojos violetas brillaron con placer anticipado.

El rayo verde. Usaría el famoso rayo verde para que el momento fuera más "mágico", había que tener en cuenta todos los detalles.

Se hundió en su baño de espuma y suspiró satisfecha.

Todo iba sobre ruedas.

## V

Y cuentan que la diosa Sunit se hallaba, aquella tarde, como tantas otras, despidiendo al Padre Sol. Que tenía el cabello lleno de flores recién cortadas. Que su mirada era dulce y misteriosa y su aroma más embriagador que nunca.

Y cuentan que el pequeño Sej andaba por la playa en busca de conchas para su jardín. Y que su vuelo estaba lleno de elegancia. Y que sus plumas relucían bajo los últimos rayos del sol.

Y cuentan que, en el momento justo en el que sol acababa de hundirse en el horizonte. En ese instante en que apenas se ven ya sus rayos, surgió el rayo verde.

Y Sunit lo vio.

Y Sej lo vio.

Y también se vieron el uno al otro.

Y ambos sintieron que se llenaban de algo desconocido.

Y salieron huyendo.

El uno del otro y, ambos, de aquello que habían sentido.

Ese algo nuevo y aterrador.

Y cuentan que luego, una vez calmados, volvieron a buscarse.

Que primero se observaron desde lejos.

Y luego se aproximaron.

Y Sej llevaba en su pico la flor más bella que Sunit había visto jamás.

Y estuvieron charlando horas y horas.

A partir de ese día el pequeño Sej abandonó sus chozas y sus jardines. Y Sunit dejó de lado sus obligaciones como diosa.

Para ellos ya no existía más mundo que los ojos del otro.

## VI

Nadie entendía ese amor. ¿Una diosa y un pájaro? ¿Dónde se había visto semejante cosa? Sí, vale, una vez cierto dios en forma de cisne había "seducido" a una mujer y cuentan también de ese dios que secuestró a otra disfrazado de toro. Pero no era lo mismo. En absoluto.

Eso de que una diosa se enamorara de un simple pájaro no podía estar bien.

El pueblo de Sunit se encontraba muy preocupado.

Los congéneres de Sej no sabían cómo convencerlo de la locura de su amor. ¿Dónde se había visto un pájaro jardinero junto a una diosa? ¡Eso era una barbaridad!

Los mismos dioses supremos andaban confusos e intrigados. Ninguno comprendía cómo había ocurrido semejante cosa. Bueno, ninguno, ninguno...

Había una que entendía perfectamente lo que ocurría y que se lo estaba pasando en grande con todo el follón que se había montado.

La Diosa del Amor no se perdía detalle de toda la historia. Tumbada en su nube favorita, masticando chicle sin parar y haciéndose la manicura se pasaba el día contemplando su obra.

Mientras el pueblo de Sunit, los parientes de Sej y los dioses supremos andaban confusos y preocupados y la Gran Dama se lo pasaba en grande. Mientras el mundo parecía volverse loco a su alrededor, los amantes sólo se preocupaban por vivir su amor.

Como todos los enamorados, vivían en su propio mundo y nada les importaba lo que los demás dijeran o pensaran.

Pero más tarde o más temprano la realidad penetra hasta en las mentes más cerradas a ella.

## VII

El amor, por muy romántico que sea, por muy espiritual que se pretenda, acaba reclamando su impuesto carnal. Y ese fue el resquicio por el que la realidad consiguió llegar hasta Sunit y Sej.

Se amaban con locura. Se entendían. Se conocían. Se compenetraban. Todo era perfecto entre ellos. Pero...

Ah, el pero... El pero era sencillo: sus naturalezas eran demasiado diferentes. Por intenso que fuera el deseo no había posibilidad de saciarlo. Eso era imposible. Totalmente imposible.

Y ese fue el momento en que la Gran Señora del Amor decidió hacer su entrada en escena.

Peinada de peluquería. Con su mejor atuendo (o semi atuendo). Maquillada a la perfección. Gloriosa. Hermosa. Maravillosa. Con fanfarrias, palomas, pétalos de rosas y toda la parafernalia divina.

Sonrió a los enamorados con su mejor cara de diosa comprensiva y amorosa. Y les dijo que ella, y sólo ella, podría ayudarles (lo cual era cierto ya que ella, y sólo ella, había montado todo ese lío).

Sej y Sunit se miraron esperanzados.

La Gran Dama sonrió.

Sunit le preguntó a la Gran Diosa qué solución podía ofrecer para su grave problema.

Y dijo la Diosa:

--Hay tres posibilidades a elegir.

Y dijo Sunit:

--¿Y cuáles son esas posibilidades?

Y respondió la Dama:

--Una, que Sej se transforme en dios. Pero, claro, eso es algo muy complicado. Ya sabes. Años de estudio. Oposiciones. Que haya algún puesto vacante. Luego tiene que ser juzgado por los grandes dioses. Tú ya conoces todo el proceso. Tan largo que no sé si tendrá vida suficiente para ello.

Y dijo Sej:

--Creo, Señora, que podemos descartar esa posibilidad. La vida de un pájaro no da para tanto trabajo.

(Y en realidad pensaba: ¿Ser un dios? ¿Dejar de ser yo para ser como ella? No, no quiero eso...)

--Eso pensaba yo --dijo la Gran Diosa-- la otra posibilidad es que tú, Sunit, renuncies a tu divinidad. Pero esto también lleva su tiempo. Has de enviar una carta de dimisión al Gran X. Y luego tienes que esperar a que él te conceda una cita para discutir el asunto. Si acepta tu dimisión debes encontrar una sustituta, cosa que no es nada fácil. Bien lo sabes.

Y dijo Sunit:

--Creo, Señora, que también podemos descartar esa solución. La vida de un ave no da para tanta labor.

(Y en realidad pensaba: ¿Por qué tengo que dejar de ser yo misma para ser como él? No quiero perder mis poderes. Ni mi forma de vivir. No, no quiero eso...)

--Ya, eso me parecía – dijo la Gran Dama --. Bien, nos queda una última opción.

--¿Y cuál es esa, Señora? – dijeron los enamorados con esperanza.

--Que ambos os volváis humanos.

--¿Yo, humana? –susurró Sunit– Perder mis poderes. Mi vida eterna. Conocer la enfermedad y el dolor.... Vivir como ellos. Y sobre todo, renunciar a mi forma de vida... tch...

--¿Yo, humano? –murmuró Sej– No volver a volar. Separarme de mis padres y hermanos para siempre. Transformarme en uno de ellos .... Sobre todo, renunciar a mi forma de vida... tch... tch...

Sej y Sunit se miraron.

Suspiraron.

Movieron los pies con nerviosismo.

--Esto.... –empezó Sunit– He estado pensando que, bueno, quizás... eeeerrr.... Quizás deberíamos pensarlo mejor.

--Verás... --decía Sej– ejem... He estado considerando las cosas y puede que... ejem... Quizás soy aún demasiado joven para comprometerme.

La Diosa los miraba incrédula. No entendía qué estaba ocurriendo.

Se suponía que no tendría que haber dudas. Se amaban ¿no? Tenían que aceptar su propuesta sin más.

Sunit siguió diciendo: --Bueno... quizás más adelante volvamos a encontrarnos....

Y Sej comentaba:

--Sí... eso... cuando ambos hayamos vivido algo más... de momento es mejor ser sólo amigos...

Era increíble. Inconcebible. Inexplicable.

La Gran Dama no entendía nada.

El amor tenía que haber triunfado y, sin embargo allí estaban aquellos dos renunciando al amor por... por.... ¿por qué?

El Gran X, apareció a su lado y muerto de risa, se acercó a la Diosa del Amor y le dijo:

--Ay, mi pequeña diosa del amor. Llevas tanto tiempo allá arriba que no te das cuenta de lo que han cambiado las cosas en el mundo. El amor ya no es lo que era. Ya nadie muere por amor. Ahora la gente dice que hay cosas más importantes por las que vivir. Ni tan siquiera las pequeñas diosas ni los pequeños pájaros están dispuestos a renunciar a su ser por amor. Nadie quiere perderse a sí mismo para unirse a otro. Lo siento, pequeña, debí avisarte hace tiempo pero creo que te merecías esta pequeña lección...

Y, sin más palabras, se la llevó de vuelta a casa. Ordenó a sus sirvientes que le prepararan un baño de espuma y la dejó, perpleja y confusa, para que meditara sobre lo ocurrido.

En cuanto a la diosa Sunit, siguió con su vida de siempre. Con sus tareas de pequeña diosa. Con sus paseos por la pequeña isla. Pensando, de vez en cuando, en su pequeño Sej pero feliz de seguir siendo quien era... Y un día conoció a un pequeño dios de otra pequeña isla y juntos formaron una pequeña y divina familia.

Y Sej volvió a sus chozas y a sus jardines. Continuó buscando piedras, alas de insectos, conchas y flores para sus maravillosas obras de arte. Pensando, de vez en cuando en su hermosa diosa Sunit pero feliz de seguir siendo quien era... Y un día conoció a una hembra de su especie. Y sus genes por fin decidieron quien tenía que emigrar a otro ser. Y tuvo una preciosa y feliz familia.

Y siempre se recordaron pero nunca se arrepintieron de haber renunciado a su amor imposible.

## **Dolo Espinosa**

He publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías. Participo en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Formo parte de la red de escritores Netwriters, colaboro de manera habitual con la web de cuentos infantiles EnCuentos y con la revista digital miNatura ( <http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/minatura/> ). He publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: Pinocha y la poción mágica y un libro de relatos con la editorial Atlantis: Testamento de miércoles. Y, además, mantengo dos blogs: Testamento de miércoles ( <http://testamentodemiercoles.blogspot.com> ) y El cofre de los cuentos ( <http://cofrecuentos.blogspot.com> ) (este último de cuentos infantiles).

<<<>>>